

ALMANAQUE

DE

B  
11130

20

# LA ILUSTRACION

PARA EL AÑO DE

## 1886

ESCRITO POR LOS SEÑORES

ANGOLOTI (D. Joaquin), ALFONSO (D. Luis), BALART (D. Federico), CERVERA BACHILLER (D. Juan),  
CAÑETE (D. Manuel), CAMPILLO (D. Narciso),  
CASTELAR (D. Emilio), CASTRO Y SERRANO (D. José), FERNANDEZ BREMON (D. José),  
FERNANDEZ GRILO (D. Antonio), FRONTAURA (D. Carlos), FERRARI (D. Emilio), GUTIERREZ DE ALBA (D. J. M.),  
MADRAZO (D. Pedro de), MAS Y PRAT (D. Benito), MONREAL (D. Julio),  
NAVARRETE (D. Ramon de), PALACIO (D. Eduardo de), PALACIO (D. Manuel del), REINA (D. Manuel),  
RUEDA (D. Salvador), SBARBI (D. José María), SEPÚLVEDA (D. Ricardo),  
SANCHEZ DE CASTILLA (D. Eduard.), SALVADOR DE SALVADOR (D. José), THEBUSSEM (El Doctor), TRUEBA (D. Antonio de),  
VIDART (D. Luis), VALERA (D. Juan) y ZORRILLA (D. José).

AÑO XIII.



MADRID,  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA,  
IMPRESORES DE LA REAL CASA.  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

1885.

Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

# ÍNDICE GENERAL.

## TEXTO.

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S.....	5	Noches doradas, poesía, por D. Manuel Reina.....	105
Año astronómico, por D. A. P.....	5	La Pintura decorativa (cartones para un cuadro), por D. Luis Alfonso.....	109
Santoral.....	6	Cróquis de una romería, poesía, por D. Antonio Fernandez Grilo.....	117
El Duque de Alba, estudio biográfico, por D. Luis Vidart.....	11	Rima, por D. Ricardo Sepúlveda.....	119
Desperdicios que son oro, por el Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo, individuo de número de la R. A. Española.....	23	Lectura hecha en el Teatro Zorrilla, de Valladolid, en la noche de su inauguración, por el Excmo. Sr. D. José Zorrilla, individuo de número de la R. A. Española.....	121
Fanny, narración extravagante, por D. Juan Cervera Bachiller.....	31	Al Sr. D. A. M., soneto, por D. Manuel del Palacio.....	125
«Cien cañas!», por D. Benito Mas y Prat.....	38	Herido de muerte, poesía, por D. Eduardo Sanchez de Castilla.....	
Los tomatabaco en el siglo XVII, por D. Julio Monreal.....	44	Morir es vivir, poesía, por D. J. M. Gutierrez de Alba.....	126
La Mimica, por D. José María Sbarbi.....	48	El Genio de la pureza (Kásida árabe), por D. José Salvador de Salvador.....	129
Tres épocas de la vida de una mujer, por el Excmo. Sr. D. Ramon de Navarrete.....	52	La peste en Granada (Al Excmo. Sr. D. Raimundo Fernandez Villaverde), por D. Carlos Frontaura.....	130
El célebre poeta y representante madrileño Agustín de Rojas Villandran 'o, y su famoso libro «El Viaje entretenido», por el Ilmo. Señor D. Manuel Cañete, individuo de número de la R. A. Española.....	55	La muerte de Hipatia, episodio antiguo (fragmento), por D. Emilio Ferrari.....	133
Sordo-mudos y ciegos, por D. Narciso Campillo.....	63	Reco (traducción libre de una leyenda de J. Russell Lowell), por el Excmo. Sr. D. Juan Valera, individuo de número de la R. A. Española.....	134
Un pastel de bonijo, por el Dr. Thebussem.....	70	Á España, soneto, por D. Federico Balart.....	135
El Sacristan de Garáziz, narración popular, por D. Antonio de Trueba.....	75	El Vino y los borrachos, por D. José de Castro y Serrano.....	141
La familia Clemente, poesía, por D. Joaquín Angoloti.....	86	Epístola, por D. Salvador Rueda.....	144 y 145
Historia popular, diálogo sobre la Reconquista, por el Excmo. Sr. Don Emilio Castelar, individuo de número de la R. A. Española.....	88	Anuncios.....	
Con pretensiones, por D. Eduardo de Palacio.....	94		
Bocetos, por D. José Fernandez Bremon.....	99		

## GRABADOS EN NEGRO.

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
<b>BELLAS ARTES.</b>		<b>RETRATOS.</b>	
«Flor de los campos».....	4	El Duque de Alba.....	10
«La vivisección».....	22	El Doctor Ferran.....	37
«Puerta de Visagra en Toledo», por Beruete.....	30	Agustín de Rojas Villandrando.....	55
«Una vara de castigo», por Ferrant.....	35	Victor Hugo.....	91
«Café flamenco en Sevilla», por Garcia Ramos.....	41	Madame Recamier.....	104
«En trineo», por Chelminski.....	46	Excmo. Sr. D. José Zorrilla.....	118
«Un rezagado», por M. Alcázar.....	57	Miss Fenton.....	124
«Á la verbena», por Frances.....	60		
«¡Accidente!», por Benlliure.....	65	<b>VARIEDADES.</b>	
«Mater dolorosa», por Querol.....	71	Biblioteca Nacional de México.....	14
«Puerta de la Gloria en la Catedral de Santiago».....	78	Vistas de Madrid.....	18
«Abrumado de trabajo», por Kemendy.....	82	Barcelona: Cascada del Parque.....	26
«Facsimile de un dibujo de Rafael Sanzio».....	93	El Bósforo visto desde Terapia.....	51
«Lunch en familia», por Adam.....	96	Berlin: La Bolsa y el puente de Federico.....	54
«Adán arrojado del Paraiso», por Rubens.....	98	Una confidencia muy importante.....	85
«Alegoría de Sevilla», por Susillo.....	120	Pradera suiza.....	103
«La Madre y los hijos», por Jimenez y Fernandez.....	128	Víñetas varias.....	47, 69, 74, 87, 107, 112, 126

## GRABADOS EN CROMO-TIPOGRAFÍA, INDEPENDIENTES DEL TEXTO.

«Primavera».....	}	Composicion y dibujo de D. Arturo Mélida.
«Estío».....		
«Otoño».....		
«Invierno».....		





«FLOR DE LOS CAMPOS.»

(Dibujo original de J. R. Wehle)

# PRELIMINARES.

## AÑO RELIGIOSO.

### CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número. . . . .	6	Indiccion romana. . . . .	XIV
Epacta. . . . .	XXV	Letra dominical. . . . .	c
Ciclo solar. . . . .	19	Letra del martirologio romano. . . . .	f

### FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesus. . . . .	17 de Enero.
Septuagésima. . . . .	21 de Febrero.
Sexagésima. . . . .	28 de Febrero.
Quincuagésima. . . . .	7 de Marzo.
Miércoles de Ceniza. . . . .	10 de Marzo.
Pascua de Resurreccion. . . . .	25 de Abril.
Patrocinio de San José. . . . .	16 de Mayo.
Letanias. . . . .	31 de Mayo, 1 y 2 de Junio.
Ascension del Señor. . . . .	3 de Junio.
Pascua de Pentecostes. . . . .	13 de Junio.
La Santísima Trinidad. . . . .	20 de Junio.
Santísimo Corpus Christi. . . . .	24 de Junio.
Dominicas entre Pentecostes y Adviento. . . . .	23
Santísimo Corazon de Jesus. . . . .	2 de Julio.
Purísimo Corazon de Maria. . . . .	4 de Julio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo. . . . .	4 de Julio.
San Joaquin, padre de Nuestra Señora. . . . .	22 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario. . . . .	3 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora. . . . .	14 de Noviembre.
Adviento. . . . .	28 de Noviembre.

### TÉMPORAS.

I. — El 17, 19 y 20 de Marzo.	III. — El 15, 17 y 18 de Setiembre.
II. — El 16, 18 y 19 de Junio.	IV. — El 15, 17 y 18 de Diciembre.

### DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.  
 Los Viérnes y Sábados de Adviento; advirtiendo que cuando la fiesta de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora cae en Viérnes ó Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves próximo precedente.  
 La Vigilia de Pentecostes (con abstinencia de carne). . . . . 12 de Junio.  
 Miércoles, Viérnes y Sábado de las cuatro Témporas.  
 Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne). . . . . 28 de Junio.  
 De Santiago Apóstol. . . . . 24 de Julio.  
 De la Asuncion de Nuestra Señora (con abstinencia de carne). . . . . 14 de Agosto.  
 De Todos los Santos. . . . . 30 de Octubre.  
 De Navidad (con abstinencia de carne). . . . . 24 de Diciembre.  
 También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viérnes y Sábado de la Semana Santa. 21, 22, 23 y 24 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningun dia de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.  
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los dias de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viérnes del año.

### VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 3 de Mayo, y se cierran respectivamente el 20 de Febrero y el 27 de Noviembre.

### DIAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 21 de Febrero; el 16, 27 y 28 de Marzo; el 4, 16, 17 y 28 de Abril, y el 17 y 19 de Junio.

## AÑO ASTRONÓMICO.

### POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. . . . . 40° 24' 30" N.  
 Longitud. . . . . 0<sup>h</sup> 10<sup>m</sup> 4<sup>s</sup>,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

### ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En Acuario, el 20 de Enero.	En Leo, el 22 de Julio. — <i>Cántula.</i>
En Piscis, el 18 de Febrero.	En Virgo, el 23 de Agosto.
En Aries, el 20 de Marzo. — <i>Primavera.</i>	En Libra, el 23 de Setiembre. — <i>Otoño.</i>
En Tauro, el 20 de Abril.	En Escorpio, el 23 de Octubre.
En Géminis, el 21 de Mayo.	En Sagitario, el 22 de Noviembre.
En Cáncer, el 21 de Junio. — <i>Estío.</i>	En Capricornio, el 21 Dic. — <i>Invierno.</i>

### CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 4 h. y 11 m. de la tarde.  
 ESTÍO. — Entra el 21 de Junio á las 12 h. y 26 m. de la tarde.  
 OTOÑO. — Entra el 23 de Setiembre á las 2 h. y 49 m. de la madrugada.  
 INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á las 9 h. y 5 m. de la noche.

### ECLIPSES DE SOL.

MARZO 5. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.  
 El eclipse principia en la Tierra á 6<sup>h</sup> 46<sup>m</sup> 5, tiempo medio astronómico

de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 169° 49' E. de Madrid y latitud 13° 28' S.

El eclipse central principia en la Tierra á 7<sup>h</sup> 53<sup>m</sup> 8, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 153° 11' E. y latitud 11° 27' S.

El eclipse central á mediodia sucede á 9<sup>h</sup> 54<sup>m</sup> 1, en la longitud de 145° 45' O., y latitud 0° 0'.

El eclipse central termina en la Tierra á 11<sup>h</sup> 47<sup>m</sup> 7, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud 86° 31' O., y latitud 22° 33' N.

El eclipse termina en la Tierra á 12<sup>h</sup> 55<sup>m</sup> 0, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 103° 1' O., y latitud 20° 32' N.

Este eclipse será visible en gran parte de la América Septentrional, en una pequeña parte de la Meridional, en la Isla de Cuba, en parte de la Australia, y en gran parte del Océano Pacifico.

AGOSTO 28-29. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra el dia 28 á 22<sup>h</sup> 3<sup>m</sup> 8, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 62° 47' O. de Madrid, y latitud 11° 55' N.

El eclipse central principia en la Tierra el dia 28 á 22<sup>h</sup> 58<sup>m</sup> 7, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 76° 10' O., y latitud 21° 48' N.

El eclipse central á medio dia sucede el dia 29 á 0<sup>h</sup> 43<sup>m</sup> 8, en la longitud de 10° 51' O., y latitud 2° 58' N.

El eclipse central termina en la Tierra el dia 29 á 2<sup>h</sup> 22<sup>m</sup> 6, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 50° 41' E., y latitud 21° 54' S.

El eclipse termina en la Tierra el dia 29 á 3<sup>h</sup> 17<sup>m</sup> 7, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 37° 20' E., y latitud 19° 48' S.

Este eclipse será visible en gran parte de Africa, en parte de las dos Américas, en las Islas de Cuba y Puerto-Rico, en gran parte del Océano Atlántico y en una pequeña parte del Indico y Pacifico.

# ALMANAQUE PARA EL AÑO 1886.

	ENERO.			FEBRERO.	
Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.	H. M.		H. M.
7.23	1 Viér. <i>Fiesta</i> . LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	4.45	7.10	1 Lún. San Ignacio, y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mártires.	5.19
7.23	2 Sáb. La Aparicion de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45	7.09	2 Márt. <i>Fiesta</i> . LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, y san Cornelio Centurion, obispo.	5.20
7.24	3 Dom. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de París.	4.46	7.08	3 Miérc. San Blas, obispo y mártir, y el beato Nicolas de Longobardo.	5.21
7.24	4 Lún. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros mártires.	4.47	7.07	4 Juév. San Andres Corsino, obispo, y san José de Leonisa, cfr.	5.22
7.24	5 Márt. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeon Stilita.	4.48		☾ <i>Luna nueva</i> , á las 3 de la mañana, en <i>Acuario</i> .	
7.24	6 Miérc. <i>Fiesta</i> . LA EPIFANIA Ó LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49	7.06	5 Viér. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.	5.23
7.24	7 Juév. San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort.— <i>Abrense las velaciones</i> .	4.50	7.05	6 Sáb. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.25
7.23	8 Viér. San Luciano, presbítero, y compañeros mártires.	4.51	7.04	7 Dom. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.26
7.23	9 Sáb. San Julian, mártir, y su esposa santa Basilisa, virgen.	4.52	7.03	8 Lún. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27
7.23	10 Dom. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amaranate, confesor.	4.53	7.01	9 Márt. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28
7.23	11 Lún. San Higinio, papa y mártir.	4.54	7.00	10 Miérc. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29
7.22	12 Márt. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martín, canónigo de Leon.	4.55	6.59	11 Juév. San Saturnino, presbítero, y compañeros mártires, y los beatos siete Siervos de María, fundadores.	5.31
7.22	13 Miérc. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	6.58	12 Viér. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslacion de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32
7.22	14 Juév. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57		☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 2 h. y 32 m. de la madr. <sup>a</sup> , en <i>Tauro</i> .	
7.22	15 Viér. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58	6.57	13 Sáb. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5.33
7.21	16 Sáb. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00	6.55	14 Dom. San Valentin, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador.	5.34
7.21	17 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesus, y san Anton, abad.	5.01		15 Lún. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.	5.35
7.20	18 Lún. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5.02	6.54	16 Márt. San Julian y 5.000 compañeros, mártires.	5.37
7.20	19 Márt. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta, san Audifaz y san Abacuc, mártires.	5.03	6.53	17 Miérc. San Julian de Capadocia, mártir.	5.38
7.19	20 Miérc. San Fabian, papa, y san Sebastian, mártires.	5.04	6.51	18 Juév. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor.	5.39
7.19	21 Juév. San Fructuoso, obispo, san Angurio y san Eulogio, diáconos, y santa Ines, virgen, todos mártires.	5.05	6.50	☉ <i>Luna llena</i> , á las 6 horas de la tarde, en <i>Virgo</i> .	
7.18	22 Viér. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07	6.49	19 Viér. San Gabino, presbítero y mártir, y san Álvaro de Córdoba.	5.40
7.17	23 Sáb. <i>Fiesta en el arzobispado de Toledo</i> . SAN ILDEFONSO, arz. de Toledo, y sta. Emerenciana, vg. y mr., patrona de Ternel.	5.08	6.47	20 Sáb. San Leon y san Eleuterio, obispos.— <i>Ciérranse las velaciones</i> .	5.41
7.17	24 Dom. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09	6.46	21 Dom. <i>de Septuagésima</i> . San Félix y san Maximiano, obispos.— <i>Anima</i> .	5.43
7.16	25 Lún. La Conversion de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10	6.45	22 Lún. La Cátedra de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.	5.44
7.15	26 Márt. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda, romana.	5.11	6.43	23 Márt. San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45
7.14	27 Miérc. San Juan Crisóstomo, ob. y dr., y san Julian y comps. mrs.	5.12	6.42	24 Miérc. San Matias, apóstol, y san Modesto, obispo.	5.46
7.13	28 Juév. San Julian, obispo y patron de Cuenca, san Valero, obispo de Zaragoza, san Tirso y compañeros mártires, y la Aparicion de santa Ines, virgen y mártir.	5.14	6.40	25 Juév. San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastian de Aparicio.	5.47
7.13	29 Viér. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitacion de Nuestra Señora.	5.15		☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 4 h. y 57 m. de la t., en <i>Sagitario</i> .	
7.12	30 Sáb. San Lésmes, abad, patron de Burgos, y santa Martina, virgen y mártir.	5.16	6.39	26 Viér. San Alejandro, obispo.	5.48
7.11	31 Dom. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17	6.37	27 Sáb. San Baldomero, confesor.	5.49
			6.36	28 Dom. <i>de Sexagésima</i> . San Roman, abad, santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros mártires.	5.50

## MARZO.

6.34	1 Lún. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5.52	6.11	16 Márt. San Julian de Anazarbo, mártir.— <i>Anima</i> .	6.08
6.33	2 Márt. San Lucio, obispo.	5.53	6.09	17 Miérc. San Patricio, obispo y confesor.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	6.09
6.31	3 Miérc. Santos Emeterio y Celedonio, mrs., patronos de Calahorra.	5.54	6.07	18 Juév. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
6.30	4 Juév. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.	5.55	6.06	19 Viér. San José, esposo de Ntra. Sra., patron de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo, mártir.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .	6.11
6.28	5 Viér. San Eusebio y compañeros mártires.	5.56	6.04	20 Sáb. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.— <i>Témpora</i> .— <i>Ayuno</i> .— <i>Ordenes</i> .—(PRIMAVERA.)	6.12
6.27	6 Sáb. Santos Victor y Victoriano, mártires.	5.57		☉ <i>Luna llena</i> , á las 4 h. y 22 m. de la m., en <i>Virgo</i> .	
6.25	7 Dom. <i>de Quincuagésima</i> . Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpétua y Felicitas, mártires.	5.58	6.02	21 Dom. <i>II de Cuaresma</i> . San Benito, abad y fundador.	6.13
6.23	8 Lún. San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.	5.59	6.01	22 Lún. San Deogracias y san Bienvenido, obispos.	6.14
6.22	9 Márt. Santa Francisca, viuda, romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.	6.00	5.59	23 Márt. San Victoriano y compañeros mártires, y el beato José Oriol, presbíteros.	6.15
6.20	10 Miérc. <i>de Ceniza</i> . Santos Meliton y 39 compañeros, mártires en Sebaste.— <i>Principia el ayuno de Cuaresma</i> .	6.01	5.57	24 Miérc. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José Maria Tomasi, cardenal.	6.16
6.19	11 Juév. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.	6.03	5.56	25 Juév. <i>Fiesta</i> . LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.	6.17
6.17	12 Viér. San Gregorio Magno, papa y doctor.	6.04	5.54	26 Viér. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18
6.15	13 Sáb. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.	6.05	5.52	27 Sáb. San Ruperto, obispo.— <i>Anima</i> .	6.19
6.14	14 Dom. <i>I de Cuaresma</i> . Santa Matilde, reina, y la Traslacion de santa Florentina.	6.06	5.51	☾ <i>Cuarto menguante</i> , á las 10 h. y 30 m. de la m., en <i>Capricornio</i> .	
6.12	15 Lún. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longinos y compañeros, mártires.	6.07	5.49	28 Dom. <i>III de Cuaresma</i> . San Sixto III, papa, san Cástor y san Dorotheo, mártires.— <i>Anima</i> .	6.20
			5.47	29 Lún. San Eustasio, abad.	6.21
			5.46	30 Márt. San Juan Climaco, abad.	6.22
				31 Miér. Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6.23



JULIO.		AGOSTO.	
Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.	Ortos del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M. 4.33	1 Juév. San Casto y san Secundino, mártires. ☉ Luna nueva, á las 9 h. y 52 m. de la n., en Cáncer.	H. M. 4.57	1 Dom. San Pedro Advíncula, los santos hermanos Macabeos, mártires, y san Félix, mártir de Africa.
4.33	2 Viér. La Visitacion de Nuestra Señora, el Santísimo Corazon de Jesus, y los santos Proceso y Martiniano, mártires.	4.57	2 Lún. Nuestra Señora de los Angeles, san Alfonso Maria de Li-gorio, obispo y doctor, san Pedro, obispo de Osma, y la beata Juana de Aza. — <i>Jubileo de la Porciúncula.</i>
4.34	3 Sáb. San Trifon y comps., mrs., y el bto. Raimundo Lulio, mr.	4.58	3 Márt. La Invenzion del cuerpo de san Estéban, proto-mártir.
4.34	4 Dom. La Preciosísima Sangre de Ntro. Señor Jesucristo, el Pu-risimo Corazon de Maria. San Laureano, obispo y mártir, y el beato Gaspar Bono.	4.59	4 Miérc. Santo Domingo de Guzman, fundador de la Orden de Predicadores, confesor.
4.35	5 Lún. Santos Cirilo y Metodio, obs., y san Miguel de los Santos.	5.00	5 Juév. Ntra. Señora de las Nieves, y san Abel ó Abelardo, abad.
4.35	6 Márt. Santa Lucía, mártir.	5.01	6 Viér. La Transfiguracion del Señor, y los santos niños Justo y Pastor, mártires, patronos de Alcalá de Henáres, san Sixto II, papa y mártir, y los santos Felicísimo y Aga-pito, diáconos y mártires.
4.36	7 Miérc. San Fermin, obispo y mártir, san Odon, obispo, san Lo-renzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.		☽ Cuarto creciente, á la 8 h. y 52 m. de la n., en Escorpio.
4.37	8 Juév. Santa Isabel, reina de Portugal. ☽ Cuarto creciente, á la 1 h. y 3 m. de la t., en Libra.	5.02	7 Sáb. San Cayetano, fundador de los Teatinos, san Alberto de Sicilia, san Estéban, abad, y compañeros mártires, y san Donato, obispo y mártir.
4.37	9 Viér. San Cirilo, obispo y mártir.	5.03	8 Dom. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mártires.
4.38	10 Sáb. Los santos doce Hermanos, mártires, santa Amalia ó Amelia, vg., y las santas Rufina y Segunda, vgs. y mrs.	5.04	9 Lún. San Roman, mártir.
4.39	11 Dom. San Pio I, papa y mártir, san Abundio, mártir, y santa Verónica de Julianis, virgen.	5.05	10 Márt. San Lorenzo, diácono, mr., y santa Filomena, vg. y mr.
4.39	12 Lún. San Juan Gualberto, abad, santos Nabor y Félix, már-tires, y santa Marciana, virgen y mártir.	5.06	11 Miérc. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mártires.
4.40	13 Márt. San Anacleto, papa y mártir.	5.07	12 Juév. Santa Clara de Asis, virgen, fundadora de las Clarisas.
4.41	14 Miérc. San Buenaventura, obispo y doctor.	5.08	13 Viér. San Hipólito, san Casiano, sta. Centola y sta. Elena, mrs.
4.42	15 Juév. San Camilo de Lélis, fundador de los Agonizantes, san Enrique, emperador, y los btos. cuarenta mrs. del Brasil.	5.09	14 Sáb. San Eusebio, presbitero, y san Pablo, diácono, mártir. — <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>
4.42	16 Viér. El Triunfo de la Santa Cruz, Nuestra Señora del Carmen, y san Sisenando, diácono, mártir de Córdoba. ☉ Luna llena, á las 2 h. y 54 m. de la mad. <sup>a</sup> , en Capricornio.	5.10	15 Dom. LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA y san Alipio, obispo.
4.43	17 Sáb. San Alejo, confesor.	5.11	16 Lún. San Roque y san Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa Marta, mártir.
4.44	18 Dom. Santa Sinfrosa y sus siete hijos, san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mártires.	5.12	17 Márt. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mártires.
4.45	19 Lún. San Vicente de Paul, fundador de las Hijas de la Caridad, santa Justa y santa Rufina, virgenes y mártires, pa-tronas de Sevilla, y santa Aurea, virgen y mártir.	5.13	18 Miérc. San Agapito, mártir, santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalcó, virgen.
4.46	20 Márt. San Elias, profeta, san Jerónimo Emiliano, fundador, y santas Librada y Margarita, virgenes y mártires.	5.14	19 Juév. San Luis, obispo, san Magin, ermitaño, y el beato Pedro de Zúñiga, mrs.
4.47	21 Miérc. Santa Práxedes, virgen.	5.15	20 Viér. San Bernardo, abad y doctor.
4.47	22 Juév. Santa María Magdalena, penitente.	5.16	21 Sáb. Sta. Juana Francisca Fremiot de Chantal, fra. de la Orden de la Visitacion en compañía de san Francisco de Sales.
4.48	23 Viér. San Apolinar, ob. y mr., san Liborio, ob., y los santos her-manos Bernardo, María y Gracia, mrs. — (CANÍCULA.)	5.17	22 Dom. San Joaquín, esposo de santa Ana y padre de Nuestra Se-ñora la Virgen María, san Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Sinforiano, mártires.
4.49	24 Sáb. Sta. Cristina, vg. y mr., y san Francisco Solano, cf. — <i>Ayuno.</i> ☾ Cuarto menguante, á las 7 h. y 7 m. de la m., en Tauro.	5.18	23 Lún. San Felipe Benicio, confesor, san Cristóbal y san Leovi-gildo, mártires de Córdoba.
4.50	25 Dom. SANTIAGO APÓSTOL, patron de España, y san Cristóbal, m.	5.19	24 Márt. San Bartolomé, apóstol.
4.51	26 Lún. Santa Ana, madre de la Santísima virgen Maria.	5.20	25 Miérc. San Luis, rey de Francia, san Gines de Arlés, san Geron-cio, ob., y los beatos Pedro Vazquez y Luis Sotelo, mrs.
4.52	27 Márt. San Pantaleon, san Cucufate, sta. Juliana y sta. Sempro-niana, vgs. y mrs., patronas de Mascaró, san Jorge, diácono, san Félix, san Aurelio, santa Natalia y santa Liliosa, mártires.	5.21	26 Juév. San Ceferino, papa, y san Victor, presbitero, mártires.
4.53	28 Miérc. Santos Nazario, Celso y Victor, papa, mártires, san Ino-cencio, papa, y la beata Catalina Tomás, virgen.	5.22	27 Viér. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pias, san Rufo, obispo, y la Transverberacion del corazon de santa Teresa de Jesus.
4.54	29 Juév. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa, Sim-plício, Faustino y Beatriz, mártires.	5.23	28 Sáb. San Agustin, obispo y doctor, y san Hérmes, mártir.
4.55	30 Viér. San Abdon, san Senen y san Teodomiro, mártires, y el beato Mannés de Guzman, confesor.	5.24	29 Dom. La Degollacion de san Juan Bautista, santa Sabina, y los beatos Juan y Pedro, mártires.
4.56	31 Sáb. San Ignacio de Loyola, cf., fundador de la Comp. <sup>a</sup> de Jesus. ☉ Luna nueva, á las 5 h. y 11 m. de la m., en Leo.	5.25	☽ Luna nueva, á las 12 h. y 40 m. del dia, en Virgo.
		5.26	30 Lún. Santa Rosa de Lima, vg., y san Félix y san Adaucto, mrs.
			31 Márt. San Ramon Nonnato, cardenal, y sto. Domingo de Val, mr.

## SETIEMBRE.

5.27	1 Miérc. San Vicente y san Leto, mártires de Toledo, los santos doce Hermanos, mrs., san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.	6.33	5.41	16 Juév. San Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufemia, santa Lucía y san Geminiano, todos mártires.	6.08
5.28	2 Juév. Ntra. Sra. de la Consolacion y Correa, san Estéban, rey de Hungria, y san Antolin, mártir, patron de Palencia.	6.31	5.42	17 Viérn. La Impresion de las llagas de san Francisco de Asis, santa Columba, virgen y mr., y el bto. Pedro Arbués, mártir. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>	6.06
5.28	3 Viér. San Sandalio, mr., san Ladislao, rey, y los beatos Francisco de Jesus y Gabriel de la Magdalena, mrs. del Japon.	6.29	5.43	18 Sáb. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, conf. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Ordenes.</i>	6.05
5.29	4 Sáb. Stas. Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalia de Palermo, vgs.	6.28	5.44	19 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, san Genaro, obispo, y compañeros mártires, santa Pomposa, vir-gen y mártir, y el beato Alonso de Orozco.	6.03
5.30	5 Dom. San Lorenzo Justiniano, obispo, la Conmemoracion de san Julian, ob. de Cuenca, y santa Obdulia, vg. y mrs. ☽ Cuarto creciente, á las 7 h. 41 m. de la m., en Sagitario.	6.26	5.45	20 Lún. San Eustaquio y compañeros mártires, san Rogelio y san Siervo de Dios, mártires de Córdoba, y el beato Fran-cisco de Posadas.	6.01
5.31	6 Lún. San Eugenio y compañeros, mártires.	6.25	5.46	21 Márt. San Mateo, apóstol y evangelista. ☾ Cuarto menguante, á las 5 h. 41 m. de la m., en Géminis.	6.00
5.32	7 Márt. Santa Regina, virgen y mártir.	6.23	5.47	22 Miérc. San Mauricio y compañeros mártires.	5.58
5.33	8 Miérc. Fiesta. LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA., y san Adrian, mr.	6.21	5.48	23 Juév. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mártires, santa Jantipa y santa Polixena. — (OTOÑO.)	5.56
5.34	9 Juév. San Gorgonio, mártir, santa Maria de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, san Gregorio Oset, y el beato Pedro Claver, confesor.	6.20	5.49	24 Viérn. Ntra. Sra. de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, cf.	5.55
5.35	10 Viér. San Nicolas de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, y el bto. Francisco de Morales y comps., mrs. del Japon.	6.18	5.50	25 Sáb. San Lope, ob., san Formerio, mártir, y el santo niño Cris-tóbal de la Guardia, mártir de la servicia judaica.	5.53
5.36	11 Sáb. San Proto y san Jacinto, hermanos, mártires.	6.16	5.51	26 Dom. San Cipriano y santa Justina, vg., mrs., y san Garcia, abad.	5.51
5.37	12 Dom. El Dulcísimo Nombre de Maria, san Leoncio y compañe-ros, san Vicente, abad, y los beatos Tomás de Zumár-raga y Apolinar Franco, todos mártires.	6.15	5.52	27 Lún. San Cosme y san Damian, hermanos, mártires. ☉ Luna nueva, á las 9 h. y 4 m. de la n., en Libra.	5.50
5.38	13 Lún. San Felipe, mártir. ☉ Luna llena, á las 10 h. y 36 m. de la m., en Piscis.	6.13	5.53	28 Márt. San Wenceslao, duque de Bohemia, san Adolfo y san Juan, mrs., sta. Eustoquia, vg., y el bto. Simon de Rojas, cf.	5.48
5.39	14 Márt. La Exaltacion de la santa Cruz, y santa Catalina de Gé-nova, viuda.	6.11	5.54	29 Miérc. La Dedicacion del arcángel san Miguel.	5.46
9.40	15 Miérc. San Nicomedes, presb. y mr., san Emila, diácono, y san Jeremias, mártires de Córdoba. — <i>Tempora.</i> — <i>Ayuno.</i>	6.10	5.55	30 Juev. San Jerónimo, presbitero y doctor, y santa Sofia, viuda.	5.45



OCTUBRE.		NOVIEMBRE.	
Oros del Sol.	Ocasos del Sol.	Oros del Sol.	Ocasos del Sol.
H. M. 5.56	1 Viér. El santo Angel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	H. M. 5.43	1 Lún. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
5.57	2 Sáb. San Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, anacoreta, patron de Soria.	6.29	2 Márt. La Conmemoracion de los Fieles Difuntos, y santa Eustaquia, virgen y mártir.
5.58	3 Dom. Nuestra Señora del Rosario, San Cándido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macias.	6.31	3 Miérc. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermenegol, obispo.
5.59	4 Lún. San Francisco de Asis, fundador de la Orden de los Menores.	6.32	☾ Cuarto creciente, á las 4 h. y 59 m. de la t., en Acuario.
	☾ Cuarto creciente, á la 10 h. y 19 m. de la n., en Capricornio.	6.33	4 Juév. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agri- cola, mártires.
6.00	5 Márt. San Plácido y comps., mrs., san Froilan y san Atilano, obs.	6.34	5 Viér. San Zacarias, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
6.01	6 Miérc. San Bruno, fundador de los Cartujos.	6.35	6 Sáb. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.
6.02	7 Juév. San Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martin Cid, abad.	6.36	7 Dom. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.
6.03	8 Viér. Santa Brigida, viuda y fundadora de la Orden del Sal- vador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mr. de Sevilla.	6.38	8 Lún. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, her- manos, mártires.
6.04	9 Sáb. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Eleu- terio, mártires.	6.39	9 Márt. La Dedicacion de la Basílica del Salvador (San Juan de Letran), en Roma, y san Teodoro, mártir.
6.05	10 Dom. San Francisco de Borja y san Luis Beltran, confesores.	6.40	10 Miérc. San Andres Avelino, y los santos mártires Trifon, Respi- cio, y Ninfa, virgen.
6.06	11 Lún. San Fermin, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	6.41	11 Juév. San Martin, obispo, y san Mena, mártir.
6.07	12 Márt. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipria- no, obs. y mrs., y san Serafin de Montegranario, cf.		☉ Luna llena, á las 6 h. y 52 m. de la n., en Tauro.
6.08	13 Miérc. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Genaro y san Marcial, mártires.	6.42	12 Viér. San Martin, papa y mártir, san Diego de Alcalá, y san Millan, presbitero.
	☉ Luna llena, á las 3 h. y 9 m. de la m., en Aries.	6.43	13 Sáb. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, confesor.
6.09	14 Juév. San Calixto, papa y mártir.	6.45	14 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, San Serapio, mártir, y san Lorenzo y san Rufo, obispos.
6.10	15 Viér. Santa Teresa de Jesus, virgen y fundadora de la Des- calcez carmelitana, y compatrona de las Españas.	6.46	15 Lún. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leo- poldo, confesor.
6.12	16 Sáb. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	6.47	16 Márt. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Ines de Asis, virgen.
6.13	17 Dom. Santa Eduvigis, viuda, y la beata Maria de Alacoque.	6.48	17 Miérc. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrúdis la Magna, vg.
6.14	18 Lún. San Lucas, evangelista.	6.49	18 Juév. La Dedicacion de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Máximo y san Roman.
6.15	19 Márt. San Pedro de Alcántara, cf., patron de Coria.		☾ Cuarto menguante, á las 10 h. y 26 m. de la n., en Leo.
6.16	20 Miérc. San Juan Cancio, presbitero, y santa Irene, virgen y mr.	6.50	19 Viér. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa y mártir.
	☾ Cuarto menguante, á las 2 h. y 26 m. de la t., en Cáncer.	6.52	20 Sáb. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísi- ma Trinidad.
6.17	21 Juév. San Hilarion, abad, santa Ursula y comps., vgs. y mrs.	6.53	21 Dom. La Presentacion de Nuestra Señora, san Rufo y san Es- téban, mártires.
6.18	22 Viér. Santa Salomé, vinda, santa Nunilo y santa Alodia, vir- genes y mártires.	6.54	22 Lún. Santa Cecilia, virgen y mártir.
6.19	23 Sáb. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san German, patronos de Cádiz.	6.55	23 Márt. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.
6.20	24 Dom. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, obispo.	6.56	24 Miérc. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa Maria, virgenes y mártires de Córdoba.
6.21	25 Lún. San Crisanto y santa Daria, san Gabino, san Proto, san Genaro, san Crispin y san Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patron de Segovia.	6.57	25 Juév. Santa Catalina, virgen y mártir.
	☉ Luna nueva, á las 7 h. y 1 m. de la m., en Escorpio.		☉ Luna nueva, á las 7 h. y 4 m. de la n., en Sagitario.
6.23	26 Márt. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentin y santa Engracia, mártires.	6.58	26 Viér. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejan- drino, obispo y mártir.
6.24	27 Miérc. San Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, hermanos mártires, patronos de Avila y de Talavera de la Reina.	6.59	27 Sáb. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires.— <i>Ciér- ranse las velaciones.</i>
6.25	28 Juév. San Simon y san Judas Tadeo, apóstoles.	7.01	28 Dom. I de Adviento. San Gregorio III, papa.
6.26	29 Viér. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurion, mártires.	7.02	29 Lún. San Saturnino, obispo y mártir.
6.27	30 Sáb. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mártires, y el beato Alonso Rodriguez.— <i>Ayuno.</i>	7.03	30 Márt. San Andres, apóstol.
6.28	31 Dom. San Quintin, mártir, y la Conmemoracion de la batalla del Salado.		

DICIEMBRE.

7.04	1 Miérc. Santa Natalia, viuda.	4.35	7.16	15 Miérc. San Eusebio de Vercell, obispo y mártir.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i>	4.35
7.05	2 Juév. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obis- po y doctor, y santa Elisa, virgen y mártir.	4.34	7.17	16 Juév. San Valentin y compañeros, mártires.	4.35
7.06	3 Viér. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hila- ria, mártires.— <i>Ayuno.</i>	4.34	7.17	17 Viér. San Lázaro, obispo y mártir, y san Franco de Sena, con- fesor.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i>	4.35
	☾ Cuarto creciente, á las 2 h. y 10 m. de la t., en Piscis.		7.18	18 Sáb. La Expectacion de Nuestra Señora, vulgarmente Nuestra Señora de la O.— <i>Témpora.</i> — <i>Ayuno.</i> — <i>Ordenes.</i>	4.36
7.07	4 Sáb. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gal- vez, mártir del Japon.— <i>Ayuno.</i>	4.34		☾ Cuarto menguante, á las 6 y 24 m. de la m., en Virgo.	
7.08	5 Dom. II de Adviento.— San Sábás, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34	7.19	19 Dom. IV de Adviento. San Nemesio, mártir.	4.36
7.09	6 Lún. San Nicolas de Bari, arzobispo de Mira.	4.34	7.19	20 Lún. Santo Domingo de Silos, abad.	4.37
7.09	7 Márt. San Ambrosio, obispo y doctor.	4.34	7.20	21 Márt. Santo Tomás, apóstol.— (INVIERNO.)	4.37
7.10	8 Miérc. Fiesta. LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SE- ÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.20	22 Miérc. San Demetrio y compañeros, mártires.	4.38
7.11	9 Juév. Santa Leocadia, virgen y mártir, patrona de Toledo.	4.34	7.21	23 Juév. Santa Victoria, virgen y mártir.	4.38
7.12	10 Viér. La Traslacion de la santa Casa de Loreto, san Melquiades, papa y mártir, santa Ealalia (ú Olalla) de Mérida, y santa Julia, virgenes y mártires.— <i>Ayuno.</i>	4.34	7.21	24 Viér. San Gregorio, presbitero y mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>	4.39
7.13	11 Sáb. San Dámaso, papa.— <i>Ayuno.</i>	4.34	7.21	25 Sáb. Fiesta. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
	☉ Luna llena, á las 9 h. y 16 m. de la m., en Géminis.			☉ Luna nueva, á las 9 h. y 40 m. de la m., en Capricornio.	
7.14	12 Dom. III de Adviento.— Nuestra Señora de Guadalupe de Méji- co, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mártires.	4.34	7.22	26 Dom. San Estéban, proto-mártir.	4.40
7.14	13 Lún. Santa Lucia, virgen y mártir, y el beato Juan de Marino- ni, confesor.	4.34	7.22	27 Lún. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.15	14 Márt. San Nicasio, ob. y mr., san Espiridion y san Pompeyo, obs.	4.35	7.23	28 Márt. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
			7.23	29 Miérc. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
			7.23	30 Juév. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patron de España, y san Sabino, obispo, y compañeros mártires.	4.43
			7.23	31 Viér. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44



EL DUQUE DE ALBA.

INVICTO GENERAL, TAN VALEROSO EN EL CAMPO DE BATALLA, COMO SABIO Y PRUDENTE EN EL CONSEJO DE GUERRA.

Nació en Piedrahita el año 1507. Murió en Lisboa el 12 de Enero de 1582.

# EL DUQUE DE ALBA.

## ESTUDIO BIOGRÁFICO.

*Un Monarca, una Iglesia y una espada.*  
HERNANDO DE ACUÑA.

### I.

SINGULAR VALÍA DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS. — JUICIO DE LA HISTORIA ACERCA DEL DUQUE DE ALBA.



o há muchos años, en el penúltimo de la primera mitad del siglo presente, decia D. Antonio Cánovas del Castillo, al tratar del estado que en aquel entónces alcanzaba en España el estudio de las ciencias históricas :

« Ninguno de los ramos diversos de la literatura señala tan fijamente como la Historia el punto de grandeza á que una nacion es llegada. Pueden los pueblos ser ricos en poesía, cuando su estrella política esté eclipsada ; pueden levantarse tambien los ánimos á grandes abstracciones filosóficas, cuando corran turbias las fuentes del engrandecimiento nacional ; pero es quimera pensar que allí donde la Historia no se cultiva broten pensamientos altos y generosos, ni que mantenga hondos sentimientos de patria el pueblo que sólo conoce la suya por lo que dicen de ella los extranjerros. Calderon pudo hallar inspiraciones para su musa, aún viviendo entre el polvo envilecido de Villaviciosa y de Rocroy ; Pulgar, Mariana y Mendoza no hubieran escrito en otra época que en aquella de Cerinola, de Muhlberg y de San Quintin. »

Y más adelante añade el Sr. Cánovas : « No tiene porvenir de gloria la mísera generacion que desdeña los recuerdos gloriosos de sus padres, ni será nunca *nacionalidad independiente* aquella que funda sus tradiciones en el enojo unas veces y otras en la compasion afrentosa de pueblos extranjerros. Leyendo únicamente traducciones, y apreciando los hechos históricos por el criterio protestante que combatieron nuestros padres dos siglos enteros, ó bien por el prisma de la soberbia francesa que mantuvieron nuestras banderas en humillacion durante tantos años, hemos llegado á ser extranjerros en nuestra propia patria, y cada pensamiento que se desprende de nuestra inteligencia cae como una maldicion sobre los restos venerables de nuestra nacionalidad y de nuestra gloria. »

Desde la fecha en que escribia D. Antonio Cánovas del Castillo los párrafos que de copiar acabamos, hasta los tiempos que hoy corren, algo se ha adelantado en el conocimiento de nuestra historia nacional. La publicacion de la *Biblioteca de Autores españoles*, del benemérito D. Manuel Rivadeneyra, y la comenzada y no concluida *Historia crítica de la literatura española*, del eruditísimo D. José Amador de los Rios ; los trabajos bibliográficos de D. Cayetano Alberto de la Bar- rera ; los estudios sobre la cultura científica de los españoles, llevados á cabo por D. Gumersindo Laverde, D. Juan Valera, D. Federico de Castro, D. Francisco de Paula Canalejas y algunos otros escritores, entre los cuales no debemos pasar en silencio el nombre del jóven catedrático D. Marcelino Menendez Pelayo, han renovado la memoria de nuestras pasadas glorias científicas y literarias, y ahora ya sabemos que el alemán Federico Schlegel no erró cuando dijo que la literatura ibérica, la literatura portuguesa y la española reunidas, constituian una de las más altas manifestaciones del arte en las naciones modernas ; y tambien sabemos, y podemos demostrar, que Montesquieu, Masson y Guizot dieron pruebas de supina ignorancia cuando en una ú otra forma desconocieron el puesto que debe ocupar España en la historia de la cultura humana ; puesto importantísimo durante la Edad Media, no insignificante ni mucho ménos en la época del Renacimiento, y sólo secundario y subordinado á la influencia de otras naciones durante el siglo XVIII, sin que aún sea posible formular juicios definitivos acerca de la centuria en que vivimos.

No es necesario citar, por ser muy conocidas, las comunmente llamadas historias generales de Lafuente, Gebhardt y Cavanilles ; ni las monografias referentes á la historia política de Ferrer del Rio, Rodriguez Villa, el P. Montaña, Fernandez de los Rios, Cánovas del Castillo, Navarro y Rodrigo, el Marqués de Pidal, Oliver, Danvila, Castro (don Adolfo de), el P. Sanchez, Pedregal, Silvela y algunas otras ; y resultaria demasiado largo este párrafo si mencionásemos los estudios acerca de la historia de las Bellas Artes en España de Caveda, Quadrado, Piferrer, Carderera, Pi y Margall, Madrazo, Tubino y otros muchos escritores.

De propósito hemos callado, en la antecedente enumeracion de los progresos de los estudios históricos en nuestra patria, la parte que corresponde al conocimiento de la historia militar de España, así marítima como terrestre. Citar los nombres de los marinos Fernandez de Navarrete y Vargas Ponce, en los comienzos de este siglo, y los de Pavía, Javier de Salas, Fernandez Duro, Lasso de la Vega y Novo, en la época presente, basta para recordar un gran número de obras dignas de aplauso, ya por su mérito intrínseco, ya por su relativa utilidad como arsenal de datos históricos. Y en cuanto á la historia militar terrestre, los escritos del general de Artillería D. Ramon de Salas, y de los brigadieres de Ingenieros D. Manuel Varela y Limia, D. Emilio Bernaldez, don José Aparici y García y D. Juan de Quiroga ; los estudios bio-bibliográficos de Pasaron, Juan Diana, Carrasco y Seco ; las monografias de Vallecillo, Oscariz, La Iglesia, Salas y Carbajo, Vicente del Rey, Arantegui, La Llave (D. Joaquin



de), Altolaguirre, Rosell, Ferrer de Couto, Mariátegui, Diaz y Rodriguez, Fernandez San Roman, Oliver-Copons, De Gabriel, Garcia Martin, Espina, Verdes Montenegro, Suarez Inclán, San Miguel, el Conde de Clonard, Prieto y Ximenez Sandoval; los múltiples y concienzudos trabajos del general D. José Gomez de Arceche; la parte histórica de las *Nociones del Arte militar*, de Villamartin; y por último, esas dos obras de benedictino, que ha publicado el general de Ingenieros D. José Almirante, el *Diccionario Militar* y la *Bibliografía militar de España*, prueban que, entre todas las clases sociales, quizá el ejército es la que más ha hecho y está haciendo para reconstruir la tradición de nuestra vida nacional, procurando concertar esta tradición con los progresos y las exigencias de la cultura contemporánea (1).

En esta renovacion de nuestra historia militar no podia pasar inadvertida la legendaria figura del gran Duque de Alba. Ya en el año de 1839 habia publicado D. Antonio Gil de Zárate, en el mejor periódico literario de aquellos tiempos, una biografía que comenzaba con estas palabras: « Hay hombres que han nacido para ser la viva representacion de una época y de un sistema; que como tales han dejado impreso en su fisonomía un carácter grandioso, que les hace descollar entre sus contemporáneos y ocupar tanto lugar en la Historia, que al llegar á ellos es fuerza contemplarlos con veneracion ó con espanto, pero siempre con asombro. A este número pertenece, sin duda, el gran Duque de Alba. Nacido en una época en que España estaba al frente de las naciones europeas, en que su política conmovia todos los Gabinetes, en que sus armas infundian terror á todos los pueblos, y en que, por fin, se mostró tan acérrima defensora de la religion establecida como enemiga irreconciliable de la Reforma, el Duque de Alba fué la personificacion del carácter guerrero, político, intolerante y severo de su nacion, reuniendo en sí todas las virtudes y todos los vicios que la engrandecian ó afeaban. Así es que los historiadores, al hablar de este célebre personaje, no lo han podido hacer nunca con indiferencia, porque en ellos ha influido necesariamente el espíritu de partido; y su nombre, ensalzado por los unos, execrado por los otros, ha atraído sobre sí todas las alabanzas y todas las maldiciones de que son susceptibles la admiracion y el odio. Los extranjeros, sobre todo, no le pronuncian sino para comparar al Duque de Alba con los monstruos más aborrecibles que ha engendrado la especie humana; y aunque en la pintura que hacen de él hay ciertamente mucha exageracion y mucha injusticia, fuerza es confesar que, respetando su alta capacidad y sublime carácter, se presenta en la Historia como una de aquellas figuras aterradoras que no se pueden contemplar sin estremecimiento, y que es de desear que no aparezcan con frecuencia en la escena del mundo. »

En estas últimas palabras del Sr. Gil de Zárate parécenos que se halla la indudable confirmacion de alguno de los asertos del Sr. Cánovas anteriormente trascritos.

Después del Sr. Gil de Zárate se han ocupado en historiar la vida del Duque de Alba el gran poeta D. Manuel

(1) También ha escrito el general Almirante una *Historia militar de España*. Es de desear que esta obra se publique lo más pronto posible, porque sin duda alguna será sazonado fruto del reconocido talento y grandes conocimientos militares de su preclaro autor.

José Quintana y el capitán general D. Evaristo San Miguel. La revista titulada *La América* publicó en el año 1859 unos artículos del ilustre escritor D. Serafin Estébanez Calderon (*El Solitario*), en los cuales se relata la última campaña que dirigió el Duque, la de Portugal, en 1580. Pero mucho más extenso que los escritos de Gil de Zárate, San Miguel, Quintana y Estébanez Calderon es el libro del comandante de Infantería D. Francisco Martin Arrúe, que lleva por título: *Campañas del Duque de Alba*; libro en que se juzga la conducta política y el mérito militar del gran general español, sin caer en los abismos de la pasión á que llegaron sus adversarios extranjeros y sus admiradores nacionales. Así puede decirse que ya ha sonado para el Duque de Alba la hora de la justicia, la hora en que la Historia le ha señalado el puesto que definitivamente le corresponde entre los varones dignos de imperecedera memoria (2).

## II.

### NACIMIENTO Y LINAJE DEL DUQUE DE ALBA. — SUS PRIMEROS HECHOS DE ARMAS.

Fueron padres de D. Fernando Alvarez de Toledo, tercer Duque de Alba, D. Garcia de Toledo y D.<sup>a</sup> Beatriz Pimentel, hija del Conde de Benavente. Como prueba de nuestra tradicional incuria, se puede citar el hecho de que durante largo tiempo se ha ignorado el lugar y el año del nacimiento de tan famoso personaje; y esto, que tendria fácil explicacion si hubiese nacido en humilde cuna, carece de ella siendo la casa de Alba, como realmente lo es, una de las más ilustres de la Corona de Castilla. El autor del epitome de la vida del Duque de Alba, que forma parte de la colección de *Retratos de los españoles ilustres*, dice: « Los escritores extranjeros han oscurecido sin razon su memoria; los naturales han callado por descuido su patria. Dícese que fué Madrid; no le estará mal que sea cierto. » Don Manuel José Quintana, en sus *Obras inéditas* (Madrid, sin año de impresion), afirma que nació en Piedrahita en 1507, y añade en una nota que la opinion más comun es que nació en 1508; « pero noticias mejor averiguadas hacen preferible la fecha del texto. »

En los últimos días del mes de Agosto de 1510 murió don Garcia de Toledo, peleando heroicamente bajo las órdenes del conde Pedro Navarro, al tomar la isla de los Gelbes, y su hijo D. Fernando, niño á la sazón de tres años de edad, quedó en compañía de su abuelo, el segundo duque de Alba, D. Fadrique de Toledo, general que habia acreditado su pericia en la conquista de Granada, en el Rosellon y en la guerra que dió por resultado la definitiva union de Navarra y de Castilla.

(2) Hemos oído decir que existen dos obras manuscritas referentes al Duque de Alba, á saber: una copiosa colección de documentos y datos acerca de su vida, formada por el erudito escritor del siglo próximo pasado, D. Gregorio Mayans, y un estudio sobre la campaña de Portugal en 1580, escrito por el coronel, comandante de Estado Mayor, D. Julian Suarez Inclán. Sentimos que por falta de tiempo no nos haya sido posible consultar estas obras, porque la laboriosidad y el ingenio de sus autores nos autorizan á creer que en ellas han de hallarse noticias históricas y apreciaciones críticas, cuyo conocimiento nos hubiera servido de gran auxilio al redactar el texto del presente escrito.

Grande fué la pena que afligió al Duque de Alba al enterir la noticia de la muerte de su hijo primogénito; pero sobreponiéndose á ella, se cuenta que preguntó: *Y García, ¿qué hizo? — ¡Oh señor!* — respondió hábilmente el mensajero de la mala nueva. — *¿Y en donde estuviera el honor de España si el Sr. D. García, antes de morir, no hubiera hecho con su pica y espada un monton de moros sobre los cuales cayó?* — *¡Oh, buen hijo!* — exclamó entónces el Duque, «y el dolor paternal, dice un biógrafo, cedió por un momento en su corazon al entusiasmo de la honra y de la patria.»

El cariño que habia de consagrarse al hijo malogrado recayó en el huérfano nieto, y el Duque de Alba puso todo su empeño en que el niño que andando el tiempo habia de llevar el título de la casa fuese digno de sus preclaros ascendientes. Dióle por ayo al célebre Juan Boscan, que por su saber literario y otras buenas prendas justifica plenamente lo acertado de la eleccion, y parece que pensó en el filósofo Luis Vives para encargarle de su enseñanza en las letras humanas; pero este pensamiento no pudo realizarse, y los maestros del jóven D. Fernando lo fueron, primero, el Padre Fr. Bernardo Gentil y despues el P. Severo, con los cuales aprendió la lengua latina, la Historia, en suma, lo que en aquel entónces se conocia con el nombre de Humanidades. El Duque por sí mismo se encargó de enseñar á su nieto los elementos del arte militar. En este género de estudios el discípulo se adelantaba á los deseos de su maestro, porque su favorita conversacion versaba sobre asuntos de guerra; sus juegos, simulados combates con los niños de su edad, y su mayor placer, oír relaciones de empresas y hazañas militares. Aprovechando sus conocimientos en el latin, se ocupaba en leer asiduamente la célebre obra de Vegetio, para descifrar en sus páginas el secreto de aquellas instituciones militares del pueblo romano, que á la corta ó á la larga siempre le aseguraban el triunfo de sus armas sobre las de los otros pueblos.

Se cree vulgarmente, y es error de gran monta y desdichadísimas consecuencias, se cree vulgarmente que la milicia y la ignorancia han de estar unidas en indisoluble consorcio, para que la ciencia no amengüe el valor del guerrero; y por esta regla, la esmerada educacion intelectual del tercer Duque de Alba habria servido de rémora al desenvolvimiento de sus varoniles aficiones; pero en vez de suceder así, el estudio de las teorías del arte de la guerra, y la lectura de la Historia y de los poetas latinos, exaltó su juvenil fantasia y le hizo formar el propósito de tomar parte en la guerra entre franceses y españoles que por aquel tiempo se hacia en las fronteras de Navarra. Sólo contaba diez y seis años de edad, y su abuelo se negó á concederle su permiso para entrar en el servicio de las armas, quizá influido por el recuerdo de la prematura, si gloriosa muerte, de su hijo D. García, quizá no considerándole aún con robustez suficiente para soportar las fatigas de la guerra. Pero impaciente el mancebo, dejóse llevar de su alentado pensamiento, y seguido de unos pocos sirvientes, á quienes confió su secreto, emprendió el camino, y haciendo largas jornadas, se presentó de improviso en el campo castellano que asediaba la plaza de Fuenterrabía, de que se habian apoderado los franceses en la campaña anterior.

«Mandaba allí las armas españoles, dice Quintana, el condestable D. Iñigo de Velasco, tenido entónces por el

mayor hombre de guerra que habia en Castilla. Recibió al jóven voluntario con el honor y agasajo que debia á su familia y á sus buenos deseos; dió aviso al instante al cuidadoso abuelo del paradero de su nieto; hizo que le perdonase la travesura, y le tuvo en su compañía con el afecto de padre y la estimacion de amigo. Deseaba D. Fernando señalarse, y ansioso de reputacion, se exponia en todas las ocasiones como el último de los soldados. El Condestable, atento á que no se desgraciase, y no queriendo que el azar privase al viejo Duque de aquel consuelo de su vejez, le prohibió rigurosamente que saliese á pelear sin orden suya, y le mandó estar siempre cerca de su persona. Privado de pelear, no podian estorbarle á lo ménos el anhelo de aprender: dióse, pues, á estudiar todo el mecanismo del servicio y las reglas y secretos de la disciplina militar, con el mismo ardor que si se tratase de combatir. Y cierto que no podia hacer este aprendizaje en mejor ocasion ni con mejor guía, puesto que el Condestable era un insigne maestro de milicia. Seguíale á todas partes, meditaba todas sus órdenes y disposiciones, estudiaba todas sus palabras. Era entónces invierno, y asperísimo de nieves y frios. Los soldados, fatigados con el trabajo y yertos con el rigor de la estacion, se manifestaban á veces tardos y torpes en las fatigas que exigian las tareas del sitio; ayudaba á su desaliento la tierra, que endurecida por el hielo, no se dejaba romper ni manejar. El Condestable entónces solia coger el azadon y empezaba á herir el suelo y hacer el oficio de gastador; imitábale en ese trabajo D. Fernando, y el general solia decir, viendo á los perezosos, que si no se avergonzaban de poder ménos que un viejo y un muchacho; con lo que estimulados volvian al trabajo con nuevo ardor y más firme constancia. Añadíanse á estas prendas de aplicacion y de valor la facilidad festiva de su trato con que se hacia querer de oficiales y soldados; la modestia de su porte, en su persona y en sus equipajes; una liberalidad sin límites para asistir á heridos y á menesterosos, y por último, la más laudable y franca sinceridad en aplaudir toda accion valiente y virtuosa.»

Nótese que es un escritor de avanzadas ideas políticas y tachado de heterodoxo el que tan sinceramente elogia al Duque de Alba, y se observará cuán lejos estamos ya de la censura que claramente formulaba el Sr. Gil de Zárate, aún siendo mucho ménos liberal y mucho más ortodoxo que el cantor de la Imprenta y del panteon del Escorial.

### III.

#### RENDICION DE FUENTERRABÍA. — SERVICIOS MILITARES DEL DUQUE DE ALBA DURANTE EL REINADO DE CÁRLOS V.

En los últimos dias del mes de Setiembre de 1524 se rindió Fuenterrabía, y el Condestable, para dar una prueba de la estimacion que le merecian las precoces dotes de mando del ilustre vástago de los Albas y Benaventes, le confió el gobierno de la plaza cuando tuvo que ausentarse de allí, obedeciendo al llamamiento del emperador Cárlos V. Poco tiempo ejerció el jóven Alvarez de Toledo el mando militar de la plaza de Fuenterrabía, porque negocios de familia le obligaron á reunirse con su abuelo, que, deseoso de asegurar la sucesion de su casa, pensó desde luégo en inclinarle á





MÉJICO. — BIBLIOTECA NACIONAL

que se casara lo más pronto posible; y en efecto, D. Fernando contrajo matrimonio con su prima D.<sup>a</sup> María Enriquez, hija del Conde de Alba de Liste, en el año de 1529. Dos años después, el día 18 de Octubre de 1531, falleció el segundo Duque de Alba, y su nieto, D. Fernando Álvarez de Toledo, heredó los títulos nobiliarios de sus antepasados, y lo que aún vale más, la gloriosa tradición de la heroica muerte de su padre y de la honrada vida y buena reputación militar de su respetable abuelo.

Ni la heredada riqueza, ni las dulzuras del hogar doméstico, amenguaron los bríos del nuevo Duque y feliz esposo de D.<sup>a</sup> María Enriquez, dama tan bella como discreta, al decir de los historiadores coetáneos, y así, cuando Carlos V hizo un llamamiento á la nobleza de Castilla para que asistiese á la guerra que preparaba contra Soliman el Magnífico, acudió prontamente al lado del Emperador, ganoso de emular los bélicos laureles de sus nobles progenitores.

No cabe en los estrechos límites en que hemos de encerrar estos apuntamientos biográficos que relatemos al por menor todas las empresas guerreras en que tomó parte el Duque de Alba; pero cumple á nuestro propósito recordar que ya se distinguió tanto en los primeros consejos de guerra á que asistió, consejos reunidos bajo la presidencia del César, que el heroico defensor de Buda, Tomás Nadasti, que también á ellos asistía, dijo: *que jamás España habia producido hombre tan grande, y que seria el mejor capitán de su tiempo.*

Aun cuando sea muy á la ligera, tampoco habremos de pasar en silencio que el feliz resultado de la expedición á Túnez, quizá la más pura gloria militar del emperador Carlos V, se debió muy principalmente á la pericia y esfuerzo en los combates, y al acierto en los consejos del Duque de Alba, que á la sazón aún era un jóven que sólo contaba veintiocho años de edad.

Tampoco el César se hubiera visto obligado á emprender la funesta retirada con que se terminó la invasión del territorio frances por la Provenza, y quizá se trocáran en victorias aquellos infructuosos sitios de Marsella y de Perona, si como se habia hecho en Túnez, y si como después hizo el Emperador en su entrevista con el rey Francisco I, se hubiera seguido la opinion del Duque de Alba, en quien los aciertos de su inteligencia no eran inferiores á los probados bríos de su varonil carácter.

Hasta aquí el Duque de Alba habia militado á las órdenes del Emperador; pero cuando Francisco I, renovando sus constantes pretensiones sobre el dominio del Milanesado, formó tres ejércitos, envió uno á Flándes, otro al Piamonte, y el tercero, al mando de su hijo el Delfin, á Cataluña, amenazando también con algunas tropas á Navarra, conociendo el César los talentos militares y políticos del Duque, le encargó la defensa de la frontera francesa y costas catalanas, y le dió orden para que reforzara la guarnición y aumentase en todo lo posible los medios de resistencia de la importante plaza de Perpiñan. Esta es la primera campaña en que el Duque de Alba ejerció el cargo de general en jefe, usando la frase de hoy para que la claridad del relato no padezca menoscabo, como sucederia si empleásemos los nombres que en aquellos tiempos se daban á los que ejercian el mando superior de los ejércitos.

Á mediados de 1542 puso sitio á Perpiñan el Principe

frances. La valerosa é inteligente defensa de los capitanes Cervellon y Machicao, que mandaban en la plaza, y la constante amenaza del Duque de Alba, que acechaba la ocasion oportuna para caer sobre los sitiadores; en suma, la pericia del general español consiguió que el ejército frances se viese obligado á levantar el sitio de Perpiñan y se retirase á Mompeller, donde el Rey de Francia esperaba recibir las nuevas de los triunfos de su hijo y no la prueba de que su empeño, al ménos por entónces, habia fracasado.

El feliz remate de esta campaña acrecentó mucho la fama militar del Duque de Alba; y así es, que cuando la liga de Smalkalda se presentaba tan poderosa, que el Emperador llegó á decir *que, muerto ó vivo, no saldria de Alemania;* cuando Carlos V se halló en una de las situaciones más difíciles en que puede verse un soberano, buscando un general que poner á la cabeza del ejército que apresuradamente se estaba formando, fijó desde luego su atención en el experto vencedor del Delfin de Francia; y ciertamente, dice con razon D. Francisco Martin Arrúe, que era dificultosa misión mandar un ejército que en realidad aún no existia, puesto que se hallaban en países de Europa muy distantes unos de otros los tercios y regimientos—algunos todavía sin reclutar—que habian de componerle, y en la precision de atravesar comarcas ocupadas por los enemigos ó dar grandes rodeos para llegar á Ratisbona, donde se hallaba el Emperador.

Dos campañas dirigió el Duque de Alba contra los protestantes alemanes: en la primera, más con la prudencia del político militar que sabe aprovecharse de los errores de sus enemigos, que con el arrojo del soldado que trata de vencerlos en campal batalla; más con la inteligencia que con la fuerza material, consiguió destruir todos los planes de los confederados de Smalkalda, teniendo á sus órdenes un ejército muy inferior en número de combatientes al que comandaban el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse. En la segunda campaña, que se verificó en las inmediaciones del rio Elba, así como la anterior habia tenido por teatro de operaciones las del Danubio, el Duque de Alba, considerando que las circunstancias eran favorables para emplear los medios de ataque de la guerra ofensiva, llevó á cabo su propósito con tan singular ardimiento, que para señalar la grandeza de su triunfo en la batalla de Muhlberg se recurrió á explicaciones milagrosas, diciendo que Dios habia renovado el prodigio de Josué, relatado en la Biblia, deteniendo el movimiento del sol para que el ejército de los católicos imperiales tuviese tiempo de vencer por completo á los herejes luteranos.

Años después de la batalla de Muhlberg se cuenta que el Rey de Francia preguntó al Duque de Alba si era cierto que el sol habia detenido su curso el día que se verificó dicha batalla, y que el Duque respondió con más gracejo que piadosa creencia: *«Señor, aquel día estaba tan ocupado con lo que pasaba en la tierra, que no tuve tiempo para mirar lo que sucedia en el cielo.»*

La paz de Passau (Julio de 1552), en que el Emperador tuvo que consentir el libre ejercicio de la religion reformada en sus Estados alemanes, permitió que los imperiales pudiesen tomar la ofensiva contra los ejércitos franceses, que se habian apoderado de varias plazas pertenecientes á los dominios españoles. En esta campaña tomó muy poca parte el

Duque de Alba, porque en su calidad de Mayordomo mayor del príncipe D. Felipe, tuvo que acompañarle, cuando pasó á Inglaterra en 1554, para contraer matrimonio con la reina María.

Poco tiempo despues fué nombrado el Duque de Alba vi-rey de Nápoles y gobernador de Milan, en ocasion en que la guerra que allí ardía presentaba muy favorable aspecto para los franceses, que, á las órdenes del general Brissac, habian obtenido tales ventajas sobre los españoles, que ya se juzgaban señores de todo el Milanésado.

Hallóse en esta guerra el Duque de Alba frente á un poderoso ejército frances, que mandaba el duque de Aumale, y sin recibir los refuerzos que repetidamente se le ofrecieron, harto hizo con mantenerse á la defensiva, hasta que la tregua convenida entre el Emperador y el rey de Francia, que habia de durar cinco años, aunque no duró ni cinco meses, como observa D. Manuel Marliani en su *Historia política de la España moderna*, puso término á esta guerra.

#### IV.

#### ABDICACION DEL EMPERADOR CÁRLOS V.—EL DUQUE DE ALBA EN LA CAMPAÑA DE ITALIA DE 1556 Y EN EL GOBIERNO DE LOS PAÍSES-BAJOS.

Los achaques de la vejez, atormentando la naturaleza física de Carlos V; el apurado trance en que se halló cuando la desleal conducta de Mauricio de Sajonia le obligó á salir de Inspruck más como fugitivo que como Emperador; la desastrosa campaña que terminó con el levantamiento del sitio de Metz; en suma, el decaimiento del cuerpo y el cansancio del espíritu; acaso, acaso, esa aspiracion de las almas grandes jamas satisfecha; acaso

Sentir la nada al abarcar el mundo (1);

tales son las causas que parece determinaron al Emperador para que llevase á cabo un hecho en que dió á conocer, tanto como en sus empresas guerreras, las singulares dotes de su inteligencia y de su carácter.

—*Está visto que la fortuna es dama cortesana, que gusta de los jóvenes y se cansa de los viejos*: tal es la frase que se atribuye al fugitivo de Inspruck, que, segun parece, sabia afrontar las desventuras conservando esa serenidad del pensamiento que convierte el mujerial llanto en la sonrisa irónica del varon fuerte.

Reconociéndose viejo, y por viejo desafortunado, el César se retiró, como es sabido, al monasterio de Yuste, abdicando la corona de España en favor de su hijo D. Felipe (1556), y poco tiempo despues abdicó tambien la imperial corona de Alemania en su hermano D. Fernando.

Á los cincuenta años de su edad se aproximaba el Duque de Alba cuando el rey D. Felipe II empuñó el cetro de España y de los Estados de Flándes. Sin que ofusque nuestro juicio el entusiasmo patriótico, no es aventurado decir que el vencedor de Muhlberg era considerado como el mejor de los generales de su tiempo; y hoy la posteridad ha confir-

(1) Verso del general Ros de Olano en el soneto que comienza: «Más precio en este valle y pobre aldea.»

mado la opinion de sus coetáneos, colocando el nombre del Duque de Alba al lado de los de Gonzalo de Córdoba, don Juan de Austria y D. Alvaro de Bazan, que son los más gloriosos de nuestra historia militar de la época moderna.

La primera guerra que tuvo que emprender el católico Felipe II fué precisamente contra la cabeza visible de la Iglesia, su santidad Paulo IV, que habia conseguido que el versátil Enrique II de Francia rompiese la tregua de cinco años pactada con el Emperador en Vaucelles el 5 de Febrero de 1556, firmando un tratado de alianza en Julio del mismo año 1556, por el cual se comprometia á ayudar al Soberano Pontífice en su empresa de arrojar de Italia á los españoles. El Duque de Alba fué el encargado de que no se cumpliesen los deseos de Paulo IV. Nombrado capitán general de los ejércitos de Italia, llevó á cabo una serie de operaciones coronadas siempre por ventajas tan grandes, que si Roma no fué tomada á viva fuerza, como en tiempo de Carlos V, acaso sea preciso buscar la causa de esto en que la piedad del ferviente católico malogró los planes del experto y valeroso caudillo.

Terminada la guerra con el papa Paulo IV, y ajustada con Francia la paz, mediante el tratado de Cateau-Cambrésis (2), el Duque de Alba, que, en union del cardenal Granvella y Guillermo de Orange, habia representado á España en la celebración de este tratado, permaneció en la corte asistiendo á los consejos de Felipe II; y es de notar que su parecer fué contrario á la publicacion del edicto que produjo el levantamiento de los moriscos de Granada.

Llega ahora el momento en que tenemos que tratar del gobierno del Duque de Alba en los Países-Bajos. No hay duda posible respecto á los méritos del caudillo que coronó sus sienes con el laurel de la victoria en la batalla de Jemmingen; pero grande es la controversia que existe acerca de los medios políticos empleados por el Duque de Alba con el fin de conservar la pureza de la fe católica y la dominacion del Rey de España en los Estados de Flándes. Dirémos lo que pensamos acerca de tan debatida cuestion.

Un poeta-soldado, Hernando de Acuña, resumió en un verso endecasílabo la aspiracion que informa toda la política de Carlos V y aun la de Felipe II:

Un Monarca, una Iglesia y una espada.

Un Monarca, el imperio universal; una Iglesia, el catolicismo como religion de todos los seres humanos; una espada, una sola fuerza pública que sostuviese aquella inmensa unidad religiosa y política.

El Duque de Alba fué un gran general, que puso toda su inteligencia y toda la energía de su carácter al servicio de la política *unitaria*, valga la palabra, de Carlos V y Felipe II; pero la monarquía universal era un ensueño de imposible realizacion, y á la unidad de la creencia religiosa jamas podrá llegarse por el camino de violentas imposiciones; y así, aquella política equivocada en sus fines produjo, andando el tiempo, la agonía de España en el reinado de Carlos II y fué impotente para evitar el desenvolvimiento de la reforma luterana, puesto que al terminarse la *guerra de los treinta años*, que para nuestra patria fué de *cuarenta*, hubo que re-

(2) Muchos historiadores escriben: *Château-Cambrésis*; pero debe escribirse como en el texto aparece: *Cateau-Cambrésis*.



conocer el hecho de la existencia del protestantismo con sus diferentes sectas y divisiones internas.

El Duque de Alba, en su gobierno de los Países-Bajos, representa fielmente el absolutismo monárquico y la intolerancia religiosa de Felipe II. La sospecha de deslealtad al Monarca era imperdonable delito; y el vencedor de San Quintin y de Malinas, el Conde de Egmont, fué decapitado. El embajador frances escribia: «He visto rodar la cabeza del caudillo que por dos veces hizo temblar á Francia» (1).

Un historiador, D. Victor Gebhardt, que por cierto no es demócrata ni libre pensador, acepta como verdadera la afirmacion de los escritores flamencos, que cuentan que en una sola noche, la del Miércoles de Ceniza del año 1568, «se prendieron cerca de 500 personas, que fueron todas ajusticiadas.»

Sin pretender justificar por completo tan duros procedimientos, recordáremos que no es privativo de Felipe II y del Duque de Alba el uso del terror como medio de gobierno. Bien cercano se halla el ejemplo de la Revolucion francesa del pasado siglo, y Robespierre, y Danton, y Marat, en nombre de la libertad y del progreso humano, empleaban las cuchillas de la guillotina con tanta ó más frecuencia que el Duque de Alba las hachas de los verdugos. Y en tiempos aún más cercanos á nosotros, los ingleses, en las insurrecciones de la India, y los franceses para castigar á los comunistas de París, han usado y aún abusado de la pena de muerte; y recordando que escribimos estas líneas en los primeros dias del mes de Mayo, justo es que consignemos que el Gran Duque de Berg, el célebre Murat, quiso ahogar en sangre el grito de independencia que lanzaron los madrileños en 1808, y los fusilamientos entónces ordenados, por todos conceptos son más injustos y más crueles que las ejecuciones que en Flándes decretó el *Tribunal de los Tumultos*, por el Duque de Alba establecido. Condénese la política de los Austrias por aspirar á lo imposible, y por tanto, ser necesariamente desastrosa en sus definitivos resultados; pero no se condenen sus procedimientos, que son los que hasta ahora se han empleado y se emplean en los grandes conflictos sociales, en todos los casos en que el derecho de la guerra sustituye á la justicia de la paz; y aún en la condenacion de esta política, sálvese aquella parte que Hernando de Acuña resumió en su frase *y una espada*, porque ciertamente las armas españolas en los reinados de Carlos V y de Felipe II, y aún en tiempos muy posteriores, realizan hechos tan gloriosos, que sólo en Grecia y Roma pueden hallarse iguales y nunca superiores.

Los ejércitos españoles luchan y vencen en Europa y en América, en África y en Asia, y lo mismo bajo el ardiente sol de Túnez, que en las heladas márgenes del Rhin, lo mismo en los bosques vírgenes de América, que en los pantanos de Holanda; en todas partes, contra el turco feroz, y el indio salvaje, y el inteligente alemán, y el frances impetuoso, y el astuto italiano, y el reposado flamenco; en todas partes el soldado español aparece contrarrestando, con sin igual esfuerzo siempre, y con feliz resultado las más veces,

(1) Algun dato histórico autoriza á creer que el Duque de Alba procuró evitar que fuesen ajusticiados los Condes de Egmont y de Horn. Véase acerca de este asunto lo que se dice en las *Obras inéditas del Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana*, página LVIII.

los rigores de opuestos climas y el empuje de diversas gentes.

Buckle, en su *Introduccion á la Historia de la civilizacion en Inglaterra*, ha observado que la superioridad militar de los antiguos griegos y romanos consistia en que los caudillos de sus ejércitos eran á la vez filósofos, oradores, poetas y literatos, y que al propio tiempo los filósofos, oradores, poetas y literatos tomaban las armas y servian de soldados. Solon, Pericles, Epaminóndas, Tucídides, Xenofonte, Tirteo, Polibio, César y otros muchos supieron de milicia teórica ó prácticamente, y al propio tiempo brillaron en la política, en la oratoria, en la poesía ó en el arte de la historia; y esos filósofos, oradores, estadistas y poetas, que se llaman Sócrates, Platon, Antístenes, Architas, Demóstenes, Esquino, Sófoeles, Horacio, Esquilo y otros de menor nombradía, sirvieron en el ejército durante más ó ménos tiempo.

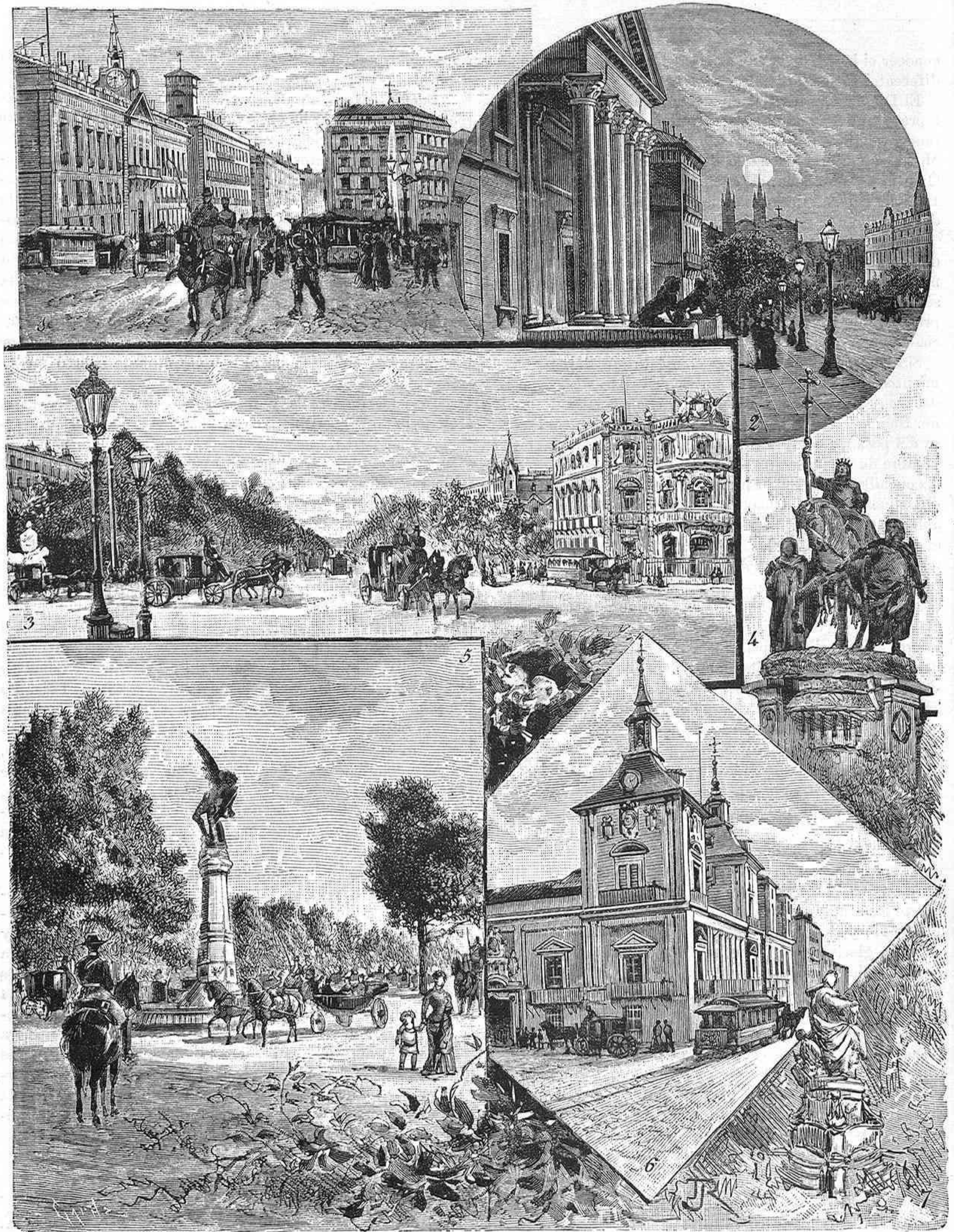
Después de Grecia y Roma, sólo en España se halla ejemplo de la compenetracion, digámoslo así, entre las armas y las letras, que Buckle señala como fundamento de la superioridad militar de aquellos pueblos. La mayor parte de los generales españoles de los siglos XVI y XVII son estadistas, poetas, literatos ó historiadores. Del Duque de Alba se conserva en la Biblioteca Nacional una obra manuscrita, *Discursos de Estado y Guerra*; D. Sancho de Londoño, Francisco Valdés, Cristóbal Lechuga, Francisco Verdugo y D. Sebastian Fernandez de Medrano, fueron tratadistas de milicia; el Principe de Esquilache, D. Carlos Coloma, don Diego Hurtado de Mendoza, Garci-Lasso de la Vega, el Conde de Rebolledo, D. Bernardino de Mendoza, el Conde de Osona, Francisco de Aldana, D. Francisco Manuel de Melo.... basta nombrar á estos generales y jefes del ejército español para que inmediatamente se recuerden sus méritos como poetas ó historiadores, y sabido es que militaron Cervantes, Camoens, Calderon, Lope de Vega, Ercilla, Rojas, D. Guillen de Castro, Espinel, Boscan, Francisco de Figueroa, Lopez de Zárate, Rey de Artieda, Argote de Molina, Cristóbal de Virues, Corte-Real, Baltasar del Alcázar, Gutierrez de Cetina, Montemayor, Hernando de Acuña, en suma, la mayor parte de nuestros escritores de los dos siglos de oro de las letras ibéricas (2).

Vemos, pues, que la Península Ibérica presenta un ejemplo en apoyo de las teorías que Buckle expone con referencia al modo de ser de los ejércitos griegos y romanos, y ciertamente que sólo la union de la inteligencia y de la fuerza, sólo la esmerada cultura y el singular arrojo de los generales y soldados del ejército español de los siglos XVI y XVII pudo contrabalancear durante largos años las poderosas causas que tendian á destruir el poderio de nuestra patria. Cuando España perdió su influencia en los Consejos de las grandes naciones, pudo calificar á sus estadistas de torpes y desacertados; pero jamas deberá olvidar que la pericia de sus generales y el valor de sus soldados habian conseguido gloriosas victorias, aún en los turbios dias de los reinados del tercero y del cuarto Felipe.

(2) Segun nos ha dicho el académico D. Cesáreo Fernandez Duro, existen poesías muy estimables del gran Duque de Osuna y del Conde de Fuentes. Cuando estas composiciones poéticas sean conocidas, se podrán añadir dos nuevos ejemplos de generales-poetas, que confirmarán más y más lo que en el texto se expresa.



MADRID.



1. Ministerio de la Gobernacion. — 2. Pórtico del Congreso de los Diputados. — 3. Paseo de Recoletos. — 4. Monumento de Isabel la Católica. — 5. Estatua del *Angel Caído*, en el *Parque de Madrid*. — 6. Casa Consistorial. — 7. Estatua de Calderon.

## V.

REGRESA Á ESPAÑA EL DUQUE DE ALBA.—SU PRISION EN LA VILLA DE UCEDA.—CAMPAÑA DE PORTUGAL.—DIGRESION ACERCA DE LA POLÍTICA INTERNACIONAL DE ESPAÑA.—MUERTE DEL DUQUE DE ALBA.

Felipe II llegó á convencerse que la política que por órdenes suyas seguía el Duque de Alba en los Países-Bajos no daba los resultados ventajosos que de su aplicación se había prometido. Así al ménos autoriza á creerlo, aparte de otros datos, el hecho innegable de haber sido relevado el Duque del mando de aquellos Estados y nombrado para reemplazarle al comendador D. Luis de Requesens, «de cuyo espíritu suave, dice un historiador, se esperaba que había de poner remedio en lo que se creía haber dañado la severidad del de Alba.»

Seis años había desempeñado el Duque el gobierno de Flándes. Llegó cuando la prudencia de la gobernadora doña Margarita de Austria había conseguido aplacar los odios y rivalidades de los magnates de aquel país, y nada perturbaba la tranquilidad pública, aunque secretamente se agitasen levantiscos pensamientos; y al partir para España el Duque de Alba ardía la guerra con su doble carácter religioso y político, y el nombre español era odiado por los flamencos en nombre de su independencia, y por los luteranos en el de sus creencias religiosas. Tal había sido la forzosa consecuencia de las medidas de terror que Felipe II había inspirado al genuino representante de su funesta política.

En Noviembre de 1573 hizo entrega el Duque de Alba á D. Luis de Requesens del gobierno de los Países-Bajos, y acompañado de su hijo D. Fadrique regresó á España, donde fué muy bien recibido por el Rey; pero poco tiempo despues de su llegada á la córte se verificó un suceso que dió á Felipe II motivo ó pretexto para mostrarse enojado y castigarle con no poca severidad.

El caso fué, segun se dice, que el hijo del Duque, don Fadrique de Toledo, dió palabra de casamiento á una dama de Palacio, y hallándose bastante remiso para casarse con ella, el Rey se enteró del asunto y mandó á D. Fadrique que no demorase por más tiempo el cumplimiento de su palabra; pero el hijo del Duque de Alba, en vez de obedecer el regio mandato, contrajo matrimonio con su prima doña María de Toledo, y Felipe II, sabiendo que el Duque había alentado la rebeldía de su hijo, le ordenó que se presentase en calidad de preso en el castillo de la villa de Uceda.

Por estos tiempos fué cuando el rey D. Sebastian de Portugal preparaba su expedición á África, y ántes de llevarla á cabo quiso oír el parecer del anciano y experimentado general Duque de Alba; pero éste consiguió evitar la entrevista porque, segun manifestó, estaba convencido de la firme resolución que tenía formada D. Sebastian de ir á África, y juzgando imposible hacerle desistir de ella, *no quería que nadie achacase á sus consejos la pérdida que preveía de un Rey y de un reino.* Sabido es que esta prevision del Duque de Alba se realizó en todas sus partes.

Felipe II se dispuso á completar la obra de los Reyes Católicos uniendo bajo su cetro todas las várias partes que constituyen la unidad geográfica de la Península Ibérica. Envió un emisario al castillo de Uceda y preguntó al Duque

de Alba si se hallaba dispuesto á mandar el ejército que había de combatir contra el prior de Crato, D. Antonio, que también pretendía la corona de Portugal. La contestación del Duque de Alba fué tan satisfactoria como era de esperar, y Felipe II, confiando en su pericia, puso á sus órdenes 24.000 soldados de infantería, 1.600 ginetes y 25 piezas de artillería para que llevase á cabo la empresa que se le encomendaba.

La campaña de Portugal fué breve y gloriosa para el Duque de Alba. La batalla de Alcántara puso término á las pretensiones del prior de Crato, y Felipe II fué proclamado Rey de Portugal en el día 29 de Junio de 1581. Realizada así la unidad de la Península Ibérica, se presentó entonces ocasión propicia para que el monarca español emprendiese el rumbo político que de consuno aconsejaban la razón de Estado y nuestras tradiciones históricas. Si Felipe II hubiese fijado en Lisboa la capital de su reino, parece muy probable que se hubiera consolidado para siempre la unión entre Portugal y España; y la circunstancia de que la córte residiese en un puerto de mar era por extremo favorable para una nación que poseía tantas y tan vastas comarcas en América y Asia, y cuyo porvenir de futuros engrandecimientos estaba sin duda alguna en las cercanas tierras del continente africano.

Conservar la unidad nacional de la Península Ibérica y constituir un gran Imperio colonial, semejante al que hoy ha formado la sagaz política de Inglaterra; emplear los tesoros que los galeones traían de América en grandes obras de utilidad pública y en la conquista y sucesiva colonización de África, esta era la política que pudo y debió seguir Felipe II despues de haber sido proclamado Rey de Portugal; pero.... no queremos exponer nuestro juicio, oiganse las palabras del académico D. Alejandro Llorente en su *Introducción á los Comentarios de las cosas sucedidas en los Países-Bajos de Flándes*, por D. Diego de Villalobos. Dice así el Sr. Llorente, juzgando el reinado de D. Felipe II:

«Tras de los primeros y más gloriosos años de aquel reinado, desde San Quintín hasta Lepanto, período de moderación relativa en el poder y de prudencia en los desig-nios, ¡cuántas luchas internas y cuántas guerras con extranjeros en todas las regiones del orbe, en Portugal y en Aragón, en Flándes y en Picardía, en Bretaña y en las dos Borgoñas, en las costas del Mediterráneo y en los mares del Norte, en África y en Asia, en el antiguo y en el nuevo mundo! ¡Cuántas fechas ilustres y cuántos nombres extraños de lugares recorridos con diversa suerte por los españoles! Para no hablar de París y de Ruan, de Gembloux y de Ambéres, y tantos otros como fuera posible citar, Coron y Modon, la isla de San Miguel, los Guerguenes, Zebú y Luzon, Tucapel y Maregnano. ¡Cuántos gloriosos trofeos! ¡cuántas empresas temerarias! ¡cuántas onerosas conquistas! ¡qué formidable multitud de enemigos á un propio tiempo! ¡qué rápido consumo de hombres, de dinero, de toda la savia nacional!»

Las paces de Vervins, indica también el Sr. Llorente, las paces de Vervins, muy distintas en verdad á las de Cateau-Cambresis, tan gloriosas para España, fueron el triste final que tuvo la política de Felipe II.

La mayoría de los historiadores, si no todos, están de acuerdo en señalar el tratado de Vervins como el punto

donde comienza el abatimiento del poderío político de la nación española.

Llevados por la penosa impresión que en nuestro ánimo produce el recuerdo de la unión de Portugal con todos los otros reinos que constituían la España de la Edad Media, porque este recuerdo está siempre acompañado de otro, el de la ruptura de la unidad ibérica en 1568, que es el más funesto resultado de la política antiespañola de la dinastía austriaca (1), nos hemos olvidado de que, en nuestra calidad de biógrafos del Duque de Alba, tal vez traspasábamos los límites propios del presente escrito, engolfándonos en consideraciones que sólo tendrían adecuado lugar en estudios ó monografías referentes á la historia general de la Península Ibérica.

Pase como digresión, más ó menos disculpable, todo lo últimamente expuesto en orden á lo que llamaba el Marqués de Valdegamas *los intereses permanentes de la política española*, y anudemos aquí el roto hilo de nuestro relato biográfico.

Felizmente terminada la guerra de Portugal, el Duque de Alba pidió permiso para retirarse á su casa; pero Felipe II se lo negó, diciendo que no quería que se alejase de su lado un servidor tan fiel como lo era el Duque. Sin embargo de estas cortesanías frases, el Duque de Alba intervenía poco ó nada en los negocios de Estado, tanto porque el Rey no le tenía gran afecto, cuanto porque los achaques y padecimientos de su ya avanzada edad no se lo permitían. Agraváronse estos padecimientos, y el día 12 de Enero de 1582 falleció el Duque de Alba en el Palacio real de Lisboa, siendo auxiliado en sus últimos momentos por el famoso escritor místico Fr. Luis de Granada.

La muerte del Duque de Alba, al decir de algunos historiadores, causó gran pena á Felipe II; pero otros afirman que le fué de todo punto indiferente, y quizá haya algo de verdad en ambas apreciaciones, aunque parecen tan diametralmente opuestas. Explicarémos nuestro pensamiento.

Enterado Felipe II por el doctor Villafañá de que los soldados del ejército de Portugal solían decir en son de queja *que habían ganado un reino como se gana el de los cielos, ayunando á pan y agua*, aludiendo á que durante mucho tiempo el alimento de las tropas estaba reducido á raciones de pan, manifestó el deseo de que fueran reprimidas estas murmuraciones; pero el Duque de Alba dijo que le parecía cruel castigar por tan pequeño motivo á los que, habiendo llevado á cabo una empresa que aumentaba considerable-

(1) El ilustre general D. José Gomez de Arceche, en un discurso que ha poco tiempo leyó en la cátedra del Centro Militar, señalando la suma importancia de la unión política de Portugal y España, decía lo siguiente:

« ¡Cuán otros habrían sido los destinos de España y Portugal de no haberse roto los lazos que la Naturaleza parece imponer á las dos monarquías peninsulares! Porque reconstituid, señores, la España de fines del siglo último con todas sus colonias, el oro de América, las naves que surcaban los grandes Océanos, y no lograréis que sea potencia de primer orden; pero quitadla todavía esa Isla de Cuba á tanta costa conservada, las Filipinas que nos ofrecen un porvenir tan brillante, cuanto nos queda del otro lado de los mares, que vale por un imperio entero, y devolvedla el territorio lusitano, tan imprudentemente cedido, disputado con tanta flojedad y torpeza, y veis á nuestra patria solicitada por todos y de todos requerida para el mantenimiento del equilibrio europeo, y con voz y voto en los Congresos de las grandes potencias. »

Recuerda después el general Arceche la moderna teoría de las *nacionalidades*, y hace observar que esta teoría conduce derechamente á la reconstitución de la unidad ibérica.

mente la riqueza de su patria, se veían reducidos á una pobreza muy cercana de la miseria. Felipe II, al verse contrariado en sus deseos, exclamó con mal reprimido enojo: *Hay que tolerar al Duque de Alba su excesiva altivez, en atención á su valor y mérito*. Á poco de haber pasado este incidente, murió el Duque de Alba. Presumible es que Felipe II no lamentase la muerte del vasallo *excesivamente altivo*; pero es probable que el Rey sintiese la pérdida del general, que por su *valor y mérito* era de todo punto irremplazable.

## VI.

UN RETRATO DEL DUQUE DE ALBA PINTADO POR EL TIZIANO.  
—LO QUE PODRIA DECIR EL DUQUE DE ALBA EN JUSTIFICACION DE SU CONDUCTA COMO GENERAL Y COMO ESTADISTA.

Há pocos días, á contar de la fecha de hoy en que Madrid celebra la festividad de su patron San Isidro; há pocos días contemplaba el autor de estas líneas el retrato del vencedor de Muhlberg, Jemmingen y Alcántara, que se halla en el suntuoso palacio de los Duques de Liria, propiedad y morada del actual Duque de Alba, D. Carlos María Stuart y Portocarrero. El pincel del Tiziano ha presentado al insigne general español vistiendo lujosa y fuerte armadura, pendientes de su cuello las insignias de la orden del Toison de Oro, y empuñando el cetro ó baston corto de los vireyes y de los capitanes generales que ejercían mandos militares en nombre y representación de la suprema autoridad del Rey de España.

Enjuto de carnes; la barba completa, encanecida y no muy larga; negro y espeso el cabello; moreno el color; grandes los ojos y viva la mirada; la boca, la nariz y la frente, con regularidad proporcionadas; el cuerpo del Duque de Alba era fiel trasunto de las condiciones de su espíritu, en que las ideas de unidad y de orden se sobreponían á esa vaga aspiración á lo infinito y á esa ardiente sed de lo verdadero, que vemos reflejadas en los soñadores ojos de los poetas y de los místicos, y en las anchas y arrugadas frentes de los teólogos y de los filósofos.

Fijando la atención en aquel cuadro, que se halla puesto en un caballete y rodeado de una elegante colgadura que cubre parte de su dorado marco y aún algo de su fondo; fijando la atención en aquel cuadro, donde el genio pictórico del Tiziano ha dado la inmortalidad del arte á la imagen representativa del gran Duque de Alba, nos parecía oír la palabra del tan censurado gobernador de los Países-Bajos, que en justa y natural defensa de su conducta política nos decía así:

« Se me acusa de católico fanático y de cruel gobernante, y al lanzar sobre mí estas acusaciones, se olvida el estado de la conciencia religiosa y las teorías de gobierno en mi tiempo dominante. Si los católicos del siglo XVI creíamos que al defender nuestra fe servíamos á Dios, igual creencia tenían nuestros enemigos los luteranos. Mucho se habla ahora del respeto debido á la libertad de la conciencia; pero si apareciese una secta que en nombre de su fe religiosa pretendiese establecer los sacrificios humanos como parte del culto de su Dios y tratase de sustituir con la poliga-

# Primavera



PISCIS



ARIEN

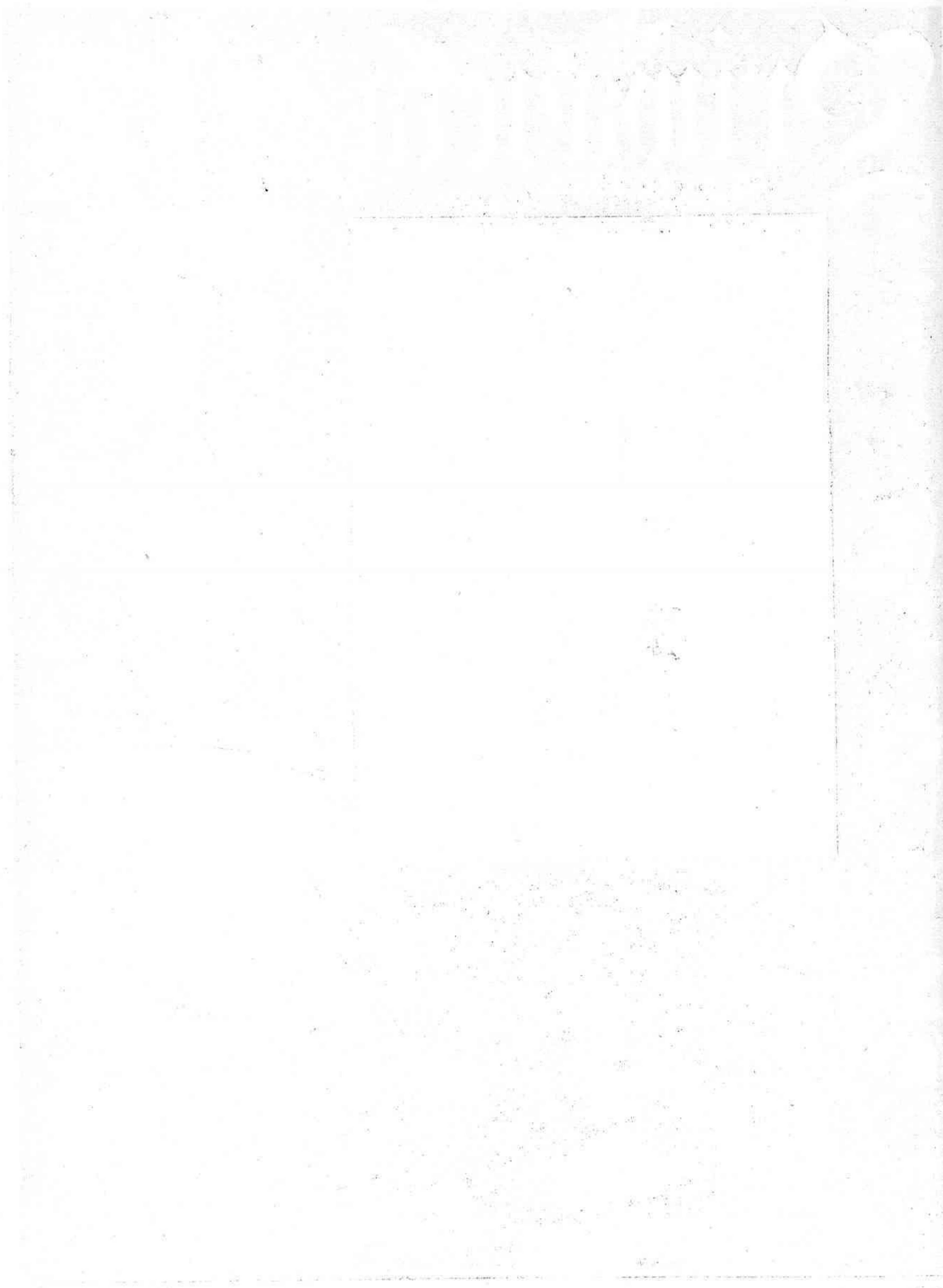


TAURO



ANELIDA  
85

Rico



mia la actual forma de la familia, es seguro que los tolerantes hijos del siglo XIX emplearían el hierro y el fuego contra los creyentes en esta religion, si ellos, como los flamencos sectarios de Lutero, se alzaban en armas para destruir el poder público que no les consentía la propagacion de sus heréticas doctrinas. Acaso se me dirá que los sacrificios humanos y la poligamia constituyen delitos y actos de inmoralidad que no pueden ser permitidos en ninguna sociedad bien ordenada; y á esto contestaré que nosotros entendíamos que la desobediencia á la autoridad del Soberano Pontífice, representante en la tierra de la verdad revelada por Nuestro Señor Jesucristo, era un delito tan grande como los mayores de los que en las leyes civiles se hallan señalados.

» ¡Cruel! Creí yo siempre que el castigo de los rebeldes á la autoridad de su soberano era necesaria justicia y no crueldad reprehensible. Si dispuse sangrientas ejecuciones en los herejes que negaban la verdad de mi religion y en los vasallos desleales que negaban la obediencia á mi Rey, así cumplía mis obligaciones de gobernador de los Estados de Flándes en nombre del católico monarca D. Felipe II.

» ¡Cruel! Yo procuré, siempre que la ocasion lo permitia, vencer sin combatir, para ahorrar á mis soldados muertes y heridas, y para no fiar á la mudable suerte de las armas el resultado final de mis planes militares. Recuerdo que en cierta ocasion en que yo me negué á dar la orden de combatir, aunque sabía bien que el ejército lo deseaba, un capitán de arcabuceros á caballo arrojó al suelo una pistola que en la mano tenia, exclamando con reconcentrada ira:

» — ¡*Está visto que el Duque nunca quiere combatir!*

» Por acaso oí yo estas palabras, y le contesté sonriendo:

» — *Así debe ser; los soldados, deseando combatir siempre; los generales, cuando convenga.*

» El Duque de Alba se sentía pequeño en presencia de Felipe II, y una frase algo severa de este rey bastaba para intimidarle. Así lo ha dicho el Duque de San Miguel; pero lo cierto es que yo fui siempre vasallo leal, y nunca sumiso cortesano. Yo fui el único que se atrevió á decir al emperador Carlos V que debía pagar la visita que le habia hecho en Aguas-Muertas el rey Francisco I de Francia, y por haber seguido felizmente mi consejo muchas veces, me dijo el César que habia sido el *conservador de su honra*. Mi parecer, contrario al del rey D. Felipe II, cuando sometió á la deliberacion de su Consejo las medidas de rigor que se tomaron contra los moriscos de Granada y dieron motivo á su alzamiento en armas; mi resistencia á las órdenes del Rey cuando éstas llegaron á querer arreglar los asuntos de mi casa disponiendo el matrimonio de mi hijo D. Fadrique con una dama de Palacio, y por último, mi respuesta cuando el doctor Francisco Villafaña estuvo encargado de averiguar los abusos que hubieran cometido los soldados españoles en la guerra de Portugal, son hechos de verdad notoria en que se prueba que mi respeto al Rey jamas se trocó en temerosa bajeza.

» No pido elogios á la posteridad; pido sí que la Historia consigne que, siendo yo ferviente católico y fiel vasallo, serví á mi religion y á mi Rey conforme se entendían estos servicios en mi tiempo y en mi patria; si error hubo en al-

gunas de mis resoluciones, culpa será de las creencias y de las ideas en mi época dominantes; fui un español del siglo XVI, que empleó todo el esfuerzo de su brazo y todas las potencias de su alma en defender la unidad de la Iglesia en el orden religioso y la supremacia de España en el orden político, y así juzgué que cumplía mis dobles obligaciones de soldado leal y de creyente católico.»

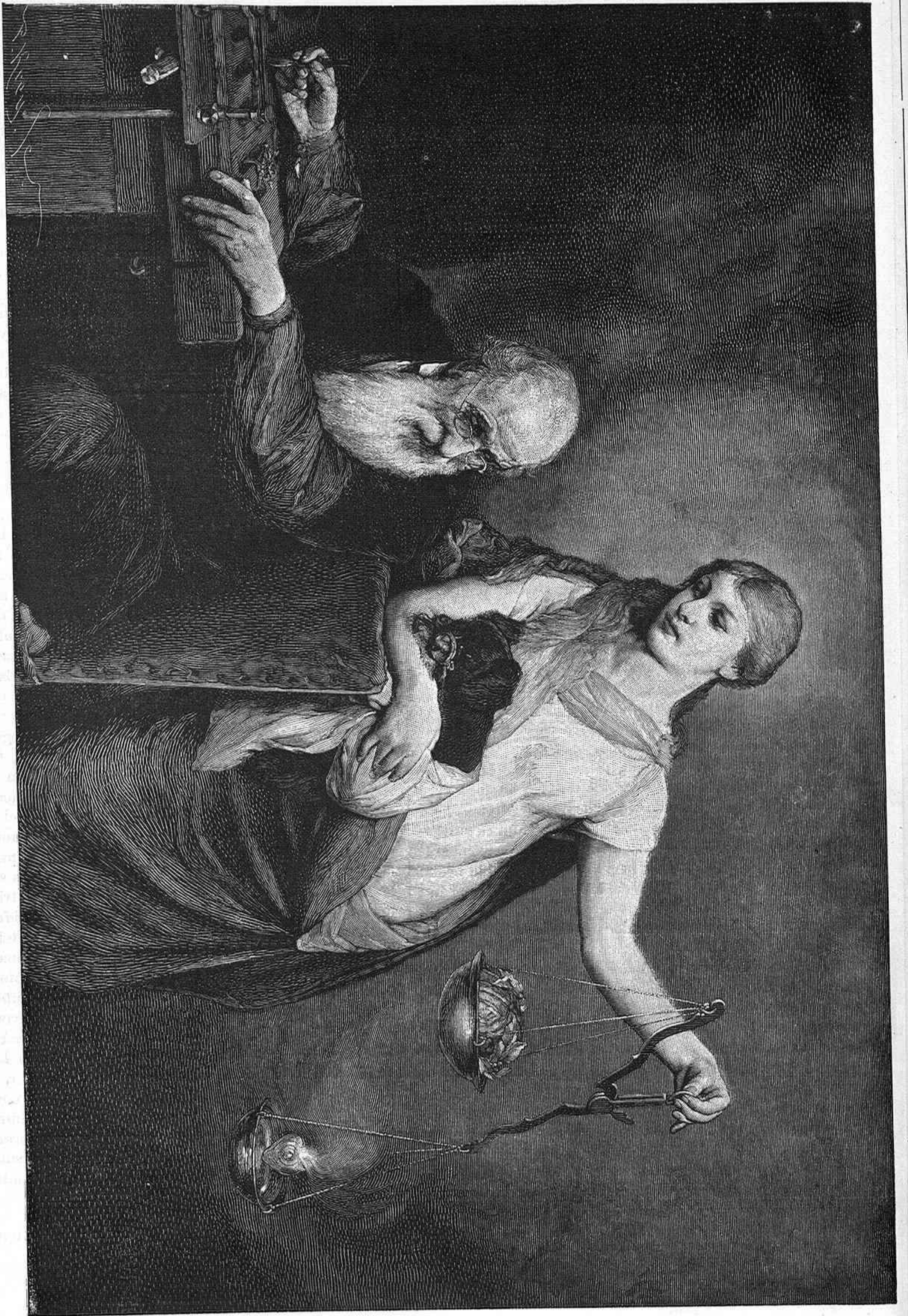
Sí; razon tendria el Duque de Alba, si rompiendo el mármol de su tumba se alzase airado, y con palabras aún más duras que las usadas por nosotros, increpase á los historiadores que han olvidado que lo que hoy se llama su fanatismo y su crueldad formaban parte del ideal religioso y político del siglo XVI, lo mismo entre los católicos que entre los secuaces de la religion reformada; razon tendria si dijese que de la firmeza de su fe y de sus convicciones dió claro testimonio, arriesgando repetidas veces su vida y la de sus hijos D. Fadrique, D. Fernando y D. Garcia en los campos de batalla y en los rigores de los abrasados arenales de África y de las heladas campañas del norte de Europa.

Y no se deduzca de lo dicho que el Duque de Alba era tan sólo lo que hoy llamamos *un hombre de accion*, esto es, un servidor casi inconsciente del movimiento y de la actividad del cuerpo social; no por cierto. En las *Cartas morales, militares, civiles y literarias* (Madrid, 1734), publicadas por D. Gregorio Mayans, se halla una escrita por el Duque de Alba, que por sí sola bastaria para acreditarle de varon de consejo y sagaz político. Dirigida esta carta al insigne D. Juan de Austria, cuando fué nombrado *Capitan general de la Mar*, como entónces se decia, poco ántes de la batalla de Lepanto, el Duque le hace los *advertimientos que se le ofrecen en general*, que, segun afirma, no tienen otro valor que haberlos *deprendido de su padre*, esto es, segun aparece claro en el giro que la frase tiene en la carta, haberlos aprendido del Emperador Carlos V. Amparado con la autoridad de tal maestro, el Duque de Alba expone acertadísimas ideas acerca de la conducta que debe seguir el general en el mando y disposicion de sus tropas; y es notable en esta carta el alto concepto que tenía de la aptitud militar de los alemanes, puesto que hablando de los muchos soldados bisoños que iban en el ejército de D. Juan de Austria, dice textualmente: *Los alemanes, éstos siempre se pueden tener por soldados viejos*. A profecía suena este aserto del Duque de Alba despues de la última guerra franco-alemana.

Tiempo es ya de poner término á esta reseña biográfica, que no debe traspasar los límites estrechos de la publicacion donde ha de insertarse. Y bien considerado, parécenos que lo hasta aquí dicho es suficiente para que los lectores de buena voluntad reconstituyan en su imaginacion la figura histórica del noble D. Fernando Alvarez de Toledo, *el gran Duque de Alba*, tal como realmente fué, y no como nos la presentan los biógrafos que se han dejado influir en sus juicios «por el criterio protestante que combatieron nuestros padres dos siglos enteros, ó bien por el prisma de la soberbia francesa, que mantuvieron nuestras banderas en humillacion durante tantos años.»

LUIS VIDART.

Madrid, 15 de Mayo de 1885.



«LA VIVISECCION.»—(CUADRO ALEGÓRICO, DE LA ESCUELA ALEMANA CONTEMPORÁNEA.)



# DESPERDICIOS QUE SON ORO.

AL SR. D. JUAN ITURRALDE Y SUIT, ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES, EN PAMPLONA.

Madrid, 30 de Mayo de 1885.

**D**AY atrevimiento, mi querido amigo, en dirigirme á V. con recuerdos de su país. Á usted, que tantos datos me está suministrando sobre los sucesos y los monumentos de ese antiguo reino, ¿qué podré yo decirle, que le interese, de los reinados de esos príncipes *sabios, fuertes, nobles, y aun luengos, temblorosos, calvos y malos?* Usted y sus ilustrados colegas de la *Revista Euskara* y de la *Euskal-erria* tienen ya espigado el campo de esas investigaciones, recogidas las migajas que dejaron los epulones de la historia, beneficiados sus preciosos escoriales, amontonados los retales que abandonaron á nuestra codicia aquellos graves y clásicos escritores empeñados en cortar el paño de la historia patria al estilo de Tácito y Tito-Livio. Desdeñosos ellos con los pormenores que nos suministran la *tinta local* para los cuadros de la vida privada y pública de los tiempos que fueron, cerraron los ojos para no ver documentos inapreciables que hoy utilizan VV. con gloria suya y provecho de la ciencia. ¿Lograré yo, llamándome á la parte y espigando ahora el mismo camino recorrido por la espigadora, amasar con lo recogido un panecito siquiera, no indigno de ser ofrendado al querido maestro? Acaso sí, porque la fortuna es ciega y no siempre pone la margarita al alcance del hábil joyero, sino que á veces la deja caer entre las manos del artesano ramplon.

Me dedica V. en el número del 30 de Enero último de la justamente aplaudida *Euskal-erria*, un bellissimo artículo titulado *Recuerdos de Ujué*, brillante continuacion de los muchos estudios con que su elegante pluma (acompañada de su diestro lápiz) enriqueció los seis nutridos volúmenes de la *Revista Euskara*, en mal hora interrumpida; y revolviendo yo las memorias adheridas á los vetustos paredones del santuario que V. tan atinadamente describe y dibuja, he hallado por casual coincidencia una migaja histórica que ofrecerle en correspondencia á su galante obsequio; porque es cabalmente parte de la noticia biográfica del monarca más devoto de Santa María de Ujué lo que constituye mi modesta oblacion.

Un documento, nunca publicado hasta ahora, relativo al reinado de ese mismo D. Carlos II, á quien unos apellidan *el Malo* y otros *el Justiciero*, y que es un extracto de varios libros é instrumentos concernientes á su muerte, entierro y sepultura, va á suministrarme la materia de esta carta; porque al contemplar los fieles apuntes gráficos que á su artículo de

usted acompañan, é impresionado el ánimo con el aspecto melancólico—casi diría terrífico—de las vistas de Ujué, con tan feliz espontaneidad tomadas por V. mismo en preciosas acuarelas (1), todo lo concerniente á la muerte de aquel enigmático monarca me parece preferible como tema de un bosquejo histórico, á cuantas noticias pudiera yo allegar sobre su vida tormentosa, asendereada y todavía oscura.

Es el caso que al referir Yanguas, en su *Diccionario de antigüedades del reino de Navarra*, la muerte, embalsamamiento y entierro del rey D. Carlos II, se contenta con estos párrafos:

«Murió en 1.º de Enero de 1387 (el texto dice 1386, pero Era de la Encarnacion). El príncipe D. Carlos se hallaba entonces en Castilla y quedaron por gobernadores del reino, hasta su venida, los albaceas Fr. García de Eugüi, confesor de Carlos II y obispo de Bayona, y Carlos de Beaumont, Alferez de Navarra. En 2 de Enero se comenzó á abrir el sepulcro en el coro de Santa María de Pamplona: asistieron doce trabajadores desde el mediodía y continuaron toda la noche sacando tierra. El día de Navidad anterior se mandó un expreso al príncipe D. Carlos diciéndole el estado de la enfermedad del Rey su padre: el día 1.º de Enero marchó otro expreso comunicándole la muerte. Leonel, hijo bastardo del Rey, marchó también á Castilla para acompañar á su hermano. Seis caballos ricamente enjaezados fueron ofrecidos en el entierro. Se gastaron en el túmulo 3.214 panes de oro y 662 de plata. El corazón y los intestinos del Rey se pusieron en dos cajas de plomo y se depositaron, la primera en la iglesia de Nuestra Señora de Ujué, y la segunda en la de Roncesvalles. El príncipe D. Carlos hizo el duelo. Se tocaron las campanas de Santa María de Pamplona quince días con sus noches, que estuvo el cuerpo de presente. Fué embalsamado con *mirra, áloes, cicotrin, gali et musquet, sendals, muscacerin, nueces de cipres, linaloes, alun de roca, resina, goma arábiga y otras drogas.*» Diminuta en verdad es la noticia.

No diré haber hallado cosa concluyente y segura en cuanto al modo como terminó su vida el rey D. Carlos *el Malo*; pero sí afirmo que lo que refieren algunos historiadores de su desastroso lance final es pura conseja. El juicioso P. Aleison discutió el tema con su buena crítica usual, y á mi pa-

(1) El Sr. Iturralde ha tenido la bondad de prestarme, para el libro que escribo sobre *Navarra y Logroño*, todos los apuntes y acuarelas de su viaje á Ujué, y es deber mio consignar este público testimonio de mi gratitud.

recer lo dilucidó suficientemente, si no para aclarar del todo los accidentes de la catástrofe, al menos para demostrar que el Rey no acabó desesperado y dando alaridos como un réprobo. El médico Pisciña, culpado de inventor de esta fábula por Garibay, escribió que el rey Carlos había contraído el mal de la lepra, y que por la gran fatiga que este fuego le producía, le propinaron unos baños artificiales de azufre; y que incendiándose con una vela, mientras los tomaba, el pabellon de su cama, las llamas le envolvieron, y de las quemaduras falleció al tercer día, cuando hacía ya veintidos que guardaba el lecho. Esta especie, de color dramático tan subido, fué muy del gusto de los historiadores franceses, los cuales la amplificaron á su manera: Dupleix escribió que Carlos *el Malo*, príncipe funesto á la Francia, murió de una muerte digna de su vida, y tan horrible cuanto extraña, porque habiendo venido á una debilidad suma por efecto de sus relajadas costumbres, y á una falta de calor natural que le tenía siempre helado—*anémico* diríamos hoy—los médicos determinaron meterle entre sábanas empapadas en aguardiente, y estando una noche en esta disposición, al que cosía las sábanas se le ocurrió cortar el hilo aplicando á él la llama de la bujía, con lo que, prendiéndose el hilo, el lienzo y la cama, murió el Rey abrasado y rabiando. El mismo historiador trae otra versión no menos grotesca. Cuentan algunos, dice, que el incendio que devoró al Rey de Navarra no provino de la bujía, sino de un calentador en forma de bola hueca llena de ascuas, una de cuyas chispas salió por una abertura que se hizo en la bola, prendiendo fuego á la cama. Después de este percance vivió tres días en extrema postración, espantando á los que le asistían con gritos horribles y aullidos continuos, hasta que pasó miserablemente de este mundo al otro, dejando á los príncipes viciosos é impíos un pavoroso ejemplo de la justicia divina.

El P. Bussiéres concuerda con Dupleix, discrepando solamente en cuanto á los días que el Rey vivió después de abrasarse, pues dice que fueron *siete*.—Favin, en su *Historia de Navarra*, dió estas narraciones por fabulosas, y escribió: «La opinión más verosímil es que este príncipe, habiéndose dado toda su vida con locos excesos al vicio de la lujuria, adoleció de una lepra en gran manera fogosa y corrosiva, recompensa ordinaria de los que siguen el estandarte de la impúdica Venus, y vino á morir cayéndosele las carnes á pedazos; sin que de aquellos otros cuentos quede de verdadero más que el haberle mandado los médicos fomentos y baños sulfurosos.» En lo de la lepra siguió Favin á Pisciña y la *Historia latina* del P. Mariana (1); pero dió por probado lo de los estragos horripilantes de aquella erupción corrosiva, especie que el docto jesuita sólo atribuyó á exageraciones del vulgo.

Nuestros antiguos historiadores procedieron con menos pasión: Garibay impugna el cuento forjado sobre el fantástico aserto de Pisciña: «Este suceso de muerte de fuego, dice, no es para mí auténtico, así por no ser verosímil que el Rey estaría tan á mal recado que hubiese de suceder tan grande descuido y negligencia, como por no constar por ningún autor grave ni otra auténtica escritura, sino por solo Pisciña, que, como era médico, anduvo en esto, y en lo de las aguas de azufre, á su ordinario modo.»—El Pa-

(1) *Hist. de reb. hisp.*, lib. XVIII, cap. II.

dre Aleson sigue á Garibay y al Príncipe de Viana, el cual solo dice que el Rey «era muerto en el palacio del Obispo de Pamplona, primera noche de Enero año de 1386, bien ordenado de sus Sacramentos»; y hace la reflexión, muy sensata y oportuna, de que no constando en ningún escritor antiguo, fuera de Pisciña, ni en las muchas Memorias que hay de aquel tiempo, el menor indicio de semejante género de muerte, cuando á ser cierta se habría consignado alguna, especialmente en los monasterios del reino, donde los monjes apuntaban con singular cuidado los casos que podían servir de ejemplo, no se le debe dar asenso.—¿Cómo, pues, D. Modesto Lafuente, tan imparcial y justo de ordinario, se dejó arrastrar en esta materia por extranjas prevenciones? No acierto con la causa, pero leo en él con asombro estos renglones: «Si el sobrenombre que conserva (el de *Malo*) simboliza bien lo que fué en vida, las circunstancias de su muerte parecieron como una expiación providencial, pues murió de lepra entre horribles tormentos, abrasado además en el lecho en que yacía, y que se incendió casualmente con la luz de una candela, pereciendo el Rey entre los dolores de la enfermedad y los alaridos que le arrancaba el fuego de las llamas.» ¿Siguió por ventura á Yanguas? No: este sesudo historiador sólo dijo: «Murió de lepra, después de largos y crueles padecimientos» (2). Lafuente tomó del autor de la *Historia compendiada* lo que éste había aprendido en Pisciña, en Mariana y en Favin, en cuanto á la enfermedad de que murió el Rey; mas como no hay peor cuña que la de la misma madera, ocurre aquí que nuestro compatriota y colega recarga á capricho con negras tintas el cuadro ya harto terrífico que habían trazado Dupleix, el P. Bussiéres y Favin; porque aquéllos no dijeron que el Rey *Malo* muriese impenitente y como un réprobo, sino que sobrevivió algunos días á aquel dramático accidente, durante los cuales pudo arrepentirse de su mala vida pasada y morir como cristiano, recibiendo los Santos Sacramentos, según expresamente lo consignó el mismo Pisciña, progenitor de toda aquella maraña; mientras que nuestro D. Modesto le negó gratuitamente aquel último consuelo, haciendo á su pobre alma salir de estampía hácia los infiernos como la de un renegado, entre llamas, alaridos y horrores.—No trato de ahondar más respecto de la muerte de Carlos *el Malo*, suceso que cae de lleno dentro de su jurisdicción de VV. los que tienen á su disposición los ricos archivos de ese antiguo reino. Solo quiero consignar que del documento á que he de referirme en la continuación de esta carta, claramente se deduce que aquella muerte no fué un suceso repentino é inopinado como el supuesto incendio de la cama.—Y paso á las verdaderas postrimerías y al embalsamamiento, exequias y triple sepultura del Rey, materia en que ya me es dado contar algo nuevo, juntando los retales y desperdicios que desdeñó por enojosos el exagerado clasicismo de nuestros austeros predecesores.

Estamos en Pamplona, á fines de Diciembre del año 1386. El Rey se halla postrado en el lecho, en su palacio vulgarmente llamado del Obispo, por haber sido un tiempo morada de prelados. Es su lecho una ingeniosa máquina, construida probablemente por un carpintero llamado Aparici, con quien muy en breve haremos conocimiento: sostiénese en cuatro

(2) *Hist. compend. del reino de Nav.*

poleas, y tiene un aparato (*arnes* dice el texto) por medio del cual se suspende, de manera que el augusto enfermo, al colocarle en la postura conveniente, no perciba el movimiento ni experimente contacto alguno en las piernas, donde principalmente tiene su mal (1). Pero su dolencia inspira serios temores: Simonet Desnox es enviado el día de Navidad á Castilla con gran priesa y muy apremiante recado (2) á noticiar al Sr. Infante (3) la agravacion del Monarca. Lleva este expreso 10 libras de viático; y Michelet Gayzuru parte el mismo día á Aragon, con 66 sueldos de salario, en busca del médico del Sr. Cardenal (4). Tanto ha empeorado al concluir el año, que ya se anuncia próximo su fallecimiento. En semejante situacion, los regidores del reino acuerdan enviar mensajeros á Sangüesa y á Estella, para que los recaudadores vengan á la córte á manifestar el estado de las rentas de la Corona (5), negocio muy principal en aquella época de turbulencias y necesidades continuas.

Espira D. Carlos el día 1.º de Enero, é inmediatamente salen de Pamplona, despachados por los dos regidores, que son el Obispo de Bayona, confesor del Rey, Fr. García de Eugüi, y el Alférez del reino Carlos de Beaumont, dos mensajeros, uno á Castilla á noticiar al Infante heredero la muerte de su padre, y otro á Tudela para reunir fondos de los recaudadores de rentas (*recibidores é impositores*), y hacer acopio de cera, que por lo visto escasea en la capital. Es aquél el escudero Martin de Aybar, que lleva asignados 40 florines, y estotro el secretario del difunto Rey, Pere de Guirior. Envíase tambien al maestré Gil de Murceillo á Aragon á participar al Cardenal el lamentable suceso y á otros asuntos (6); y al mismo tiempo se va disponiendo todo lo necesario para el embalsamamiento del cadáver, el entierro, etcétera.—Llega el miércoles 2 de Enero de 1387 del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo (año 1386 de la Encarnacion, al estilo promiscuo de aquel tiempo). En el coro de la iglesia de Santa María, hoy la catedral, desde la hora de medio día están cavando y sacando tierra para hacer una fosa varios peones, entre los cuales nombraremos—á fin de que los historiadores demócratas no nos acusen de que menospreciamos el meritorio sudor del honrado bracero—á Juan de Zuaru, Pero de Arazuri, Miguel de Iruspieta, Martin Dayllo, Peret Dolaverri, el mozo Lope de Artiga, Peruco de Aranza y Lopeco de Esquirós. Cada uno de éstos cobrará 12 sueldos de jornal, dando por terminada su faena en toda la noche. El hortelano Pero Zia, que ha alquilado su rocin para acarrear la tierra, recibirá otros 12 sueldos; y

luego los albañiles (*mazoneros*) Pascual de Salinas, Miguel Baztan, Sancho de Berriz y aquel mismo Lope de Artiga que ahora cava el suelo, acarrearán piedra, la aparejarán y comenzarán al amanecer del jueves á revestir la fosa, con otros 12 sueldos de salario, más ocho sueldos para el mozo de Miguel Baztan, que les sirve de ayudante (7). Cuando el cadáver del Rey, despojado del corazon y de las entrañas, ocupe su sepultura, el mazonero Lope de Artiga la enlosará y cubrirá por 20 sueldos; Miguel Baztan, albañil tambien, hará de piedra *la calzada delante del altar de dicho coro, donde se cantan las misas del Rey*; y además se le darán 40 sueldos por enlosar y cubrir de piedra la huesa del rey don Felipe (padre de Carlos el Malo).

Aquel monarca tan temido, todo rigor é ímpetu, que desde su advenimiento al trono se granjeó el triste sobrenombre con que le señala la Historia por la sangrienta y tiránica escena del *punte de Miluce* (8), yace ahora, tronco inerte y deforme, sobre una mesa del palacio donde celebraron sus áulicos sus terribles triunfos, sus consejeros sus sábias medidas de gobierno, sus familiares sus buenas obras, y sus juglares y bufones sus regios deportes, entregado al cuchillo del judío Samuel (9), que va á abrirle en canal para extraer su corazon, destinado á Santa María de Ujué, y sus entrañas, consagradas á Santa María de Roncesvalles, é introducir en su cuerpo los ingredientes comprados para embalsamarle (10).

Ejecutábase entónces esta operacion con lo que llamaban *especias*, vocablo que reservamos hoy para designar ciertos vegetales con que se sazonan los manjares y guisados; y para hacerla en el cadáver del Rey se compraron á Pere D'Añorbe ocho onzas de mirra, seis onzas de áloe sucotriño (11), tres de algalia y almizcle (12), tres de sándalo (13), otras tantas de nueces de cipres, media onza de lináloe (14), y además alumbre de roca, resina, goma arábiga, etc., en cantidades que no se determinan.

Compráronse asimismo los lienzos necesarios para envolver el cadáver despojado de su corazon y entrañas; y fueron, una pieza de tela para el sudario, y para la envoltura una cantidad no indicada, pero considerable sin duda, porque á pesar de la confusion con que está extendida la cuenta, sin dificultad se colige que fueron muchas telas las que le rodearon al cuerpo, las primeras enceradas y engomadas, y las otras no. ¿Qué objeto tenían los lienzos encerados y engomados? No nos lo dice el que escribió el documento; pero si es cierto, como parece, que el Rey padecía de lepra ó de cualquier otro humor maligno (15), el hacer esos lienzos

(1) «Partidas en la enfermedad del Seynor Rey. Primeramente: Fusta para hacer un Lecho sobre quatro Poleas, et para hacer tres.... para cargar, que non tocasse en las cambas del Rey. Item para hacer este Lecho con su arnes,» etc.

(2) Con gran queja, dice el documento.

(3) Don Carlos, que luego fué III de este nombre.

(4) «A Michelco Gayzuru en el dicto día (de Navidad) por hir en Aragon por el fisigo (médico) del Cardenal, 66 sueldos.»

(5) «Por mandaderos imbiados por los dictos Seynors regidores el Obispo de Bayona et el Alferiz. Por dos mandaderos embiados á Sangüesa et á Estella en el Postrimero de Diciembre á los Recevidores por los hacer venir á Pamplona por saber deillos qual finaza podrán dar poral negocio del Rey, 20 sueldos.»

(6) «A Martin de Aybar escudero por hir en Castiella al dicto Seynor Infante por hacer Saber la muert del Rey, primero día de Jenero, 40 Florins á 22 sueldos seis dineros Pieza. A Pere de Guirior Secretario del Rey el qual fue embiado por los Recevidores á Tudela, á los Recevidores é Impositores por hacer finanzas de dineros et cera.»—«A el maestré Gil De Murceillo por hir en Aragon al Cardenal por decir la fin del Rey y otras mandaderias, 20 florines.»

(7) Los nombres de todos estos peones y artesanos, sus jornales y sus tareas, están minuciosamente consignados en el documento que voy utilizando.

(8) Sobre este suceso compuso una interesante leyenda el distinguido escritor y artista á quien dirigimos la presente carta.

(9) Bajo el título comun de *Expensas*, figura la partida de lo que se dió «á Samuel por su salario de obrir el cuerpo del Rey.»

(10) Para adobar el cuerpo del Seynor Rey, dice el texto.

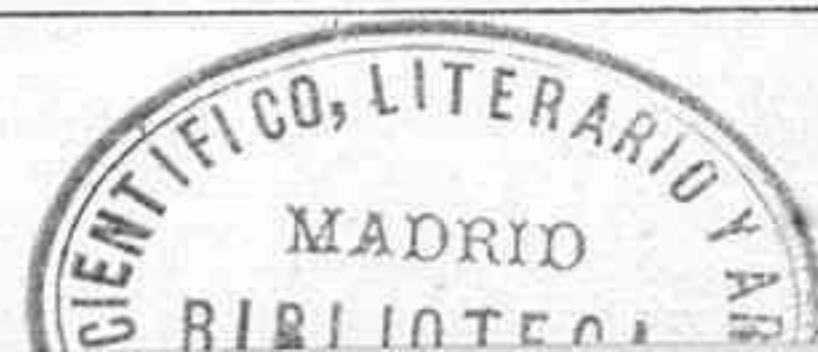
(11) Es el áloe de la isla de Socotora, reputado como el mejor. Se equivocó Yanguas haciendo dos drogas distintas, *álces* y *cicotrin*, de una sola.

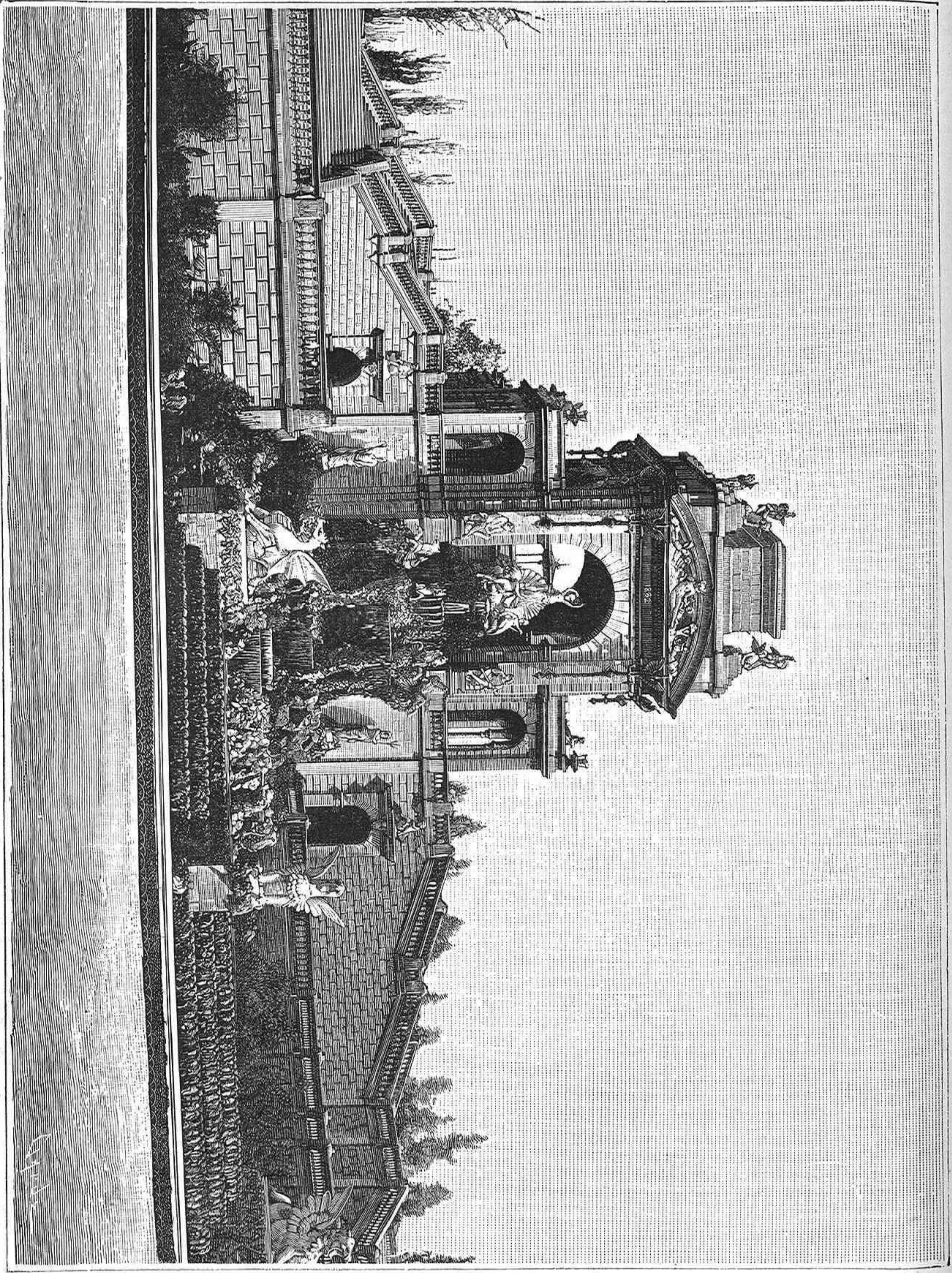
(12) *Gali et musquet* del texto.

(13) No acertamos con la equivalencia del *sendals muscacerin* del documento manuscrito.

(14) Lo mismo que áloe; es decir, que se compraron seis onzas del sucotriño y media del áloe comun.

(15) Compruébalo en cierto modo la circunstancia arriba mencionada de que la cama en que pasó el Rey su última enfermedad estaba construida de manera que no le tocasse en las piernas.





BARCELONA.—LA CASCADA DEL PARQUE.

impermeables con la goma y la cera pudo tener por causa el que no se evaporasen las sustancias aromáticas empleadas en el embalsamamiento, y se concentrase más su virtud, preservativa de la corrupción del cadáver.

Veamos qué se hizo con el corazón y las entrañas del augusto difunto. Habíanse comprado á Juan el estañero dos picheles de estaño, uno para el corazón y otro para los intestinos, que costaron 50 sueldos; y Samuel hizo la disección metiendo en cada recipiente la parte que allí había de conservarse, que suponemos llevaría el correspondiente *adobo* para curtirla. El mismo estañero soldó ambos picheles, pagándosele por su trabajo 33 sueldos y 3 dineros (1); y después de terminada la operación del embalsamamiento, rociado el cuerpo del Rey con agua de rosas (2), fué llevado en andas (3) á la capelardente dispuesta en una sala del palacio. Allí se nos muestran, con formas inciertas y confusas, además de unas colgaduras de *estopazo* que cubren las ventanas para que de día no penetre la luz (4), aprestos de que no acertamos á darnos cuenta (5), si bien con toda claridad discernimos sobre un cuerpo central, semejante á lo que llamamos hoy *cama imperial*, dos ataúdes, de los cuales ocupa uno el cadáver embalsamado del Rey, y otro los dos picheles que contienen su corazón y entrañas; bancos al rededor con antorchas, y descollando en los ángulos sendos candelabros (6).—La cama imperial donde están los dos ataúdes se halla cubierta de paños negros sencillos, sin el ornato que presentarán los paramentos del gran túmulo que se está disponiendo para las honras que han de celebrarse en la basilica de Santa María, los cuales serán verdaderamente magníficos, ya de paños negros sembrados de escudos con las armas reales, batidos de oro y plata, ya de ricos paños de oro con escudos y cruces matizados de colores. Doblan las campanas del templo desde el momento en que son depositados los dos ataúdes en la capelardente, y seguirá oyéndose en la ciudad el fúnebre tañido todo el tiempo que esté sin enterrar el régio cadáver, que serán quince días (7).

Actívanse entre tanto las obras para las triples exequias que han de celebrarse en Pamplona, Roncesvalles y Ujué. El carpintero Aparici construye los catafalcos (8) que deben armarse en las tres iglesias, los escabeles, los candelabros,

los bancos, el cerramiento que ha de rodear á cada túmulo, el altar que va á erigirse en el coro de la catedral, con su tarima y respaldo (9), la carroza ó féretro (10) en que con toda solemnidad ha de ser conducido el cadáver desde el palacio á Santa María. El cerrajero Iñigo de Ochavide bate ya los flejes que llevará esa carroza (11). Por su parte, los pintores Juan Oliver, Jimeno de Gorriz, Alfonso y Ferrando, dibujan á toda prisa, recortan, pintan y matizan con hojas de oro y plata las guarniciones de los paramentos fúnebres de que se revestirán los catafalcos, y los escudos de armas reales que realzarán los paños negros y los paños de oro (12); preparan además para adornar las tres iglesias de Pamplona, Roncesvalles y Ujué, 300 escudos grandes de papel, 200 medianos y otros 200 chicos, pintados de colores simples, sin plata ni oro, los cuales se enlazarán con garbosas guirnaldas negras (13). Los referidos pintores se encargaron asimismo de los paramentos y arreos de los seis caballos que han de tirar del carro fúnebre, y de seis cotas armeras, acaso para otros tantos palafreneros, y de pintar la divisa ó mote del Rey y su yelmo (14), y han comprado á Pascual Cruzat el mayor, por tres florines, un escudo colosal de madera con las armas reales, que pondrán en Santa María, no sabemos dónde, y á Pascalet Cruzat el jóven tres escudos medianos, también de madera, á dos florines la pieza (15); amén de otros seis escudetes pequeños de los llamados *blasones*, tres astas para pendones y gran cantidad de cinta para los jaeces de los caballos (16).—Las hojas de oro gastadas en los referidos paramentos pasan de 3.200, y de 660 las de plata, ajustadas con el batidor de oro maestro Bernar (17).

Las cubiertas de los seis caballos, ofrecidos ya para la próxima solemnidad, son de tafetan negro, y las cotas de armas de los palafreneros son acaso de la misma estofa. Unas y otras han sido cortadas por un tal Berdor, que sin

(9) Á especie nueva me suena un altar con respaldo en el siglo XIV, pero así lo describe el documento.

(10) Carreton dice el texto.

(11) «Esta es la obra por mi Iñigo de Ochavide Sarragero fecha por el Carreton del Seynor Rey defunto á qui Dios perdona por mandamiento de Aparici el Carpintero. Primo, ocho Plancas limadas para los quatro Pies del Carreton, etc.»

(12) «Partidas de las Recetas que han recebido Juan Oliver, Semeno de Gorriz, etc., por mandamiento de Raulin de Chesnes, tanto de la Guarnicion del Seynor Rey como de las Personas de Yuso contenidas para facer la Goarnicion del Enterrorio del Seynor Rey qui Dios le aya la su Anima.» Bajo este título figuran todas las expensas ocasionadas por dichos pintores en el ornato de las tres iglesias, de los túmulos y de los paramentos de los caballos.

(13) Item por pintar de colores simples sobre paper 700 Escudos á las armas del Rey por meter en las Iglesias de Santa María de Pamplona, y de Santa María de Uxue y de Santa María de Roncesvalles et y facer las Garlandas negras en que son et seran los dictos Escudos.» Otro documento de la misma cuenta expresa el número y tamaño de los escudos destinados á cada iglesia.

(14) «Seis Arneses de cavallos batidos de oro y de Plata á las Armas Reales seis Cotas Armeras vatidas de oro et de Plata á las Armas Reales. Item pintaron el debis del dicto Seynor Rey.»—Y otro documento añade: «Item por pintar el Yelmo del Rey.»

(15) Hállanse estas partidas en la misma cuenta, que no reproduzco textualmente por su excesiva extension.

(16) «Item tres astas para los Pendones y Seis libras y quarteron de Zinteta para los cavallos.»

(17) «A maestré Bernar batidor de fuillas de oro por 3214 panes de oro para facer las Baterias de los paramentos para el obsequio del Rey: por cien panes, dos francos. A eill por 662 panes de Argént, para facer las dictas baterias de los dictos paramentos, 115 sueldos.»

(1) «A Juan Lestoyner por dos Picheres de Estayno por meter el corazon et los Entestinos del Rey segun su Ordenanza, 50 sueldos. A eill por su salario de soldar aquellos, 33 sueldos y 3 dineros.»

(2) «A Lope Lepudero por una Ampoilla por hechar Agua de Ros quando fue apareyldo el cuerpo del Rey, 6 sueldos.»

(3) «Item: Fusta para facer vnas andas con que levaron el cuerpo del Seynor Rey.»

(4) «Estopazo para cerrar las ventanas de la sala do se belaba el cuerpo del Seynor Rey.»

(5) «A Martin de Leyun por 15 doznas de Rosylo por la Sala del Rey do se velaba el su cuerpo y por 32 dozanos de Pailla luenga de centeno.»—Explique quien lo sepa qué cosa era el Rosylo, y qué tenía que hacer en la capelardente del rey Carlos la paja larga de centeno.

(6) No podemos interpretar de otra manera esta partida: «Fusta para facer dos atabures y fusta para facer quatro candeleros et pora quatro bancos do estaban las Torchas aderedor del atabut en la Sala del Palacio.» La voz árabe *atabut*, con sus equivalentes *atabur* y *ataur*, la traducimos *ataud*.

(7) «A mosen Ferrando, Tesorero de la Iglesia de Santa María de Pamplona, por el Salario de Tocar las campanas de Santa María y de los Hombres que las han tocadas por el espacio de 15 dias y 15 noches en tanto en quanto el Cuerpo del Rey estido sin soterrar et despues á las Vigilias et dias de las Honrias que fezo el Seynor Infante, 32 libras y quatro sueldos.»

(8) Capiteil'as dice el manuscrito.



duda tiene fama de ser una gran tijera. Domenion ha comprado las agujetas para adornar los arneses (1). Se han gastado 76 codos de tela en forrar las mencionadas cubiertas (2), y varias mujeres y judíos están ocupados en coser éstas y las cotas de armas, realzándolas con escudos de hoja de oro matizados con las armas del Rey (3).

En cuanto á la obra del carpintero Aparici, ¿no le llama á V. la atención la forma del catafalco que construye para la iglesia de Pamplona? El documento que me sirve de guía llama al catafalco *Capiella*—lo mismo al de Pamplona que á los de Roncesvalles y Ujué—y lo describe como formando una verdadera edícula ó capilla, con su cavidad para recibir el ataúd, porque habla de la «capiella de fusta por tener los cirios *sobre el cuerpo del Rey.*» Me figuro, pues, que los tres catafalcos que para las exequias de Carlos el Malo se erigieron en los tres templos fueron á modo de edículas, con sus correspondientes cavidades ú hornacinas, y que por el exterior en su parte alta habia gradas para colocar los cirios, cuyas llamas, á manera de sufragios, cobijaban, digámoslo así, y protegían el ánima del difunto.

Despréndense en verdad de estos revueltos y descarnados asientos, con frecuencia muy confusos, no pocas nociones harto curiosas sobre las costumbres y el modo de vivir de los príncipes de aquel tiempo. Advierta V. cómo se hizo en el palacio del Rey el acopio de cirios y antorchas para aquellas fúnebres ceremonias. Hubo que traer la cera de Tudela, y se compró el hilo para retorcerlo y hacer los pábilos, y el aceite para las lámparas de las iglesias. De nada habia provision. No habia bancos para poner en torno de los catafalcos, ni candelabros, ni escabeles, y fué menester construirlos. Tampoco habia bayetas, ni ordinario bocací siquiera para cubrir las paredes del templo, ó al ménos el recinto del coro de Santa María de Pamplona, y hubo precision de hacer teñir cortinas, segun se desprende de este asiento: «*Á Simuel, judío, y á quatro judías, por ennegrecer unas cortinas por el Seynor Infant et apresent Rey, para poner en la Iglesia á facer el duelo, 40 sueldos.*»

Por último, sacamos del documento de gastos cuyas partidas desordenadas y dispersas voy compaginando, un hecho curioso respecto de un personaje que, destinado á descollar bajo el reinado de Carlos el Noble como una gran figura, era en la época de la muerte de Carlos el Malo un interesante niño. Refiérome á mosen Leonel de Navarra, hijo bastardo del Rey difunto. En la cuenta de las expensas hechas y consignadas en el *rolde* bajo el título de la *Escudería*, encuentro la siguiente de una cantidad entregada «*Á Pere Aleman, por un freno et sieilla que eill fezo en negro para Leonel, fijo Bastardo del Rey*», de donde se deduce que aquel niño, de unos ocho ó nueve años á la sazón, se disponia quizá á ocupar su puesto junto al nuevo Rey en la solemne ceremonia que se preparaba, bizarramente montado en su caballo con enlutados arreos, como vemos al príncipe D. Baltasar Carlos, el hijo de Felipe IV, cabalgando en su

jaca, en un lienzo del inmortal Velazquez que nos le representa de una edad próximamente igual.

Escasas son las noticias que nos suministran las historias de la época á que me refiero, acerca del ilustre bastardo de Navarra, progenitor andando el tiempo de los famosos *marichales* del reino que tanto dieron que hacer en el siglo xv acaudillando el partido de los *Agramonteses*: ninguna con fijeza señala la edad que tenía cuando murió su padre: Aleson consigna vagamente que era *muy niño*; pero Yanguas sacó á luz datos recogidos en el archivo de la *Cámara de Comptos* de los cuales se infiere que debió nacer hácia el año 1378 ó 1379, porque dice uno de ellos que el rey don Carlos el Malo mandó en 1380 pagar á D.<sup>a</sup> Bona de Arbea, vecina de Pamplona, 40 libras *por la buena nurritura que ha fecho eilla en la persona de Leonel nuestro fijo*. Acababa, pues, de criarle su nodriza D.<sup>a</sup> Bona en el referido año 1380.—Ahora, en 1387, nos le muestra nuestro documento emprendiendo en lo más rigoroso del invierno, á los pocos dias de la muerte del padre, su viaje de Pamplona á Peñafiel para unirse con su hermano el Infante primogénito. «*Á Leonel (dice el manuscrito), fijo del Rey, en el octavo dia de Jenero, por facer sus expensas a hir en Castiella al Seynor Infant Primogenito de Navarra su Hermano, cien florines.*»

Claro es que en tan temprana edad no iria solo el augusto bastardo en aquel molesto viaje; la cuenta, sin embargo, no dice quién le acompañaba. En cambio, los asientos son más explícitos respecto de los mensajeros enviados poco despues con las ropas de luto al nuevo Rey, ya dispuesto á regresar á sus estados para celebrar las exequias de su difunto padre y tomar las riendas del Gobierno. Hélos aquí: «*Á Bertran de Lacarra, por hir al encuentro del Rey en Castiella. Á Michelco Dolcoz, por hir con el dicto Bertran con un summer con las ropas negras del Seynor Infant et apresent Rey*», etcétera.

Quando el nuevo monarca vino á su reino, que fué, segun el P. Aleson, en el mismo mes de Enero, haciendo su entrada en Viana el dia 28, traeria naturalmente consigo á aquel niño, del que cuidó siempre con paternal solicitud. Ya sabe usted que el rey Carlos III fué quien le educó, prendado de su inteligencia y viveza; que él fué quien en 1391 hizo pagar al rabí de los judíos de Tudela lo que le costó el encuadernar el romance de Lancelot, *emprestado á mosen Leonel* (adolescente de doce años entónces) *por aprender de leyr*: que él fué quien le hizo Vizconde de Muruzabal en 1407. Salió tan entendido y discreto (dice Aleson), que lo merecia todo.

No descubro con claridad cuándo celebró Carlos III en esa catedral de Pamplona las exequias de su padre: del instrumento de que me valgo sólo resulta que el cadáver, despues de embalsamado, estuvo sin enterrar quince dias; lo cual quiere decir que permaneció esa quincena en la capelardente del palacio, donde tal vez estaria expuesto al pueblo una vez apaciguada la sublevacion que coincidió con su muerte, y que, llevado á la catedral, fué sepultado hácia el 17 ó 18 de Enero; de modo que si el Rey llegó á Viana el 28 y no hizo su entrada en Pamplona hasta el fin del mes, esto es, el 30 ó el 31, es evidente que las exequias que celebró por el alma de su padre no se verificaron sino bastantes dias despues de estar el cadáver enterrado, y que la pom-

(1) «*Á Berdor por Tayllar las cubiertas de 6 cavallos y de 6 cotas de armas, y á Domenion por comprar aguilletas por armar los dictos cavallos, etc.*»

(2) «*Setenta y seis codos de Tela por doblar las seis cubiertas de seis cavallos que fueron ofrecidos en el dia de la Solemnidad del Rey.*»

(3) «*Á ciertas mujeres y Judíos por coser los Paramentos de Tafetas por las cubiertas de seis cavallos et las cotas de armas por seis Hombres et pintaras de baterías de fuylla doró á las Armas del Rey.*»

posa ceremonia de la traslacion desde el palacio á Santa María se hizo sin que asistieran á ella Carlos III y su hermano Leónel. Pero de esta conclusion, que me parece lógica, nace una dificultad, porque si las exequias no habian de celebrarse sino despues de inhumado el cadáver, ¿qué falta hacia en el túmulo ó catafalco la hornacina para colocar el ataúd? Pero quizá no se puso allí el ataúd verdadero, sino una mera representacion ó simulacro del mismo, como se ha hecho á veces en nuestros modernos funerales, no siendo de cuerpo presente. Usted, mi querido y docto amigo, podrá acaso soltar este nudo.

De lo que se hiciera en Roncesvalles y en Ujué, poco saco en limpio: veo sólo que hasta el dia 18 de Enero no fueron enviadas á la famosa Colegiata del Pirineo las entrañas del Rey difunto (1), y que no les hicieron allí honras hasta el mes de Marzo (2); y por otro lado veo *facer una capiella para poner los cirios en la Iglesia de Santa Maria de Uxue*, sin duda alguna para celebrar honras al corazon que V. ha contemplado en la curiosísima arquilla de aquel santuario. — Esta arquilla ó cofre, que gracias á la previsora diligencia de V. vemos por primera vez dibujada, es para mí ni más ni ménos que la que debió construir el Aparici de nuestras cuentas para la iglesia de Ujué, despues que el corazon y las entrañas del Rey, unidos en un mismo ataúd en la capelardente del palacio de Pamplona, quedaron separados para no volver nunca á juntarse. Su hechura, su pintura, su ornato, sus dos leyendas, la forma de sus escudos, todo, en fin, está diciendo á voces que ese objeto, tan interesante y precioso en la esfera arqueológica, pertenece al mobiliario sagrado del siglo XIV. La cajita esférica partida que V. ha visto dentro, al lado de la rectangular donde está la desecada víscera desde el año 1571, en que se hizo la reparacion de la arquilla, es, á no dudarlo, aunque le haya parecido á usted de plomo por su vetustez, el *pichel de estaño* que suministró y soldó Juan Lestayner. Falta el otro pichel su compañero, donde se metieron los intestinos del Rey; pero ese fué llevado á Roncesvalles, y no tengo noticia de que allí se haya conservado. Iria probablemente en otra arca de

(1) Dice la partida: «*et por pagar un sumer (esto es, una acémila) que levó las entraynas del Rey á Ronces-vailles en el 18 dia de Jenero.*»

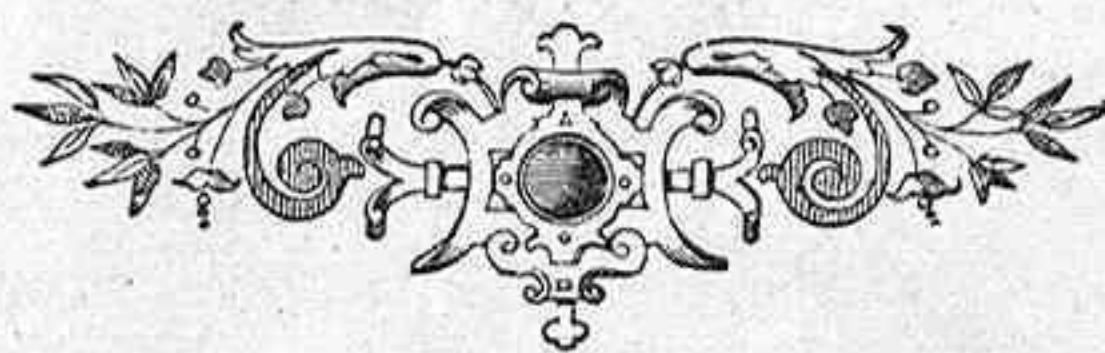
(2) «*Domingo 16 en dia del mes de Marzo fueron á Labrar á Ronces-vailles á facer la Capiella por poner los cirios et torchas al derredor en la Iglesia.*»

madera semejante, que sería la entregada al acemilero que salió para allá el dia 18 de Enero de 1387.

Así, pues, sus noticias de V. y las mias mutuamente se completan y confirman, y hé aquí la utilidad que recaba la historia del cotejo de los documentos inéditos con los monumentos que el diligente arqueólogo explora. Pero de la veracidad de su narracion de V. nadie duda, porque el santuario de Ujué responde. ¿Se atribuirá igual fidelidad á este escrito mio? Para que no se me regatee el asenso, voy á declarar qué documento me ha servido de guía.

El erudito é infatigable Vargas y Ponce, Director que fué de nuestra Academia de la Historia, ordenó para el uso de ésta, allá por los años 1805, dos gruesos tomos de curiosos extractos de los Indices de ese Archivo de Comptos de Navarra. Estos dos tomos se conservan inéditos en la Biblioteca de la Academia, y recorriéndolos yo poco há, tropecé con el precioso documento encabezado con el titulo de *Libros y vn Rolde vastante Grande y otros Instrumentos concernientes á la muerte, entierro y sepultura del Seynor Rey Don Carlos el Malo*. Esta ha sido la mina que he beneficiado, y como hilo para andar por ese laberinto de los indices y llegar derechamente al legajo original, de lo cual yo aquí estoy privado, le diré que el documento se halla en el *cajon 60, número 8*. Usted puede disfrutarlo con todos sus auténticos y genuinos barbarismos; yo he tenido que contentarme con el bastardo trasunto del amanuense de Vargas y Ponce, mixto de antiguo y moderno, el cual, ademas de desfigurar gran número de nombres de personas y de cosas, mutiló con lamentable torpeza muchas partidas de data, que son las más curiosas en esta clase de documentos. Esto me ha obligado á fantasear algo en mi narracion para no incurrir en confusion y embrollos. Usted, que tiene á su alcance las cuentas originales, podrá consultarlas y rectificar los errores que yo haya cometido á despecho de mi buen deseo. Este no era otro que ofrecer á V. en donativo, correspondiendo al muy precioso suyo, un modesto dijecito hecho con las recortaduras y desperdicios del oro que tuvieron entre sus manos los graves historiadores del tiempo viejo: hombres injustamente desdeñosos con las minucias que dan color, sabor y vida real á estos entretenidos relatos y chismeras que llamamos *Historia*.

PEDRO DE MADRAZO.





« PUERTA DE VISAGRA, EN TOLEDO. » — PINTURA DECORATIVA, POR BERUETE.



# FANNY.

## NARRACION EXTRAORDINARIA.

### I.



— **C**ONQUE dice V. que ese caballero....  
 — No está: salió hace como una hora.  
 — ¡Qué diablo de casualidad, hombre! En España siempre hemos de ser lo mismo....  
 ¡Qué diferencia de los ingleses! ¡Aquello es exactitud y puntualidad!.... Pero aquí, aquí para lograr ver á cualquiera se necesita dar siete veces la vuelta al mundo.  
 — Sin embargo, ese caballero no tardará en volver. Si el señor no tiene prisa, puede tomar asiento en el salon y esperar un ratito....  
 — Prisa, no; yo, afortunadamente, tengo pocos quehaceres.  
 — El señor puede matar el tiempo sin aburrirse: el salon es magnífico y confortable: notables cuadros, hermosas vistas desde los balcones; y luégo, sobre el centro encontrará un álbum de viajes, buenos libros, *La Ilustracion Española* y el *The Graphic* de Lóndres....  
 — Está bien, está bien; esperaré.  
 — Tan pronto como el caballero del número 3 regrese, le anunciaré la visita.  
 — Perfectamente, y vaya V. con Dios.  
 El interpelado se inclinó respetuosamente y alejóse.  
 — ¡Gracias á todos los santos!.... Pero ¡qué sempiternos habladores son toda esta gente de la servidumbre de hoteles, restaurants, cafés y demas establecimientos análogos! Entre ellos y nuestros tradicionales Figaros son bastantes para trastornarle la cabeza, no digo á un simple mortal, sino á la mismísima estatua del Comendador. ...  
 El diálogo que precede tenía lugar cierto dia de la primavera última en la saleta de uno de los más reputados hoteles de la capital de España.  
 Los interlocutores eran el camarero del piso principal y un caballero que frisaba en los cincuenta y reunia circunstancias harto singulares.

### II.

Llamábase el caballero D. Canuto Rubiales, y era de regular estatura, rechoncho y de rostro bonachon y coloradote, al que prestaban cierta prosopopeya anchas patillas de corte inglés, que ya comenzaban á blanquear, denunciando indiscretamente el medio siglo que pesaba sobre los hombros de nuestro protagonista.  
 Poseedor de una renta muy saneada, consistente en títulos y en varias fincas, sitas en Extremadura, procedentes de conventos y de Propios, D. Canuto era un hombre relativamente feliz, cuya más grave ocupacion se reducía á ve-

getar, comer y matar el tiempo, sin preocuparse por nada de este mundo.

Exento de grandes pasiones, poco aficionado á la política y con una inteligencia que nunca se habia distinguido por su perspicuidad, habia pasado la juventud alegremente, gastando del mejor modo posible sus peluconas, y persiguiendo modistillas vivarachas y doncellas de labor y fácil acceso.

Las empresas difíciles y las aventuras peligrosas le fueron siempre poco simpáticas: toda su vida habia sido marcadamente refractario á cuanto significase agitacion, desorden y lucha: era, ante todo y sobre todo, hombre de orden, á la manera que ciertas gentes entienden esa frase, tan pretenciosa como vacía de sentido.

De haber nacido en los buenos tiempos de la Grecia antigua, el señor de Rubiales hubiera estado afiliado infaliblemente á la escuela de Epicuro.

En cambio, se habia hecho notar bastante por sus excen-tricidades y sus monomanías, á falta de más alto empleo en que ocupar su actividad y sus rentas.

Unas veces le habia dado la vena por las explotaciones agrícolas, sin entender jota de Agronomía; otras, por los viajes, que tenian para él el encanto de hacerle probar platos y guisos nuevos y facilitarle el cambio de aires y el movimiento, tan convenientes para conservar siempre buen apetito; ora habia sido taurófilo, ora se habia dejado arrastrar de las aficiones venatorias.

Pero siempre habia tenido la habilidad de mantenerse perfectamente estoico y perfectamente inútil para sus semejantes, como otros muchos seres que andan por ahí desperdigados rodando con nuestro planeta.

Últimamente, desde hace algunos años, le habia dado por *lo inglés*.

Se habia dejado las patillas á la inglesa; en títulos de la Deuda británica tenia colocados sus fondos; la cerveza *pale ale* era su predilecta bebida; el abuso de la mostaza le habia proporcionado ya varias irritaciones intestinales y algunos ataques hemorroidales de padre y muy señor mio; el *plum-puding* era su manjar favorito, y, por fin, vestía á lo *gentleman*, con gran satisfaccion de su sastre, quien de este modo le podia propinar paños y telas catalanes por géneros ingleses de primera calidad, que sin el menor escrúpulo le hacía pagar á peso de oro.

Y si no llevaba un chal cruzado á la bandolera cuando viajaba, á la manera de los turistas del Reino Unido, era porque una vez que se permitió tal capricho yendo á visitar sus posesiones de Extremadura, los chiquillos desarrapados del país le apedrearon como á otro San Estéban, y las rabi-cortonas de las aldeas le administraron unas cuantas *gritas* soberanas, llamándole gabacho, judío, hereje protestante y no sé cuántas lindezas más.

El buen señor de D. Canuto Rubiales — excusado parece decirlo — era miembro fundador de la Sociedad Protectora de Animales y Plantas, y hasta se vanagloriaba de que sus padres le hubieran puesto en la pila el nombre de un santo que ocupó el trono de la Gran Bretaña hace algunos siglos.

En fuerza de *britanizarse*, había acabado recientemente por que se le entrara en el ánimo de hoz y coz la manía por las inglesas.

Estaba, espiritualmente se entiende, perdidamente enamorado de las rubias hijas de la soberbia Albion.

Él, que siempre había profesado santo horror al yugo matrimonial, como un acabado egoísta que era, y que se mantenía soltero por no entregarse á quebraderos de cabeza, según él mismo decía frecuentemente, estaba desde hacía poco tiempo transformado.

¡Todo su bello ideal era encontrar una *miss* de su gusto con quien casarse!

Cierta casualidad inesperada vino de pronto á exaltar sus extravagantes idealismos exóticos, y á poner el sello á sus ridículas excentricidades.

### III.

— Pues, señor, bien: ya estamos aquí — exclamó D. Canuto, arrellanándose en una amplia butaca del salón del hotel, después que el camarero se hubo alejado.

» ¡Ya debo encontrarme cerca de ella! El corazón me da vueltas como una peonza.... Estoy á dos dedos de realizar mi sueño dorado.

» ¡Oh tú, mortal que posees una inglesa, que hablas con una inglesa, que guardas una inglesa....., una y mil veces dichoso!

» Sí, señor: dirán que ningún país posee mujeres tan graciosas, tan coquetonas, que tengan un pié tan diminuto y unos ojillos tan revolucionarios, como España.... ¡corriente! pero ¡cuidado con las inglesas! vamos, que yo me muero por ellas.

» ¡Tan espirituales, tan dulces, con esas cabelleras tan espléndidas y tan rubias como las hebras del oro, y esos ojos tan azules y tan serenos, y ese eterno *spleen* que las presta tanto encanto, y esa instrucción casi varonil que todas poseen, y esa fortaleza que les permite manejar el revólver lo mismo que la aguja.... ¡quite V. allá! que es cosa de hacerse matar por esas mujeres.... ¡Oh! los ingleses. ¡Qué pueblo tan perfecto, tan grave, tan severo en todo.... ¡Una lady! ¡una miss! ¡la mismísima virtud romana trasplantada al siglo XIX!.... Esas, esas mujeres saben amar con verdadera constancia. ¡Qué firmeza en sus sentimientos! ¡qué idealidad en sus gustos! ¡qué instintos tan artísticos! ¡qué ternura y qué!.... ¡Decididamente me pronuncio por las inglesas!....

» Pero ¡qué casualidades suceden en la vida!

» Porque lo que es el caso no puede ser más extraño. ¡Es providencial!

» Yo, que casi nunca abro un periódico, porque la política y el noticierismo me revientan, tomo maquinalmente esta mañana *La Correspondencia* mientras me servían el almuerzo en el Inglés, paso rápidamente la vista por su última plana sin darme cuenta realmente de lo que hacía, y.... ¡oh sorpresa!

» Mis ojos se turban de pronto; un temblor nervioso me agita desde los piés á la cabeza, y el periódico se me escapa de las manos.

» Lo estaba viendo y no podía creer lo que veía.

» Había tropezado con el más extraño, el más sublime, el más piramidal de los anuncios....

» ¡Aquí está!

Y D. Canuto sacó el periódico del bolsillo de su *pardessus*, lo desdobló y se puso á leerlo, sonriendo con la más íntima satisfacción.

— ¡Esto es sorprendente!.... «Se vende una inglesa de hermosa presencia, buena edad y educada á la alta escuela. Para más pormenores dirigirse á D. Timoteo Malasaña, piso principal, cuarto número 3, hotel de....»

» ¡Vender una inglesa! ¡Que me digan ahora á mí que no vivimos en el siglo de los fenómenos, de los adelantos.... y de los abortos!

» ¡Quién les había de decir á nuestros abuelos, á aquellos santos varones que así tostaban herejes como acudían al Rosario de la Aurora, que, andando los tiempos, se había de anunciar en pleno Madrid públicamente, y con la más deliciosa impunidad, la venta de una dama inglesa, y guapa por añadidura!

» ¡Horror!

» Á bien que, después de todo, aún nos quedan esclavos negros en las Antillas, y toleramos tranquilamente la trata de blancas que algunos traficantes sin conciencia ejercen en nuestras provincias del Norte para proveer de mujeres jóvenes y bonitas á los sibaritas de las repúblicas sud-americanas.

» ¡Psh! la verdad es que hoy nada nos asusta ni nos sorprende.

» Sin embargo, eso de vender á una inglesa tiene tres pares de bemoles.

» El tal hombre debe ser un excéntrico, si los hay, para desprenderse así como así de una mujer rubia, hermosa y.... Estoy seguro que debe estar subvencionado por el Mahdi de Egipto ó por los rusos, que tan mal quieren á los ingleses.... ¿Será esto el primer indicio de una terrible venganza internacional ó de una vasta intriga diplomática?»

No sabemos á dónde habría ido á parar D. Canuto, ya puesto en tal camino, por una larga serie de disquisiciones filosófico-diplomático-políticas, si no le hubiera venido á interrumpir, arrancándole á tales reflexiones, la llegada de cuatro apuestos personajes que acababan de penetrar en el salón.

Los recién llegados saludaron con una inclinación de cabeza y se retiraron hácia el fondo de la sala.

El señor de Rubiales les correspondió cortésmente y se puso á hojear un magnífico álbum artístico que sobre el velador había, haciéndose el distraído para no parecer importuno á los cuatro caballeros que hablaban en voz baja con cierto aire misterioso.

Eran tres de ellos concesionarios de un proyectado ferrocarril, y el cuarto, diputado ministerial.

Los financieros, como ahora se dice entre la gente de negocios de alta estofa, venían á conferenciar con el influyente representante del país para convencerle de que el Gobierno debía otorgar una fuerte subvención á la Empresa, dando así pruebas positivas de su interés por los pueblos y de sus buenas disposiciones hácia todo lo que pudiera consolidar

las grandes especulaciones de los hombres emprendedores.

Como los argumentos empleados por los pretendientes eran de una fuerza práctica irresistible, el padre de la patria no hallaba á mano dificultades que oponer, ni excusas que alegar para negarse á favorecer las aspiraciones de los previsores empresarios y apoyarlas con todos sus esfuerzos, con toda su valia y con todas las galas de su elocuencia.

¡Es tan seductora una plaza de presidente del Consejo de Administracion de cualquier empresa ferro-viaria, con seis mil dures de gratificacion anual, amén de tener un buen puñado de acciones de *momio* en cartera!

La conferencia no fué larga, ó bien porque el asunto se zanjase pronto, ó bien porque los interesados pensasen ultimar el negocio en algun sitio más reservado.

Ello es que á poco rato se retiraron discretamente los cuatro interlocutores, dejando á nuestro D. Canuto en plena libertad de entregarse de nuevo á sus soliloquios amorosos y á sus meditaciones.

Habia cerrado el álbum; y paseando á lo largo del salon, acababa de pararse á contemplar el bello paisaje de un cuadro de Haes que entre los que adornaban el salon se veia, cuando un leve rumor, como de faldas que arrastraban crujiendo sobre la alfombra, le hizo volver la cabeza.

Una dama de elegante porte penetraba en la sala.

—¡Ah!.....—exclamó vivamente la desconocida, deteniéndose al apercibirse de la presencia de otra persona en el salon.

—¡Adelante, señora, adelante!—se apresuró á decir don Canuto.—Si molesto.....

—¡Milord!.....—prorumpió la recién venida, saludando afablemente y con marcado acento extranjero.

—¡Cielos! ¡la inglesa!—murmuró para sí el señor de Rubiales.

Y tan fuerte impresion sintió de repente, que no pudo ménos de tambalearse y vacilar sobre sí mismo.

—¡Milord!—habia dicho la dama.

¡Pues ya no cabia duda!

Aquella mujer esbelta, de mórbidas formas, de grandes ojos ligeramente irisados de azul, grave en su continente y amable, á juzgar por la leve sonrisa que plegaba sus rojos labios, de cabeza artísticamente modelada y cuello alabastro, que podria tener de treinta y tres á treinta y cinco años, era seguramente la dama inglesa á quien él tan afanosamente venia á buscar.

#### IV.

—¡Milady!—prorumpió D. Canuto, contestando al saludo de la incógnita con la más fina de sus sonrisas y haciendo una profunda reverencia.

La emocion le ahogaba: casi no podia hablar.

—¡Oh! milady no: miss Fanny.

—No es V. lady: ¡bueno! lo mismo da: merece V. serlo por su..... por su hermosura y sus..... encantos.

Y nuestro anglófilo comenzó á acariciarse las patillas, orgulloso de la galanteria que acababa de dirigir á boca de jarro á la extranjera.

—Mochas gracias, milord.....—contestó ésta sonriendo graciosamente.—¿Tengo el honor de hablarr á un nuevo compañero de hotel?—añadió dando giro á la conversacion como esquivando los cumplidos de su interlocutor.

—No, no, señora: yo tengo casa aquí en Madrid..... Y á fe que lo siento.....

—¡Lo siente! ¡ah!..... no sé, no comprender.....

—Es muy sencillo: lo siento porque si viviera en este hotel habria tenido el gusto de conocer ántes ya á una dama tan..... tan encantadora como es V.

—Osté ser muy galante: buen español; todos estar galantes.

—No puede V. figurarse, miss..... miss Fanny, cuán apasionado soy yo por las beldades inglesas.

—Pero las españolas ser moçh bónitas.....

—Mire V., señora, yo soy español; pero sin embargo, mi corazon está siempre en Inglaterra..... ¡ay! ¡siempre en Inglaterra! ¿Comprende V.?

—Yés: osté comersiar; tener allá plata.....

—No, no es eso: quiero decir que soy aficionadísimo á las inglesas; que las amo, que las adoro, y que por eso precisamente he venido en busca de V.

—¿En busca de mí?

—Sí, señora: soy soltero, y rico, y no viejo, como V. ve, y quiero casarme pronto, pero muy pronto, y con una inglesa.

—Mi lo celebra.....

—¿Qué tal, eh? Llegué, vi y vencí..... Soy un calavera rematado: doy flechazo en seguida—murmuró para sí muy satisfecho el Tenorio de patillas grises; y luégo añadió, dirigiéndose á miss Fanny:—Puesto que lo celebra V. y se alegra, no hay más que hablar; trato hecho, cualesquiera que sean las condiciones, y nos casamos.

—¡Ah! ¿osté casar conmigo?

—Justamente: me está V. gustando retemucho, y yo procedo en todo á la inglesa; nada de perder tiempo.

—Pero osté no conoser á mí, ni mí á osté: estar pronto esto; no poder ser tan pronto.

—¡Ríase V.! ya nos irémos conociendo; estoy resuelto á todo por obtener el amor de V.: si no se casa V. conmigo, me suicido.

—¡Ah! osté esperar un poco: mí pensarlo, milord; mí lo verá.

—Pero ¿no es V. libre?

—¡Yés! mí ser libre; pero.....

—No hay pero que valga: ¿le gustan á V. los españoles?

—Very well: mí estar contenta á España.

—Pues nada, nada: yo soy partidario de la brevedad en todo, y más tratándose de mujeres; me voy á fondo al momento. De manera que puedo esperar.....

—Pero, caballego, esto ser un sueño: osté presipitarse mocho.

—¡Claro! ¡lo que ha de ser, cuanto ántes!

—Pero osté mirar que mí ser bien caprichosa.....

—Como inglesa legitima; por eso me encantan ustedes.

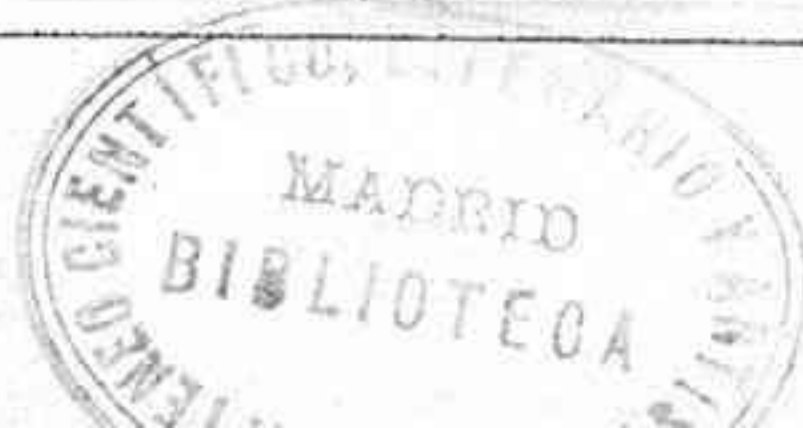
—Mí tener *spleen*.

—No importa, lo partirémos entre los dos: eso es muy inglés.

—Mí estar excéntrica.

—Esa enfermedad se cura con el dinero, y yo tengo mucho para que V. lo gaste como quiera y se le antoje; nada le faltará de cuanto le agrade.

—Mochas gracias, milord: osté ser bien amable; mí estar bien contenta.



— ¡ Por piedad, miss! apiádesese V. de mi pasión: una mirada, una sola mirada de esos ojos seductores; una palabra de esa boquilla, que parece un nido de perlas: dígame usted que me quiere como yo la estoy queriendo á V., y ántes de ocho días, mañana, cuando V. quiera, me caso con V.

La dama suspiró. Como inglesa de pura sangre, aquellos arrebatos amorosos la cautivaban.

Don Canuto estuvo á punto de cogerle las manos y cubrirlas de besos; pero se acordó de que se hallaban en el salón de un hotel, y se contuvo.

— Después — prosiguió el excéntrico enamorado — viajaremos, recorreremos medio mundo, iremos á Lisboa, á Siberia, á la Habana, al polo Norte, á la Meca, á Australia, á China, á Extremadura, á donde V. quiera.

» Nos embarcaremos, y abismados allá en la inmensidad de los mares, celebraremos nuestra luna de miel entre las conchas, y las algas, y las aves acuáticas y los marineros, al fulgor de los relámpagos y al fragor de las tempestades.... ¿ Acepta V. ?

— ¡ Yés! — exclamó con emoción Fanny, cuyo corazón latía presurosamente. — Pero el mar.... ¡ oh el mar!..... mí le odia.

— ¡ Odiar el mar V. ! ¡ Una inglesa !

— ¡ Oh ! mí estar bien al mar en otro tiempo ; pero mí haber sufrido mocho al mar, é hoy le odia profundamente.

— ¡ Profundamente ! ¿ pues qué os ha pasado en el mar, señora ?

— Mí venir de la Australia par London á bordo de la *Mala*, y mí ser presa de los piratas en alta mar.

— ¡ De los piratas ! — exclamó con asombro D. Canuto.

Y luégo se dijo para sí, mientras miss Fanny se enjugaba una lágrima, arrancada quizá por el recuerdo de pasados terrores.

— ¡ Cielos ! ¿ qué rayo de luz ! Hé ahí la explicación de por qué venden á esta señora.... El huésped del número 3 es un agente piratesco, como si dijéramos ; un judío que trafica en mujeres rubias.... ¿ Y qué le hicieron á V. los piratas ? — preguntó con visible interés ; — ¡ debe ser divertido caer en manos de esos caballeros de industria !

— Mí ser trasportada á una isla de salvaques...

— ¡ Zambomba ! ¿ y cómo no se la merendaron á V. ?

— ¡ Ah ! mí correr allí grandes aventuras.

— ¡ Hola, hola ! Á ver, miss, cuente V.

— Los piratas poner á mí guardias de visto para que no escapar.... Luégo el capitán de los piratas se enamora de mí y quiere casar.

— ¡ Esto se va complicando !

— Pero mí resistir fuertemente : ¡ un capitán de piratas ! ¡ oh !.... Una noche mí tomar un hacha de mar, cortar la cabeza á la guardia y escapar.

— ¡ Señora, V. es un Hércules, casi una heroína de novela !.... ¿ Y luégo ?

— ¡ Oh ! luégo tropesar en una tribu de salvaques y caer en su campamento.

— ¡ Cuánta desgracia, señora, cuánta desgracia !

— Otra vez ser presa : mí quiere huir ; los salvaques persiguen á mí, pero Fanny se pierde en un espeso bosque, se esconde é después se duerme profundamente .... estar rendida. De repente mí despierta : siente una mano en el hombro ; ¡ era de noche, mocho de noche !.... mí tender las manos et mí se encuentra en....

— ¡ Diablo ! ¿ entre las garras de algún tigre ?

— ¡ Ah ! no, milord, no.... Mí se encontrar en.... en los brazos de un hombre....

— ¡ Mil rayos !

Y D. Canuto saltó de su asiento, como movido por un resorte, cual si le hubiera estallado debajo una bomba.

La inglesa reía á todo reír con la mayor serenidad del mundo.

En el mismo instante que D. Canuto interrumpió con su exclamación la narración de la extranjera, aparecía en la puerta del salón un camarero, diciendo :

— Miss Fanny, la modista espera á la señora.

— ¡ Oh ! ¡ pronto, pronto ! Mí vuelve, milord : osté esperar....

Y se dirigió á la galería.

Don Canuto quiso detenerla.

— Oiga V., señora, un momento ; pero, señora.... ¿ y el hombre del bosque ?

— Perdon, milord ; mí no poder, mí volver luégo : osté esperar aquí.

Y desapareció.

El señor de Rubiales se quedó clavado en medio del salón, abismado en hondas reflexiones.

Parecía un geómetra buscando la cuadratura del círculo, ó un naturalista meditando acerca del origen y las evoluciones de los átomos de la materia cósmica.

## V.

— ¡ Huye, se escapa sin querer detenerse ! ¡ Maldita nodista ! — prorumpió el *gentleman* falsificado, volviendo de su ensimismamiento. — ¡ Por vida de tal !.... ese hombre de los bosques no podía ser otro que un hotentote, un feroz hotentote más feo que un demonio y con todas las inocentes intenciones del hombre primitivo.... Preveo una catástrofe para la dama rubia.... ¡ ahí es nada la situación ! de noche ; el bosque oscuro y cerrado ; una rubia guapa ¡ sí, señor ! reteguapa, que huye de los piratas y cae en manos de los salvajes. ¡ El cabello se me eriza de horror !....

» ¡ Pero ese maldecido huésped del número 3 que no viene ! ¡ Me voy á petrificar en este salón ! »

Al mismo tiempo que esto pensaba D. Canuto comenzando á impacientarse, se oían pasos en la galería, y alzándose las colgaduras dejaban paso á un sujeto alto y enjuto de rostro, á quien el camarero decía :

— Aquí está el caballero que aguarda al señor.

— Está bien : ¡ véte !

— Servidor de V.

— Beso á V. la mano.

— ¿ Tengo el honor de hablar al caballero del cuarto número 3 ?

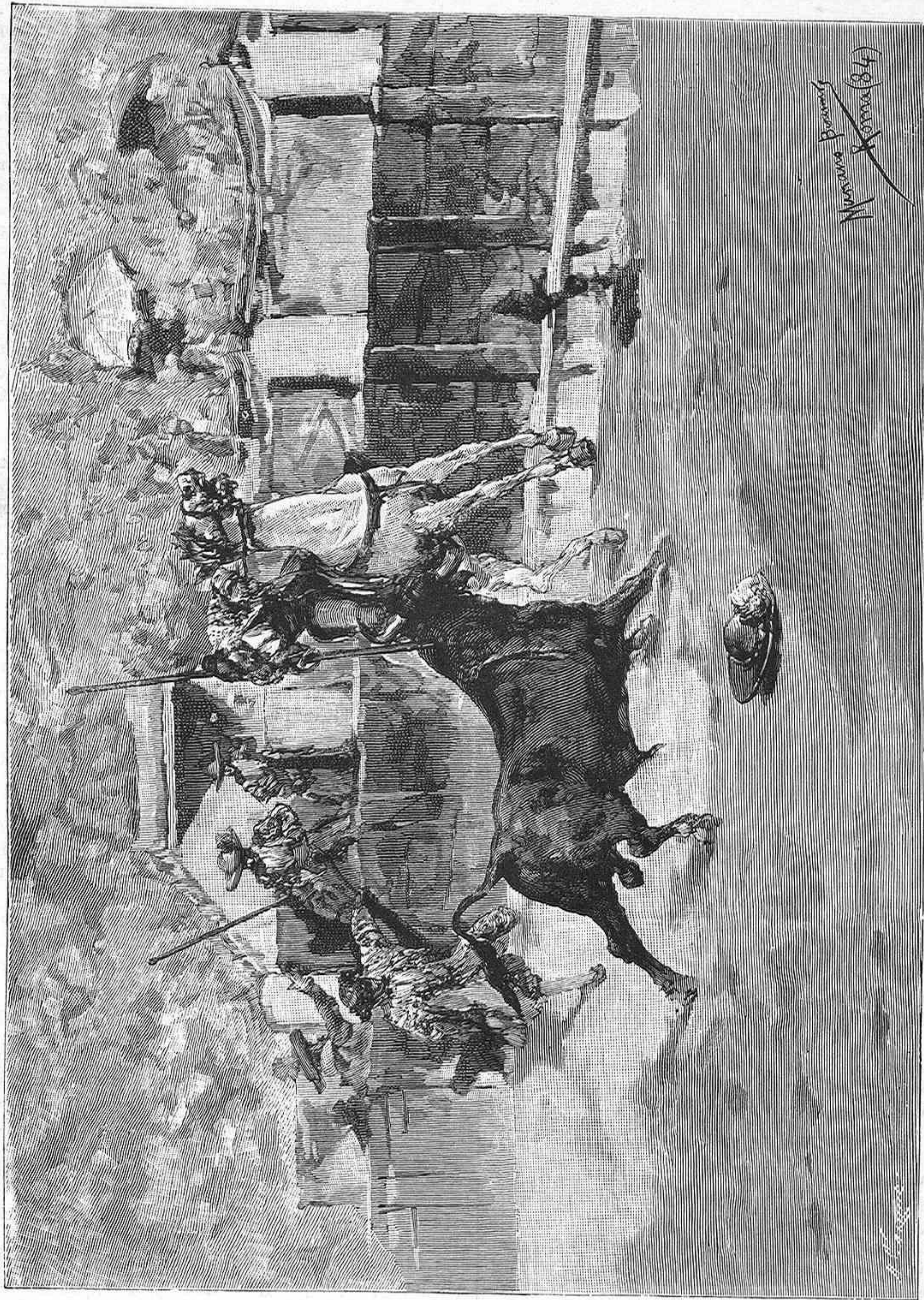
— Para lo que V. guste mandar....

— Venía á ver á V. por causa del anuncio que he leído en *La Correspondencia*.

— ¡ Ah ! sí : muy bien ; pues me tiene V. á sus órdenes.... Podemos pasar á verla....

— No, muchas gracias ; es inútil, la he visto ya.

— ¡ Tanto mejor ! Entónces hablemos, si á V. le parece.... Hágame V. el obsequio de tomar asiento.... ¿ Y qué le ha parecido á V. ?



M. Ferrant  
Buenos Aires  
(1874)

«UNA VARA DE CASTIGO.»—(Acuarela de Ferrant.)

— Perfectamente; me ha gustado, de véras: es una hermosa figura.....

— Ya lo creo; no podía ménos de ser así, siendo V. persona de buen gusto.

— Como el que más, señor de Malasaña.

— ¿Ha observado V., señor mio, qué cabeza tan noble, tan bien modelada, tan artística? ¿Qué gallardía en su andar! ¿eh?

— ¡Soberbia cabeza y presencia irreprochable!

— En fin, el conjunto admirable.

— Admirable, sí, señor: no debo regatear los elogios; al contrario.

— Es la envidia de cuantos la ven..... Pero tengo que hacer á V. una advertencia, caballero: á mí no me gusta engañar á nadie, aunque á la verdad no vale la pena la cosa.

— (¿Qué será ello?)..... Usted dirá, señor mio.

— Es un tanto viva de genio y quisquillosa.

— ¿Nada más eso? No importa; la dejaré campar á su gusto, y en paz.

— Sin embargo..... Semanas atras iba yo una tarde por la Castellana con ella, y simplemente porque intenté contrariarla y tomar por otro camino, alzó las manos y ¡paf! me estrelló contra un árbol.

— ¡Cuerno! no dije yo que esa inglesa era un Hércules!— murmuró para sí D. Canuto, con cierta sorpresa. Y luego añadió, dirigiéndose al señor de Malasaña:— ¿Conque contra un árbol, eh?

— Sí, señor; y á seguida ¡zás! me largó un par de.....

— De bofetadas ¿eh? ¡já, já, já!

— ¿Cómo de bofetadas?..... De coces, hombre, de coces, querrá V. decir.

— ¡Qué es eso de coces! Señor mio, ¿así trata V. á las mujeres? ¡Eso es una grosería!

— ¿Pero de qué mujeres ni de qué ciruelos está V. hablando, alma de cántaro?

— ¡De quién he de hablar! de la inglesa, de miss Fanny, de la inglesa que V. vende.

— ¡Qué inglesa, ni qué miss, ni qué pepinos! ¿Está V. en lo que se dice?

— Caballero, rechazo ese insulto personal.

— Pero, señor mio, venga V. acá: si lo que yo vendo es una yegua, una soberbia yegua inglesa.

— ¡Oiga V.! de mí no se burla nadie; ¡pues no faltaba más! Falta V. á la verdad, y por tanto me falta V. á mí.

— ¿Qué? Repita V. eso que ha dicho, cabeza de mastuerzo; repítalo V..... Pues bonito genio tengo yo.....

— ¡Es V. un grosero, mal educado!

— Y V. un babeiaca.....

— ¿Sí? Pues tome V.

— ¡Tome V.!

Y ambos comenzaron á darse de bastonazos, derribando sillas y objetos, y gritando furiosamente.

Á las voces y al ruido acudieron varios huéspedes, camareros y miss Fanny, los que, interponiéndose, lograron á duras penas separarles y calmarlos.

— Pero, señores, ¿qué es esto? ¿qué ha pasado aquí?

— Que este señor se ha permitido insultarme— balbuceó D. Canuto, trémulo de coraje.

— Que este caballero está loco, señores— gruñó con mal

humor el Sr. Malasaña.— ¡Pues no se empeña en que yo vendo á una dama inglesa!.....

— ¡Canastos!

— Señores, aquí está la prueba..... ¡Á ver!

Y el señor de Rubiales volvió á sacar el periódico y leyó el anuncio.

— Pero, hombre, ¡no ha leído V. todo; V. está trascorado!

— ¿Cómo que no?

— ¡Es verdad, es verdad!— repitieron á una los circunstantes.

En efecto; gracias á las observaciones de éstos, D. Canuto acabó por convencerse de que encima de lo que habia leído decia con letras grandes YEGUA; de manera que el anuncio resultaba así: «Yegua.—Se cede una inglesa..... etcétera»: los cajistas habian puesto debajo de la cabeza una raya negra, por descuido, y esto habia hecho que D. Canuto sólo se fijara en la segunda parte del aviso.

Aquella decepcion le dejó frio y petrificado.

¡Adios sus sueños de amor! ¡Y el ridículo espantoso en que se hallaba!

— Pero entónces, esta señora...— se atrevió á preguntar timidamente.

— ¡Oh! milord, mí no se viende..... Mí estar al hotel de paso.

— Es decir que V.....

— Mí viacar per España ¡yés!

— Pero ¿y el hombre aquel del bosque?

— Era el capitan de un buque británico que, recorriendo la isla con sus marineros, encuentran sola á Fanny, mi protequen, mi salvan de los pirratas et mi trasportan á Liverpool.

— ¡No era un hotentote! ¡Respiro!..... De modo que siendo V. libre.....

— Very well: libbre.....

— Pues me caso con V.: á costa de un disgusto y de correr una broma de primer orden he logrado la felicidad que deseaba; ¡casarme con una inglesa! ¡un ángel de trenzas rubias! ¿Acepta V. mi mano, miss Fanny?

— ¡Oh! ¡yés, yés!— contestó con voz entrecortada la inglesa.

— ¡Suprema felicidad!— exclamó el anglófilo, estrechando la mano que la dama británica le tendia.

Un opiparo almuerzo con que el señor de Rubiales obsequió al otro dia al Sr. Malasaña, á Fanny y á los demas huéspedes que presenciaron el escándalo del salon, borró el ridículo de aquella serie de equivocaciones en que habia caida D. Canuto. La yegua, causa inocente de todo, pasó tambien á su propiedad mediante ajuste con D. Timoteo.

## VI.

Fanny se unió á D. Canuto y se convirtió en la señora de Rubiales.

La luna de miel fué dichosa, y la inglesa se vió asediada por los espléndidos regalos que le hacia su marido á todas horas.

Pero en breve cambiaron de rumbo las cosas, y D. Canuto dió en nuevas extravagancias, que no tardaron en aburrir á Fanny.

Ésta no era lady ni mucho ménos, sino una artista de circo, *ecuyère* y gimnasta muy aplaudida en el extranjero, de carácter abierto y amiga de aventuras.

Las excentricidades de su marido le cansaron pronto, y cierto día, estando aquél de caza, huyó con un negociante de la City que habia venido á Madrid por asuntos mercantiles y que ya la habia tratado en otro tiempo en Inglaterra.

La desesperacion del desdichado esposo no tuvo límites.

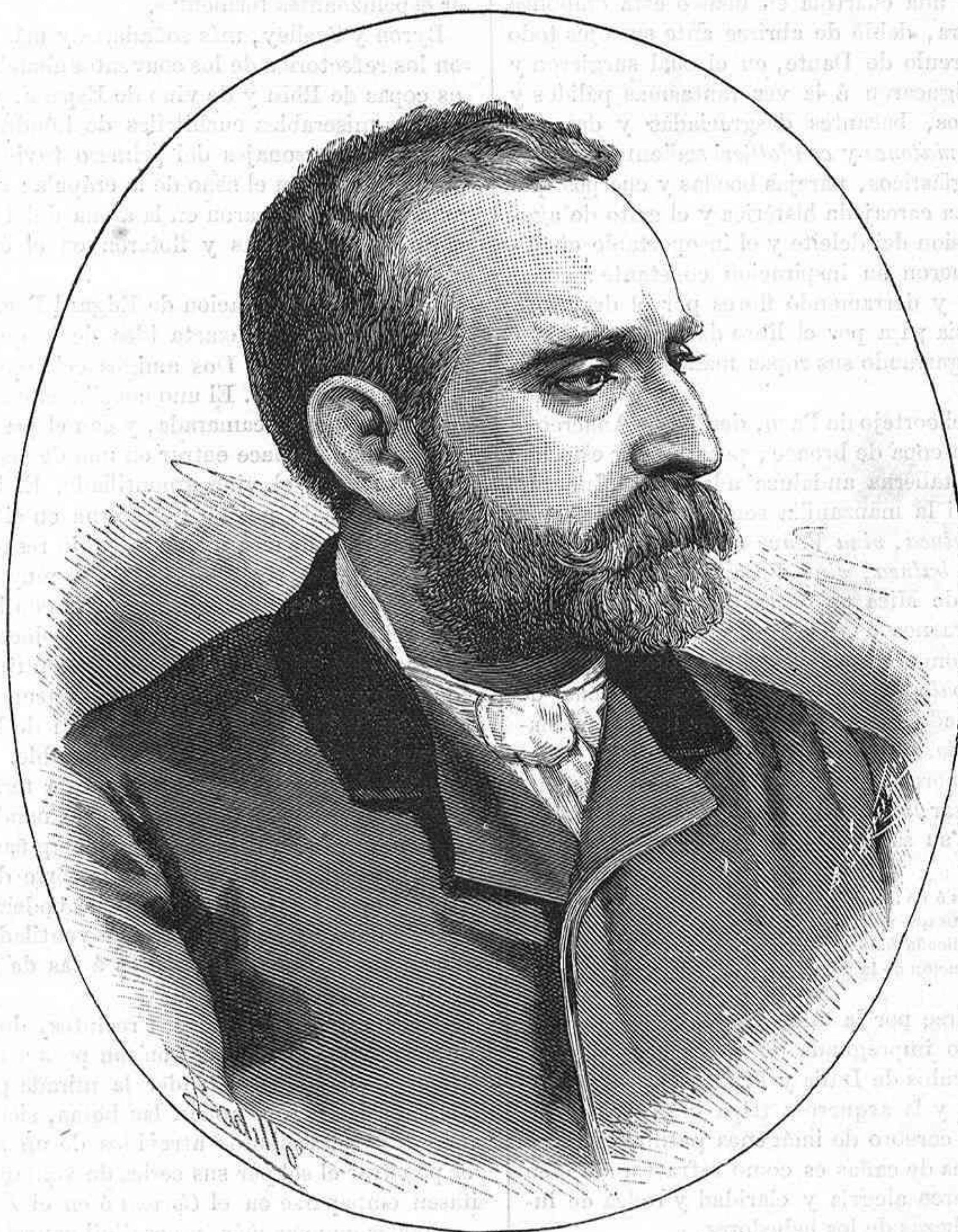
Aquel terrible desengaño era la expiacion merecida de sus excéntricas rarezas y de sus monomanías por *lo inglés*.

—¡Toma, toma ahora ingleses!— le decian sus amigos, cuando se supo la mala partida que le habian jugado la hermosa rubia y el negociante.

El pobre D. Canuto, ciego de ira, se embarcó no há mucho para Egipto, y, segun noticias, acaba de alistarse bajo el estandarte del Mahdi del Sudan y ha jurado hacer guerra á muerte á los ingleses hasta el último instante de su vida.

¡Así busca su desquite y su venganza!

JUAN CERVERA BACHILLER.



EL DOCTOR FERRÁN

# ¡¡CIEN CAÑAS!!

## I.

**A**SSOMMOIR!!..... Cuando Emilio Zola escribió sobre una cuartilla en blanco esta diabólica palabra, debió de abrirse ante sus ojos todo un círculo de Dante, en el cual surgieron y hormiguearon á la vez fantasmas pálidos y libidinosos, bacantes desgraciadas y descompuestas, *matones* y *condottieri* sedientos de sangre, coros orgiásticos, parejas beodas y cuerpos que se vaciaban. La carcajada histérica y el grito de agonia, la rabiosa explosion del deleite y el insoportable cuchicheo de la tasca, fueron su inspiracion constante; como Ofelia pasa cantando y derramando flores por el drama de Shakespeare, Gervasia pasa por el libro de Zola conteniendo sus náuseas y desgarrando sus ropas manchadas de vino y de lodo.

Y tal fué siempre el cortejo de Baco, desde que Anacreonte pidió á Hefrasto la copa de bronce; pero no por esto hemos de considerar la taberna andaluza adosada al Infierno del vate florentino, ni la manzanilla semejante al *peleon* ó al tintillo roteño. *Balnea, vina Venus corrumpunt corpora sane et vitam faciunt balnea, vina Venus*: no habrá quien diga que la bodega de Misa en Jerez ó la de Manjon en Sanlúcar pueden llevarnos á visitar el Orco ó la laguna Estigia; despues de tomar en cualquiera de aquellos lugares una copa ancha de *palo cortado* ó una caña estrecha de manzanilla bien jarreada, no hay más remedio que exclamar: «*De aquí al cielo.*»

Pocos habrá que ignoren la apoteosis de la taberna hecha por Baltasar del Alcázar, ántes acaso de que la deliciosa uva listain hubiera dejado su sangre color de oro en los lagares de Andalucía:

« Si es ó no invencion moderna,  
Vive Dios que no lo sé;  
Pero delicada fué  
La invencion de la taberna. »

Esto sólo pudo decirse por la taberna andaluza, llena de luz y de aromas y no impregnada de esos olores acres y punzantes de los cubículos de Italia y Francia; el jarro grosero, el sucio cubilete y la asquerosa tripa inglesa, malean el liquido y saturan el cerebro de imágenes patibularias. La reluciente bandeja llena de cañas es como refractor de cien bujias solares que esparce alegría y claridad y rodea de luminosos nimbos las cabezas de los bebedores.

Hoffman, Chatterton y Edgard Poe vieron desfilar sus procesiones de fantasmas en las cervecerías del Norte, entre el humo de la pestífera pipa y el calor sofocante de los utensilios tantas veces trasladados al lienzo por Hogart, Holbein y David Teniers. Cuando penetramos con ellos en esos som-

brios recintos, sentimos la cabeza pesada, el alma triste y oprimido el pecho; parece que el aire es de plomo volatilizado, y que los nubarrones de humo de tabaco van á producir espeluznantes tormentas.

Byron y Scelley, más soñadores y más profanos, prefirieron los refectorios de los conventos abandonados para vaciar sus copas de Rhin y de vino de España, y no hallaron solaz bajo los miserables cuchitriles de Lóndres ó de Baltimore; por eso los personajes del primero tuvieron siempre cierta grandeza, áun en el seno de la crápula; y sus mujeres, si alguna vez se arrastraron en la arena del Lido, sacudieron al punto sus vestiduras y flotaron en el éter limpido y luminoso.

La fantástica narracion de Edgard Poe, titulada *El Tonel de amontillado*, da exacta idea de lo que son las bodegas fuera de Andalucía. Dos amigos celebran el Carnaval apurando sendos tragos. El uno concibe el criminal propósito de enterrar vivo á su camarada, y con el pretexto de solazarse á sus anchas, le hace entrar en una de las estrechas galerías donde se halla el vino amontillado. El infeliz á quien se juega esta mala pasada se interna en el oscuro callejon, y los cascabeles de su traje de arlequin resuenan alegremente.

Ya se oye su ¡tin, tin, tin! léjos, muy léjos; el criminal amigo pone manos á la obra y cierra con ladrillos la entrada de aquella larga sepultura. Cuando coloca el postrero de la dómeda, el hueco se tapa y suena por última vez un loco repiqueteo y un ¡ay! de espanto: consumose el crimen; ha concluido todo ménos el tin, tin, tin de la conciencia, que sólo se extingue con la vida del culpable.

No hubiera podido imaginarse esta terrible narracion en las bodegas de Jerez ó de Sanlúcar. Cuando el viajero penetra en la orgullosa ciudad, cuyas campiñas riega el histórico Guadalete, créese trasportado á la corte del hijo de Semele y ve blanquear entre la arboleda las bodegas jerezanas; esos edificios flanqueados por graciosos ventiladores con sus puertas-ventanas verdes, semejantes á las de los nidos soñados por Juan Jacobo Rousseau.

Al penetrar en uno de esos recintos, donde los perfumes del nardo y del cinamomo son tan poca cosa comparados al del mosto envasado; al tender la mirada por sus espaciosas naves, en las que se apilan las botas, siempre ascendiendo como los pensamientos atrevidos de un amante beodo; al ver penetrar el sol por sus series de ventanas, como si necesitasen empaparse en el *Corona* ó en el *Pálido de primera*, para poder quemar más, no es fácil concebir nada mezquino ni pequeño.

Dado el caso de que el fantástico personaje de Edgard Poe, que he citado más arriba, hubiera enterrado á su contrario en las bodegas de Misa ó de Gonzalez, se habria llevado gran chasco; á más de que sus poderosas arcadas no



permiten tan mezquina obra de albañilería, el emparedado viera más que Matusalen ó los Patriarcas bíblicos. El Jerez y el Sanlúcar *mantienen*, y hay botas señaladas en tales bodegas que, como es sabido de todos, *pueden resucitar* á los muertos.

Cuando el vino bulle en la espita y cae espumando en la copa de prueba; cuando las estrechas y elegantes cañas se desparraman por el círculo de bebedores; cuando una flamenca, semejante á aquellas hijas de Gades de que nos habla Juvenal, canta, baila, salpica de oportunos chistes el diálogo ú oprime entre sus dedos el limpio cristal, haciendo del líquido saltador brillante que parece encorvarse sobre su cabeza, pocos serán los que no vean surgir en las profundidades de la bodega esas voluptuosas imágenes que vió Fausto en su laboratorio al apurar, el día de Pascua, la mágica copa de la vida.

Y no es que la bodega tenga en Andalucía tan original privilegio. El verdadero *amateur* suele preferir la taberna á la bodega, ó lo que es lo mismo, la pequeña tienda de vinos al gran depósito del cosechero.

Los jerezanos suelen salir de sus bodegas para *tomar las once* en las tiendas al por menor, y no es extraño verles apurar en ellas sendos *cálices* de sus propios vinos. Esto se explica perfectamente conociendo el carácter del pueblo andaluz, franco, derrochador y expansivo.

En la taberna se halla la *reunion* á que el jerezano asiste diariamente, y el montañés, rival del más empingorotado cocinero gabacho en punto á entremeses y aperitivos, no deja pasar *ronda* ni *convidada* sin presentar al concurso algún delicioso platillo. La untuosa aceituna, el acre encurtido y la verdosa alcaparra, alternando en ordenada serie con el sanguinolento embuchado y el picante salchichón, preparan el estómago para *tomar la otra*, y suelen ser como los heraldos del enjamonado, el salmon y la butifarra. Cuando llega la *espuela*, los concurrentes se estrechan la mano y se despiden hasta el día siguiente. Muchas veces pone punto final á estos oficios diurnos el sol que toca en el ocaso.

En Cádiz y Sevilla es indiscutible la tienda de montañés, cuando se trata de consumir un centenar de cañas. Por eso, lo primero que salta á la vista del curioso en estos establecimientos típicos y originales, es el ruedo de metal en que se colocan los estrechos vasos que parecen contener un solo sorbo de vino, y que dilatan el exquisito sibaritismo de los bebedores andaluces.

Hay entre la copa de champagne y la caña de manzanilla analogías y antagonismos que merecen detenido estudio. La copa de champagne, ancha, espaciosa, recordando la que sirvió á Jove en las orgías olímpicas, parece hecha para colocarla en la mano de la hetaria griega, ó para depositarla en el triclinio pompeyano. Levantada en alto en el hipódromo por una mano aristocrática, dejando ver, bajo el cristal de su campana invertida, la blanca cabritilla con que se cubren los dedos que la sostienen, enseñórese del *sportman*, ó refleja en las medias lunas de su fina superficie la animación de los grandes banquetes; se sirve en la atildada solemnidad al lado de la chillona copa de Rhin, dando tono al mantel en que ésta se exhibe; actora en las intimidades del libertinaje de alto bordo, ofrece en su fondo la luz refractada de las bujías y de las piedras preciosas, salta entre las nerviosas manos de la *demi-mondaine* ó se derrama sobre las pecheras y los escotes cubiertos de flores.

La caña de manzanilla, ménos linajuda y no tan delicada como aquélla, tiene también su campo propio de operaciones, y no se ofrece comunmente en holocausto al consumidor de baja estofa; la dama andaluza conoce como la hija del pueblo el secreto de llevársela á los labios con un movimiento rápido y gracioso, y brilla, por lo tanto, lo mismo en el hipódromo de Tablada que en el alcázar del Rey don Pedro. En las inolvidables mañanas de Abril, es la señora de las buñolerías y de las casillas de la Feria; asiste á las veladas del Prado entre los acordes del piano y los acompasados trinos de la guitarra, y *campa por su respeto* en los santuarios de Torrijos, el Rocío y Consolación de Utrera.

Sin la copa de champagne, la fiesta del *Grand Prix* en Longchamps, y el banquete político más trascendental y ostentoso, quedarían reducidos á simples entretenimientos domésticos; sin la caña de manzanilla, se verían desiertos los circos taurinos de Cádiz, Málaga y Sevilla, y no habría pico de oro que entonara bajo nuestro cielo azul una petenera ni una seguidilla gitana.

## II.

Aunque hayan desaparecido en Sevilla los tabucos de *Omnium Sanctorum*, donde se solazaba Juan Diente; los bodegones de la Alfalfa, donde halló Cervantes sus admirables Chiquiznaques y Maniferros, y las tascas del Compas, célebres en los fastos de las grímpolas picarescas, no deja de haber lugares históricos en la capital de Andalucía donde apurar unas cuantas docenas de cañas.

Recuérdase aún la tienda donde el *zeñon Curro Cúchares* se azotaba con sus muchachos, y todo sevillano puede en la actualidad tomar una lamparilla en la propia casa del Candilejo, teniendo á la vista la cabeza del rey D. Pedro, el monarca mujeriego y provocador á quien *crujían las canillas*.

Sin embargo, los que no se deleiten con las tradiciones y busquen los incentivos de la vida moderna, tienen á su disposición restaurants, colmados, ventas y cafés cantantes; sobre todo estos últimos, postrera manifestación del arte flamenco, santuarios que recuerdan los de Egipto, Chipre y Badgad en la conservación y ampliación de las danzas encomendadas á la almea, la hiéndula y la bayadera.

Un café cantante — *passez-moi le mot* — es indescriptible. El hábil pincel de mi amigo García Ramos, lleno de luz y de color, ha procurado en vano reproducirlo, y mi pluma acerada y torpe ha de intentarlo inútilmente. Para conocerle es preciso sacrificar á Baco en las gratas horas del sueño, oír á los discípulos de Silverio llenar el ámbito de gorgoritos, tener ante sí el ruedo repleto de cañas.

Recuerdo perfectamente una noche pasada en el de la calle del Rosario (Sevilla), durante la cual pude convencerme de que la realidad es á veces gran inspiradora y puede hacer un Daudet ó un Zola del observador más perezoso.

Al penetrar en aquel patio lleno de mesas de pino y toscas sillas de enea, donde la atmósfera se enrojecía bajo la montera de cristal y un ensordecedor ruido de palmas y bastonazos hacía perder toda noción de lugar y de tiempo, sentí un tanto trastornado. Acompañábame un amigo, que, aunque flamenco por naturaleza, no se hallaba dispuesto á *correrla* aquella noche, y tomamos asiento en un palco es-

pecial, separado del resto de las localidades por una barandilla de madera y casi al nivel del tablado donde *se cantaban y se bailaban* las celebridades de la casa.

Poco á poco mi retina fué acostumbrándose á aquella luz exuberante, pero mal enfocada, y dime cuenta del espectáculo que se ofrecía á nuestros ojos.

En un tablado sin concha, bambalinas ni bastidores, adornado de mecheros y espejos de cuerpo entero y lleno en toda su extension de sillas ocupadas por hombres y mujeres, bailaba una jóven, ceñida por una bata de percal limpia y y crujiente, que delataba la redondez de su cadera, y que, al voltear, mostraba un calzado primoroso y ostentaba en su cabeza un ramo de flores del tiempo y una calada peineta. Cerca de ella, sentado en una silla, de gracioso modo, con las piernas cruzadas, la chaquetilla abierta y los tufos levantados hasta las sienes, punteaba la guitarra el tocador de tanda; completando el cuadro una *cantaora* de voz clara y penetrante, y seis ú ocho adláteres que con palmas, oles y *timos* de gracia, *jaleaban* á aquella almea de pañuelo de espuma y zapato escotado.

El concurso aplaudia frenético cada vez que la jóven golpeaba el tablado en uno de sus arranques pedestres y seguía con la vista las curvas y espirales mágicas que parecían trazar en el aire sus brazos desnudos; cuando inclinaba el cuerpo en increíble escorzo, las líneas de su seno parecían ensancharse y los flecos de seda del airoso pañuelo de Manila se desprendían y temblaban en torno de su talle, como los colgantes de cristal de una vistosa arandela.

Á este incitante y arrebatador baile flamenco siguieron otros muchos, dotados de escasas variantes, y fueron saliendo á plaza, por rigoroso turno, todas las hermosuras que en el tablado se ofrecían. Ya era una niña, pálida y enfermiza, cuyos ojos negros y provocativos parecían denunciar el volcán que abrasaba sus huesos; ya una deidad de raza, de redondos hombros y labios encarnados como guindas; ya una gaditana alta y escultural, que hubiera podido danzar en el pórtico de un templo griego, siendo admirada por Fídias; ya, en fin, una flamenca de tez bronceada y achatada frente, que parecía hacer muecas de dolor al sonreírse, y cuyos histéricos y nerviosos movimientos eran un suplicio y una expiación perpétua, seguramente.

Tomaba posesion del tablado la última de aquellas hijas de Terpsícore, cuando sentí una súbita exclamación á mi lado:

— ¡Es esa, sí, esa! ¡Mírala qué bella y qué graciosa!.....

Impresionado por el tono de viva pasión con que fueron pronunciadas estas palabras, volví los ojos con cierta cautela y hallé sentados á nuestra misma mesa dos jóvenes, uno de los cuales, de rostro simpático y elegante porte, era, sin duda, el que había hablado.

— ¡Sí! es Encarnación — siguió diciendo sin procurar recatarnos sus pensamientos. — Una chica que fué un tesoro de virtudes, y que es ahora acaso una perla en el fango; Encarnación, á la que conservo un afecto de hermano, y cuya memoria va unida á los mejores días de mi existencia.

No hay para qué decir que, interesándome ya la que bailaba, procuré examinarla con cuidado. Era blanca, sonrosada, de cuello mórbido y elástico, de seno redondo y escultural, de talle flexible y fino como el junco. Si en vez del rico traje de raso crema que vestía con cierto provocativo desenfado, hubiese llevado el sencillito *habillé* de la Margari-

rita de Gounod, habría podido pasar por una *prima donna* de las más delicadas y mimosas. Su estancia entre flamencos y flamenca era una de las muchas notas desafinadas de aquel desconcierto; su manera de bailar, más voluptuosa que la de sus compañeras de tugurio, tenía algo de señor, de distinguido, de romántico.

Los espectadores premiaron las originales dotes de la hieródula flamenca aplaudiéndola ruidosamente, y mi vecino no dejó de observar uno solo de sus movimientos, demostrando con sus repetidas aclamaciones las impaciencias que le devoraban. Cuando concluyó el baile y las jóvenes bajaron del tablado para tomar una docena de cañas, según costumbre, con los asistentes cotidianos, Arturo — que así se llamaba el jóven á que me refiero — hizo señas á Encarnación, que penetró en nuestro palco con gentil gracejo, y al reconocer á Arturo dió muestras de gran alegría, entablado con él un diálogo lleno de interés, del cual formaban principal parte sus antiguas memorias juveniles.

Olvidábaseme decir que mi acompañante y yo teníamos decidido no probar el vino aquella noche, y que, por lo tanto, contemplábamos, sin gustarlas, dos copas de cognac que se hallaban intactas sobre la mesa. Encarnación, creyéndose, sin duda, buenos amigos, cogió con especial donaire nuestras copas, y vaciándolas incontinenti sobre el pavimento, exclamó entre francas carcajadas: — ¿Cómo es eso? ¿Cognac?..... Aquí sólo se bebe manzanilla. ¡Hola, niño! ¡Cien cañas para esta mesa!

Un ruedo con cien cañas apareció ante nosotros como por encanto.

La proverbial galantería andaluza no podía consentir que las faldas nos ganáran por la mano, y se estableció entre los cuatro cierta emulación, que no comprenderán seguramente los que no sepan en qué consiste el rumbo en nuestra tierra. Tras aquellas cien cañas, que se repartieron á diestro y siniestro, vinieron cien más y otras ciento en sus metálicos ruedos, reflejando en sus estrechos cristales aquellos colores y aquellas luces.

Entretanto, las intimidades de Arturo y Encarnación tomaban tal carácter de tierna fraternidad, que yo me sentía conmovido al escucharlos. Recordaban las tardes pasadas en el terrado de sus casas vecinas, mientras que la una regaba sus flores y el otro remontaba su cometa color de rosa; las noches de luna, en las que jugaban bajo el soportal, enlazando los brazos y cantando la infantil coplilla *Luna catuna cascabelera*; la muerte de la madre de Encarnación, ocurrida repentinamente, y en cuyo velatorio lloraron juntos por vez primera.

Yo, que he cometido la tontería de afligirme con las aventuras de Margarita Gauthier ó de Manon Lescaut, no negaré que escuché estos relatos con el corazón oprimido. ¿Por qué no han de hallarse dulces sentimientos hasta en las amistades del arroyo?

En esto, la caprichosa niña vió asomar en el bolsillo del jóven un lindo pañuelo de seda azul con guardilla roja, y dando tregua á aquella sabrosa escursión por los campos primaverales de la vida, le dijo en el tono más natural del mundo: — ¡Bonito pañuelo gastas, Arturo!.....

Arturo, que le hubiera ofrecido en aquel momento *un ala del corazón*, si para ella valiera más que su pañuelo de bolsillo, lo colocó en el cuello de la jóven sin más preámbulos,



miétras ella, haciendo un verdadero derroche de vino, que seguramente habríamos de pagar nosotros, añadía cándidamente:—¡Oh, Arturo, Arturo, qué días más alegres aquéllos!.....

Dos nuevos detalles me demostraron claramente las intenciones de aquella dulce amiga con formas de estatua y rostro de ángel: el alfiler de brillantes de la corbata de Arturo había pasado á hacer compañía al pañuelo azul y rojo en otro raptó de expansion fraternal, y las cañas de nuestro palco corrieron de mano en mano por el salon, como si nosotros fuéramos los garzones de Ida de aquel Olimpo flamenco.

Ya aquello era demasiado. La gasa de oro del misterio rasgóse al cabo ante mí y ofrecióseme en toda su repugnante desnudez la comedia en que, por fortuna, sólo se me había reservado el papel de comparsa. Encarnacion, á quien yo, en un momento de extravío mental, creí dotada de raras perfecciones y tiernos impulsos, era pura y simplemente *un gancho*; es decir, un palpitante cebo de carne humana, que el dueño pagaba para que *hiciesen gasto* los parroquianos del café, y que cumpiera su noble mision merodeando por cuenta propia en los campos de la pasion y del sentimiento.

¿No se engaña Zola? ¿Es posible que llegue el extravío y la perversion moral hasta el punto de hacer de los más santos recuerdos red y trampa de corazones generosos? Esto me preguntaba yo, contemplando con lástima á Arturo, que perdía ya la cabeza, y para el cual era aquel lugar de crápula un abreviado paraíso, cuando penetraron en nuestro palco tres nuevas sirenas de manton de Manila y traje corto.

Apagábanse ya las luces del tablado y salían del local, como podían, los perezosos y vacilantes espectadores. Era preciso cambiar *de nido* para continuar la *juerga*, y se nos ofreció un salon contiguo, comenzando á poco la verdadera zambra íntima, en la cual se reanudaron los bailes y los cantares y aparecieron de nuevo las bandejas de cañas, acompañadas de los indispensables *platitos*.

Encarnacion continuaba al lado de Arturo, y éste seguía encantado de sus menores movimientos y la trataba como á una niña mimosa y traviesa, á la cual no se puede privar del menor capricho. Más de una vez rodaron las cañas bajo sus piés menudos y volvieron á llenarse entre ruidosas carcajadas.

Yo tuve que apelar á toda mi fuerza de voluntad para no aturdirme como mis compañeros. Aquellas provocativas danzas, ejecutadas como la cosa ménos pecaminosa y más natural del mundo; aquel trinar suave de la guitarra, que parecía como la respiracion igual y reposada de la fiesta; aquel ordenado desórden, que el lenguaje andaluz, todo viveza y color, salpicaba de inesperados resplandores, golpeaban el cerebro como las oleadas de un mar encantado, fatigándolo y adormeciéndolo lentamente. Sentíase el ánimo confuso, entre abismos y edenés, en esa línea ideal que separa la luz de la tiniebla.

Se apuraban las últimas cañas. Arturo, rendido por el cansancio, inclinaba la frente sobre el brazo, y Encarnacion parecía acariciar la diestra del jóven, en la que brillaba una hermosa sortija de brillantes. Una de sus compañeras cantaba la siguiente copla:

«Yo comparo tu cariño  
Al candil de un montañés;  
Llega un borracho y lo apaga,  
Y otro lo vuelve á encender.»

—¿Me quieres, hermana?—preguntó Arturo á la niña, que se colocaba disimuladamente su manton de punto y se preparaba á abandonar el salon, por cuyas altas ventanas penetraban ya los primeros albores del día.

La respuesta, diósele el dueño del establecimiento presentándose á cobrar el gasto de la noche, que ascendía á más de trescientas pesetas.

—¿Y Encarnacion?—preguntóle Arturo, luchando aún con el sueño, haciendo por clavarse en la corbata el alfiler que no tenía y dando vueltas en su dedo meñique á una sortija imaginaria.

—¡Toma, toma! ¡Encarnacion! échela V. galgos—exclamó el obeso hijo de la montaña, miétras que recogía los billetes que Arturo y yo sacábamos de la cartera.—Encarnacion es una honrada madre de familia que se recoge *todas las noches al romper el alba*.

### III.

Las cañas pueden tambien hallarse en *El Paraíso*, que está situado, mal que pese á los Setenta, á las puertas de Sevilla, siendo verdaderamente paradisíacas las que se ofrecen en los cenadores, cubiertos de hiedras y campánulas, de la poética venta de Eritaña.

En los alrededores, bajo los árboles, sobre el musgo, sin más alfombra que las florecillas silvestres, se organizan en los días de sol del invierno las fiestas más animadas, y se come y se bebe alegremente. Allí brillan las cañas hasta el punto de herir la retina con sus vislumbres, y corren por el corro como relámpagos de topacio que se apagan en los labios de las hermosas. No cruzará el viandante sin que se le ofrezca una caña de vino, ni tocará el sol al ocaso sin que deje á los enamorados alguna tierna memoria.

La época del Emirato parece revivir en estos días tranquilos, y las barquillas del Guadalquivir, que se divisan entre los álamos, columpian, como entónces, á las hijas del Profeta. Cuando llega la noche guían á la ciudad las luces de los faroles de las Delicias, que rielan en las aguas del río, ó la misteriosa lamparilla encendida en el cuerpo de campanas de la Giralda. Las parejas vuelven cantando:

«Dos besos tengo en el alma  
Que no se apartan de mí:  
El último de mi madre  
Y el primero que te di.»

Las cañas tomadas en la taberna tienen, como ya hemos dicho, indefinible encanto para los habladores. Decía cierto amigo mio que en un barril de manzanilla había más palabras que en el *Diccionario de la Lengua*, y el que haya asistido á una de esas animadas sesiones, en las cuales se discuten las peripecias de una corrida de toros, los lances de una quimera de gallos ó el alcance de unas seguidillas gitanas, no podrá ménos de dar la razon á quien tal diga.

En las tabernas antiguas el vino se tomaba casi siempre de pié. Un viajero que describe la célebre taberna *Fortunata*, de Pompeya, nos dice que en ella, como en otras muchas de su clase, se halla un mostrador de mampostería, y arrimados á él muchos grandes vasos de barro cocido. El mostrador está cubierto con una plancha de mármol, y sobre esta plancha vense todavia las señales é impresiones de

los vasos de los bebedores. Detras de la tienda sólo habia una pieza, no muy capaz para contener un gran concurso de devotos de Baco, lo que prueba que las ánforas de Pompeya no eran tan ricas en frases como los toneles de la Bética.

En la taberna de nuestros dias no es ya muy comun aquello de:

«Pídolo, dánmelo, bébolo,  
Págolo y voyme contento.»

El ingenio de los paisanos de Pereda, que buscan hoy la fortuna en Andalucía y no en las Indias, como los montañeses de antaño, ha hecho que la taberna en Cádiz, Málaga y Sevilla sea un punto de parada y fonda, en el cual no falta ni timbre eléctrico, ni salon de descanso. La tienda de montañas se codea hoy — vamos al decir — con el restaurant traspirinaico, y luce sus galas ofreciendo al consumidor los platos más exquisitos. Conserva, sí, su clásico aspecto, pero embellecido por el arte. En las duelas y cabezas de las botas campean los prodigios del pincel: aquellas uvas que pintó Zeuxis, y que fueron picoteadas por incautos pajarillos, brillan en los envases de los líquidos favoritos, y la alegoría pompeyana, que consistia en dos fornidos mozos cargando un ánfora repleta, se ha sustituido por elegantes muestras y escaparates ostentosos. Sólo ha quedado en alguna que otra alegoría íntima, un resabio egipcio de gran trascendencia: el perro atado á la cadena y con la consabida inscripcion «*No me dejes así*», sutil advertencia á los que deben y no pagan.

Las tabernas llegaron á abundar tanto en el Mediodía de España, que el epigramático Fray Gerundio dijo lo siguiente de una ciudad andaluza, cuyo nombre queda de propósito en el tintero:

«..... Ciudad bravía  
Entre antiguas y modernas,  
Tiene doscientas tabernas  
Y sólo una librería.»

Hoy tan terrible antinomia se ha resuelto felizmente en un término superior llamado Casino, donde *se suele dar* la bodega y la biblioteca; pero aunque así no fuese, tan picante frase no redundaria en desprestigio de nuestra hermosa region, toda vez que la culta Inglaterra se bebe la mayor parte de nuestros vinos *sin leer nuestras obras*, convirtiendo en tabernas los hipódromos, las vías públicas y hasta los elegantes *chalets*; bordados de rosales.

Pero no nos extraviemos. Decia yo hace poco que la manzanilla no es el vino de las obras, sino el de las palabras, y nada más cierto. Segun afirman los profesos — que yo soy lego en la materia — sólo ella produce ese generoso estado del ánimo en que la locuacidad y la alegría se manifiestan con su plenitud más gustosa. Algo creo yo que adulan á la uva listain los que de tales virtudes la adornan; pero es indudable que el beodo en último grado es pocas veces manzanillero. Las marcas de Agüero y de Manjon no suelen rodar por el asfalto.

En torno á la limpia mesa de la tienda, cuando se consume reposadamente un ciento de cañas, la idea de la orgía

surge tarde y surge raras veces. No es el manzanilla, como el champagne, generador de pensamientos orgiásticos, ni se sube, como el peleon, á la cabeza.

Un sencillo episodio me hizo conocer la diferencia que existe, á juicio de los *doctos*, entre la manzanilla olorosa y el vino infame de la tasca.

Cierta noche de Carnaval penetré, en compañía de un amigo, en el teatro de San Fernando de Sevilla. La sala estaba brillante; una multitud alegre y decidora cruzaba por su ancho recinto y se confundia en una atmósfera perfumada y ardiente.

En un palco bajo, reclinada en un sillón de cómodo respaldo y rodeada de dos ó tres jóvenes, que parecian mendigar una sonrisa, una mirada ó un apretón de manos, veíase una hermosura poderosa, una mujer dotada de esos encantos que no se olvidan fácilmente, una verdadera tentacion con faldas. Ante ella, sobre un alto aparadorcillo de palo santo, se veian algunas cañas y varias botellas de manzanilla.

La actitud en que se hallaba me hizo recordar el romance á Blanca, de las buenos tiempos del autor de *Don Juan Tenorio*. Sus ojos grandes, cansados acaso de contemplar aquel mar de cabezas humanas, se cerraban suavemente, y uno de sus brazos, cubierto de elegante manopla, pendia en lánguido abandono de la balaustrada.

Pregunté á mi acompañante quién era aquella divinidad de moda, y supe que se llamaba Carmela y que tenía una historia tan interesante como la de todas esas mujeres á quienes el vicio erige altares por algun tiempo.

Un capuchón azul que se me ofreció al paso me hizo olvidar en el resto de la noche aquel fantasma de carne, de seda y de pedrería; pero muchos meses despues, aún solia pensar de vez en cuando en la hermosa dormilona que bebia cañas de Sanlúcar y usaba manoplas de cabritilla.

Léjos de la capital de la Bética durante dos años, volví al cabo, caso raro, en la propia época carnavalesca. Nada habia cambiado: el mismo amigo me acompañaba, el propio teatro nos abria sus puertas, y ya nos disponiamos á penetrar por ellas, cuando vimos agruparse un sinnúmero de curiosos á las de una humilde tasca de la próxima calle de Lombardos.

Dos guardas nocturnos acercaban en aquel momento sus farolillos á un cuerpo de mujer tendido en tierra, y yo, al acercarme, sofoqué un grito de sorpresa y de espanto.

Aquel bulto innoble, sucio, envuelto en pobres y manchados harapos, era el de la Blanca ideal que yo habia visto dos años ántes radiante de lujo y de belleza.

— ¡Al Pópulo con esta! — decia uno de los guardas, asiéndola por un brazo brutalmente.

— ¿Pero es ella? — insistí yo, dudando del testimonio de mis sentidos y sin volver de mi sorpresa.

— Sí, es Carmela — replicó mi amigo tranquilamente. — Carmela, que se ha dedicado al peleon y ya no bebe manzanilla.

BENITO MAS Y PRAST.

Sevilla, Junio de 1885.



# LOS TOMATABACO

## EN EL SIGLO XVII.



N vano sería negarlo.

Hoy el tabaco es una de las aficiones que mayor privanza gozan con los españoles. Puede conceptuarse artículo de primera necesidad, como los toros, el café y la política.

Los fumadores lo dicen: mejor se quedarán sin comer que sin fumar, y hay quien no poseyendo más que unos cuantos céntimos por todo capital, ántes entra en el estanco que en la tahona.

La costumbre es general: proletarios y capitalistas, plebeyos y aristócratas, mozalbetes y viejos, todos beben los vientos por la codiciada planta, ya en forma de modesto *pitillo*, ya en la de *coracero* desalmado, ya de ensoberbecido *veguero* de la Vuelta de Abajo.

Y no hablo de las mujeres que fuman; dejemos con su desdicha á esas verdaderas bacantes del tabaco.

Si á lo ménos la costumbre de fumar fuera de tan antigua y respetable prosapia como la de beber, que se remonta á los tiempos bíblicos de Noé y de Lot, se explicaria mejor que estuviese tan extendida; pero su origen es, relativamente, de ayer.

Sabido es que hasta el descubrimiento de las Indias Occidentales no fué conocida esta planta en Europa, y en nuestra España no tomó carta de naturaleza, y ésta muy soez y de baja catadura, hasta fines del siglo XVI y principios del siguiente.

Bajo dos formas se presentó, sin duda para seducir mejor á los hombres y no ménos á las mujeres; pues si el *tabaco en humo* fué usado por los primeros, el *tabaco en polvo* se hizo más acepto á las mujeres y á las personas de estado religioso.

Contra esto clamaba indignado, hácia el fin de la primera mitad del siglo XVII, un fraile, con quien sin duda no habian tenido entrada aquellas nuevas costumbres, que él contaba entre los *detestables abusos*, contra los que escribió su *Premática de reformation* (1).

Segun el buen religioso, en humo y en polvo se usaba *ya* en su tiempo, y era para él cosa digna de reprehension que los

(1) El padre Tomás Ramon publicó en Zaragoza, en 1635, el libro titulado *Premática de reformation sobre los detestables abusos de los afeites*. Otras cosas censuraba asimismo el buen fraile, que hablando del tabaco dice: «Tambien se puede usar del tabaco en polvo, y éste de dos maneras: ó aplicando el polvo á las narices con los dedos, como de ordinario se usa, ó encendido con fuego, tirando por la boca el humo suyo. Destas dos maneras se usa ya en España, y con tanta frecuencia, que no hay casi momento que no le apliquen á las narices ó boca, á todas horas y tiempos, ayunos y comidos, estudiando, predicando y en el coro cantando, inquietando á los demas.» Y añade un poco despues: «No deben estar (los clérigos en el coro) andando de una en otra parte, brindando con la *tabaquerilla* ó *papelete*, sino como los querubines en el templo, suspendidos y absortos en Dios.»

de su clase lo tomáran hasta en el templo, cantando en el coro y hasta *predicando*. Censurólo en su libro; mas la *Premática*, como dictada sin bastante autoridad, surtió poco efecto.

Pero no maravilla que tanto y tan pronto cundiese por España el tabaco, en ambas formas usado, cuando su introduccion era debida, segun Quevedo, á un diablo, al *Diablo del tabaco*, que juntamente con el *Diablo del chocolate*, habian traído á España este producto de las Indias, sólo por vengarse de los españoles que las descubrieron y conquistaron (2).

Y como el diablo anda siempre haciendo cosquillas á las beatas, porque como se rie de su quebradiza virtud y no le da cuidado, no quiere emplear con ellas tentaciones serias, sino de juego y cuchufleta, con las que tiene muy sobrado, arrimóles el deseillo del tabaco en polvo, y pocas fueron las que no claudicaron.

Por eso el *Diablo Cojuelo*, que es entre todos los del Tártaro el más jugueton y amigo de tracamundanas, para suscitar entre aquéllas un grande sobresalto y solevacion, anunció que venia á la tierra á quitar á las beatas «el tomar *tabaco*, beber chocolate y comer jigote» (3).

Querian algunos disculpar el uso del tabaco en polvo, considerándolo como una medicina para la jaqueca, y así decia el gracioso Cristal, en una comedia de Tirso:

Este es ramo de jaqueca,  
Mal antiguo; el ejercicio  
Le alivia, y más si echa flemas,  
Tomando tabaco en polvo  
Y estornudando á docenas.

(NO HAY PEOR SORDO..... Act. I., esc. X.)

El tabaco que habia de tomarse en humo solia venir de las Indias preparado en forma de unos cilindros, á que llamaban *rollos* y *tubanos*.

Del primer nombre se sirve el gracioso *Pimiento* en la comedia de Moreto *La ocasion hace al ladron*, que no es otra cosa que lo que ahora se llamaria una refundicion de *La villana de Vallecas*, de Tirso. Dice así aquel personaje:

PIMIENTO. ¿Toma usted *tabaco de humo*?  
Porque traigo de las Indias  
Cien *rollos*.

POLONIA. Pues ¿para qué?

(2) En *El Entremetido, la Dueña y el Soplon*, dice el señor de la Torre de Juan Abad: «Allí llegaron el diablo del tabaco y el diablo del chocolate, que, aunque yo lo sospechaba, nunca los tuve por diablos del todo. Éstos dijeron que ellos habian vengado á las Indias de España, pues habian hecho más daño en meter acá los *polvos* y el *humo*, y jicaras y molinillos, que el Rey Católico á Colon y á Cortés, á Almagro y Pizarro..... Los tabacanos, como luteranos, si le toman en humo, hacen el noviciado para el infierno; si en polvo, para el romadizo.»

(3) Así lo dice Velez de Guevara en su *Diablo Cojuelo*, tranço VI.

PIMIENTO. Para que si alguna ninfa  
Me dice : « ¡Váyase al rollo ! »  
Voy luego y tomo una pipa.

La palabra *tubano*, acaso más antigua, se halla empleada por el referido Tirso en el original de la anterior, esto es, en *La Villana de Vallecas*. En ésta, el gracioso Agudo dice á D. Pedro la cena que tienen aparejada en la posada, haciendo una pintoresca y viva descripción de los manjares, terminando de este modo :

En conserva hay piña indiana,  
Y en tres ó cuatro pipotes  
Mamellas, cipizapotes,  
Y si de la castellana  
Gustas, hay melocoton  
Y perada, y al fin saco  
Un *tubano* de tabaco  
Para echar la bendición.

(Act. I., esc. IV)

Puede deducirse que la voz *tubano* era más antigua y que acaso ya no se usaba en tiempo de Moreto, porque copiando éste casi al pié de la letra aquella escena en su refundición, hace no obstante decir á Beltran, que es como se llama su gracioso :

..... y al fin saco  
Una *pipa* de tabaco  
Para echar la bendición.

El tabaco, así como los naipes, el papel sellado y otras cosas, estaba estancado ya en tiempo de Felipe IV, y por tanto se vendía en tiendas á propósito, como se desprende de la novela de Francisco Santos *Día y noche de Madrid* (1).

La pipa era poco usada en España : en la novela de *Estebanillo Gonzalez* refiere éste que en una apuesta que á beber hizo en Italia, pusieron á los campeones una mesa con dos vasos pequeños, « dos *pipas* y un papelón de tabaco picado » (2).

Por este tiempo no he hallado mención de las petacas. *Papelón* equivale á cartón : de papelón hizo D. Quijote parte de su famosa celada.

Así como hoy el fumar es cosa corriente en todas las clases, como he notado al principio, en aquel siglo era considerado como una grosería, una costumbre baja y poco decente, propia sólo de rufianes, lacayos, mozos de mulas y gente del hampa, á quienes no había que pedir comedimiento.

Las damas, en especial, estaban muy mal con el tabaco y miraban con menosprecio á los tomatabaco, cuando hoy piensan los mozalbetes que serán tenidos en poco por sus Dulcineas si no pasean sus calles puro en boca.

Pero no era de este moderno modo de pensar D.<sup>a</sup> Leonor en la famosa comedia de Leiva *El Socorro de los mantos*. Proponiéndole su doncella Ines diversos galanes para que escoja marido, indícale cierto capitán, que sin duda en sus campañas de Flándes había tomado la costumbre de fumar, y dice :

INES. Con el capitán te aplaco;  
Muéstratele agradecida.  
DOÑA LEONOR. No me nombres, por tu vida,  
Hombre que huele á tabaco.»

(Jor. I.)

(1) En esta novela se habla de las *Tiendas de tabaco*, en el discurso XIV.

(2) En el capítulo XI.

Por donde se ve que la dama ni oír nombrar quiere á un fumador.

Y tenía razón D.<sup>a</sup> Leonor. ¿Cómo había de encontrar digno de su cariño y adecuado compañero de su persona al que con tal costumbre desdecía de lo que hacían los verdaderos hidalgos y gente de cuenta?

En efecto : en las comedias, novelas, avisos, relaciones y demás documentos de la época que nos han revelado sus más corrientes usos, no se ha expresado que fumasen ni tomasen tabaco en polvo aquellos galanes, tan apuestos como enamorados.

En cambio, se encuentra con frecuencia atribuida esta costumbre á las clases que antes he dicho.

Velez de Guevara, en su *Diablo Cojuelo*, que ya he mencionado, dice que en una venta se veía « ensillando los mozos de mulas y poniendo los frenos al són de seguidillas y jácaras, y brindándose con vino y pullas los unos á los otros, ribeteándolas con tabaco en polvo y en humo » (3).

Tomar tabaco de uno ú otro modo era, en concepto de este escritor, ocupación á propósito para ir acompañada del vino y las jácaras en las caballerizas y mesones.

En *Las Bizarrias de Belisa*, de Lope, describiendo aquella un encuentro de cuchilladas, cuyo suceso

Era en la parte del Prado  
Que igualmente corresponde  
Á esa fuente, Castellana  
Por la claridad del nombre,

(Act. I., esc. II.)

dice, en són de desprecio y censura, hablando de su propio cochero, que imparable

« Miraba á pié la pendencia,  
Todo tabaco y bigotes,  
Como si estuviera el necio  
De la plaza en los balcones,  
Y el Conde de Cantillana  
Acuchillando leones » (4).

Un lacayo no tenía empacho en fumar, porque no estaba obligado á guardar las leyes de la cortesía. Por eso Galon (5),

(3) Tranco VI.

(4) El Conde de Cantillana tuvo gran renombre, en tiempo de Felipe IV, de lidiador de toros, entónces que éste era un ejercicio de que se preciaban los principales y más apuestos caballeros. El citado Velez en su *Diablo Cojuelo* dijo de él : « Luego está (en Sevilla) la casa del bizarro Conde de Cantillana, gran cortesano, galán y palaciego, airoso caballero de la plaza, crédito de sus aplausos, alegría de sus reyes, que esto confiesan los toros de Tarifa y de Jarama, cuando cumplen con sus rejones como con la parroquia. » (Tranco VII.)

Quevedo, en unas décimas que escribió con motivo de una fiesta de toros celebrada en 1623, en obsequio del Príncipe de Gáles, habla de Cantillana en esta forma :

Cantillana anduvo tal,  
Y tan buenas suertes tuvo,  
Que estoy por decir que anduvo  
De lo fino y un coral :  
Él fué torero mortal,  
Y lo venial dejó  
Á otro, que allí salió  
Vagamundo de venablo;  
Que en este otro anduvo el diablo,  
Pero en Cantillana no.

(5) En *Los engaños de un Engaño y confusión de un jardín*, de Moreto.



*J. Chelminski*

«EN TRINEO.»—(Cuadro de Chelminski.)



describiendo las galas y otras cosas que para sí mismo preparaba, dice :

He de sacar un vestido  
De mi nombre guarnecido  
Y el forro de caniqui.  
No me olvido del *tabaco*,  
De calzoncillos, calcetas,  
De escaupines, de soletas  
Y de un sombrero polaco.

(*Jor. I., esc. VI.*)

Como prueba de que las gentes de baja ralea, capaces de bromas groseras, eran tambien las únicas en quienes no extrañaba el uso del tabaco, dice D.<sup>a</sup> Perinola en el entremes *La Hechicera*, del toledano Benavente :

Algun mozo lo ha hecho de tahona,  
Harto de mosto y lleno de tabaco.

Porque el tabaco y el vino en exceso, segun se ve, eran compañeros inseparables, como siguen hoy siéndolo. Así lo prueban tambien los insultos que en otro entremes, en *La Muestra de los carros* (1), dice Turon á otro de esta manera :

Pues ¿ tú hablas, soldado bodeguero,  
Que el jarro empinas y *el tabaco vibra*,  
Cara de hogaza de sesenta libras ?

Baja era tambien la opinion que de los tomatabaco tenia el personaje del entremes anónimo *Los Corcovados*, cuando lamentándose de que su dama le dejase por otro, exclamaba :

Si me dejase por un necio, ¡ vaya !  
Por un *tomatabaco*, un melindroso,  
Mas ¡ por un corcovado ! ; Estoy furioso !

Merece observarse que en este tiempo no se decia *fumar*, sino *tomar tabaco de humo*.

El donoso Tirso de Molina, que en su comedia *Averigüelo Vargas* puso á uno de sus graciosos el nombre de *Tabaco*, creia tambien que el tomarle en humo debia contarse entre las desdichas y calamidades que podian afligir á un hombre.

Así vemos que en *La Gallega Mari-Hernandez*, persegui-

(1) Este entremes fué publicado por Sancha como de Lope. El erudito D. Cayetano Rosell sostiene que es de Benavente.

do Caldeira por la celosa Dominga, implora su perdon diciendo :

Si otra vez la habláre más,  
Si diere causa á tu ofensa,  
Plegue á Dios que, siendo calvo,  
Traiga postizas guedejas,  
En *humo tome tabaco*,  
Silbenme, siendo poeta,  
En comedia de tramoya  
Salgan mal las apariencias.

(*Act. III, esc. XXII.*)

En fin, terminaré probando lo que ántes dije, que los rufianes y gente de su laya formaban tambien entre los que tenian costumbre de fumar, considerada como una más de sus poco plausibles artes.

Así lo demuestran estos versos del entremes *Las Jácaras*, de Calderon, en que se pinta á uno de aquellos valentones de este modo :

Con el fieltro hasta los ojos,  
Con el vino hasta la boca  
Y *el tabaco hasta el gatillo*,  
Pardo albañal de la cholla,  
Columpiando la estatura  
Y meciendo la persona,  
Zampayo entró, el de Jerez,  
En cas de Mari-Pilonga.

En fin, Quevedo, el autor extremado y único en sus romances y jácaras, de los rufianes y las marcas, de los truhanes y cotorreras, pinta asimismo borracho y tabacoso á Villodres, uno de sus renombrados héroes :

Villodres con Guirindaina,  
Que por lo linda ha venido  
Á encaramarse de moño  
Y á hidalgarse de apetito,  
Así garlaba, atufado  
De su *tabaco y su vino*,  
Cuando ella, mirlada, hacia  
Ascós, torciendo el hocico, etc.

Esta fué, pues, en España la ilustre genealogía de los fumadores, en aquellos tiempos en que el uso del tabaco era mirado como propio sólo de las gentes de poca y mala educacion.

JULIO MONREAL.



# LA MÍMICA.

**S**ABIDO es, por toda persona que tenga siquiera dos dedos de frente, que con dicha palabra se significa aquel arte que consiste en darse á entender por medio de gestos ó ademanes; con lo cual se prueba que hay, además del oral, un lenguaje bastante expresivo, que es el *lenguaje de accion*, y tan expresivo, que hasta los animales lo entienden.

Podría asegurarse, sin temor de incurrir en yerro ó exageracion, que si existe algun lenguaje universal (porque en cuanto á lengua, ni existe, ni ha existido, ni podrá existir nunca con el carácter de universalidad absoluta, digan lo que quieran muchos soñadores), es el mimico ó de accion. Inténtese, si no, llamar á un extranjero, cuya lengua nos es de todo punto desconocida, con el objeto de que se acerque á nosotros, valiéndonos de la indicacion de alzar la mano con los dedos extendidos, batiéndolos más ó ménos fuerte y ligeramente contra la palma, sin proferir palabra alguna, y comprenderá luégo que se le está llamando.

Supongamos ahora que, en consecuencia de nuestro llamamiento, bien avenido el llamado con el lugar que ocupa, no está por el gusto de darnos ese idem, y acomodado con el padre Quieto, mueve ó la cabeza ó el dedo índice, de izquierda á derecha, y (dicho sea con perdon), por muy estúpidos que seamos, comprenderémos en seguida que no le da la gana de abandonar su puesto.

Lenguaje bastante expresivo, sin necesidad de abrir la boca, es el de la persona que extiende el brazo en posicion horizontal con la mano ahuecada hácia arriba, á guisa de bacinica, para dar á entender que pide; el del que se encoge de hombros para significar que no sabe, y el del que, comprimiendo ambos labios y dejando salir por ellos ruidosamente el aire, manifiesta desprecio, ó el ningun cuidado que se le da acerca de lo que pueda sobrevenir.

Dicho se está que cuatro ojos puestos en blanco, ó unas rosetas asomadas repentinamente á las mejillas de dos personas de distinto sexo, que acaban de situarse frente á frente, en especial si cuentan pocos abriles, son un argumento asaz elocuente de que las flechas de Cupido no se han embotado al tropezar en corazones cuya materia no es de roca ni de bronce.

Un bofeton aplicado á tiempo (y quien dice uno dice dos) es en ocasiones *dadas*, y aún *tomadas*, toda una epopeya, si no sublime, sublunar, así como lo fué para Gil Blas de Santillana la accion de aquel supuesto mendigo que, al pedirle limosna en despoblado, se insinuaba apuntándole con una escopeta al traves de un vallado.

He dicho arriba que semejante lenguaje es entendido hasta por los mismos irracionales, y en prueba de ello, baste

figar la consideracion en estos dos refranes: *El loco por la pena es cuerdo*, y *Á borrico lerdo, arriero loco*.

Sería el cuento de nunca acabar el pretender redactar aquí un vocabulario comprensivo de todas las palabras é ideas manifestadas por medio del lenguaje de accion; por otra parte, no me sería lícito el hacerlo, al tropezar con las inconveniencias de todo género en que abunda esta materia, por más que saliesen en mi ayuda los profesores del arte de la Sastrería, cual diestros en saber *cortar mangas* con toda perfeccion, así como los aficionados á la Tauromaquia, á fuer de entendidos en el particular de las excrecencias óseas que adornan cada seno frontal de ciertos animales, y de igual manera que los labradores, en concepto de entendidos para poder distinguir la sexualidad de los higos, ó séase hallar la diferencia entre lo que constituye un *higo* y una *higa*; por eso, por lo otro, y por lo de más allá, y trasladando á mis lectores á un terreno más práctico y tangible, y ménos resbaladizo, he de llamar su atencion acerca de algunas escenas sociales, cuyo mérito, interes y utilidad estriban por completo en los grandes recursos que proporciona la *Mimica*, considerada, no ya como lenguaje natural de accion, sino en el supuesto de estudiado y adquirido á fuerza de análisis y meditacion, y como auxiliar indispensable de un curso de *Gramática Parda*. Semejante consideracion me obliga á tratar de este asunto por todo lo alto.

Áun cuando la voz *Mimica* es de abolengo griego puro, y la generalidad de las lenguas la han adoptado en la significacion susodicha, su origen data de la más remota antigüedad, y tanto, que es preciso situar su cuna en el Paraíso terrenal.

En efecto: coloca Dios á nuestros primeros padres en el Eden, paraje de toda suerte de delicias, para que las disfruten, prohibiéndoles, empero, el que toquen á cierto árbol. Envidioso Satanas de la felicidad que experimentaban los moradores de aquel deleitoso recinto, maquina en su infernal malicia cómo podrá dar al traste con toda aquella bienandanza; y lisonjeándose de la flaqueza de la mujer, se insinúa en su corazon, despues de haberse transformado en serpiente, con el fin de que quebrantára aquélla el mandamiento del Todopoderoso (y, dicho sea entre paréntesis, éste fué el primer *timo* que se conoció en la tierra). Cayó Eva efectivamente en la trampa, y Adan, por no ser ménos que ella, cayó igualmente en la ratonera. Nada nos dicen las Sagradas Escrituras acerca de los *mimos*, *pantomimas*, *arrumacos* y demas garatusas que se harian aquellos primitivos seres hasta entónces privilegiados, y de allí en adelante precitos, aunque son de suponer; lo cierto es que cayé-

ron, por ser débil la mujer, y por ser mono de imitacion el hombre, y que con ellos cayó igualmente la humanidad entera, sin comerlo ni beberlo, pagando así culpas ajenas, ó, como dice el refran: *tras cornudo, apaleado y sácanlo á bailar.*

Por supuesto que la familia procreada por la raíz griega *Mimos* es más dilatada de lo que á primera vista parece. Sin jactarme, ni mucho ménos, de presentar aquí un árbol genealógico cumplido, procedo á apuntar á continuacion la descendencia más completa que he alcanzado á averiguar, cuya casi totalidad de vástagos no incluye en sus columnas la última edicion del *Diccionario de la Academia Española* (1884). Héla aquí:

**MIMO.** Ademan, gesto, contorsion, imitacion, remedo en general. || Composicion teatral bufa en que se representa por medio de dichos ademanes y contorsiones. || El bufon que representa de esta suerte.

**ARCHIMIMO.** El sujeto que en el teatro griego remedaba los gestos y la voz, por otro nombre *mimólogo*.

**MIMA.** Bufona ó comediante que representaba por medio de *mimos*.

**MIMADOR, MIMADORA, MIMON, MIMONA.**

**MIMAR.** Alhagar ó acariciar de una manera afectada.

**MÍMESIS.** Figura retórica que consiste en relatar irónicamente las palabras de alguno, acompañadas de su actitud y el tono en que las pronunció.

**MIMETISMO.** Facultad que tienen ciertos animales de tomar una apariencia análoga á los objetos que los rodean, como sucede, v. gr., con el camaleon.

**MIMANTO.** Género de verso libre usado por los *mimos* en sus licenciosas farsas ó entremeses.

**MÍMICA ó MIMICOLOGÍA.** Arte de expresar el pensamiento por medio de *mimos* ó ademanes.

**MÍMICO.** El individuo que ejerce la *Mimica*. || Lo perteneciente á dicho Arte.

**MIMODRAMA.** Drama *mimológico*.

**MIMÓGRAFO.** Autor de *mimos*.

**MIMOGRAFÍA.** Tratado acerca de la *Mimica*.

**MIMOGRAFICO.** Perteneciente á la *Mimografia*.

**MIMOGRAFISMO.** Escritura imitativa que presenta á la vista la inágen del objeto expresado por medio de la palabra.

**MIMOLOGÍA.** Imitacion de la voz humana, ó remedo de los ademanes, locuciones habituales y sonido de la voz de algun individuo. || Sinónimo de *onomatopeya*.

**MIMOLÓGICO.** Referente á la *Mimologia*.

**MIMOLOGISMO.** Onomatopeya.

**MIMÓLOGO.** El sujeto que ejerce ó practica la *Mimologia*.

**MIMON, MIMONA.** El ó la que tiene propension á *mimar*.

**MIMOPLÁSTICO.** Calificacion que se aplica á los cuadros vivos, y especialmente á los que representan la Pasion y Muerte del Redentor del mundo.

**MIMOPÓFIRO.** Piedra parecida al pófiro.

**MIMOSAMENTE.** De una manera *mimosa*.

**MIMOSAS.** Género de plantas sensibles al tacto.

**MIMOSO.** El sujeto acostumbrado ó aficionado á que lo traten con *mimos* ó halagos. || Lo que participa de la naturaleza del *mimo* ó halago.

**PANTOMIMA.** *Mimo* ó contorsion. || *Mimica*.

**PANTOMÍMICO.** *Mimico*.

**PANTOMIMO.** *Mimo* ó bufon.

Acaso ninguna nacion merece con más razon que la española el dictado de *mimica*, porque, la verdad sea dicha, ninguna sino ella llama *mico* al *mono*, lo cual, digase lo que se quiera, y atendido á las leyes del *mocosueno*, *mocosuenas*, es un gran recurso y argumento de no poca valía para los trances apurados del Arte Etimológica; por eso no falta quien sospeche que en nuestra lengua debia llamarse al hombre el *micocofre de la tierra*, y no el *monarca*, atento á que así como el *cofre* es el macho de la *arca*, así el *mico* lo es de la *mona*.

Pero dejando ahora á un lado caprichos y aberraciones de las lenguas, y tal vez miras particulares de algunos seres nimiamente descontentadizos ó meticulosos que se dedican á beneficiarlas ó á aporcarlas, con sólo parar miéntes en la propension que se va desarrollando de algunos años á esta parte en nuestro país á imitar todo lo extranjero, y singularmente lo galicano, sea bueno ó sea malo, sin distincion, tendremos lo bastante para poder calificar de *monos de imitacion* á nuestros paisanos, en lenguaje, usos y costumbres de toda especie.

Unos cuantos ejemplos harán buena mi aseveracion.

Criticaba Capmany en su tiempo (1), y criticaba con razon, la perversa interpretacion dada por cierto depravado traductor español del *Telémaco* á la belleza del texto frances, y comenzaba su sazónada critica por estos términos:

## I.

« Calipso no podia consolarse de la partida de Ulises. | *Calypso ne pouvait se consoler du départ d'Ulysse.*

## GLOSA.

» Yo tampoco puedo consolarme, ó por decirlo mejor, contentarme con esta frase, que es muy desnuda, incompleta y antigua para empezar á pintar el estado en que se hallaba Calipso cuando vió á Telémaco la primera vez. Me parece se podia haber dicho: *Estaba aún inconsolable Calipso por la partida, ó por la ausencia de Ulises; ó de esotro modo: No hallaba Calipso consuelo desde la ausencia de....* y ésta es frase todavía más usual y conocida en castellano.

» En cualquiera de estas dos traducciones se comprende el origen, el motivo y la duracion de la pena y la desesperacion del alivio que aún continuaba cuando Telémaco llegó á su isla. Nuestras novelas principian representando, ó la estacion del tiempo, ó el estado de las cosas, ó la situacion de la persona que sale á la escena, para referir luégo sus cuitas ó sus dichas.

» *Consolarse ó no consolarse de....* no es régimen de este verbo en castellano, aunque lo puede ser de *contentarse*; ni tampoco *poderse ó no poderse consolar* es de la índole de nuestra lengua.

(1) Comentario con glosas críticas y jocosas sobre la nueva traduccion castellana de las *Aventuras de Telémaco*, etc., Madrid, Sancha, 1798. Un volumen en 4.º En esta obra, bastante rara, aludia al infausto trabajo de D. José de Covarrubias, quien lo dió á luz en el año anterior, Imprenta Real, dos tomos en 4.º

» Hay además cierta ambigüedad; porque el *no podía consolarse de la partida* no aclara bien si procedía el sentimiento de que había de partir ó de que partía en aquel punto, ó de que había ya partido, puesto que por todos tres motivos podía padecer desconsuelo.

» Me atrevería á apostar que no habrá lector ni lectora á quien no disuene una entrada tan fría y aislada.

## II.

» En su dolor, se consideraba infeliz de ser inmortal.

*Dans sa douleur, elle se trouvait malheureuse d'être immortelle.*

## GLOSA.

» Sería más acomodado á la locucion castellana, y más expresivo, decir: *en medio de su dolor ó en la fuerza de su dolor.....* y también, por más propio, *se tenía por infeliz de ser inmortal, ó bien, tenía á desdicha el ser inmortal.*

## III.

» Su gruta no resonaba ya de su canto.

*Sa grotte ne résonnait plus de son chant.*

## GLOSA.

» Expresion propiamente grutesca, y al mismo tiempo exótica en nuestra lengua, y disonante á los oídos castellanos. Si quiere decir que *su canto no sonaba ya en su gruta*, ó expresado poéticamente, que *en su gruta no se oían ya sus acentos*, esto ya es otro cantar.

## IV.

» Paseábase sola con frecuencia por los floridos prados, cuya eterna primavera borda su isla.

*Elle se promenait souvent seule sur les gazons fleuris dont un printemps éternel bordait son île.*

## GLOSA.

» Quitese ese *con frecuencia*, que es de estilo de conversacion y nada poético. Tómense en singular los *prados*, que también es más poético y supone un corto paseo, cual convenia á una diosa que salía á esparcir el ánimo por la verde hierba, y no á atravesar campos como un cazador ó una saltabardales.

» *Cuya eterna primavera.....* El señor traductor ha trocado los frenos, haciendo concertar el *dont* con la *primavera*, siendo relativo de los *prados*; porque la primavera es la que borda, la materia de que se borda es la *hierba*, y la cosa bordada es la *isla*. Si así borda como escribe el señor tra-

ductor, nada perderemos en que se le prive de ambos oficios. *Border* en frances no es *bordar* (esto se dice *broder*), sino *guarnecer, ribetear, cercar, ceñir, orlar*, etc., y en pinturas poéticas es *vestir, cubrir*.

» Para evitar esta censura podía haber dicho de esta suerte: *Paseábase sola muchas veces por la florida hierba, de que una perpétua (ó continuada) primavera vestia su isla.*

## V.

» Pero estos deliciosos sitios, lejos de mitigar su dolor, no hacian más que recordarle la triste memoria de Ulises que tantas veces había visto allí junto á ella.

*Mais ces beaux lieux, loin de modérer sa douleur, ne faisaient que lui rappeler le triste souvenir d'Ulysse qu'elle y avait vu tant de fois auprès d'elle.*

## GLOSA.

» Dejando aparte el servil orden de la traduccion, y el hielco y duro remate del período *allí junto á ella*, falta á la fidelidad del original sin motivo, porque *beaux lieux* son *sitios hermosos, amenos*; y si queria extenderse á una sensacion más profunda, usan nuestros poetas de la voz *deleitosos*, y no *deliciosos*.

» *Recordar la memoria*. Se recuerdan las especies, los hechos; pero la memoria se *refresca* ó se *renueva*.

» *Mitigar su dolor*. Además que el original dice *modérer*, esto es, *moderar*, parece que se trata de algun calmante contra la gota, cuando sólo se habla de un dolor del ánimo. A éstos, más propiamente se les *alivia*, que se les *mitiga*.

» Y así, podía haber dicho sin agraviar al original: *Pero estos deleitosos sitios, lejos de aliviar su pena, sólo servían de renovarle la triste memoria de Ulises, en cuya compañía los había tantas veces paseado*. Bien se deja entender que aquel *junto á ella* sería andarse los dos mano á mano, etc.»

Y basta de glosas y comentarios sobre *mímica de lenguaje*, pues de profundizar un tanto en el particular, ya había faena para rato.

No la habría ménos si fuéramos á analizar aquí el sinnúmero de usos y costumbres de extránjis que hace años vienen invadiendo nuestro suelo, hasta el punto de que en día no lejano pertenezcan nuestras costumbres y usos á la Historia; por eso, quiero decir, por ser largo de contar, y por no ser posible ponerle puertas al campo, ya que la generacion actual reniega gustosa de sus tradiciones para convertirse en *mona de imitacion*, remitiréme al silencio, aunque con pena, poniendo fin al presente esbozo con las siguientes reglas generales, con leves excepciones, que regalo á los actores dramáticos, por si necesitáran consultar en alguna ocasion, para acercarse mejor al natural, alguno de los prototipos más usuales y corrientes, y desempeñar la *mímica* teatral con la mayor perfeccion posible.

En general, el señorito de pueblo que, yendo á la capital, viste por vez primera levita y chistera, lleva los brazos caidos, sin saber qué hacer de ellos, y *remedando á un molinillo de chocolatera*.

El hombre falso balbucea, pesa y mastica las palabras

antes de arriesgarse á soltarlas, y aún así y todo, deja frecuentemente descubrir la trama, por aquello de que *más pronto se coge á un mentiroso que á un cojo*; de ahí que en ciertos discursos que callo se palpen tantas contradicciones.

El sujeto que la echa de persona, se pone una mano en el chaleco y la otra en la cadera, como diciendo: *¡Sébase quién es Calleja!*

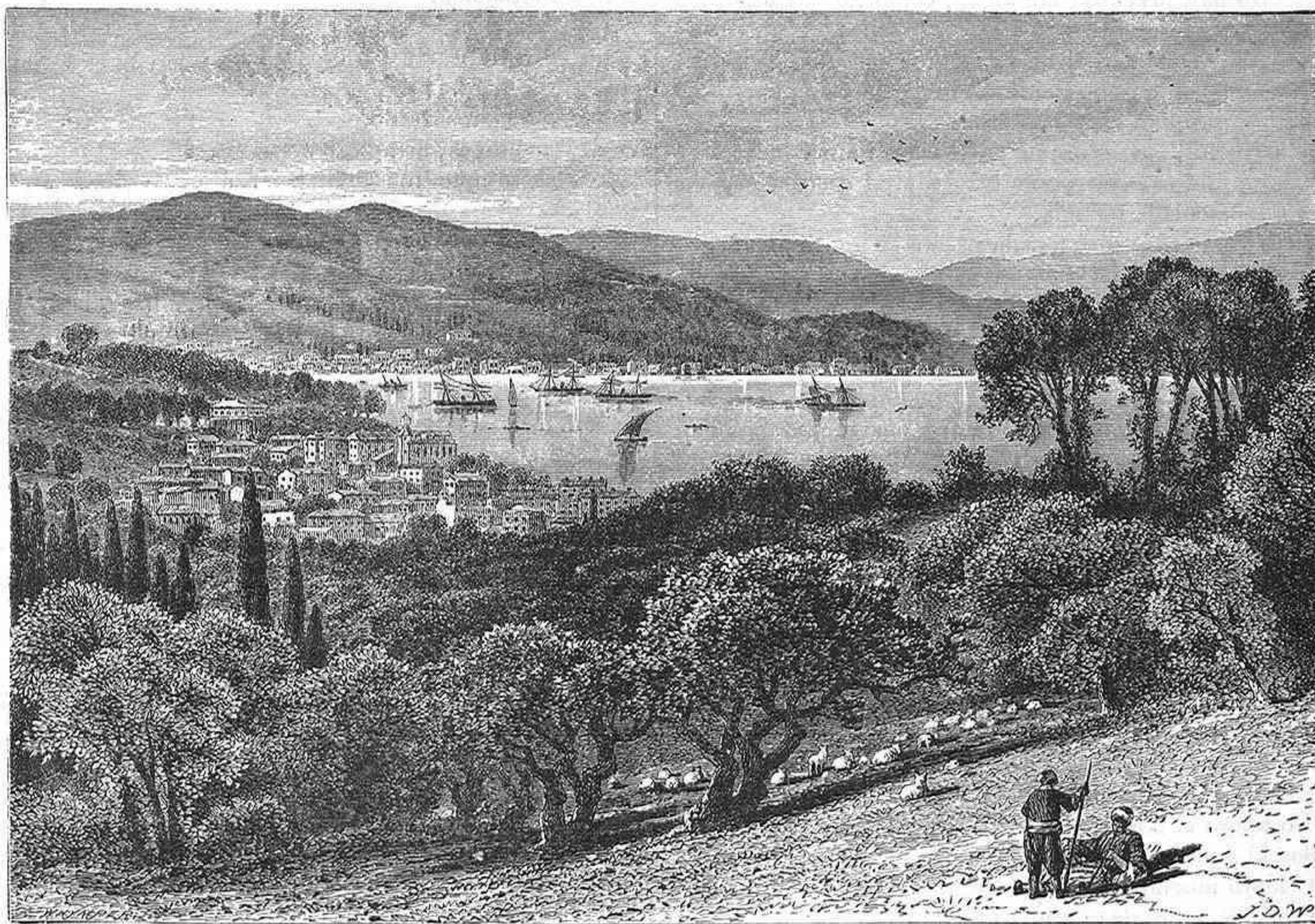
En suma: el vil adulator copia y repite las acciones y palabras del magnate para mejor engañarlo; el pedante currutaco se pasa el peinecillo á menudo por los bigotes, mirándose al espejo de bolsillo, que nunca abandona, y ostentando frecuentemente los pulgares en las escotaduras del chaleco. Este *mico* del sexo masculino se ve copiado en cambio por la individua que quiere imitarlo en su porte, vestido, ademanes, etc., con lo que resulta que si en el teatro social representan algunos *maricas*, tampoco faltan algunas *marimachos*.

Últimamente, como dijo con sumo acierto La Fontaine en

la moraleja de su fábula *La Grenouille qui se veut faire aussi grosse que le Bœuf* (fábula, dicho sea de paso, más que imitada, copiada de Fedro y de Horacio), « el mundo está lleno de personas que no son más cuerdas que la Rana, que pretendiendo igualar en gordura al Buey, se infló tanto, que al cabo reventó. Porque lo cierto es que todo particular desea establecerse cual si fuera un magnate; todo reyezuelo tiene embajadores, y todo marqués aspira á verse servido por pajes.»

Antójaseme que la tal Rana no conocía el refran español que enseña cómo *No se debe estirar la pierna más allá de adonde alcance la sábana*; pero ahora caigo en que existen muchas ranas bípedas, que á pesar de conocerlo, no lo ponen en práctica: de ahí que en nuestros días tantos individuos saquen la pata, y aún las patas por el aire; y si no, que lo diga el antiguo *Canal* ó el moderno *Viaducto*.

JOSÉ MARÍA SBARBI.



CONSTANTINOPLA.—EL BÓSFORO VISTO DESDE THERAPIA.

## TRES ÉPOCAS DE LA VIDA DE UNA MUJER.

### I.

#### Á LOS QUINCE AÑOS.



CONSTANZA se encuentra en esa feliz edad.

Es hermosa y discreta: su padre, humilde empleado en una oficina del Gobierno, se pregunta á todas horas cuál será—cuando él muera—la suerte de la desvalida joven.

Anciano, achacoso, pobre, teme dejar muy pronto abandonada, sola en el mundo, á su hija.

No hay juventud sin amor, como no hay amor sin juventud.

Así, Constanza tiene ya novio: un subteniente de Caballería, llamado Julio Ramirez, que acaba de ponerse en la manga la primera estrella.

El bizarro militar—porque es de rigor llamar bizarros á todos los militares—no posee otro capital que su espada, virgen é inmaculada todavía.

—Pero verás tú—dice á cada paso á su gentil amada;— en la primera guerra ascenderé á capitán.

Antes de que llegase esa guerra tan deseada, vió á Constanza en misa cierto personaje, muy averiado y muy ilustre, dueño de un título aristocrático y de un pingüe patrimonio.

No tenía encantos físicos, aunque sus rentas pasaban de 20.000 duros; no se distinguía tampoco por sus dotes intelectuales; ¿pará qué las necesitaba, si era general, conde, y se ponía sobre el uniforme seis ó siete bandas de otras tantas órdenes nacionales y extranjeras?

En medio de todas sus presunciones, el veterano no contaba la de creerse joven ni seductor.

Porque sus campañas amorosas le habian deteriorado tanto como las militares.

En lugar de hacer la córte por todo lo alto á la niña, se dirigió desde luego al padre, y sostuvo con él el diálogo siguiente:

—¿Me conoce V.?

—No tengo el honor.....

—Soy el general Álvarez, conde de Matamoros.

—Celebro mucho la ocasion de.....

—Usted es padre de una hija preciosa.

—Favor que V.....

—No, señor: es la pura verdad.

—Mil gracias.

—¿Cree V. que querrá casarse conmigo?

—¿Pues no ha de querer?

—Háblela V., y mañana ó el otro vendré yo á saber la respuesta.

El pobre D. Protasio, en cuanto el general sale de su pobre morada, vuela á comunicar la noticia á Constanza, quien, al oirla, rompe á llorar con el mayor desconsuelo.

—¿Por qué lloras?

—Porque no me quiero casar con ese caballero.

—¿Y el motivo?

—Es viejo y feo.

—Pero posee treinta mil duros de renta.

—Buen provecho le hagan.

—Es título del Reino, y tiene excelencia.

—Á mí no me hace falta nada de eso.

—Pues te morirás de hambre; porque bien sabes cuál es nuestra situacion.

—Trabajaré.

—Te estropearás los ojos y los dedos, y no encontrarás quien te quiera.

—Ya he encontrado.

—¿Qué dices, arrapiezo?

—Puesto que me obliga V. á confesárselo..... tengo novio.

—¡Algun pelafustan!

—Es alferez de Caballería.

—¡Desventurada! ¿Y habia de permitir que te casaras con un hombre que no te dejaria viudedad?

El padre acabó por enfadarse, y la niña por llorar cada vez más cuando aquél la declaró terminantemente que el matrimonio se efectuaría, debiendo conocer Constanza á la mañana siguiente á su futuro cónyuge.

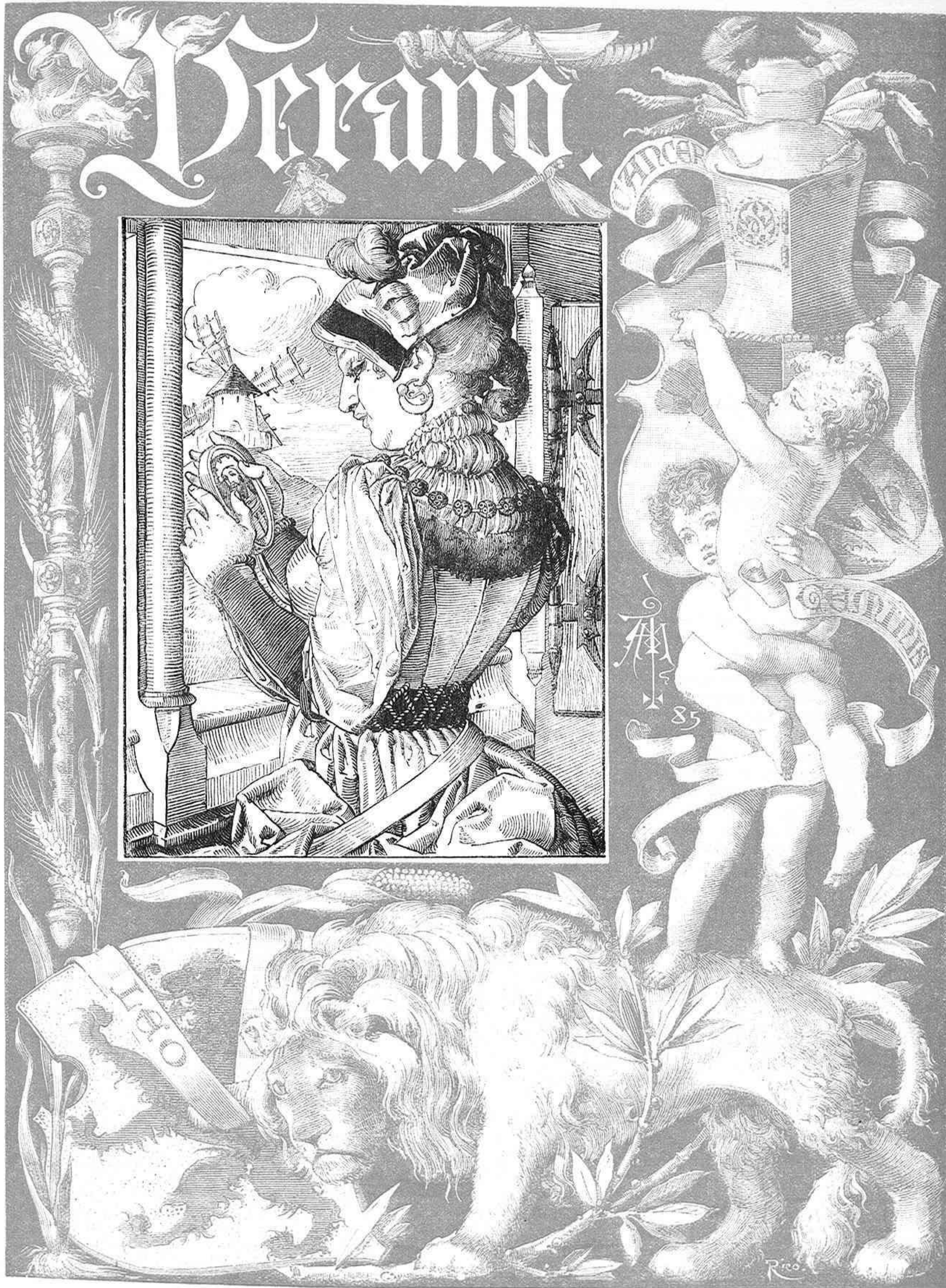
La muchacha pasó la tarde y la noche gimiendo y desesperándose; aunque viendo que la voluntad del autor de sus días era irrevocable, escribió una carta á Julio jurándole amor eterno, protestando contra la tiranía de que era víctima, y rogándole que no la olvidase, como ella no le olvidaría jamas.

Cuando el general vino á buscar la contestacion á sus proposiciones, encontró á Constanza triste, abatida, silenciosa, pero compuesta y aderezada con lo mejorcito que tenia.

Es verdad que su padre fué quien tomó la palabra; quien aseguró que su hija aceptaba con gratitud la mano del señor Conde:—ella, á pesar de su repugnancia á semejante enlace, no se atrevió á desmentir á D. Protasio, y se convino en que la ceremonia nupcial se verificaria á plazo fijo:—á dos meses fecha.

Algunos dias despues llegaron los espléndidos regalos de boda: vestidos, sombreros, encajes, joyas; de todo habia; y no dirémos que la vista de tales galas sirviese de consuelo á la angustiada muchacha, aunque si secó las lágrimas en sus ojos.

El matrimonio se celebró con gran pompa y notable faus-







to: la novia vestía rico traje y coronaba su frente el simbólico azahar.

Un magnífico coche de gala condujo á los recién casados á su palacio, donde se sirvió un espléndido buffet; y por la noche *la gentil pareja*—cual escriben los cronistas—salió para el extranjero

## II.

## Á LOS TREINTA AÑOS.

¡ Constanza es viuda!—Al cabo de tres lustros de cautiverio ha quedado libre, independiente, rica.

No dirémos que su marido fuese precisamente un déspota; pero los gustos de los dos esposos no podían ménos de ser diferentes.

Á ella le agradaban los placeres propios de su edad:—los paseos, los teatros, los bailes:—el general prefería estar tranquilo y sosegado en casa:—los inviernos, junto á la chimenea; los veranos, en el campo; de día, echar una larga siesta; de noche, jugar un tresillo con sus amigos y contemporáneos.

La pobre Condesita no podía resistir la sociedad de estos señores, que hablaban de la gloriosa lucha de la Independencia, de la primera guerra carlista, y de otros asuntos igualmente interesantes.

¿De qué le servían sus galas, sus aderezos de brillantes, sus ricos encajes, si no encontraba ocasion de lucirlos?

Dos, ó á lo sumo tres veces al año, la conducía su marido á los saraos.

Pero no la permitía bailar ni siquiera un rigodon; no se separaba de ella un momento, y casi todo el tiempo la llevaba del brazo.

No obstante, en una de aquellas fiestas Constanza sintió que todavía no tenía muerto el corazón.

Hallábase el Conde sentado junto á ella, cuando un militar de igual facha é igual fecha se acercó á él, seguido de un mariscal de campo, joven, gallardo y arrogante.

—Mi general—dijo el recién llegado—permitame usted que le presente un nuevo compañero, que desea vivamente tener el honor de conocerle.

Hablando así, tomó por la mano al otro, y añadió:

—El general Ramirez, que acaba de distinguirse tanto en Cuba, habiendo recibido la faja en premio de sus servicios.

Constanza se estremeció al reconocer á su antiguo amante Julio, que en ménos de quince años habia hecho tan rápida y brillante carrera.

El ex-alférez también la reconoció, cual no podía ménos de suceder, porque la Condesita conservaba á los treinta todos sus encantos de los quince años.

—Me cabe una verdadera satisfaccion—decía mientras el Conde—en hacer relaciones con el héroe y el vencedor en tantas gloriosas proezas.

Señalando en seguida á Constanza, añadió:

—Mi mujer.

Y volviéndose á ésta:

—El general Ramirez, que espero me hará el favor de comer mañana con nosotros.

La comida no se pudo verificar, porque al salir del regio

alcázar el veterano, bastante achacoso, cogió una pulmonía, y á los tres días era cadáver.

Al abrir el testamento, se vió que dejaba en usufructo la mayor parte de su caudal á su consorte, debiendo pasar al fallecimiento de ésta á sus parientes más cercanos.

Constanza lloró ó fingió llorar al marido que no la habia hecho infeliz, sino privado de los goces y diversiones propios de la juventud.

Durante el novenario no recibió sino á los amigos íntimos del difunto; pero despues abrió las puertas de la casa á cuantos quisieran *darle el pésame*.

Uno de los primeros que subieron fué el general Julio Ramirez: como habia gente delante, no pudieron cambiar sino palabras insignificantes, aunque cambiaron también miradas más expresivas.

Las de él querían decir:

—Ya ves que no te he olvidado, y que te amo como ántes.

Las de ella respondían:

—Eso se verá con el tiempo.

Las visitas de Julio se hicieron frecuentes: desde el principio habia hallado modo de anunciar que estaba soltero: más tarde insinuó que deseaba casarse.

Constanza le convidó á comer con otras personas una vez: con tal motivo pasó la velada allí, y eso le autorizó para hacerse su tertuliano.

Cuanto se habian dicho primero con los ojos se lo repitieron luégo de viva voz, y á los dos meses de la muerte del Conde de Matamoros su inconsolable viuda habia reanudado sus antiguas relaciones con Julio Ramirez.

Constanza le amaba con la efusion de un primer amor: el general, que á pesar de sus protestas la habia hecho numerosas infidelidades, estaba muy satisfecho del éxito de sus maniobras, pensando que casarse con una mujer hermosa y rica era el *sumum* de la humana felicidad.

Efectivamente, cuando trascurrió el año del luto, Constanza participó á su círculo íntimo que se proponía contraer segundas nupcias.

La cosa parecia tan natural, y estaba tan prevista, que á nadie le sorprendió; y hasta las lenguas más aceradas y viperinas no pudieron condenar que la mujer que habia estado unida á un viejo de setenta y cinco años hubiese buscado—ó encontrado—despues de su muerte un marido joven, de buena figura y de brillante porvenir.

## III.

## Á LOS CUARENTA Y CINCO AÑOS.

Constanza, que no habia tenido hijos de su primer matrimonio, dió á luz á los diez meses del segundo una preciosa niña.

El parto fué laborioso y difícil, y tuvo por resultado, segun declaracion facultativa, que la ex-Condesa de Matamoros no veria aumentarse su familia.

Por esta razon misma, la linda y graciosa Clementina era un objeto de adoracion para sus padres.

Pero éstos consideraban con tristeza que su hija, acostumbrada al fausto y á la opulencia, careceria absolutamente de fortuna.

Es cierto que el general Ramirez y su mujer disfrutaban una renta considerable, aunque en usufructo; es verdad que haciendo prudentes economías habrían podido formar un buen dote á su hija.

Dice un proverbio frances que «el infierno está empedrado con buenas intenciones», y no escaseaban éstas en los dos cónyuges.

Todos los años se proponían disminuir su tren; ahorrar ocho ó diez mil duros, de los veinte que podían gastar, y de ese modo asegurar el porvenir de la pequeña Clementina.

Pero si Constanza era gastadora, Julio no le iba en zaga.

Ella estrenaba un traje cada día; él compraba un tronco de caballos cada semana; la una cambiaba de carruajes como de vestidos; el otro, por necia vanidad, se complacía en dar banquetes y saraos magníficos.

La consecuencia era que en vez de economizar gastaban más de lo que tenían; y no pudiendo tomar nada del capital, acudían á préstamos ruinosos.

En situación tan lamentable, cumplió Clementina los quince años; y persuadida su madre de lo estéril de sus combinaciones, ideó otra cosa: — que su hija hiciese un enlace ventajoso.

La niña era prodigio de hermosura y de discreción, y en cuanto apareció en el gran mundo se vió rodeada de una nube de apasionados y adoradores.

Dos eran los más asiduos é importantes: el uno, perteneciente á familia ilustre y aristocrática, se distinguía por su figura y por su talento; pero, simple abogado, no contaba con otros medios de subsistencia: el segundo, por el contrario, poseía dos ó tres grandezas de España, un patrimonio inmenso, y en cuanto á entendimiento..... *caret*.

Como es natural y lógico, Clementina se inclinaba al Vizconde de Huertas, amable, simpático y buen mozo: los padres protegían abiertamente al Duque de Molina, Peñalver, Riotinto, etc., feo y estúpido, aunque inmensamente rico.

Constanza se indignaba al mirar á su hija insensible á los obsequios del Creso, y no tardó mucho en convencerse de que estaba enamorada del pobreton.

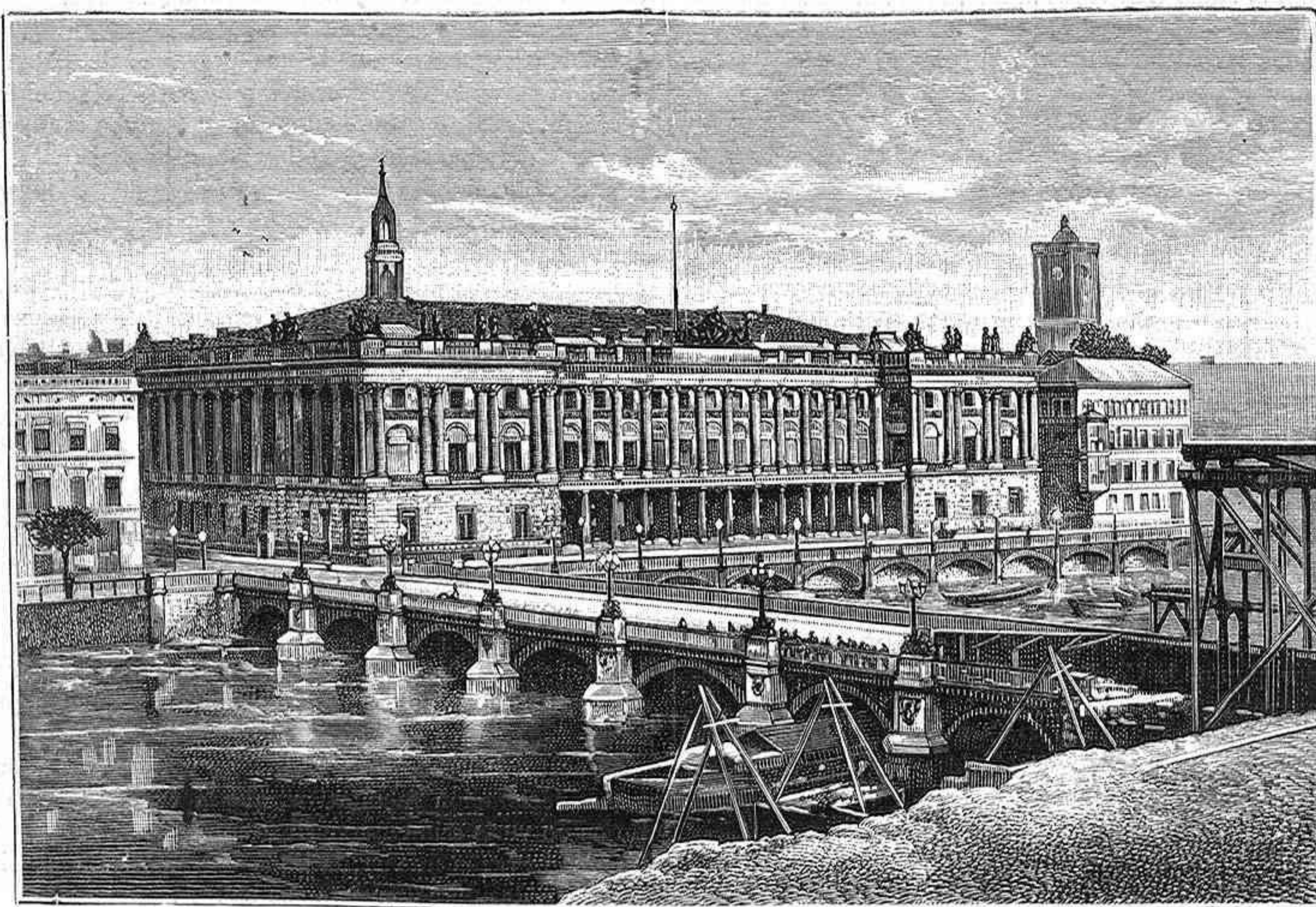
Repitiéronse entónces las escenas en que ella misma fuera protagonista treinta años ántes.

Pero ahora los papeles estaban trocados: la víctima se había convertido en verdugo, é imponía violentamente su voluntad á la jóven.

El lindo Vizconde fué expulsado de la casa; declaróse al Duque *novio oficial* de Clementina, y tres meses despues se celebró el casamiento con gran pompa y suntuosidad.

Lo cual prueba y demuestra de modo claro y evidente que, á pesar del progreso de los tiempos, los intereses humanos se sobreponen á todo y resisten al embate de las ideas modernas.

RAMON DE NAVARRETE.



BERLIN.—LA BOLSA Y EL PUENTE DE FEDERICO.



## ESTUDIOS LITERARIOS.

### EL CÉLEBRE POETA Y REPRESENTANTE MADRILEÑO «AGUSTIN DE ROJAS VILLANDRANO»

Y SU FAMOSO LIBRO «EL VIAJE ENTRETENIDO».

I.

**V**ASCO Díaz Tanco de Fregenal, de quien algunos comensales del obispo de Cuenca decían en burlas, al mediar el siglo XVI, que se hacía cada año más mozo, como Juan de Espera-en-Dios, cuenta en el prólogo de su *Jardín del alma cristiana* que después que salió de tierra de infieles con el divino favor, había recopilado cuarenta y ocho libros, entre los cuales enumera: «Los seis aventureros de España; y cómo el uno va á las Indias, y el otro á Italia, y el otro á Flandes, y el otro está preso, y el otro anda en pleitos, y el otro entra en religión. É cómo en España no hay más

gente destas seis personas sobredichas.» Si Vasco Díaz hubiese vivido aún por los años de 1600 es muy probable que, á imaginar entonces tan curioso libro, le ocurriera añadir uno más á los seis mencionados aventureros, otorgando el séptimo lugar en su repertorio de prototipos al arriscado y maleante español que se dedicaba á la farándula.

Alegre y regocijada en muchos casos, era más comunmente la vida del farandulero, al espirar nuestro siglo de oro, vida muy arrastrada y penosa. Los que hacían profesión de la carátula veíanse con dolorosa frecuencia precisados á viajar descalzos, sin otro alimento que los hongos que cogían por el camino, ni lecho mejor que el duro suelo, ni más cuartos que los cuatro de cada uno. Desde el humilde *bululú* de sólo un representante recitador de loas y de otras

piezas, que procuraba hacerlas inteligibles al popular indoc-to, al boquiabierto vulgo que le atendía (indicando alternativamente los varios nombres de los personajes según iban tomando parte en la farsa), hasta las compañías formales, donde no era difícil encontrar ya gentes muy discretas, hombres muy estimados, personas bien nacidas y mujeres muy honradas, y que, amén de cincuenta comedias, llevaban trescientas arrobas de hato y dieciseis recitantes, sin más treinta individuos que comían y el que cobraba y hurtaba, contábanse diversos grados jerárquicos (aun dentro de una sola é ínfima clase los habrá siempre para hacer ver cuán imposible es donde existen hombres la igualdad con que sueñan ciertos ilusos), contábanse, digo, desde el *ñaque* á la *gangarilla*, al *cambaléo*, á la *garnacha*, á la *bojiganga*, y por último, á la *farándula* propiamente dicha, *vispera de compañía*, según la expresión del célebre comediante Solano, á quien cita con encarecimiento Suárez de Figueroa en su *Plaza universal de ciencias y artes*, y que es uno de los cuatro interlocutores encargados de amenizar sabrosamente *El Viaje entretenido* de Agustín de Rojas.

De suma curiosidad para la historia de la Comedia y de las costumbres de España en aquellos tiempos, en que todavía se conservaba integro el magnífico aparato y soberbia máquina de nuestro poder y grandeza, son los pormenores contenidos en el libro de Rojas acerca de las diversas especies de compañías histriónicas, si nombre de compañía puede exactamente aplicarse al unipersonal *bululú*, primer peldaño de tan singular escala.

Rodando sin sombra de vagar de venta en mesón y de cortijo en venta; valiéndose de añagazas y trapacerías para entretener el hambre; arrebañando algunas veces cuanto hallaban á tiro; exponiéndose con frecuencia á quedar maltrechos ó escapando á duras penas de la ira y justo furor del burlado y resentido aldeano (de quien á lo mejor huían llevándose los ochavos que le sacaron con el cebo de entretenerlo y divertirlo mediante la imposible representación de alguna farsa ó auto previamente anunciado á són de tambor por calles y plazas), los cómicos ambulantes que paseaban su miseria por villorrios y aldeas hasta en la más cruda estación del año sin que abrigadora capa cayese jamás sobre sus hombros, solían tener tanto y más de picaros que de cómicos, y constituían una clase especial, de vez en cuando dignísima de competir con la que ilustraron y engrandecieron Cortadillos y Rinconetes. Aun los mismos que tomaban parte en compañías formadas por autores como Ríos y Villegas, y como lo habían sido cuarenta años antes Lope de Rueda, Alonso de la Vega ó Cisneros, pasaban no pocas fatigas y tramojos. Agustín de Rojas, que tan á fondo conocía los misterios de la farándula, pinta magistralmente en una de sus excelentes *loas* la ruda faena diaria del representante. Seguro estoy de que el público no podría menos de oír con regocijo este bien trazado cuadro:

«¿ No sabéis de qué me espanto?  
 Cómo estos farsantes pueden,  
 Haciendo tanto como hacen,  
 Tener la fama que tienen.  
 Porque no hay negro en España,  
 Ni esclavo en Argel se vende,  
 Que no tenga mejor vida  
 Que un farsante, si se advierte.  
 El esclavo que es esclavo,

Quiero que trabaje siempre  
 Por la mañana y la tarde;  
 Pero por la noche duerme.

No tiene á quien contentar,  
 Sino á un amo ó dos que tiene,  
 Y haciendo lo que le mandan,  
 Ya cumple con lo que debe.

Pero estos representantes,  
 Antes que Dios amanece,  
 Escribiendo y estudiando  
 Desde las cinco á las nueve,  
 Y de las nueve á las doce  
 Se están ensayando siempre.  
 Comen, vanse á la comedia  
 Y salen de allí á las siete.

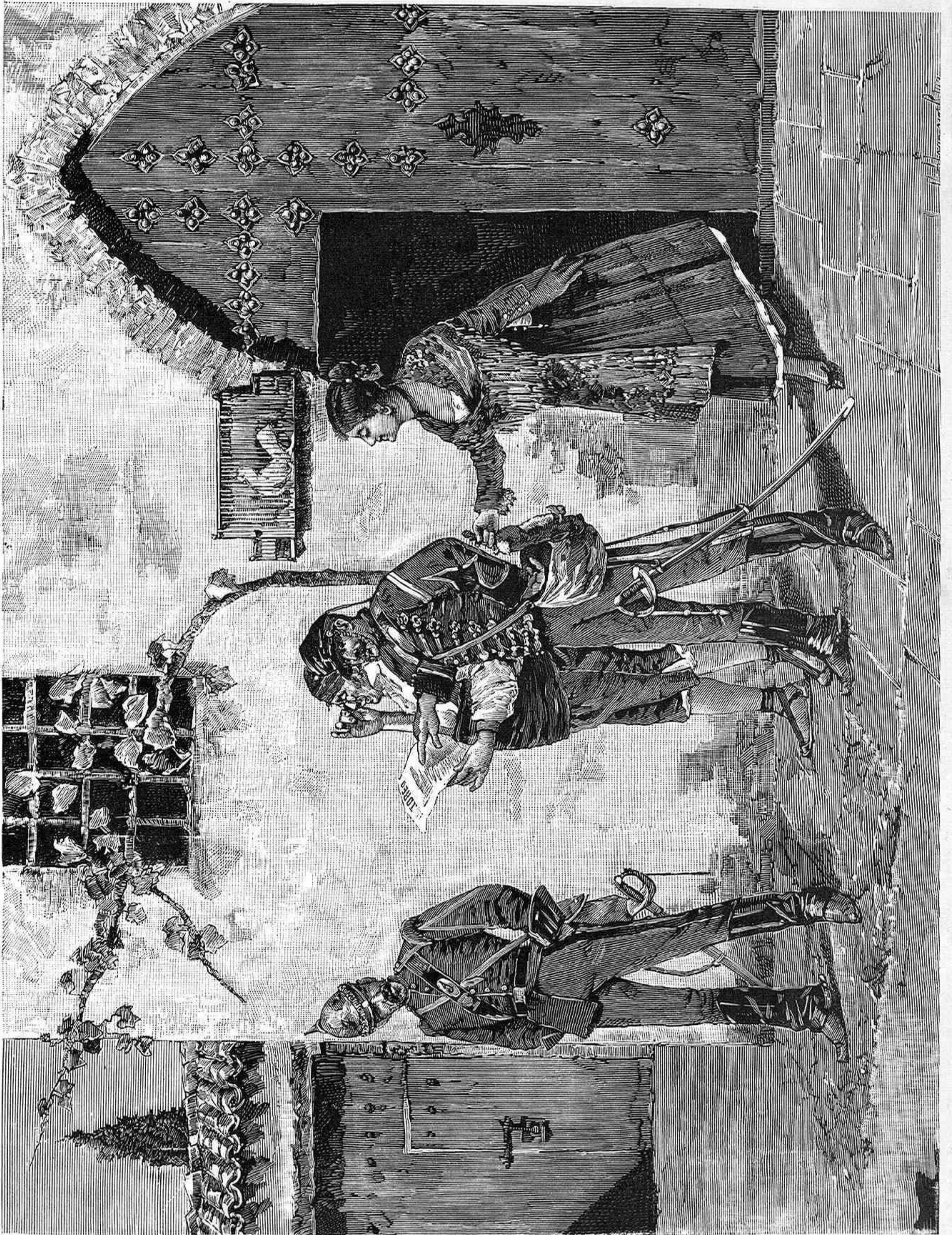
Y cuando han de descansar,  
 Los llaman el Presidente,  
 Los Oidores, los Alcaldes,  
 Los Fiscales, los Regentes,  
 Y á todos van á servir  
 Á cualquier hora que quieren,  
 Que esto es aire. Yo me admiro  
 Cómo es posible que pueden

Estudiar toda su vida  
 Y andar caminando siempre,  
 Pues no hay trabajo en el mundo  
 Que pueda igualarse á éste.

Con el agua, con el sol,  
 Con el aire, con la nieve,  
 Con el frío, con el yelo,  
 Y comer y pagar fletes:  
 Sufrir tantas necesidades,  
 Oír tantos pareceres,  
 Contentar á tantos gustos,  
 Y dar gusto á tantas gentes.»

Era, pues, la farándula por los años en que acababa España de perder al Atlante de su monarquía, al gran Felipe II, delador de herejes y mahometanos, y en que abría los ojos á la luz el insigne autor de *El Mágico prodigioso* y de *La Vida es sueño*, como puerto al que se acogían hombres de muy diversos estados y condiciones, sobre todo la perezosa y despierta juventud que, á trueque de no emplearse en ordenada y cotidiana labor, siempre entre nosotros se ha expuesto irreflexiva á los mayores trabajos y á las privaciones más costosas. Ánimos independientes y altivos, capaces de arrostrarlo todo por no abatirse ni subordinarse á nada, andando sueltos y señeros á medida del capricho; pero que, huyendo de la honrada dependencia del trabajo, sometíanse entonces, y se someten ahora, á la humillante dependencia de la necesidad, que en todos tiempos tiene cara de hereje, según Ruiz de Alarcón, y que lima y destruye los caracteres mejor templados empujándolos por la pendiente de la holganza al abismo de la falta de vergüenza. Propensión ingénita del español, lo mismo en este siglo que en los pasados, la cual, dirigida y encauzada por voluntad poderosa y superiores alientos, puede llevarle á descubrir nuevos mundos y á sojuzgar otras naciones; mientras que abandonada á sí misma y desposeída de la fe capaz de purificarla y engrandecerla, sirve sólo para perderse en intrincados laberintos ó civiles discordias revolcándose en el fango de la más funesta abyección.

AGUSTÍN DE ROJAS VILLANDRANO, en quien se cifraban, no uno, sino varios caracteres distintivos de los seis famosos aventureros á que alude el famoso extremeño Díaz Tanco de Fregenal, jamás descendió en su vida de farandulero á la condición degradante del bululú, del ñaque, del gangari-



«UN REZAGADO.» — (Cuadro de Manuel Alcázar.)

lla ó bojiganga. La descendencia de sus padres, según dice él mismo en su rarísimo libro titulado *El buen Republico*, fué de Rivadeo, vasallos del Conde de aquel lugar, hidalgos y de gente noble. Precisado Diego de Villandrando, abuelo de nuestro Rojas, á ausentarse del pueblo natal con un hermano suyo por haber dado muerte á un hidalgo á causa de cierta mujer, vino huyendo al lugar de tierra de Campos que se llama Villadiego, con la ayuda y favor del Condestable de Castilla D. Íñigo de Velasco, de quien era esta villa; y de allí, colmado de mercedes por su generoso amparador, se fué á vivir á Melgar de Fernamental, donde se casó y vivió muchos años mudando su nombre de Villandrando en el de Villadiego.

Por boca de Rojas sabemos que sus padres fueron labradores de tierras suyas propias cultivadas y labradas por manos ajenas, y que con ser nobles gozaban de las honras, libertades y franquezas que á los tales otorgaban nuestras antiguas leyes. No disimula el discretísimo representante que esta condición de su linaje era para él de muy grande estima; pues si declara con natural ingenuidad y convicción sincera que cada cual es hijo de su brazo y descendiente de sus obras, con todo, gózase en confesar que la nobleza es estímulo de virtud en los generosos «para incitarlos á trabajar en dejar atrás en las virtudes adquisitas á los que exceden en nobleza y dones naturales.» Este Diego de Villandrando casado en Melgar de Fernamental tuvo allí cuatro hijos. El menor, á quien bautizó con su mismo nombre, fué padre del ingeniosísimo farsante Agustín, autor de *El Viaje entretenido* y apodado generalmente por sus galas y bizarrías *el caballero del milagro*.

El cual nació en la calle del Postigo de San Martín de esta corte hacia el año de 1577, según se deduce de las indicaciones que hace y de las fechas que cita en varios lugares de su donoso libro, que

*Enseña idiotas y deleita sabios,*

como estampa en encomiásticos versos el licenciado Francisco Sánchez de Villanueva (1). Fueron padres de nuestro autor, Diego de Villadiego, receptor del Rey, natural, como ya se ha dicho, de Melgar de Fernamental, y Luisa de Rojas, nacida en San Sebastián de Vizcaya. De la noble calidad de ambos y de la mucha doctrina y copiosa erudición que atesoran los dos libros de Rojas que conocemos, infiérese que hubo de recibir en sus primeros años esmerada educación. Él propio lo confirma diciendo:

«Diéronme hacienda mis padres,  
Buenas costumbres y letras,  
Y yo á la farsa me vine:  
Dios sabe si me honro en ella.»

Desde muy luego empezó á enriquecer el alma con el sabroso pasto de la ciencia y de la buena literatura. Por dicha, todavía no las mancillaba y anublaba la densa niebla del mal gusto que empezó á difundirse rápidamente apenas descendido á la tumba el sapientísimo Felipe II, protector insigne del saber, constante y celoso propagador de las verdaderas luces.

(1) Aunque he solicitado con perseverante empeño la partida de bautismo de Rojas en la parroquia de San Martín de esta corte, no he podido saber de fijo si existe.

Hallábase Rojas dotado de aquella feliz disposición y ánimo generoso propios de su noble sangre castellana, y poseía en sumo grado el hermoso don que por ser del cielo merece nombre de divino. Porque las mercedes de la tierra «pueden hacerlas los Reyes, Príncipes y hombres poderosos; las comisiones, cargos y oficios pueden dar sus privados; la sangre, la buena naturaleza; los patrimonios, nuestros padres; el merecimiento, la honra y la fama, la fortuna; pero el buen entendimiento, Dios; que, como es el mayor don del mundo, viene de Tribunal tan alto.» Movido del ansia de correr mundo á suerte y ventura, fruto engendrado ó alimentado por frecuente comercio con los libros de Caballerías; solicitado acaso por inexperta juventud ó por sugestiones de amigos á salir del gremio paternal y campar sin estorbo por su respeto, el que desde los nueve años había servido de paje en ilustre casa (por aquellos días aspiración y empleo de muchos jóvenes de sangre hidalga), partió á Sevilla á los catorce de edad, soñando con ceñir á su frente lauros de Marte, y asentó plaza de soldado en Castilleja de la Cuesta, de donde partió á embarcarse para Francia en Sanlúcar de Barrameda. No sin correr peligrosa borrasca cerca del Ferrol, tomó puerto en Bretaña, término de su viaje marítimo, y dió principio á su carrera de soldado. Á los dos años ó poco más, después de trabajar durante uno entero en las fortificaciones de Blaubete y de arriesgar la vida en varios encuentros y acciones de guerra, ganando mucha honra y alguna ventaja y estando á punto de alcanzar una bandera, pasó al puerto de Nantes en una galera francesa donde iban muchos forzados españoles. Alzáronse éstos con la nave; aportaron á la Rochela; y quedando allí prisionero nuestro Rojas, estuvo al servicio de un monsieur de Fontena hasta que le deparó su buena suerte el rescate, canjeado con sus demás compañeros por otros tantos rocheleses que remaban en galeras españolas. Dos años después de estos sucesos, durante los cuales sirvió andando en corso contra buques ingleses, desembarcó en Santander y volvió á Madrid con licencia. Mal acogimiento le hizo su ciudad natal, pues apenas llegado aquí enfermó y estuvo á punto de muerte.

Algo hubo también de militar en España, según parece de los datos confusamente esparcidos en las dos obras de su pluma, y tengo por seguro que volvió al servicio de las galeras no bien repuesto de su peligrosa enfermedad. Andando en ellas, pero cansado ya de vida tan trabajosa, luego que arribó á Málaga se acomodó con un pagador, que le llevó por su escribiente á Granada. Era esto por los años de 1599, época en la cual debía tener Rojas unos veintidós. Olvidábase decir que tres años antes, en el de 1596, nuestro ingenio madrileño había surcado el mar de Alejandria, tomado tierra en Ancona, visitado las principales ciudades de Italia, y con particular amor

*Á Roma la santa y bella,*

si es cierto lo que él mismo asegura en su loa escrita en alabanza de la letra A, que, cual la mayor parte de las suyas, abunda en noticias biográficas del autor.

Grata hubo de serle su primera permanencia en la ciudad del Genil, pues declara con cierto aire de satisfacción que allí se encontró bien y llegó á tener vestidos y cadenas, que fué por confesión propia *el primero de sus milagros*. Perdi-

da la tranquilidad y conveniencia que le ofrecía el oficio que desempeñaba cerca del pagador, tornóse á continuar en Málaga la que él y sus amigos y conocidos llamaban su *milagrosa carrera*. Tan singulares son los casos que le sobrevinieron durante su segunda permanencia en Málaga, que á no juzgarle yo tan veraz, ó á ser ellos, aunque extraordinarios, menos propios de las singulares costumbres de aquellos tiempos, tendríanse por fabulosos. Dos días permaneció retraído por una muerte en la iglesia de San Juan, cercado de corchetes y alguaciles. Levantado el cerco, salió al fin arriesgándolo todo, hambriento y con una determinación espantable. Mas su buena suerte le deparó tropezar con una mujer hermosa, que súbitamente se prendó de él, y conocido su intento, le disuadió solicitándolo á que volviese á tomar iglesia. Esta nueva y apasionada amiga del caballero del milagro, celebrado en todas partes por su apostura y hermoso rostro, concertó en trescientos ducados la desgracia, quedándose reducida á ultimada miseria por salvar al que acababa de hacerse dueño de su corazón. Teníala oculta en su casa el galán Rojas, y para mantenerla pedía de noche limosna cuando no hallaba ningún otro recurso, ó bien escribía sermones para un fraile del monasterio de San Agustín, el cual le daba cada día por ellos un puchero de vaca y una libra de pan. «Y faltándome esto (añade con cierto dubitativo rubor, por no ser tan malas acciones propias de su recto espíritu y buen natural), no sé si quité capas, destruía las viñas y asolaba la huertas: finalmente tiré más de dos meses la jábega para llevarla que comiera.» Del fin de tan singulares amores nada se sabe, porque enternecido el autor con tales recuerdos, quiebra y deja en este punto la historia. Quizás apremiado por tamañas estrecheces y baldones; sintiéndose con inspiración y dotes para sobresalir en el teatro; movido de particular afición á la española Talía, que ilustraban á la sazón con universal aplauso un Guillén de Castro, un Tárrega, el divino Miguel Sánchez, el dulce y profundo Mira de Amescua, el rumboso y fecundísimo andaluz Vélez de Guevara, y sobre todos el *fénix de los ingenios* Lope de Vega, remontado á la más alta cumbre del favor público y de la general admiración, el caballero del milagro, milagroso por el saber y buen gusto que atesoraban sus juveniles años, con vida tan agitada y azarosa como la suya desde la primera infancia, resolvió al fin consagrarse á la escena y arrostrar los inconvenientes y peligros de la carrera de farsante.

## II.

Ofréceseme aquí una duda, que es muy difícil resolver por falta de datos y sobre la cual pasa sin hacer advertimiento alguno el erudito D. Cayetano Alberto de la Barrera, á pesar del esmerado empeño con que ha procurado desentrañar la enmarañada cronología de los sucesos relativos á la vida de Agustín de Rojas: trabajo que no se ha tomado hasta él ninguno de los anteriores biógrafos del poeta. Refiriéndose á los acontecimientos de su vida que calificaba de *milagros*, dice Rojas en *El Viaje entretenido*, contestando á una observación de Solano: «el mayor que yo he hecho en mi vida hice los días pasados aquí en Granada cuando quitaron las comedias, que fué poner una tienda de mercería, sin entender lo que era, y salí tan bien con ella, que vendía

más en un día que otros en toda la semana.» Para conseguir este resultado era preciso que Rojas disfrutase de cierta aura popular nacida del ser conocido allí de muchas gentes. Por la cuenta no mal ajustada de los años que empleó en otras partes y en otros oficios resulta que hasta 1599 no visitó Rojas por primera vez, en compañía de su amo el pagador, la ciudad de Granada. Las comedias se quitaron, como él dice, en 1598, y hasta mediados de 1600 no se volvieron á permitir. Confieso, pues, que no hallo modo razonable de concertar semejantes fechas. Dejo por tanto á discreción de los entendidos descifrar el enigma de este oscuro problema biográfico.

Á tres años ó poco más debe reducirse el tiempo que Rojas anduvo entregado á los azares y vaivenes de la vida de representante. Durante ellos estuvo en Ronda con la compañía de Angulo el de Toledo; en Sevilla, con las de Gómez y Villegas; en Málaga, Antequera, Granada, Toledo, Burgos, Valladolid y otras partes, con la de Ríos. La obra que inmortaliza su nombre y donde se encuentran diseminadas estas noticias fué escrita á fines de 1602, ó acaso terminada muy á principios del año siguiente, pues la aprobación que hace de ella por superior mandado el secretario Tomás Gracián Dantisco data de Valladolid á 15 de Mayo de 1603. Publicada y acogida con estimación por las personas doctas, como lo prueba el alto concepto con que hablan del saber y discreción de Rojas, no sólo el erudito D. Pedro de Herrera y el gran D. Francisco de Quevedo en sus juicios aprobatorios y encomiásticos de *El Buen Republicano*, sino los versos con que ilustran este raro y curioso libro el insigne Lope de Vega, que tiene á Rojas por *digno de honra y fama*, y el maldiciente D. Juan de Tarsis, Conde de Villamediana, que lo califica de *divino*, tal vez considerase Rojas aquella sazón oportuna para abandonar una vida tan inquieta y desasosegada. Á pesar del extraordinario gracejo de sus *loas*, que no reconocen superiores en castellano, descúbrese en todos los escritos de Rojas un fondo de melancolía, una propensión al misticismo, un espíritu religioso tan acendrado y enérgico, que en último resultado no podía avenirse bien por mucho tiempo con el alegre desenfado de la carátula, ni satisfacerse y contentarse con los aplausos ó carcajadas del vulgo. Esto explica, á mi ver, cómo un acontecimiento en que no se ha reparado hasta ahora, y que hirió muy fuertemente su alma, pudo y debió poner el sello á su propósito de abandonar para siempre el teatro.

Contestando desde la ciudad de Zamora (donde en 1610 le encontramos ya ejerciendo el oficio de escribano real y notario del Obispado) á dos amigos residentes en su predilecta Sevilla, y hablándoles de las mudanzas é inclemencias de su adorada Elisa, escribe: «Dejóme, y ya sabéis por quién. Quejéme, y no hizo caso; y aquí veréis lo que puede el dinero, pues atropella la fe, olvida las obligaciones, estraga los gustos, y hace finalmente de ángeles demonios, que es ser desagradecidos. Olvidóme al fin el ángel más bello del mundo y la pastora más inhumana que ha criado el cielo. Quejoso de su crueldad, confieso que me sobrevino una grave dolencia que casi me tuvo á pique de acabar la vida.» ¿Quién era esta cruel desamorada que tan duramente pagaba los rendimientos y finezas del *caballero del milagro*? ¿Sería tal vez aquella hermosa malagueña que rescató la libertad del galán farsante á costa de todos sus bienes? Si era ella, ¿le



«Á LA VERBENA.»—(Cuadro de D. Plácido Frances.)



seguiría en sus peregrinaciones histriónicas desde aquel inopinado encuentro que enlazó instantáneamente sus voluntades? ¿Aludirá Rojas á este abandono de su amada cuando enternecido interrumpe la relación que hace á sus compañeros de viaje de aquellos extraños sucesos, por no poder sobreponerse al dolor exacerbado con el recuerdo de la reciente herida? Presumo que sí. Y aun por eso, dado el carácter de Rojas y la severidad con que apenas entrado en edad viril habla de sus libres y trabajosas mocedades, calificando años después tal percance de *venturosa desgracia*, me parece natural que buscando abrigo en la deshecha borrasca de su corazón pensase dirigirse antes que á ningún otro al puerto de la religión, madre cariñosa y buena que piadosamente nos saca á salvo por entre las sirtes y bajíos donde á cada paso tropezamos en el revuelto mar de la vida humana. Decidido, pues, á implorar el favor divino para que le iluminase indicándole el estado que debía abrazar, á fin de no reincidir en sus anteriores liviandades, buscó Rojas auxilio en la soledad é imponente aspereza de las sierras de Córdoba, entregado por algún tiempo á las penitencias y oraciones propias de los humildes ermitaños que pueblan aquellas alturas. Fortalecido allí su espíritu con el santo rocío de fervorosas plegarias; temeroso de no ser bastante fuerte ni bastante digno para desempeñar cual corresponde el ministerio sacerdotal; penetrado de que en todos los estados del mundo se puede servir á Dios y trabajar en la conquista de la gloria eterna, despacióse de aquellas augustas soledades, confortado su noble pecho y pronto á buscar en unión bendecida por el Supremo Hacedor refugio contra la acerba memoria de sus desvaríos y aventuras. Favorecieron los cielos el buen propósito concediéndole digna y honrada compañera; pero á poco de casado le sobrevino un pleito que consumió su dinero. Y aunque por efecto de tal desgracia entró á servir de secretario á un genovés, el cual en vez de pagarle su salario le llevó mil ducados y se huyó dejándole perdido y dando margen á que le tuviesen veinte días encarcelado, tuvo algún consuelo abrazándose al sufrimiento, como dice él mismo; reconociéndose reo, ingrato y desconocido á la eterna bondad, y recibiendo tal castigo como regalo venido de la soberana diestra para bien y gloria de su alma.

Cómo después de tantos desastres obtiene Rojas en Zamora la plaza de Escribano Real, ni él lo dice, ni yo he podido averiguarlo. Tampoco he sido más afortunado en mis investigaciones acerca de los sucesos de su vida posteriores al año de 1611. Entre los anteriores á esta fecha no mencionados aún y que merecen mucho serlo, ha de contarse por muestra insigne del favor que la Providencia divina dispensaba á Rojas la mortal herida que unos cuantos rufianes le causaron miseramente en Sevilla; por donde se le confirmó el apodo de *caballero del milagro* que le daban ya generalmente, merced á su galán arreo y á los escasos medios de que disponía para sostener tanto lujo. Tal vez con el intento de prevenir murmuraciones incluyó estos versos en la curiosa *loa* que hizo en alabanza del jueves:

«Cuerpo de tal, señor, ¿no ha de estar rico  
Ese Rojas que llaman del milagro,  
Si no come, ni riñe, ni *mocea* (1),

(1) En estos versos de la loa en cuestión hay, en vez del verbo *mocear*, otro menos decente, razón por la cual lo he sustituido con aquél.

Ni bebe vino, presta, ni convida,  
Ni jamás á mujer le dió una blanca,  
Ni en su vida ha jugado un real siquiera?»

Tal fué el autor de *El Viaje entretenido*, obra de que hablan muchos, pero que pocos han leído y menos aún estudiado, aunque es de suma importancia para la historia de nuestras antiguas costumbres. En cuanto al proceso de tan precioso libro, uno de aquellos donde más luce y deja ver sus excelencias y primores el idioma castellano lo mismo en verso que en prosa, fácilmente se juzga y falla.

Ignoro si Agustín de Rojas cultivó en Sevilla ó en otra parte la amistad del príncipe de los ingenios de España; pero presumo que ambos debieron conocerse y estimarse. Lo que tengo por seguro es que, ó Cervantes leía *El Viaje entretenido* al escribir su maravilloso *Quijote*, ó hizo conocer á nuestro farsante algunos capítulos de esta obra inmortal antes que saliera á luz por los años de 1605, pues el libro de Rojas, impreso á fines de 1603, coincide algunas veces con el *Quijote* en ciertos pensamientos y en el modo de expresarlos. Lo segundo me parece más probable, atendidas la mocedad del cómico y la sabia experiencia del ilustre manco de Lepanto.

*El Viaje entretenido*, compuesto con el propósito de reunir las diversas *loas* escritas por el autor, llenas todas de movimiento y de vis cómica, pertenece al género anecdótico, de gusto general por aquellos tiempos, no sólo en España, sino en Europa. Es un diálogo sostenido entre Rojas y sus compañeros de farsa Ramírez, Solano y Ríos mientras discurren por varias provincias para ganarse la vida representando, y pudiera estimarsele como una especie de término medio entre *El Cortesano* de Castiglione, traducido por Boscán, el que á imitación suya hizo el insigne músico Luis Milán á mediados del siglo XVI, las *dianas* de Montemayor y de Gil Polo y la *Galatea* de Cervantes, sin que deje de tener más de un punto de semejanza con las novelas picarescas engendradas al calor de *El Lazarillo de Tormes* y *El Picaro Guzman de Alfarache*.

La importancia de *El Viaje entretenido* como retrato de costumbres es de tal naturaleza que, fuera del *Quijote*, no hay en español libro ninguno que en este punto le aventaje. En él, como en clarísimo espejo, se ven retratados el espíritu religioso de nuestros mayores, desde la primera grandeza hasta las clases más ínfimas de la sociedad; su patriotismo; sus sentimientos acerca de la autoridad y del gobierno; en suma, cuanto puede dar á conocer á un pueblo en su integridad moral. Es además la obra de Rojas documento precioso, que dice el estado general de la ilustración y cultura en nuestra patria, y el de las costumbres populares al terminar el siglo de nuestro mayor poderío y principiar aquel en que había de comenzar también nuestra decadencia.

He dicho que en *El Viaje entretenido* la prosa y los versos son testimonio elocuente de la hermosura del castellano. Compruébenlo estos ejemplos:

Pintando en una *loa* los inconvenientes de agradar á todos en el teatro, se expresa Rojas de esta suerte:

«No me negaréis que es grandísimo trabajo dar gusto á muchos, servir á muchos y alcanzar favor de muchos; porque son algunos que me oyen como las palmas, que primero tienen debajo de la tierra una vara de raíz que descubran señal de hoja; primero habemos de hacer milagros que os

tengamos contentos; primero han de ser inmensas nuestras obras que de vosotros alcancemos buenas palabras; pues ya sé por mi suerte que para contentaros son menester mil servicios supremos, y para caer en vuestro disgusto basta un solo yerro pequeño. Pues si yo me planté ayer en vuestro servicio, ¿cómo es posible que antes de descubrir hoja pretenda ganar fama? Verdad es que la opinión con gente tan discreta y principal es honrosa y provechosa; pero junto con esto es muy perecedera, porque sin duda es nuestro oficio como la luna, que cuando está en más creciente espera su menguante, y aun suele estar á pique de padecer eclipse.»

El siguiente trozo recuerda el estilo del gran Cervantes:

«Según la diversidad de tantos y tan buenos entendimientos como hoy en España florecen y por momentos nuestra amada madre la tierra produce, y el levantado estilo que al presente la composición poética tiene; entre la muchedumbre de levantados pensamientos y conceptos humildes y entronizados versos que á mis manos han llegado, así en representación como fuera de ella, me ha parecido ser uno bueno y de mucho entretenimiento la alabanza de las letras, tanto para el ministerio á que es aplicado de la loa, como para grandeza de la misma letra. Deseoso de alcanzar con mi pobre entendimiento el caudal de mayor suma que los del rico alcanzan, la necesidad me hizo pobre de ciencia y mis nobles deseos rico de conocimiento..... así en la presente obra no se juzgue lo que nos falta, pero estímesese lo que nos sobra, que es deseo de saber para servir y entendimiento para conoceros.... Mucho tenía que decir cerca de este particular; pero no quiero enfadaros. Solo diré que lo que un sabio con mucho acuerdo escribe, un simple sin oírlo lo menosprecia.»

Como poeta nada tiene Rojas que envidiar á los mejores de su época en gracia, facilidad, soltura, propiedad y pureza de lenguaje, y á veces ni en elevación y grandeza. Cervantes, que valía como poeta y versificador mucho más de lo que generalmente se dice, aunque hablase él mismo de sus versos con poca estima, y que á veces en este punto raya tan alto como el que más, acaso no desdeñó seguir de cerca á nuestro Rojas en su romance de *Los Celos*. Para demostrar con cuánta razón lo apreciaba ingenio tan soberano, pondré fin á este ligero bosquejo recordando aquí parte de otro romance de Rojas que compite con las más bellas descripciones de los antiguos bucólicos:

« Levántome de mañana,  
Y al alba, que está riendo,  
La saludo acompañando  
Á los pintados jilgueros.

Llamo entonces mi familia,  
Que, habiendo vencido al sueño,  
Sin pereza y sin cuidado  
Deja el apacible lecho.

Después de estar en pie todos,  
Es de mirar el contento  
Que al rededor de la lumbre  
Tienen al són del torrezno.

Y en habiendo reforzado  
Las fuerzas con el almuerzo,  
Acuden á su ejercicio  
Más que los rayos ligeros.

Unos ponen con presteza  
Al arado el corvo hierro;  
Otros el buey perezoso  
Uncen con el compañero.

Van al campo á sus trabajos  
Á pagar el grave censo  
Que puso Dios, por sus culpas,  
Á nuestros padres primeros.

Y después de haber medido  
Los campos y los oteros,  
Vuelven el ganado á casa  
Con sus veladores perros.

El labrador da á sus bueyes  
Con francas manos el heno;  
Que aun hasta en los animales  
Se sigue al trabajo el premio.

Peró el pastor codicioso  
Coge el tierno corderuelo,  
Y á la madre se le pone,  
Que bala por darle al pecho:

Y á la cabra, que codicia  
El recién nacido hijuelo,  
Saca el cabrito, que en casa  
Se quedó por ser tan tierno.

Este es todo su cuidado;  
Después, de todos ajenos,  
Más contentos que los reyes  
Ponen á la mesa cerco.

Para vencer á la hambre,  
Que es el contrario más recio,  
No faltan dulces manjares,  
Sin envidias á los cetros.

La manteca regalada  
Ocupa el primer asiento;  
Que, en vez de azúcar, la comen  
Con panal reciente y fresco.»

Tan galanamente expresaba sus pensamientos el gracioso poeta y representante Agustín de Rojas Villandrando, legítimo heredero de las glorias escénicas y literarias de Lope de Rueda. Tal fué su azarosa vida. Tal su *Viaje entretenido*, que lo es, efectivamente, al extremo de llevarnos el autor como embobados en su compañía hasta el final de obra tan interesante y amena.

MANUEL CAÑETE.



# SORDO-MUDOS Y CIEGOS.

*Nihil est in intellectu, quod non fuerat prius in sensu.*

## I.

**N**ADA entra en la inteligencia sino por la puerta de los sentidos. Esto decía el filósofo griego Aristóteles; y aunque tal sentencia ha sido combatida vivamente, nadie logró tacharla de errónea, demostrando con sólidas razones lo contrario. La experiencia propia nos enseña que todo un orden de ideas corresponde á cada uno de nuestros cinco sentidos; y quien desgraciadamente carece de alguno de ellos, forma un concepto incompleto del mundo exterior: por esto, para el que nació sin vista, las palabras luz, colores, sombras, reflejos, perspectivas, etc., ningun valor ni significado tienen.

Calcúlese, pues, la doble desventura de quien habiendo nacido sordo, ó perdido la facultad de oír en los primeros años de su infancia, no pudo escuchar las armonías del mundo externo, ni las cariñosas palabras de sus padres, y por consiguiente no aprendió á repetir las, viéndose privado del habla, medio principal de que dispone el hombre para comunicar con sus semejantes, manifestándoles cuanto piensa, siente y quiere. Estos seres, doblemente desgraciados, son los sordo-mudos.

Como si no fueran de suyo bastante infelices, por muy largos siglos la sociedad, en vez de procurar alivio á su mal considerándolos y educándolos en lo posible, los trató con el mayor desden y la más irritante injusticia. En muchas naciones privólos de sus naturales derechos como seres humanos, y hasta en algunas hubo la bárbara costumbre de quitarles la vida ántes de que salieran de la infancia. Sabido es que las leyes espartanas, con la mira de formar un pueblo de ciudadanos robustos, vigorosos y temibles en la guerra, no sólo prescribían los duros ejercicios adecuados al desarrollo y conservación de la agilidad y fuerzas físicas, sino la misma muerte para los niños mal configurados, raquíticos ó enfermos. Existía también en todo el mundo antiguo, y se difundió despues por los siglos medios, la supersticiosa creencia de atribuir el nacimiento de un sordo-mudo á castigo especial con que afligía Dios á sus padres, por cuya causa era mirado como un monstruo y tenido por una deshonra para la familia. Procuraba ésta ocultar al infeliz, ya enviándole á otra comarca, ya metiéndole en un hospicio, ya entre los muros de algun convento, y á veces le abandonaba sin piedad en la vía pública ó en el campo.

Ni en las leyes de Solon, ni en las de Licurgo, ni despues en las de Roma hasta los tiempos ya de la decadencia del Imperio, hay nada escrito referente á los sordo-mudos.

De ellos trató en su famoso código el emperador Justiniano; pero influido por la preocupacion comun, los declara incapaces para manumitir esclavos, hacer testamento, ejercer cargos públicos y demas acciones propias de los derechos civiles correspondientes en calidad de tal á todo ciudadano. De suerte que la ley les considera como perpétuos menores de edad, ó seres privados de razon, y por consiguiente de personalidad jurídica.

Habiendo sido el Derecho romano la base y fundamento de las posteriores leyes, claro es que éstas durante los tiempos feudales no fueron más benignas y humanas para con los sordo-mudos. Las familias pudientes solian ocultarlos en los monasterios; las pobres los toleraban como una deshonra inevitable ó castigo del cielo, cuando su buen corazon no les permitia dejarlos desamparados, rompiendo con ellos todo vínculo social, como también se hacía con los pestilentes, gafos y leprosos. Tal era su tristísima situacion, que al reflexionar en ella no nos parecen tan crueles los espartanos arrebatándoles la vida ántes de que pudieran sentir todas las penas y amarguras que les aguardaban.

Infiérese desde luego cuán grande obra de caridad llevó á cabo el hombre inteligente y generoso que supo idear y encontrar medios hábiles para educar é instruir á los sordo-mudos, poniéndolos en comunicacion con la sociedad, desarrollando su mente por el estudio y sus buenas cualidades por la moral y el ejemplo. En tan humanitaria empresa han ocupado su ingenio Juan de Beverley, arzobispo de York (siglo VII); Rodolfo Agrícola, profesor de Heidelberg (siglo XV); Fr. Pedro Ponce de Leon, benedictino español; Jerónimo Cardan, Fabricio de Aquapendente y Juan Bonifacio, italianos (siglo XVI), de los cuales el último escribió un *Arte de instruir sordo-mudos*; Wallis, profesor de aritmética en la Universidad de Oxford; Van Helmont, holandés, autor de la *Fisiología de la palabra*; el médico suizo Conrado Amman, que publicó el libro titulado *Surdus loquens* (siglo XVII); y en la siguiente centuria, el portugues Jacob Rodriguez Pereira, á quien suponen otros con más fundamento judío y natural de Cádiz; el español Hervás y Panduro, y el frances Carlos Miguel de L'Epée y su discípulo Sicard.

Por un mal entendido amor patrio, y á veces por ignorancia de la historia de otros países, no pocos escritores franceses suelen atribuir al suyo invenciones y progresos que en ley de verdad no les corresponden. Tal sucede con el arte de instruir á los sordo-mudos. Apénas hay diccionario biográfico de la nacion vecina que no proclame autor de semejante invencion al abate L'Epée, dando numerosos pormenores acerca de su vida, profesion, trabajos y escritos. Hasta se han compuesto obras dramáticas, haciéndole figurar en ellas como protagonista; de suerte, que á fuerza de tanto repe-

tirlo, hoy la creencia general señala al citado abate frances como único y sólo autor, atribuyéndole toda la gloria del descubrimiento. Luégo diré lo que en esto hay.

Cárlos Miguel de L'Epée nació en Versalles, 1712, y falleció en París, 1789. Desde niño sintió vocacion por la iglesia: su espíritu era tranquilo y apacible, sencillas y puras sus costumbres. Siguió los estudios eclesiásticos y fué ordenado de sacerdote. Desempeñó luégo un canonicato, que abandonó por injustas persecuciones. Vuelto á la capital de Francia, y disfrutando de cierta posicion desahogada, merced á una modesta herencia, recogió por caridad algunos pobres niños sordo-mudos y los llevó á su casa para mantenerlos á su costa. Su excelente corazon no se vió satisfecho con esta generosidad; además de mantener á sus protegidos se empeñó en educarlos, venciendo cuantas dificultades á ello se oponian. A fuerza de ingenio y perseverancia lo consiguió. Pero los gastos que su caritativa empresa le ocasionaba eran muy superiores á sus recursos, y se vió en apuros graves de qué pudo salir adelante cuando planteó un colegio, pues ya alcanzaba mucha estimacion y nombradía. Al mismo tiempo iba perfeccionando su sistema de enseñanza. No admitió una pensión con que le brindó la emperatriz Catalina II de Rusia, pero sí un sordo-mudo-ruso recomendado por esta señora, á quien educó juntamente con sus demas discípulos. El emperador de Austria José II le envió para aprender su método de enseñanza un sacerdote, llamado Storch, y luégo, bajo la direccion de éste, fundó colegio de sordo-mudos en Viena. Casi por el mismo tiempo crearon establecimientos de igual clase, aunque con métodos distintos, Kay, en Viena; Silvestri, en Roma; Ulrich, en Zurich; Dole y Guyot, en Holanda; Sicard, en Francia; Arigolo y Alea, en España.

El rey Luis XVI y su esposa María Antonieta protejieron la instruccion de sordo-mudos; pero quien estableció la Escuela Nacional para esta enseñanza fué la Asamblea Constituyente en 1791, declarando al abate L'Epée, que dos años ántes habia muerto, benemérito de la patria. En 1843, Versalles elevó una estatua para honrar su memoria.

Dos siglos ántes que el abate L'Epée, floreció en España Pedro Ponce de Leon, religioso benedictino en el monasterio de San Salvador de Oña. Ignórase el año fijo de su nacimiento, pero se sabe que murió ya anciano en 1554. Este insigne español, guiado sólo por su caridad y extraordinario talento, instruyó á muchos sordo-mudos, enseñándolos á escribir y leer varios idiomas, pintar, geografía, religion, historia, etc., como lo atestiguan D. Gaspar de Gurrea y el cronista Ocampo, que vió repetidas veces escribir al sordo-mudo D. Pedro Velasco. El sabio médico de Felipe II, Francisco Vallés, dice haber visto que los discípulos de su amigo Fr. Pedro Ponce de Leon aprendian primero á escribir, indicándoles con el dedo las cosas correspondientes á las letras. Lo mismo refiere el historiador cordobés Ambrosio de Morales, y Pellicer en su libro *Idea de Cataluña*. En su crónica benedictina Fr. Antonio de Yepes lo confirma tambien; así como el P. jesuita Juan de Torres, en su *Filosofía cristiana de príncipes*, y el erudito P. Feijóo en el tomo IV de su *Teatro crítico*. Estos autores, contemporáneos y amigos unos de Fr. Ponce de Leon, posteriores otros, y todos respetables y dignos de crédito, convienen en sus afirmaciones, proclamando sin género alguno de duda al monje benedic-

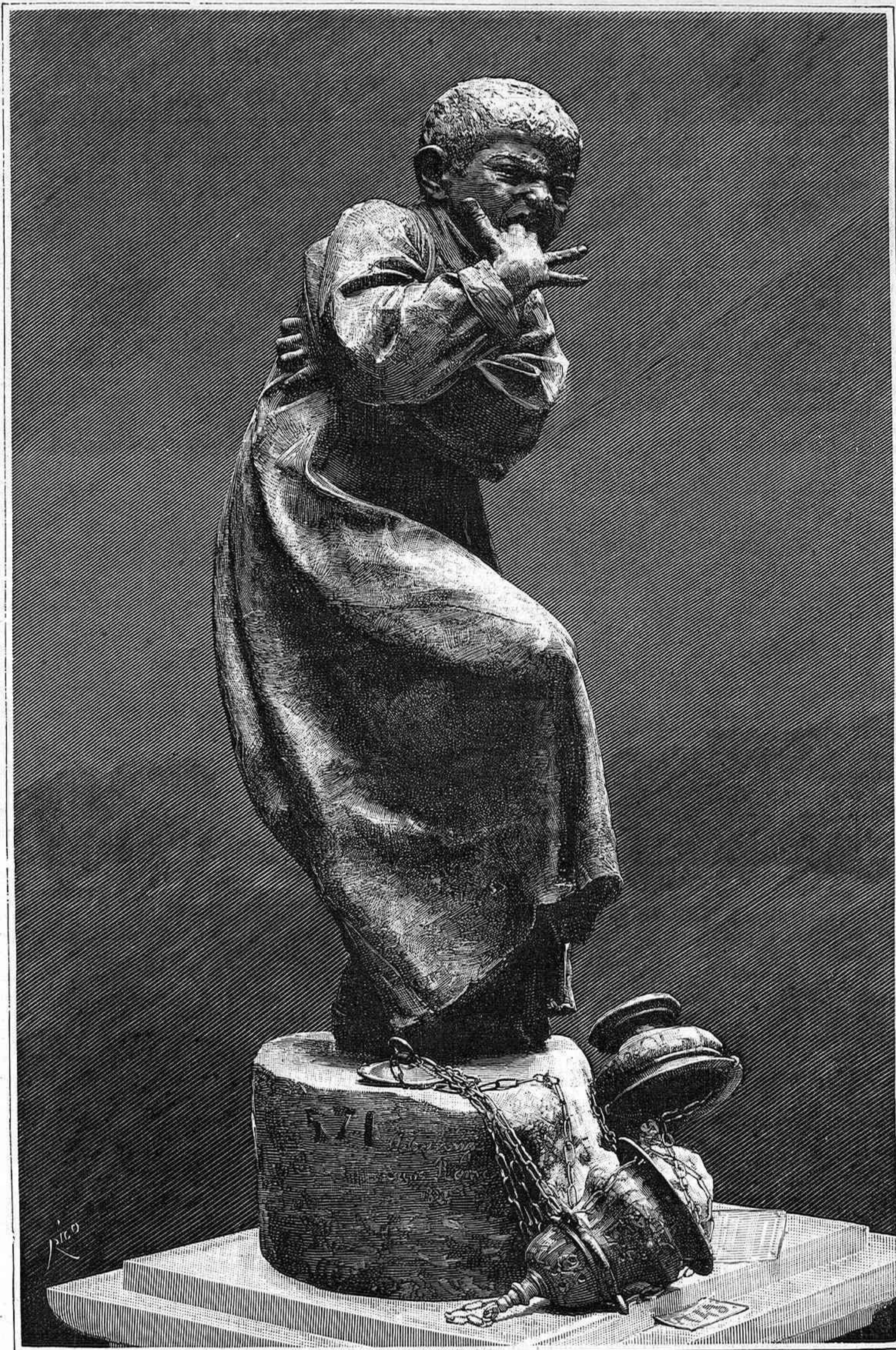
tino español inventor del arte de instruir sordo-mudos. Valiase para ello del lenguaje de accion, de la escritura, dactilología y alfabeto guturo-labial. Aunque no escribió su método, dejó numerosos discípulos adocotrados por él para esta enseñanza, quienes la continuaron propagando en Europa y luégo en América.

A principios del siglo XVII, Juan Pablo Bonet, aragonés, secretario del Condestable de Castilla, instruyó á un hermano de éste, sordo-mudo, y consignó su procedimiento en un libro, de que luégo se valió el abate L'Epée, quien ingenuamente confiesa que aprendió el castellano para poder leerlo. Este curioso libro se titula *Reduccion de letras y arte para enseñar á hablar á mudos*: se imprimió en la oficina de Francisco Abarca, Madrid, 1620. El doctor inglés Wallis, á quien algunos compatriotas suyos atribuyen la invencion, estuvo en Madrid acompañando al Príncipe de Gales, y en Madrid conocieron á Bonet, y oyeron hablar y vieron escribir, entre otros sordo-mudos, al ya citado hermano menor del Condestable de Castilla y al Marqués de Priego. Siete años despues publicó Wallis su tratado en Leyden; y en el mismo año y ciudad el médico suizo Conrado Amman dió á la estampa la obra latina *Surdus loquens* (El Sordo hablando).

Sucesores de Bonet fueron el andaluz Miguel Ramirez de Carrion y su hijo Diego; el médico Pedro de Castro, que además de enseñar en España, difundió por Italia su método; el P. Diego Vidal, escolapio de Zaragoza, y otros muchos, cuya sola enumeracion sería larga y fatigosa. En 1795 el rey Cárlos IV estableció en el Colegio de PP. Escolapios de San Fernando en esta córte una escuela de sordo-mudos, de que fueron profesores el P. Navarrete, el teniente coronel Lotus, D. Lorenzo Hervás, autor del libro *Escuela española de sordo-mudos*, y D. Tiburcio Hernandez, del *Plan de enseñar á los sordo-mudos*, impresos ambos en Madrid.

Conviene tener en cuenta que el judío Jacob Rodriguez Pereira, en 1735, pasó de Cádiz á París, donde estableció colegio de este arte; que, segun refiere Buffon, en 1746 le presentó Pereira un sordo-mudo llamado Etavigni, á quien habia enseñado; que en 1749 Pereira llevó dos sordo-mudos, tambien instruidos por él, á la Real Academia de Ciencias de París, cuya corporacion le dió el título de *Inventor* de este arte, y el Monarca le concedió una pensión anual de 320 escudos de oro. En 1755, esto es, á los seis años de haber sido declarado Pereira como *inventor* por la Real Academia de Ciencias de París, abrió su colegio en la misma capital el abate L'Epée. Fueron ambos rivales, y cada cual seguia distinto método con excelentes resultados: Pereira jamas quiso revelar el suyo, aunque el Gobierno francés le ofreció crecida recompensa, además de la mencionada pensión: el abate L'Epée, más franco y expansivo, confiesa que tuvo por guías al aragonés Bonet y al suizo Amman, y enseñó su sistema á cuantos desearon aprenderlo.

Innumerables son ya los colegios de sordo-mudos esparcidos por todas las naciones civilizadas del antiguo y nuevo continente. Por ser tantos no caben dentro de los breves límites de este artículo ni siquiera sus nombres. El de Madrid, segun queda consignado, fué establecido por el rey Cárlos IV en la casa de Escolapios de Lavapiés; más tarde pasó á la calle del Turco, y de aquí al local donde hoy se halla. Sólo admite alumnos de siete á catorce años: su ense-



«¡ACCIDENTE!» — Estatua en bronce, por Benlliure.

ñanza está dividida en tres períodos, de los que el primero comprende la parte literaria; el segundo, técnica industrial, y el tercero, aprendizaje de algun arte ú oficio. De los datos publicados por dicha Escuela hace pocos años, consta que educaba entónces 77 sordo-mudos, 37 sordas-mudas, 50 ciegos, 14 ciegas y un sordo-mudo-ciego; total, 179 alumnos. Hay entre ellos pensionistas, que satisfacen una cuota moderada; medio pensionistas, internos y externos, pensionados por la nacion y gratuitos.

Muchas y várias son las opiniones acerca de la naturaleza física, intelectual y moral de los sordo-mudos. Hay quien casi los juzga monstruos, describiéndolos con los más negros colores, miéntras sostienen otros que la carencia de algunas facultades se halla compensada con la perfeccion y excelencia de las demas, elogiándolos fuera de toda medida. Lo cierto es que la sordera no resulta siempre de enfermedad local; que muchos sordo-mudos padecen de escrófulas, anemia, tisis y otros males, indicios de su naturaleza decaída y pobre; que el mayor número de ellos proviene de padres poco robustos y de países húmedos, frios y nebulosos, y que hay familias en donde está como vinculada esta desgracia, á la manera que en otras abundan los tísicos, los pletóricos, los reumáticos, etc. Tambien pudiera citar familias cuyos individuos se distinguen por su alta estatura, por su gran fuerza muscular ó por otras cualidades, comunes á todos ó casi todos ellos. En confirmacion de lo anterior citase un matrimonio de París, que de ocho hijos contaba cinco sordo-mudos. En el colegio de Madrid hubo varios hermanos sordo-mudos, como Antonio y Mariano Gutierrez; que fueron despues oficiales de platero; Francisco Serradilla y su hermana, los tres Aguirres, un tal Ruiz, que tenía tres hermanos tambien afectados de igual desgracia; y no son tan raros como parece los casos en que alternativamente una mujer ha tenido un hijo sordo-mudo y otro de sentidos cabales, hasta ocho, diez y doce veces repetirse este fenómeno. En el colegio de Hartford (Estados-Unidos), segun consignó en la Memoria anual, habia en 1828 dos hermanas sordo-mudas con catorce primos y primas sordo-mudos. Respecto al número de estos desgraciados en Europa, la estadística más exacta demuestra que en Rusia, Inglaterra, Suecia y Noruega, Francia, Italia, Portugal y España hay uno por cada 1.540 habitantes; en Dinamarca, uno por cada 1.420; en Alemania, uno por cada 1.397, y en Suiza, que es la más castigada, uno por 500. Parecen exageradas estas cifras, pero son tomadas de documentos oficiales. Muy notable es la circunstancia de que miéntras en los Estados-Unidos abundan los sordo-mudos, en la América del Sur apenas se conoce tal desgracia. Tambien es curioso que en todos los países del globo, existiendo más mujeres que hombres, haya ménos mudas que mudos. Y parece que sería más conveniente lo contrario.

## II.

La segunda parte de este artículo está dedicada á los ciegos de nacimiento ó desde los primeros años de su vida. Los que vieron durante su juventud y cegaron despues por vejez ó enfermedades, han sido educados como los demas hombres y no cuadra en este lugar hablar de ellos.

Hasta fines del siglo anterior fué más comun que hoy la

ceguera, pues la contraian muchos niños por efecto de la enfermedad variolosa, tan propia de la infancia. Pero habiendo descubierto Jenner la vacuna y propagádose este benéfico preservativo á todas las comarcas del mundo, los estragos de la viruela disminuyeron con la inoculacion hasta el punto de ser ahora caso raro lo que ántes era frecuente desgracia. Y no solamente el hombre quedaba privado del órgano de la vista por enfermedades naturales, sino que la barbarie de los tiempos medios usaba como castigo, y á veces como precaucion, la crueldad de quemar ó vaciar los ojos á ciertos criminales, ó á personas de elevada jerarquia en su niñez, para que no pudieran aspirar luégo á un señorío ú ocupar un trono, segun nos muestran con horror las páginas de la Historia.

Sin embargo, ciegos hay de nacimiento y los habrá siempre, pues las desdichas inherentes á la humanidad pueden aminorarse por la ciencia, pero nunca extinguirse del todo. Para remediar en cuanto es dable su triste situacion, preciso es de antemano estudiarla y conocerla. Por esto hay tantos escritos donde se analiza el estado físico, intelectual y moral del ciego, atribuyéndole algunos autores mil perfecciones internas como compensacion de su desgracia, y pintándole otros egoista, desconfiado, irreligioso, etc. Mas dando de mano á tan desconformes pareceres, bueno es tratar sólo de aquellas cosas en que no existe discusion ni duda.

Privado del más poderoso medio de comunicacion externa, todo cuanto se refiere á la luz, colores y perspectivas se halla fuera de su alcance, siendo inútiles los mayores y más ingeniosos esfuerzos para hacerle formar idea exacta de tales cosas. Siempre que el arte quirúrgico ha logrado curar á un ciego de nacimiento, ha mostrado éste su asombro al ver los objetos muy diferentes de como se los habia figurado por el tacto. Nosotros mismos tampoco podemos imaginar qué nuevo órden de ideas se despertaria en nuestra mente si tuviéramos un sexto sentido, ó expresado con mayor exactitud, una sexta variedad del sentido único.

Realmente, este sentido único es el tacto, ya se manifieste en la vista herida ó tocada por los rayos luminosos, ya en el oído agitado por la vibracion del aire, ya en el olfato estimulado por partículas olorosas, ya en la lengua por sustancias sápidas, ya en las papilas nerviosas colocadas bajo la piel por la impresion de cualquiera parte. Esta última clase de sensacion, llamada por excelencia tacto, aunque las demas tambien lo sean, es la predominante en el ciego, la que en él se desarrolla, así como la del oído y del olfato (1), hasta un extremo asombroso, y la que sirve de canal ó medio de comunicacion por donde puede adquirir varios y profundos conocimientos.

Así, cuantos maestros hubo y hay de ciegos han procurado y procuran hacerles perceptibles por el tacto las cosas que los demas perciben por el órgano de la vista. Primera-

(1) Nadie ignora cuán delicado y sutil suele ser el oído de los ciegos; pero muy pocos mencionan los prodigios de su olfato. Spurzheim, discípulo de Gall, conoció á un joven escocés, sordo y ciego, que sólo por el olor distinguía las personas que se le acercaban, llevando sus manos á la nariz y aspirando el aire. Unas personas le eran simpáticas y otras repulsivas, así como sucede á los demas guiándose por el aspecto. En un camino reconoció á un caballo que habia sido de su padre, como reconocia tambien sin tocarlos y sólo por el olor á cuantos habia olfateado una vez siquiera. Este sordo y ciego tan notable se llamaba Jacobo Miguel y habia nacido en Naim el 11 de Noviembre de 1795.

mente se inventaron figuras arbitrarias de carton ó de estaño, dándoles un valor convencional; mas luégo fueron substituidas con ventaja por abecedarios fijos, grabados en planchas de madera. Las letras eran cóncavas al principio, de suerte que al imprimir con tales planchas, resultaban blancas sobre fondo negro. Despues se hicieron de relieve, y más adelante se idearon los caracteres sueltos y móviles, que iban colocándose para formar palabras y oraciones sobre una tablilla acanalada, en cuya parte hueca ajustaban perfectamente.

Á fines del siglo XVI publicó en Madrid el maestro Francisco Lúcas su *Arte de enseñar á leer y escribir á ciegos*, y lo dedicó al rey Felipe II. Por igual época el italiano Rampazzetto imprimió ejemplares de sus planchas de madera con el mismo fin, y dedicó su obra á San Carlos Borromeo. Estas planchas eran muy semejantes á las inventadas en España por el maestro Lúcas, y adolecian de las mismas imperfecciones. En 1640, Pedro Moreau, profesor de instruccion primaria en París, ideó la fundicion de caracteres movibles de plomo, con cierto mecanismo que facilitaba su combinacion y manejo; pero la escasez de fondos para atender á los gastos le hizo desistir de su proyecto. El procedimiento más ingenioso del siglo XVII para enseñar el abecedario y la lectura á los ciegos fué el de clavar sobre anchas almohadillas muchos alfileres, cuyas cabezas componian la forma de las letras: de este modo el discípulo, con sólo pasar sobre ellas las yemas de los dedos, percibia su configuracion y rápidamente llegaba á distinguirlas unas de otras. Así aprendió la señorita Paradis, tan notable por su habilidad y conocimientos. El ciego famoso de Puiseaux se valia de letras móviles de madera: cada letra tenía una cola ó cabo con su agujero, que ensartaba con un pasador para ir formando las palabras. En el siglo pasado llegó á realizarse la idea del ya citado Pedro Moreau; mas los primeros caracteres salieron sumamente imperfectos y se desgastaban muy pronto, como hechos de una aligacion por iguales partes de plomo y bismuto. Para allanar estos inconvenientes se grabaron punzones de acero en París (1783), y los caracteres mejoraron en finura y consistencia.

Hay la preocupacion muy comun de hablar casi á gritos á los extranjeros y á los sordos, creyendo que así entenderán más fácilmente; y respecto de los ciegos creyeron tambien sus instructores que haciéndoles manejar letras muy gordas se les facilitaria el trabajo y aprenderian más pronto. Á causa de tal error, los primeros caracteres fueron muy voluminosos, parecidos á los que hoy usan las imprentas para los carteles de teatros; pero en vez de ser así más fácil la enseñanza, resultó más difícil y embarazosa. Lo importante no es el tamaño de las letras, sino la exactitud y finura de sus contornos. El tacto del ciego es tal, que reconoce la letra más menuda, y cuando quiere hacerse cargo de la forma de cualquier objeto casi microscópico, lo aplica á la punta de su lengua, y entónces alcanza por el tacto á donde no llega nuestra vista, á no ser con el auxilio de lentes graduados. Rectificado el error, los caracteres fueron de dia en dia más pequeños en las sucesivas fundiciones, aunque introduciendo en su estructura algunas leves reformas, aconsejadas por la experiencia. La *e* tiene el ojo mayor para que no la confundan con la *c*, y ésta forma un semicírculo abierto para distinguirla bien de la *o*, y con igual fin suelen

separarse algo más los piés de la *u*, *n* y *m*. Las letras destinadas á ciegos no están al revés como las de imprenta, sino al derecho, como las de escritura, de suerte que no servirian para la estampacion; se hallan distribuidas en cajetines, como las de los impresores, y así como éstos las van tomando de unos y otros huecos ó casillas para ajustarlas en el componedor, ellos tambien las escogen para irlas colocando en planchas estriadas ó dispuestas de otro modo, segun los varios métodos de enseñanza. Es de advertir que las lecciones para ciegos no comienzan por el *a b c* como para los demas, sino por el punto, la coma, los dos puntos, admiracion, interrogacion, etc., y sólo cuando ya conocen los signos ortográficos entran en el alfabeto, distinguen las vocales de las consonantes, forman sílabas, palabras y por último oraciones completas. Sabiendo leer, ya pueden adquirir variados y profundos conocimientos, para lo cual les sirve de poderoso auxilio la perfeccion con que hoy se imprimen libros de caracteres en relieve ó repujados, que leen tan velozmente por el tacto como quien goza de la vista puede hacerlo en los impresos ordinarios.

Merced á la instruccion comunicada por estos medios ingeniosos que de cada dia se desenvuelven y perfeccionan, no es ya el ciego, como en los tiempos antiguos, un sér aislado, inútil y apartado de la sociedad humana por infranqueable barrera, sino verdadera persona, capaz de suplir con los otros la falta del principal sentido, capaz de ejercer todos los derechos y de practicar todos los deberes, incluso aquellos que exigen más seguro criterio moral y más luminosa y cultivada inteligencia. En prueba de esto véanse algunos ejemplos notables y comprobados, ejemplos escogidos de entre centenares que nos recuerdan la erudicion y la Historia.

Juan Fernando, flamenco, hijo de padres españoles, ciego de nacimiento, fué poeta, músico, escritor y filósofo.

Francisco de Salinas, natural de Búrgos, quedó ciego á los siete años, y llegó á poseer el griego, el latin y las matemáticas. Pero singularmente sobresalió en la música, mereciendo la proteccion del papa Paulo IV y del Duque de Alba, y la entrañable amistad y el aplauso del docto y esclarecido poeta Fr. Luis de León, quien le dedicó la oda que empieza:

El aire se serena  
Y viste de hermosura y luz no usada,  
Salinas, cuando suena  
La música extremada  
Por vuestra sábia mano gobernada.

Dejó un tratado de música escrito en latin, que en 1592 se imprimió en Salamanca, y algunos epigramas de Marcial traducidos en verso castellano.

Nicolas Saunderson nació en Inglaterra el año de 1682. Fué catedrático de matemáticas en la Universidad de Cambridge, humanista, músico y peritísimo anticuario. Inventó una tabla sumamente ingeniosa, con agujeros y clavijas de varias formas, para calcular operaciones aritméticas. Tocaba la flauta muy bien, su oido era finísimo, y tan delicado su tacto, que distinguió ántes que nadie en el monetario de la Universidad las verdaderas monedas romanas de las imitadas con gran perfeccion.

El Dr. Blakcoln, de Edimburgo, figuró entre los mejores poetas.

Paingeon adquirió conocimientos extraordinarios en matemáticas, ganó en 1806 todos los premios del concurso general de los cuatro liceos de París y fué nombrado profesor de Angers.

Delille ha publicado en este siglo notables consideraciones metafísicas sobre la lengua francesa.

Pedro Pontano, flamenco, brilló en el siglo XVI. Enseñó humanidades en París, fué docto en filosofía y lenguas clásicas. Publicó varios escritos que en su tiempo llamaron la atención y le dieron nombradía, entre ellos una *Retórica* y un *Arte métrica*.

Cárlos Fernando, flamenco también, fué músico, filósofo y orador, y enseñó humanidades en París. El papa Inocencio VIII le confirió órdenes sagradas para que pudiese predicar, y predicó elocuentemente. Escribió en latin varias obras, siendo la mejor la titulada *De Tranquillitate animae*, imitando á Boecio en su *Consolatione*.

Ulderico Schomberg, alemán, quedó ciego muy niño por enfermedad de viruelas. Estudió letras y ciencias, y fué profesor de varias asignaturas en Leipzig y Hamburgo.

Herman Torrencio, alemán, fué catedrático de retórica en Groninga, publicó muchas obras, y entre ellas un famoso *Diccionario histórico y poético*, reimpresso ya muchas veces.

Ciega fué también la célebre señorita Paradis, primera actriz del teatro de Viena, y ciegos el sabio de Puiseaux, el famoso Estéban, el geógrafo Weissemburgo, los eruditos David Blondel y Matías Guillermo, y en nuestra época llamaba la atención de naturales y extranjeros el pastor ciego del Escorial, quien sin tener educación alguna, no sólo andaba con toda seguridad por aquel inmenso edificio, donde suelen perderse los que tienen vista, sino que explicaba á los visitantes, deteniéndose ante cada cosa, la innumerable multitud de lienzos, frescos, estatuas, altares, reliquias y toda suerte de curiosidades contenidas en el vasto monasterio, que es además colegio, palacio, riquísima biblioteca, suntuosa basílica y sepulcro de reyes.

Tan poderosa retentiva no es un hecho aislado. Refiere el misionero Charlevoix que en el Japon confían á los ciegos el cuidado de conservar en su memoria los sucesos importantes. Anales del Imperio, biografías de hombres ilustres, genealogías de familias, todos los elementos históricos forman el depósito de recuerdos, que estos ciegos se comunican por tradición de unos en otros, siendo como los archivos de su patria. Tienen academias donde estudian y cultivan su memoria, tomando grados y títulos distintos, y los más hábiles se dedican á poner en verso los acontecimientos principales de su país para retenerlos mejor por el número y la armonía. Esta costumbre de versificar las historias ha sido común en sus principios á todos los pueblos de la antigüedad.

### III.

Aun hay seres ménos favorecidos todavía por la Naturaleza que los sordo-mudos y los ciegos, y son los que juntan las tres desventuras, siendo á la vez ciegos, mudos y sordos. Por la profunda compasión que excitan no ha perdonado la inteligencia humana trabajo ni esfuerzo alguno para lograr educarlos, poniéndolos en relación hasta donde es posible con la sociedad á que pertenecen.

Claro es que hallándose privados de la vista y del oído, sus conexiones con el mundo externo han de limitarse forzosamente á lo que les entra por el olfato, gusto y tacto. Para educar tales sentidos y hacer de ellos verdaderos canales por donde pueda recibir el espíritu las nociones á él dirigidas, preciso es que el instructor ó maestro posea y domine entrambos métodos de enseñanza: el destinado á los ciegos y el de los sordo-mudos. De uno y otro ha de tomar cuanto juzgue más adecuado para su fin, combinando sus medios de modo que las lecciones sean breves y frecuentes; entónces el adormecido espíritu del sordo-mudo-ciego irá despertándose de la especie de sopor ó letargo en que yace, y á cada nueva noción que perciba se verá despejarse su rostro, como si una luz interior lo iluminara.

Tiene el sordo-mudo-ciego su lenguaje natural, que son los gestos y ademanes, y por ellos expresa lo que desea comunicarnos. Aunque tal medio de expresión, careciendo de los dos sentidos principales, ha de ser por extremo imperfecto y limitado, las personas acostumbradas á él llegan á comprenderlo y aún á imitarlo. El ciego tiene cogidas suavemente las manos del imitador y así puede enterarse de muchas cosas.

Las letras moldeadas de que se habló ya sirven de mucho, y con ellas y escribir sobre la espalda ó palma de la mano del alumno, llega éste á instruirse de lectura y escritura, pudiendo después ampliar sus conocimientos con los libros impresos de relieve. Pero la empresa de esta enseñanza es sumamente difícil, pues hay que luchar con obstáculos al parecer invencibles, y de que sólo consiguen triunfar el ingenio y la paciencia más perseverante. Ocurre á veces que á mitad de su educación parece que atrasa el discípulo y olvida ó confunde lo ya enseñado; pero este retroceso aparente jamás debe desalentar al maestro, quien ha de meditar entónces si la falta es del discípulo ó de él mismo, por no haber explicado algo con la claridad posible ó por haber anticipado nociones que todavía no podían ser entendidas y aprovechadas. ¿Qué resultaría si un profesor de matemáticas pretendiera enseñar en un colegio ó universidad cualquiera las ecuaciones de segundo grado sin haber explicado antes las del primero? Que sus oyentes no le podrían entender, aunque tuviesen la mejor voluntad y la más clara inteligencia. Pues otro tanto y con mayor motivo acontecerá cuando á un sordo-mudo-ciego no se le vaya dando la instrucción gradualmente, sin dejar lagunas ó vacíos entre nociones que deben ser ordenadas y sucesivas.

De dos sordo-mudo-ciegas, educadas una en Francia y otra en España recientemente, se conservan datos curiosos. La francesa necesitó de gran ingenio y constancia en sus maestros para hacerse cargo de las cosas más sencillas; sobre todo, las ideas religiosas y morales penetraron á fuerza de mucho trabajo y tiempo en aquella cabeza rebelde; pero ya adquiridas, lograron exclusivo predominio sobre las demás. Emilia Rougère, que así se llamaba esta jóven, cayó en el misticismo, ansiando siempre la terminación de su vida terrena y la vida inmortal y feliz del Paraíso. Absorta en sus cavilaciones, conservaba días enteros la inmovilidad de una estatua, y cuando le avisaban para acostarse manifestaba su asombro por la rapidez con que se le pasaba el tiempo. Inútil para todo cuanto no fuera este continuo éxtasis, olvidó las labores que aprendió antes y hasta el cuidado de



sí misma, siendo en esto inferior á un recién nacido, pues ni la sed ni el hambre la arrancaban á sus imaginaciones y perpétua inmovilidad corporal, en cuyo estado murió de consunción, sin fiebre ni padecimientos.

La sordo-muda-ciega española se llamó Victoria Álvarez. Más infeliz que la francesa, nació con sus cinco sentidos; pero á los cuatro años quedó sorda, y por consecuencia fué olvidando y perdiendo el uso de la palabra. La llevaron al Colegio de Sordo-mudos, y al poco tiempo comenzó á padecer de los ojos, hasta quedar completamente ciega. Sin embargo de esta triple enfermedad, aprendía pronto y bien cuanto le enseñaban, era muy viva, distinguía perfectamente, y sin equivocarse nunca, á sus compañeras y maestros, y tenía un olfato maravilloso. Andaba con soltura, no tropezaba jamás con paredes ni muebles, subía y bajaba escaleras como si tuviese vista, y sin duda por el olfato, experimentaba simpatía ó repugnancia hácia determinadas personas. Todos cuantos la trataron la querían mucho por su expresivo semblante, la viveza y gracia de sus movimientos, y su carácter igual y apacible. También, como Emilia Rougère, falleció joven.

En Alemania, Inglaterra y Francia no ha faltado quien proponga establecer alguna enseñanza especial de sordo-mudo-ciegos; pero afortunadamente el corto número de estos desgraciados no lo requiere todavía, existiendo como existen hoy en las naciones más adelantadas colegios de sordo-mudos y colegios de ciegos.



En el santo nombre de Dios y en nombre también de la dignidad humana, debemos de consagrar un puesto preferente en nuestra memoria y la más profunda gratitud á cuantos han dedicado y dedican talento, tiempo y trabajo en beneficio de estos hermanos suyos, tan maltratados por la Naturaleza como dignos de compasión y respeto.

NARCISO CAMPILLO.

Madrid.



# UN PASTEL DE BONIJO

POR EL DOCTOR THEBUSSEM.

## I.



ENTRE las fiestas más espléndidas y suntuosas que se han celebrado en la segunda mitad de este siglo, debe contarse, á mi juicio, el baile que dieron los opulentos Duques de Fernan-Nuñez en la noche del lunes de Carnaval de 1884. Los trajes, la generalidad de la concurrencia, la casa, los muebles, la servidumbre, la cena, todo en fin, llevaba el inimitable sello de lo distinguido y de lo aristocrático.

Ya tarde, nos hallábamnos cenando en una mesa retirada cuatro personas, cuyos nombres y vestidos de tres de ellas no estoy autorizado para revelar. Baste saber que presidía el banquete cierta Condesa de sangre andaluza, á la cual, más que los rasgos vulgares de las caras que llaman bonitas, realzaban la finura, chiste, elegancia y distincion de modales. La tal Condesa rayaba con los cuarenta años; era, física y moralmente, una gran señora en toda la extension de la palabra. Frente á ella se encontraba su prima, recién salida de la menor edad, con cuatro años de casada y tres de amigable separacion del marido, pues cuando contrajo matrimonio, segun nos advirtió la Condesa, reunia las *envidiables* circunstancias, harto comunes en el dia, de no haber hojeado ningun libro serio, ni aguantado contradiccion alguna á su áspero carácter, ni pensado sino en divertirse, ni trabajado más que en bordar zapatillas ó marcas de pañuelos. Ocupábamnos los dos costados restantes de la mesa un ex-ministro andaluz, célebre por su gracia y agudas ocurrencias, y el prójimo que redacta el presente artículo.

Despues de saborear un sublime caldo de aves, y algunas lonjas de jamon y de pavo trufado, regadas con excelente Jerez y Burdeos, pedí salmon en mayonesa.

— Lo deseaba — exclamó la Condesa con júbilo — pero no me atrevi á pedirlo. Ignoro si podré ó no comerlo, porque..... ¿quién sabe si tendrá pedazos de aceituna?

— ¡Mujer! ¡Por Dios y por los santos! — replicó la prima — ni lo imagines siquiera. Tú ofendes á Fernan-Nuñez en la persona de su jefe de cocina. El agregar aceitunas á la mayonesa es cosa de fondas ó de vapores mercantes.

## II.

La prima acertó. Una mayonesa blanca, suave, compacta, magistralmente batida con riquísimo aceite y sin adiciones de ningun género, causó nuestro encanto.

Miéntas la Condesa, llevando la voz cantante del elogio, paladeaba la salsa, le dijo el ex-ministro:

— Querida Condesa, me sorprende que siendo V. de mi

tierra no coma aceitunas. Tomándolas con moderacion no hacen daño. Siga V. el consejo de «aceituna, una, y si es buena, una docena.»

— El consejo viene tarde. Será una debilidad, una tontería, será lo que VV. quieran; pero á mí, que no me importan los mártres, ni trece en la mesa, ni que la sal se derrame, ni que los cuchillos se crucen, me fatiga ver de cerca las aceitunas. Es una preocupacion hereditaria que adquiri desde niña de mi abuela materna, con quien me crié. La historia fuera larga de contar.

— Hable V., Condesa; hable V. — le dijimos en coro.

La Condesa volvió la cara á derecha é izquierda, y convencida de que no tenía más auditorio que el de la mesa, soltó la voz á estas ó semejantes razones:

«— Era tradicion antiquísima en la familia de mi abuela que ninguno de ella probó jamas las aceitunas, y hasta sospechaban que habia de acontecer desgracia cierta al que las comiese. Y eso que habitaban en una antigua ciudad del reino de Sevilla, y eran dueños y labradores de magníficos olivares, que poseian desde que los árabes salieron del territorio. Aquella señora, de tan claras luces y buen entendimiento, perdía la chabeta al oler ó sospechar que alguno de sus hijos, de su familia ó de sus criados hubiese comido aceitunas. Aseguraba con la mayor sinceridad, y era incapaz de mentir, que se lo conocia en la cara. Si ella, que no pasó de excelente madre de familia, hubiera sido mujer célebre, sus biógrafos consignarian que el estremecimiento y terror que le causaba ver un plato de olivas era semejante al que á tales ó cuales personajes les producía un raton, una manzana ó el tacto del terciopelo.

»Esta buena señora, que no hizo en toda su vida más que una expedicion á Sevilla con motivo del viaje del rey Carlos IV; que su modestia en el vestir fué rayana con la pobreza, y que no repasaba más obras que el *Año Cristiano*, *Fray Luis de Granada* y el *Quijote*, habia borrado de este libro dos palabras..... (y por aquí sé yo — añadió entre paréntesis la oradora — que en EL INGENIOSO HIDALGO se nombran *dos veces solamente las aceitunas*).

— Adelante, amable Condesa, que ya aprendimos un acertijo que pondrá en calzas prietas á más de un cervantista — interrumpió el ex-ministro.

«— Pues bien; debo agregar que á la abuela le gustaba tener y tenía joyas de gran precio, no para usarlas ella, sino para que las luciese la Virgen en su festividad; y precisamente este broche que yo traigo se halla enlazado con el aborrecimiento á las aceitunas.

Y diciendo y haciendo, la Condesa se quitó del hombro izquierdo un broche del tamaño y forma de un duro. Era de un trabajo sólido, y mazorrall en oro, con letras chinas esmaltadas de rojo, y cuatro perlas, que áun cuando no lucian



«MATER DOLOROSA.» — Escultura, por Querol.

lo que debieran por lo tosco del engaste, resultaban notables por su oriente, tamaño, forma é igualdad; perlas, en fin, dignas de la corona de un rey.

»— Esto es — prosiguió nuestra interlocutora — un amuleto japonés. Mi abuelo, el general de Marina N....., que dejó nombre en la Armada por su gracia, generosidad y calaveradas, lo adquirió en China y lo destinó á la colección de alhajas de mi abuela. Él quería mucho á su mujer; pero tal cariño no evitaba que la pobre señora fuese víctima perpétua de las bromas del sacudido almirante.

» Esta historia que yo cuento la refería con gran minuciosidad mi querida madre. El general avisó desde Filipinas su compra de las cuatro magníficas perlas. Desde la llegada de la noticia á la de la joya pasaron cerca de dos años. En tan largo período se habló mucho de las perlas, se calculó su tamaño y se determinó el día en que la Virgen había de estrenarlas.

» Por fin, mi abuelo arribó á Cádiz, y cuando se disponía á volver á su casa, recibió orden de salir sin pérdida de tiempo para Canarias. Así lo manifestó á la familia, pero advirtiéndole que por su íntimo amigo el noble y distinguido caballero Charles, recién llegado de Francia, mandaba varios encargos, y entre ellos, especialmente recomendado, el broche de perlas japonesas. Que se atendiese y agasajase en todo lo posible á dicho señor, el cual viajaba en las *diligencias generales*, y que como llegaría á Écija en horas oportunas de almorzar ó de comer, se le invitase á fin de que lo pasara ménos mal que en la fonda.

» Previnieronse jamones, pollos y conservas; se encargaron bizcochos, dulces y alfajores á las monjas, y se pidieron vinos, licores, café y cigarros á Sevilla. Se arregló y blanqueó toda la casa; salió la vajilla de plata, que se componía de doce docenas de piezas; se esteró de nuevo el comedor; pusieronse lindos ramos de flores contrahechas en el oratorio; se variaron las macetas del patio; dióse con aceite de linaza á las vetustas puertas y rejas del zaguan y caballerizas, y hubo, en fin, esa serie de faenas, alarmas é inquietudes que antiguamente producían en los pueblos la llegada de huéspedes, y en las cuales maldito lo que los huéspedes reparaban ó estimaban, por no servirles ni de comodidad ni de provecho. Lo de imaginar franceses y casi un príncipe al nuestro, duplicaba la curiosidad y los preparativos.

» Por tres días esperaron infructuosamente la *diligencia* mis tíos, mis parientes, el capellán, el mayordomo y los criados de la casa; y como no hay plazo que no se cumpla, llegó por fin el deseado caballero Charles, portador de los regalos y noticias verbales del marino.

» El mayoral, que lo acompañó también hasta nuestra casa, tratándolo con gran respeto y consideración, era portador de dos sacos de noche de vistosa y elegante alfombra; con chapas y cerraduras de bronce.

»— Señor don Carlos — dijo — aquí pongo los sacos; dos horas tiene V. disponibles; dos — repitió en voz alta y señalando además el número con los dedos de la mano derecha. — Son las diez; yo mismo volveré por V. á las doce; puede V. almorzar descuidado.

»— Bien, bien; lo entiendo, lo entiendo — replicó don Carlos.

» Pocos hombres aventajaban á éste en gallardía, estatu-

ra, elegancia y maneras distinguidas. Ya fuese conde, príncipe ó duque, lo cierto es que era un caballero de esmerada educación y curtido en el trato de gentes. Presentó, á modo de credencial, la carta que traía de mi abuelo, é hizo entrega de los pañuelos, cajas, conchas, abanicos, ajedrez y otras manufacturas de China y Filipinas, que en aquellos tiempos llamaban aquí la atención por lo poco vulgares que eran en Europa.

» Nuestro huésped se explicaba bien en castellano, pero con acento marcadamente francés. Solía detenerse á veces por no hallar palabra española que representase su idea, y entonces la aclaraba por medio de un rodeo con galanura y desenfado. Durante el almuerzo habló de mi abuelo y del origen de la buena amistad que con él le unía; de las modas y costumbres de Francia; de viajes; de la catedral de Burgos y de la belleza del campo de Écija: todo esto dicho con gracia, novedad y encanto admirables. No hubo forma de excusar que mi abuela y el capellán le hablasen á gritos, creyendo, como el mayoral de la diligencia, que los extranjeros comprenden el castellano cuando se les pronuncia á voz en cuello.

» La mayor risa de los oyentes con las curiosidades del francés ocurrió al preguntar éste si existían retratos de los *pequeñitos*. Al ver que nadie lo comprendía, se explicó diciendo: *hombres chicos..... infantiles..... párvulos*. Con estos rodeos, entendieron al fin que se trataba de grabados ó láminas que representasen á los afamados salteadores que tanto figuraron en 1817 bajo el nombre de *Los Niños de Écija*, los cuales, aún cuando cantados por los poetas, no tuvieron la gloria de ser reproducidos por la pintura.

» Y la mayor sorpresa de mi abuela fué notar que D. Carlos, en vez de elogiar el hermoso vestido y rostrillo de la Virgen que teníamos en la capilla, los ramos de flores de concha y cera que la adornaban, y las antiguas bandejas de plata en que sirvieron el almuerzo, se encantó con los clavos y aldabas de la puerta de la calle, con los azulejos de la escalera, con los capiteles de las columnas y con unas espuelas viejas y mohosas que mis tíos, casi avergonzados, le regalaron al notar los elogios que les prodigaba.

» Viendo que el tiempo trascurría y que las perlas no se daban á luz, contestó D. Carlos á la alusión que se le hizo:

»— ¡ Oh, sí!..... los ladrones son la causa: ¡ un robo en cosa de valor es gran pena!

» ¿ Habrían robado la joya? Toda la familia quedó perpleja y atribulada al escuchar las palabras del francés.

» En aquel acto se oyó la voz estentórea del mayoral, que decía:

»— Señor don Carlos, al coche; vamos al coche, que es tarde.

»— Vamos, vamos — replicó el interpelado: — espere usted un momento, que voy á despedirme de estos señores.

Y abriendo el saco de noche tomó una caja cilíndrica de cartón, y dijo:

»— Aquí viene la joya de perlas, que, por ser de tanto valor, no he querido separarla de mi vista ni de mi mano. Por temor á ladrones la he colocado de cierta manera artificiosa.

» Con la soltura de un jugador de manos sacó del forro de cartón un cuñete de..... ¡¡¡ ACEITUNAS SEVILLANAS!!!..... y arrojándole con ligereza la tapa volcó en un plato y derramó por mesa y suelo toda la fruta que contenía, que por

cierto era gorda, brillante, fresca y hermosa. Mezclada con ella venía el alfiler, dentro de un estuche de terciopelo azul. Don Carlos lo abrió, y con la mayor finura se lo presentó á mi abuela.

» Ésta se hallaba pálida, trémula, acongojada y con los brazos rígidos, en ademán de impedir con las palmas de las manos la aproximación del peligro. Mi madre, colocada delante de ella, pretendía resguardarla y defenderla. Los tíos y los criados se encontraban atónitos, suspensos, abobados y mudos de terror. El capellán, con las manos cruzadas y los ojos elevados al cielo, pedía mentalmente socorro á la Virgen, á Santa Florentina y á toda la corte celestial. Tres ó cuatro lebreles que llegaron á la puerta del comedor ladraban desaforadamente.

» Nuestro frances, mirando con gran atención, curiosidad y sorpresa aquel grupo, andando muy despacio hácia atrás, balbuciendo perdones y cumplimientos, tomó la puerta acompañado del mayoral, que ya había recogido los bultos de equipaje.

» Creo que ni la palabra ni la pluma pueden dar idea de la escena que describo. Alguna vez trataré de que me la traslade al lienzo un buen artista.

.....

» Cuando la abuela se serenó un poco, y los criados recogieron las aceitunas y su vasija con intención de arrojarlo todo á veinte leguas de la casa, notaron que el barrillito era de rica porcelana, y la fruta, exquisitos dulces de los que llaman en Francia *Olives au Kirsch*, y en Inglaterra *Kissing-Comfit*.

» Excuso advertir que nadie se cuidó de acompañar al huésped, ni de darle las gracias, ni de entregarle una hermosa caja de confituras del país que, como fineza, se le había preparado.

### III.

» Á los pocos meses de este suceso llegó mi abuelo de su viaje á Canarias, y al conocer los pormenores de la escena que refiero, exclamó:

» — Todo sea por el amor de Dios: Carlos no es frances; es tan español como nosotros; yo lo que os dije fué que acababa de llegar de Francia. Es necesario que nos perdones á él y á mí. Escucha la carta que me escribió á su llegada á Madrid:

« Mi querido General: Cumplí con la entrega puntual de los encargos que V. me confió, incluso el de pasar por frances, si por frances me tomaban. Creo que la broma fué demasiado pesada para su excelente esposa de V., que es un ángel de bondad y un modelo de finura. Es necesario que V. interceda para que ella y los demás perdonen mi complicidad en la farsa de que V. fué autor y yo simple comediante; pues como dice Pepe Zorrilla,

Harto hará cada nacido  
En responder de lo suyo.

» El regalo que me hicieron de un par de espuelas antiguas es inapreciable. Debieron pertenecer á algún magnate árabe, según el mérito y riqueza de su labor. Las hice limpiar y dorar á fuego, y aseguro á V. que no tienen parejas en la Armería Real.

» Desea á V. próspero y pronto regreso á España su afectísimo amigo y servidor, q. b. s. m., Carlos.»

### IV.

» Esto rezaba la carta. Mi madre contrajo matrimonio en 1841, y se vino á vivir á la corte. Entre los regalos de boda que le hizo la abuela, se contaba la joya de marras. Al entregársela le dijo: « Hija de mi alma, no me la agradezcas, pues sabes que no puedo verla ni usarla..... ¿Qué quieres?..... Te lo diré, aunque te burles..... Cuando veo ese broche..... me huele á aceitunas.

El abuelo solía repetir: « La única broma pesada que di á mi pobre Leonor fué la del frances. Dicha farsa me convenció de que no era fingida su aversión á las aceitunas.

» Mi madre, conocedora é inteligente como pocas en el teatro, exclamaba: « Siempre que admiro á ese gigante de nuestra escena, á ese rey de nuestros trágicos en *Edipo*, *Don Alvaro*, *Amantes de Teruel*, *Puñal del Godo*, *Zapatero*, *Otelo*, *Hamlet*, *García del Castañar* ó *Pelayo*, siempre veo á través de aquellas figuras algo de la sombra, de la voz, de los movimientos y de las maneras del frances que para nosotras solas representó en el comedor de Écija la trágica comedia de las Perlas y las Aceitunas.»

— Debo advertir á VV. — agregó la Condesa acercando la joya á sus narices — que para mí son inodoras estas perlas, y que mis dos colegiales son famosos comedores de la fruta del olivo. Creo que las tradiciones nobiliarias que arraigaban á la fresca sombra de los mayorazgos se han secado con el caliente sol de la desamortización.

### V.

— Condesa — repliqué yo — me ha tocado V. en la llaga. Lo de ménos es que el caliente sol de la desamortización, como V. dice, haya matado esa clase de tradiciones aristocráticas. Lo malo, terrible y fatal, á mis ojos, es la *desamortización del talento*. Tengo un proyecto social y económico de gran trascendencia, sacado de las mismas entrañas de la filosofía alemana. Cuando llegue á diputado lo presentaré á las Cortes. Trato de que sea lícito amayorazar la habilidad ó el caletre. Con mi plan tendríamos hoy herederos universales de Larra, de Narvaez, de Breton, de Romea, de Balmes, de Hartzenbusch y de tantos y tantos como repartieron sus grandes capitales en pequeñas mandas y legados. Algun día hablaré largo de dicho tema, pues conozco que no es este lugar acomodado para ello.

» Lo que sí quiero decir es que á la historia que V. acaba de referirnos le falta la contera.

— ¿ La contera?..... — exclamó sorprendida la Condesa.

— Sí, señora, la contera; y no se ofenda V., pues entiendo que la omisión proviene de ignorancia y no de malicia. Y así como para nosotros ha sido nuevo lo que V. nos refiere, para V. lo será esto que voy á contarle.

» Á mediados de 1851 nos reuníamos en casa del eminente y sin par CARLOS LATORRE (á quien con tanta justicia enaltecía su madre de V.) unos cuantos amigos de su persona y admiradores de su talento. Casi todos han muerto ya, y los

únicos vivos con quienes puedo atestiguar son los insignes Zorrilla y Miguel de los Santos Alvarez.—Decia el actor «*que el importante estudio de la Naturaleza tiene de difícil que hay que cazarlo al vuelo, y que, á semejanza de la liebre, salta donde ménos se piensa.*» Cuando me alivie un poco, añadia, relataré á VV. lo que me pasó en Écija, hará diez ó doce años, en casa de una rica y distinguida familia de aquella ciudad, á quien visité para llevarle ciertos encargos. Fué un caso de terror y congoja que jamas olvidaré, y cuyos signos exteriores me asombraron. Procuré recoger y recogí todos los detalles, y siempre que en ocasion oportuna los he presentado en la escena, el éxito y los aplausos han venido á galardonar mis esfuerzos de *plagiario* de la Naturaleza. Y por cierto que de aquellas nobles gentes adquirí tambien los soberbios acicates dorados que uso al vestirme de rey D. Pedro.»

Cárlos Latorre se fué al otro mundo sin referirnos el suceso de Écija. Usted, señora Condesa, acaba de subsanar su silencio y de satisfacer una curiosidad que los años tenían arrinconada en mi memoria.

Si algun comediante moderno pudiese reunir y amayorazar las dotes del gran Latorre, subsanaria á su vez la falta de aquel coloso en la escena española.

En esto sonó la música de un rigodon. El ex-ministro lo bailó con la sobrina, y la Condesa dispensó la honra de ser su pareja al

DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra (Medina-Sidonia), y Agosto de 1885 años.



# EL SACRISTAN DE GARÁIZAR.

## NARRACION POPULAR

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

I.

**S** IEMPRE que yo caminaba, valle arriba ó valle abajo, por la carretera paralela al riachuelo sombreado de hayas, castaños, robles y nogales, en vez de absorber mi atención los molinos y las ruinas de ferrerías, como sucede siempre que sigo el curso de algún río ó riachuelo, la absorbía una aldeita medio escondida en la arboleda, allá arriba á mitad de la vertiente de la montaña. Aquella aldeita, que hubiera pasado inadvertida para los que transitaban por el valle, á no ser por las heredades lindamente cultivadas que tenía en sus inmediaciones, y el campanario de su iglesita que sobresalía de la arboleda, y alguna que otra casa que blanqueaba entre ésta, era la de Garáizar.

Tenía yo mucho deseo de trepar á ella, no tanto porque me enamoraba su situación, como por lo mucho y bien que de ella me hablaba el señor cura de Basarte siempre que le visitaba, yendo con algunos amigos aficionados á la caza, que á mí sólo me gusta en el plato y como pretexto para pasear al aire libre y recrearme con los encantos de la Naturaleza virgen, ó poco ménos, del contacto del hombre.

El señor cura de Basarte era natural de Garáizar y tenía un vicio parecido á otro mío, que era el de no encontrar pueblo tan de su gusto como aquel donde había nacido y tenía los recuerdos de la familia y la infancia.

El bello ideal del señor cura de Basarte, que aún era joven, era, como el mío, vivir y morir en su aldea natal.

Iba yo vallecito abajo un hermoso día de la Ascension del Señor, por la mañana, cuando oí tocar á misa en Santa María de Garáizar. Ya la había oído en el pueblo de donde venía, pero había llegado á la iglesia un poco tarde y me remordía un poco la conciencia el haber oído misa incompleta en día tan señalado.

Este remordimiento me sirvió de pretexto para decidirme á subir á Garáizar, oír misa completa y curiosar un poco por la aldea, á ver si el señor cura de Basarte tenía razón para estar tan enamorado de su pueblo como yo del mío, y descender al valle para proseguir mi camino absorbiendo mi atención los molinos y las ruinas de ferrerías.

Hala, hala en mi caballito de San Francisco, que es el más á propósito en Vizcaya para viajeros como yo, que corren más con la cabeza que con los piés, subí á Gará-

izar precisamente cuando sonaba el último toque de misa y todos los vecinos entraban á oírla.

La iglesia era de modesta fábrica, pero sobremanera aseada, y su interior, que examiné desde el coro, donde oí misa, estaba embellecida con las sencillas galas que la fe y el amor encuentran siempre para hermostrar aquello que reverencian y aman, y entre los vecinos, casi en su totalidad reunidos entónces allí, apenas encontré más que modestísimas gentes labradoras; y digo apenas, porque constituían alguna excepcion de ellas un anciano que oía misa en el presbiterio y una anciana que, acompañada de dos jóvenes de su sexo, la oía al pié de la primera grada, cuidando de las luces de la única sepultura que estaba alumbrada con cirios colocados en hachero. Tanto el primero como las segundas vestían el traje usual de la clase media.

Terminada la misa, salí á la plaza, ó sea al campo que rodeaba la iglesia, y me llamó mucho la atención que allí no sucediera lo que por aquí sucede en todas las aldeas despues de misa, que es ponerse á jugar los mozos, ya á la pelota, ya á la barra ó ya á los bolos, en la inmediación del templo, hasta que suenan las doce, ó sea la hora de comer.

Las mujeres se encaminaron á sus casas dispersas en la arboleda y en cuyas chimeneas empezó poco despues á espesar el humo, y los hombres de todas edades se quedaron en el campo formando grupos y charlando por lo comun, segun pude oír, del estado del campo, de sus proyectos agrarios y de sus yuntas de bueyes, pretendiendo cada cual que la suya era la más maja y más valiente de todas.

Cuando me disponía á recorrer la aldea para satisfacer por completo mi curiosidad, que hasta entónces no había quitado del todo la razón al señor cura de Basarte, noté que todos los vecinos echaban mano á boinas y sombreros, y vi que era saludando al señor cura, que salía de la iglesia.

Entónces me encontré con que el señor cura de Garáizar no era otro que el de Basarte.

Apresuráme á salirle al encuentro, le expliqué mi subida á Garáizar, á su vez me explicó su traslación al pueblo natal, donde estaba contentísimo, y como me exigiese que fuera á comer con él, á cuyo efecto me indicó su casa, que estaba casi enfrente de la iglesia, acepté su obsequio y nos separamos, quedando yo en que así que diesen las doce iría á su casa, despues de ocupar el tiempo que faltaba para aquella hora en ver las curiosidades de la aldea, entre ellas una casa con honores de palacio que llamaba mi atención no léjos de la plaza.

Así que vi entrar al señor cura en su casa oí en ésta alboroto y lamentos de volátiles, que supuse eran sacrificados en mis profanas aras.

Entretúveme recorriendo la aldea, entre cuyos edificios, pobres, pero aseados y alegres, sólo había uno capaz de excitar mi curiosidad arqueológica y artística, que era el que desde luégo había llamado mi atención y se designaba con el nombre del *Palacio*, algo aventurado á pesar de su fachada de sillería, su gran escudo de armas, el oratorio que tenía enfrente y el cercado que tenía á la espalda, todo en decadencia material.

Cuando sonaron las doce me encaminé á casa del señor cura, como se encaminaban á las suyas todos los vecinos de la aldea, y poco despues nos sentamos á la mesa el señor cura, una hermana suya viuda con quien vivia, y yo.

La comida fué sabrosa, cordial y alegre, y despues de terminada, el señor cura y yo nos fuimos á dar una vuelta por los alrededores de la aldea hasta que llegase la hora, para él del Rosario y para mí de descender al valle y continuar mi interrumpido camino en busca de un hogar donde el día de la Ascension del Señor algo muy querido mio echaba de ménos mi ausencia más que otros días.

Como al emprender nuestro paseo manifestase yo al señor cura que había llamado y llamaba mi atención el que ni despues de misa ni despues de comer viese á nadie jugar en la aldea, el señor cura me dijo que en Garáizar había tal horror al juego hacía algunos años, que ni áun sin interes alguno queria jugar nadie, temiendo caer al fin en tentacion de jugar con interes y venir á parar en lo que paró el sacristan de Garáizar.

Picó extraordinariamente mi curiosidad esto del sacristan, tanto más, cuanto ya había yo visto en algunas aldeas de aquella comarca á más de una madre de familia reñir á sus hijos cuando los veía jugando al *cotan*, como aquí se llama á lo que en otras partes el *chito* y en nuestras Encartaciones la *tuta*, diciéndoles que así había empezado el sacristan de Garáizar; y como rogase al señor cura que satisficiera aquella curiosidad, me contó la triste historia que á mi modo y como Dios me dé á entender voy á contar tras este pesado introito.

## II.

Bátis ó Bautista, el sacristan de Garáizar, se había criado como quien dice en la iglesia de la aldea, donde á la edad de ocho años ya ayudaba á misa, encendia las luces, tocaba las campanas, barria la iglesia, y en ménos palabras, desempeñaba á las mil maravillas el oficio de monaguillo.

Dice el refran: «si quieres ver á tu hijo pillo, ponle á monaguillo»; pero Bátis desmentia este refran, porque no había en la aldea chico tan juicioso, pundonoroso y sin malicia como él. Desde que tuvo uso de razon sobresalieron entre sus buenas cualidades la piedad y el amor á la Iglesia, como que llevaba esta cualidad hasta el extremo de no atreverse nunca á limpiar el polvo de los santos á zurriagazos, ni á apurar una vinajera, ni á comerse una hostia, ni á limpiar las lágrimas á una vela, ni á apropiarse un ochavo escapado por los rendijas del cepillo de las Ánimas benditas.

En cuanto á juegos, llevaba su escrúpulo al extremo de no querer jugar con los chicos de su edad á más interes que el

de padrenuestros por el último que había muerto en la aldea.

Tan respetuoso era con todos, y particularmente con el señor maestro de escuela, que al jugar al burro, diversion que consiste en saltar los chicos por encima de otro inclinado de medio cuerpo arriba, nunca quiso usar, pareciéndole irrespetuosa, la frase: «buenos días, señor maestro», que dirigen los chicos al que hace de burro, al ir á saltar por encima de él.

Lo único que pudiera haber dado ocasion á que se le tuviera por pillo era lo que pasaba con él en los juegos de inteligencia y destreza propios de los muchachos, porque fuera el juego que fuese, rara vez dejaba Bátis de ganar, lo que generalmente se atribuía, no á pillería suya, sino á gracia que Dios le había dado para eso.

Le empezaba ya á apuntar el bozo é iba echando aquella voz como de gallina clueca que caracteriza el tránsito de la niñez á la adolescencia, y el pobre Bátis experimentó un terrible pesar, y fué que así el señor cura como el sacristan, este último viejecito y que le quería como á hijo, le dijeron que con mucho sentimiento de ambos no servía ya para monaguillo, porque estaba feo que hiciese de tal un zagalon como él iba siendo, en vez de un niño que en lo físico y en lo moral representase la inocencia.

Esta era, al parecer, la única causa del pesar de Bátis; pero había también otra que sólo Dios y él sabían, y era que Bátis quería mucho á una chica del sacristan, casi de su edad, y rubia y sonrosada, de la que podía cantar:

No toda esperanza es verde  
Como la gente asegura,  
Que yo tengo una esperanza  
Y es sonrosadita y rubia.

Porque como la chica del sacristan también le quería á él mucho, no era aventurado que el pobre Bátis tuviese una esperanza de aquel color.

Se habían criado casi juntos y viéndose casi á todas horas hasta en las faenas de la iglesia, en muchas de las cuales le acompañaba la chica del sacristan, y Bátis temía, con razon, que una vez enoxerado del monaguillazgo, el trato de ambos se hiciese raro, y algun otro mozuelo concibiese también alguna esperanza sonrosadita y rubia como la suya.

La vispera del día en que Bátis debía ser reemplazado por otro monaguillo, el pobre Bátis estaba barriendo la iglesia, y en verdad que había hecho mal en regarla con agua para que no se levantase polvo, porque ¿qué mejor riego que las lágrimas que caían de sus ojos?

Cuando Bátis estaba en esto, Rosa, que así se llamaba la chica del sacristan, entró en la iglesia á llevar en un canastillo unos paños de altar que ella había lavado y planchado con mil primores, porque era alhaja para estas cosas y para todo.

También la pobre chica tenía llenos de lágrimas, por más que procuraba ocultarlas, aquellos ojitos de gloria que Dios le había dado.

— ¡Con que mañana te marchas, Bátis! — preguntó á éste en la sacristía con la vocecita medio ahogada por un sollozo.

— ¡Sí, Rosita! — contestó Bátis del mismo modo.

— ¿Y qué vas á hacer luégo?

— ¡Tendré que irme á ganar la vida sabe Dios dónde!

Rosa y Bátis se asieron de la mano llorando, y sin saber lo que hacían y como para pedir á la Virgen que los ampa-



rarse, salieron á la iglesia y se arrodillaron en las gradas del altar mayor, y allí estuvieron así un rato, llorando y mirando con ánsia á la Madre de Dios, pidiéndole no sé qué, pues ni áun movían los labios.

Pero hé aquí que aquella misma noche el sacristan se muere, y de la noche para la mañana Bátis se encuentra con el ascenso inmediato en vez de encontrarse cesante, porque todo Garáizar, empezando por el señor cura, estuvieron acordados en que Bátis era como pintado para suceder al difunto en el sacristanazgo, que de buenas ganas hubiera renunciado Bátis porque el difunto resucitára.

No era cosa mayor lo que el sacristanazgo producía; pero, así y todo, era buena base para mañana ú otro día casarse y sostener decentemente á la familia, como el difunto había sostenido á la suya.

Yo soy de opinion que el hombre hasta los veinticinco años no debe empezar á ojear muchachas para escoger una buena con quien casarse, y áun llevo esta opinion hasta pensar que el ojo se puede prolongar sin violencia hasta los treinta; pero váyales usted con estas filosofías á los chicos de dieciséis á veinte, que para cuando han llegado á esta última edad no pueden ya con los tomazos de novela que han compuesto!

Bátis era huérfano; huérfana era también ya Rosita, los dos eran grandes novelistas, y de esto y de lo otro y de lo de más allá resultó que se casaron ántes de cumplir Bátis los veinte años y Rosita los dieciocho.

Estaban los dos tan enamorados, que hubieran hecho lo mismo aunque para ello no hubiesen tenido más razon que la de «contigo pan y cebolla»; pero la verdad es que además de esta razon tenían la de ser los dos muy laboriosos y económicos y contar, no sólo con los rendimientos del sacristanazgo, sino también con los de una haciendita que habían manejado los padres de Rosa y en la que á éstos había sucedido la nueva parejita.

Esta parejita era muy del gusto de los amos de la casa y la hacienda, que eran los Señores, como por antonomasia se llamaba en Garáizar á los de Palacio. Y en prueba de que la parejita era muy del gusto de los Señores, añadiré que éstos fueron padrinos del primer fruto de bendición que tuvieron sus inquilinos los sacristanes, que fué una chica sonrosadita y rubia como su madre.

### III.

Hacia ya muchos años que Bátis y Rosa se habían casado, como que la chica mayor estaba ya tan espigada que bebía los vientos por ella un guapo chico de Garayalde, hijo único de los caseros más ricos y estimados de aquellos contornos.

Familia más feliz que la del sacristan de Garáizar no podía haberla en el mundo con ser mundo, aunque, sin ir más léjos, en Garáizar mismo las había más ricas.

Es verdad que nada sobraba en casa del sacristan, pero tampoco faltaba nada. El amor, la economía bien entendida y el buen gobierno convertían aquella casa en paraíso.

Esto en cuanto á la familia del sacristan en general; en cuanto al sacristan en particular, preciso es decir que le faltaba algo para ser completamente feliz, y este algo era el no tener siquiera esperanzas de ver salir á la iglesia de Garáizar de la pobreza en que yacía.

Apénas pasaba semana sin que á Garáizar llegase noticia de que en alguna iglesia de la comarca se había hecho ó se iba á hacer alguna obra de embellecimiento á expensas de los feligreses ó de algun piadoso bienhechor, y entónces Bátis pensaba más que nunca en las necesidades de la que llamaba su iglesia, y exageraba estas necesidades y le faltaba poco para llorarlas.

La iglesia de Garáizar era para él como quien dice su casa natal, y al amor que le inspiraba en este concepto se unía el que le inspiraba en el concepto de casa de Dios.

«Quien bien te quiere te hará llorar», dice el refrán, y ésta es una verdad como un templo, ya que de templo hablamos. Cuando yo era pequeñito tenía que andar siempre escapando de un vecino nuestro que, á pesar de ser el que más me quería, me hacía llorar siempre que me echaba mano frotándome la carita con su caraza, que tenía unas barbas como cerdas de jabalí.

Bien querían á Bátis todos sus vecinos, pero áun así le daban con frecuencia ratos muy pícaros con noticias por el estilo de éstas:

— Bátis, ¿no sabes que un indiano ha regalado á la iglesia de Munondo una Virgen, que más hermosa no la hay en todas las iglesias de Vizcaya?

— Bátis, no le vendría mal á la iglesia de Garáizar que la pusieran tan maja como han puesto á la suya por dentro y por fuera los de Elejazuri pintándola y blanqueándola.

— Bátis, á ver si encuentras algun rico que quiera ganar el cielo gastándose unas cuantas onzas de oro, cambiando ese cencerro que tenemos en el campanario por una campana tan sonora como la que ha regalado otro rico á la iglesia de Ibaralde.

— Bátis, te quedabas bizco con el resplandor del oro y la seda si á la Virgen de Garáizar le regaláran un manto como el que ha regalado á la de Bolínaga una devota.

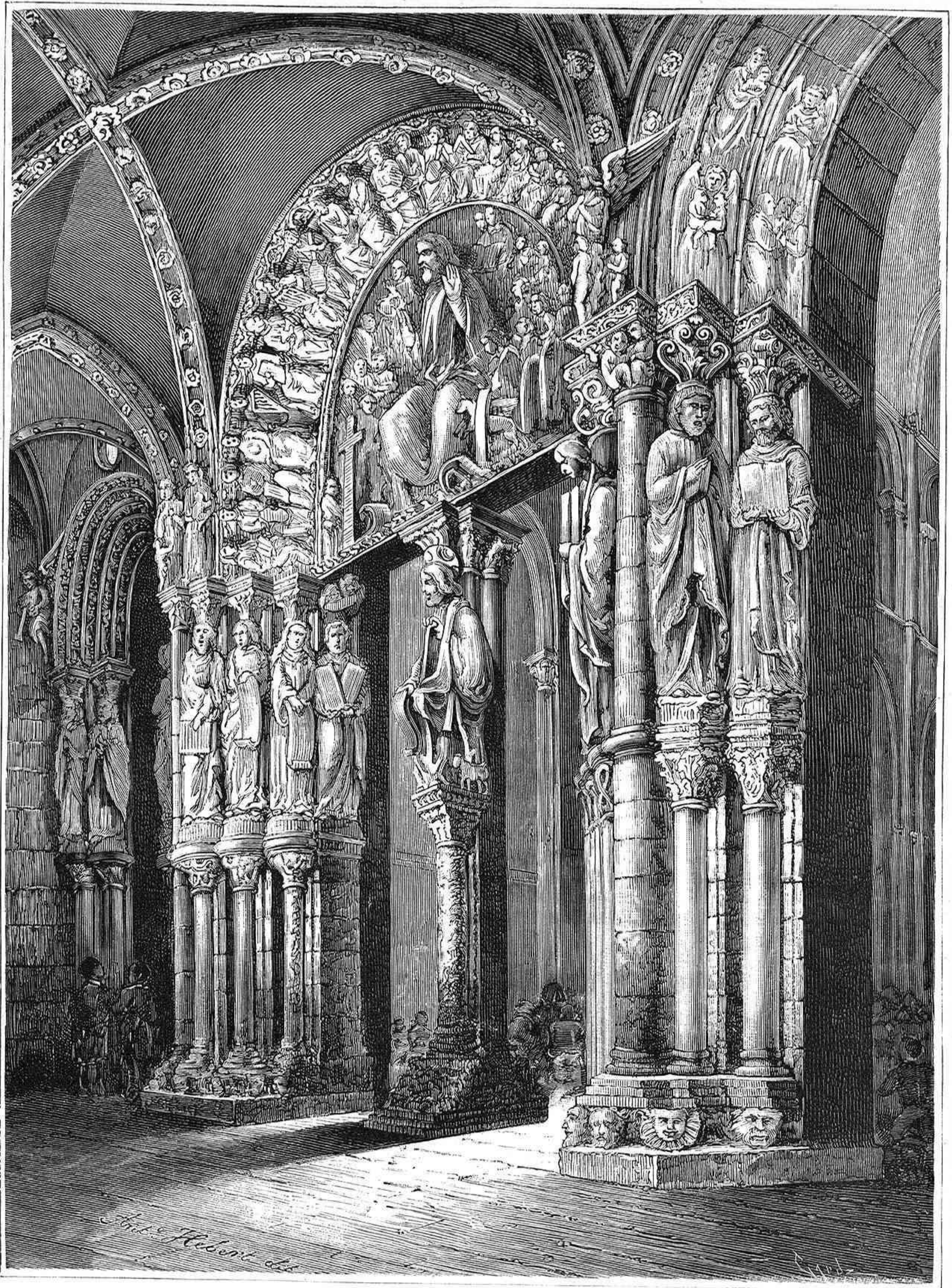
— Bátis, el mate que los de Garáizar dábamos á los de Olachueta diciéndoles que su iglesia parecía una ferrería vieja, nos le darán ellos á nosotros, pues se va á hacer nueva la de Olachueta con el dinero que para eso ha dejado uno de allí, que ha muerto en Buenos-Aires.

Estas noticias desesperaban al pobre Bátis, á pesar de su religiosidad y su propension á alegrarse del bien ajeno, porque sobre esta religiosidad y esta propension estaba el santo dolor de que la iglesia de Garáizar no tuviese favorecedores como los tenían casi todas las de la comarca.

Y ciertamente la iglesia de Garáizar necesitaba estos favorecedores, porque desde que el Palacio no producía generales, ni obispos, ni consejeros de Castilla, nadie le regalaba ternos, ni alhajas de plata y oro, y los primeros los había devorado el tiempo, y las segundas las había derretido el españolismo de Vizcaya para defender á la patria de las invasiones extranjeras de últimos del siglo pasado y principios del presente.

### IV.

Los señores del Palacio eran muy religiosos y desprendidos, pero necesitaban para vivir con tal cual desahogo y con el decoro propio de su clase las rentas de media docena de caserías, un par de molinos y algunos otros bienes de que eran dueños.



PUERTA DE LA GLORIA EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO (GALICIA). — Dibujo de Antonio Hebert.

Su casa era en otro tiempo rica, pero habia venido muy á ménos desde que habian dejado de labrar y se habian arruinado, orilla del rio que descendia por el valle próximo, dos ferrerías de que eran dueños y explotaban por sí mismos, y desde que el montazgo, de que su casa era rica, habia perdido gran parte de su valor, por efecto de la depreciación de los carbones, que habia sido consecuencia de no quedar apenas ninguna de las ciento cincuenta ferrerías que habia en Vizcaya á fines del siglo pasado, supliéndolas las grandes fábricas, que casi sólo consumen carbon mineral. Aun los molinos adjuntos á las ferrerías y sobrevivientes á éstas habian ido mermando su producto con motivo del establecimiento de las que se denominan fábricas de harinas.

Aquella casa era de las más antiguas y calificadas de Vizcaya, y de ella habian salido un general, un consejero de Castilla y un obispo de Nueva España, cuyos retratos se conservaban con gran veneración, en compañía de otros, los primeros en la sala principal y el último en la capilla ú oratorio de la Piedad que subsistia enfrente del Palacio, y era fundación de su ilustrísima.

El Sr. D. José Ignacio de Garáizar y la señora doña María Josefa de Garaizalde, su esposa, eran personas bondadosísimas, y no lo eran ménos sus dos hijos, que á la sazón estudiaban en las universidades de Salamanca y Madrid, y sus dos hijas, solteras.

Todas las noches despues de anoecer en el Palacio habia tertulia, compuesta, ademas de los Señores, como por antonomasia se llamaba á los de la casa, del señor cura, el cirujano, el maestro de escuela, el sacristan y alguno que otro vecino y aún vecinas de las más aseñoreadas, si bien éstas con las de la casa formaban tertulia aparte, charlando y haciendo cada cual su labor, miéntras los del otro sexo jugaban al mus, á cuyo juego era muy aficionado el Sr. D. José Ignacio.

Felizmente para éste y sus compañeros, muchas noches Bátis no tomaba parte en el juego porque estaba de mal humor por haberle hecho pensar en la pobreza y desgracia de la iglesia de Garáizar alguna noticia recibida aquel día de donativos ó mejoras realizadas ó proyectadas en alguna otra iglesia de la comarca.

Y digo que felizmente para los jugadores el sacristan no tomaba parte en el juego muchas noches, porque Bátis ganaba casi siempre que la tomaba. Su suerte para el juego continuaba siendo tan maravillosa como cuando jugaba al *cotan* en el pórtico de la iglesia; y digo su suerte y no su habilidad, porque no cabe la suposición de habilidad en hombres tan candorosos y cortos de entendimiento como era el buen sacristan de Garáizar.

Aunque en el juego apenas se arriesgaba más que el amor propio, pues cada jugada era de ochavo por barba, el señor D. José Ignacio, que presumia de buen jugador, no podia sufrir con paciencia, á pesar de ser mucha la suya, la suerte de Bátis; pero como su bondad y su afecto á Bátis superaban á su deseo de salir ganancioso en el juego, pasaba un mal rato cada noche que el sacristan iba á la tertulia y sin ganas de jugar.

—¿Qué es eso, Bátis? ¿Vienes tambien de murria esta noche?—preguntaba al sacristan.

—¡No he de venir, señor amo, con lo que le pasa á nuestra pobre iglesia!—contestaba Bátis.

—¿Pues qué le pasa, hombre?

—Que á la de Ibarbeitia le van á poner pararrayos en la torre á pesar de que no los necesita por estar en una hondonada, al paso que á la de Garáizar, que los necesita más que ninguna, por estar muy en alto y tener una torre que llega al cielo, todos parecen decirle «¿á ver como no te parte un rayo?»

—Hombre, eso es sentir el bien ajeno, y tal sentimiento no está bien en nadie, y mucho ménos en hombres de Iglesia y buenos cristianos como tú.

—Pero, señor amo, yo no me entristezco por el bien ajeno.

—Pues si no, ¿por qué te entristeces?

—Me entristezco por el mal propio.

Temeroso D. José Ignacio de distraerse del juego y perder con esta disputa, ponía término á ella; y para no pensar en las penas de Bátis, aunque tuviera cartas pésimas, echaba un órdago que temblaba la casa.

## V.

Una noche las de la tertulia femenina, y particularmente la Sra. D.<sup>a</sup> María Josefa, habian tentado la paciencia del Sr. D. José Ignacio, echándole en cara que, á pesar de sus ínfulas de gran jugador, sólo ganaba cuando Bátis no tomaba parte en el juego, y augurándole que aquella misma noche le habia de suceder lo que sucedia siempre que Bátis jugaba.

Don José Ignacio se propuso echar el resto de su habilidad en el juego, para desmentir el augurio, y á su vez tentar la paciencia á las mujeres.

En efecto, se devanó los sesos por ganar la partida; pero, segun costumbre, la ganó Bátis.

—Hombre—exclamó el Sr. D. José Ignacio, entre despechado y alegre por ocurrírsele una gran idea—tú, Bátis, eres pobre porque te dá la gana, y pasas la pena negra viendo la pobreza de la iglesia porque te da la gana tambien.

—¿Qué es lo que V. dice, señor amo?

—No digo más que la verdad. Si fueras á una de esas casas de juego que dicen hay hasta en Bilbao y te pusieras á jugar, con la bárbara suerte que tienes en el juego dejabas sin un cuarto á los viciosos que allí se reunen para derrochar capitales que casi siempre han ganado á gentes más honradas que ellos.

—¡Dios me libre, señor y amo, y nos libre á todos de entrar en esas casas de perdición! Malo es que uno no pueda reunir en toda su vida siquiera una onza de oro para emplearla en una obra santa como la de dar siquiera un blanqueo interior á nuestra pobre iglesia, que tanto lo necesita; pero mil veces peor sería que la reuniese y cayese en la tentación de ir con ella á casas donde, aunque se gane el oro y el moro, se pierde el alma, que vale más que todo el oro del mundo.

—Tienes razon, hombre—asintió D. José Ignacio y asintieron tambien el señor cura y los demas tertulianos, mudando todos de conversacion.

Aquella noche, así D. José Ignacio como Bátis anduvieron dando vueltas y más vueltas en su imaginación, lo mismo dormidos que despiertos, á la ocurrencia del primero.

Llegada la noche siguiente, á D. José Ignacio volvieron á quemarle la sangre, áun más que la noche anterior, su mujer y las demas de la tertulia, diciéndole que á pesar de tenerse por un gran musista, aquella noche, como la anterior y todas las que en lo sucesivo jugase con Bátis, saldria con las manos en la cabeza. Don José Ignacio se propuso hacer el supremo esfuerzo para desmentir el pronóstico; pero, á pesar de todos sus esfuerzos, léjos de desmentirle, le confirmó, siendo tambien derrotado por el sacristan.

— Bátis — exclamó D. José Ignacio — repito lo que dije anoche; que á tí te ha dado Dios gracia especial para el juego, y es lástima que no la utilices en favor de nuestra querida y pobre iglesia. Hombre, precisamente hoy me ha traído el inquilino de Aldaosilla cincuenta ducados que me debia de rentas atrasadas, y yo consideraba perdidos, como hubiera sucedido á no haberle enviado por primera vez unas cuantas onzas de oro el chico que años atras mandó á América. Los tomas, te vas á Bilbao con ellos, y con la suerte que Dios te ha dado para el juego, dejas sin un cuarto á todos los bribones que allí se reunen para tirar de la oreja á Jorge, vuelves con un dineral y le gastas hasta el último ochavo en poner nuestra iglesita de modo que sea la envidia de toda la comarca.

— Por Dios, señor amo, no diga V. eso, que, como dijo el otro, lo mal ganado, lo lleva el diablo.

— ¿Cómo que mal ganado? ¿Mal ganado lo que se gana para darle el santo destino que tú le has de dar, en lugar del que le dan aquellos perdidos, que es el de volverlo á perder en el juego ó en vicios peores aún?

— Eso tambien es verdad, señor amo; pero.....

— No hay pero que valga, hombre. Siento que esta noche no haya venido el señor cura á la tertulia; que si hubiera venido, de seguro me hubiera dado la razon.

— Pues bien, señor amo, le consultaremos mañana, y si lo aprueba.....

— Si lo aprueba, haz cuenta que ya tenemos nuestra pobre iglesita convertida en una catedral. Pero me ocurre una cosa, y es que no debemos decir nada de esto al señor cura, ni áun se lo debes decir á Rosa.

— ¿Y por qué no, señor amo?

— Hombre, no sé cómo explicarlo, pero puede que lo consiga diciéndote lo que me sucedia á mí cuando mis hijos eran chiquitos. Jugaban ahí fuera con otros chicos de su edad, algun chico les pegaba, y yo que lo veia desde el balcon, si no creia prudente decirles que cascasen las liendres al que les habia pegado, me alegraba cuando se las cascaban.

— Ya le entiendo á V., señor amo.

— Probablemente el dinero que ganes á los jugadores lo habrán ganado ellos jugando con trampas, que es tanto como haberlo robado; y como dice el refran, el que roba á un ladron tiene cien dias de perdon.

— Todo eso, señor amo, no me acaba de convencer de que un hombre como Dios manda no peca metiéndose á jugador, porque yo he oido decir que los jugadores se envician de tal modo en el juego, que para satisfacer el vicio venden aunque sean los clavos de su casa, y roban aunque sea el cepillo de las ánimas benditas.....

— Eso lo hacen los jugadores sin Dios ni ley, pero no hay peligro de que lo hagan los hombres como tú.

— En eso tiene V. razon, señor amo. En fin, si V. se empeña en que he de jugar, jugaré tranquilizando mi conciencia con pensar que lo que V. me aconseja no puede ser malo, aunque á mí me lo parezca por ser un pobre bolonio.

— Pues no hablemos más del asunto. Toma los cincuenta ducados, y mañana te vas á Bilbao con cualquier pretexto, por ejemplo, con el de que vas por mandato mio, y vuelves trayéndolos convertidos, aunque no sea más que en cincuenta mil reales, que con eso ya se puede poner la iglesita como nueva.

— ¡Vaya si se puede! — exclamó Bátis tomando los cincuenta ducados en veintisiete duros y medio, y chispeándole los ojos de esperanza y alegría.

## VI.

Rosa esperaba ya á Bátis con la cena.

Rezaron todos el Rosario, se sentaron á la mesa despues de bendecirla Bátis, y se pusieron á cenar con caras de pas-cua padre é hijos, porque en aquella casa no se conocian otras caras.

— Mañana si Dios quiere — dijo Bátis — despues de ayudar á misa y pedir permiso para el viaje al señor cura, que esta noche no ha asistido á la tertulia — iré á Bilbao á hacer unos encarguillos de los amos. Ya me darás tú, Rosa, algunos cuartos para el viaje, que aunque llevo aquí dinero á cuenta, es de los amos y no mio.

— Pero, hijo — exclamó Rosa — ¿para decir eso te pones colorado? Te daré aunque sea todo el poco dinero que hay en casa, que no es justo que echés mano de lo que no es tuyo ni que carezcas de lo que te haga falta. Santo y muy bueno que no se desperdicie; pero no lo es ménos que habiéndolo no carezca de lo necesario un hombre como tú, que aunque á una le esté mal en decirlo, no tiene pero en saberlo ganar honradamente.

La mañana siguiente hubo en casa de Bátis el primer disgusto que habia habido entre Bátis y su mujer desde que se casaron.

Bátis, que durante toda la noche apénas habia dormido, inquieto con el remordimiento de haber guardado por primera vez de su vida un secreto á su mujer, concluyó al volver de la iglesia por revelar su secreto á Rosa; ésta se escandalizó de que su marido hubiese consentido en poner los piés en una casa de juego, y sobre todo en jugar en semejante casa, y rogó á su marido hasta de rodillas que devolviese al amo los cincuenta ducados y esperase sólo de Dios y no del vicio la restauracion de la iglesia.

Bátis procuró meter en el entendimiento de Rosa las razones que el Sr. D. José Ignacio habia metido en el suyo, y no consiguiéndolo, ni atreviéndose á confesar al amo que habia contravenido á su encargo de no decir ni áun á Rosa á lo que iba, emprendió su viaje á Bilbao casi tan desconsolado como dejaba á Rosa.

En el camino se tranquilizó algun tanto, concibiendo el firme propósito de jugar sólo un duro para probar si era del agrado de Dios el que jugase, y si le perdía no jugar más, entendiendo que no lo era.

Cuando llegó á Bilbao, como era tan piadoso, lo primero que hizo fué visitar las iglesias, y al verlas tan hermosas y

ricas de ornamentos, de imágenes y de todo, se consoló y animó con la esperanza de ver así á la iglesia de su aldea, que ya he dicho amaba en el doble concepto de ser verdadera casa de Dios y casi su verdadera casa natal.

Una gran dificultad se le ofrecía, y era la de averiguar dónde había alguna de las casas de juego de que hablaba el amo, sin poder precisar en qué sitio de Bilbao estaban.

Como viese venir hácia él un señor cura, pensó que nadie mejor que un sacerdote podría darle razon de lo que buscaba, y le preguntó:

— Señor cura, ¿ podrá V. decirme dónde hay una buena casa de juego?

Aunque Bátis hizo esta pregunta en castellano, la concibió en vascuence, en cuya lengua el calificativo de *buena* no significaba lo que en castellano, y sí sólo una casa de juego en que no se reuniera gente mala.

El señor cura, por única contestacion, le miró con más lástima que desprecio, creyendo que se burlaba irrespetuosamente de él, y continuó su camino, lo que atribuyó Bátis á razones análogas á las que D. José Ignacio había previsto en el señor cura de Garáizar para desaprobár la ida á la casa de juego en el caso de consultarle sobre ello.

Un hombre que también pasaba á la sazón y había oído la pregunta, suplió el silencio del señor cura, brindándose á acompañarle á una buena casa de juego, á donde dijo asistir él y ganar mucho dinero.

En la casa á donde fué conducido Bátis se jugaba á la banca. Este juego viene á ser lo siguiente, que á Dios gracias sólo sé por informes de la Academia de la lengua castellana, que debe tener más picardías que yo, y á la que no llamo de la lengua española, porque la Academia no sabe más que una y en España hay varias.

El que lleva el naípe y se llama banquero, pone una cantidad de dinero que se llama banca, y los que juegan contra él ponen sobre las cartas que eligen la cantidad que quieren. El banquero las va echando una á una á derecha é izquierda, tomándolas de la parte superior de la baraja. Las cartas que caen á la derecha las gana el banquero, y las que caen á la izquierda, los que apuntan. Es muy posible que esta explicacion dé testimonio de que, en efecto, sólo conozco de oídas el juego de banca, á pesar de haberse descrismado la Academia por enseñármele.

Bátis puso un duro á una carta, esperó con ansiedad y le perdió con tanta sorpresa como dolor, porque aquella pérdida significaba no tanto la de un duro, como otras cosas mucho peores: que Dios no aprobaba que jugase, á pesar de la santa intencion con que lo hacía; que su suerte hasta en el juego de azar no era poco menos que infalible, como todos en Garáizar y aún él mismo pensaban, y sobre todo, que habían volado sus esperanzas de convertir poco menos que en una catedral su pobre y querida iglesia de Santa María de Garáizar.

Iba ya á retirarse poco menos que desesperado, pero dijo para sí:

— ¿ Y se han de quedar estos tunantes con mi duro y yo he de renunciar por completo á la esperanza que tanto el señor amo como yo habíamos concebido?

Así pensando, y siguiendo el ejemplo del que le había acompañado á la casa de juego, que, aunque como él había perdido lo que había puesto, volvía á poner, puso otro duro á otra carta, y también le perdió.

Ciego ya de dolor y de ódio á los que ya le habían llevado dos duros, pensó para sí:

— Léjos de consentir que se rian de mí estos bribones, debo procurar el desquite para ver si consigo reirme yo de ellos.

Y en lugar de poner un duro puso dos, siguiendo el ejemplo del jugador consabido, que también doblaba la puesta.

También perdió los dos duros.

Así pensando y así rabiando, ganando á veces algo y volviendo á perder más de lo que había ganado, concluyó por quedarse no sólo sin los cincuenta ducados del amo, sino también sin el puñado de pesetas que le había dado su mujer.

## VII.

En todas las aficciones de su vida Bátis había buscado y encontrado consuelo en Dios. ¿ Cómo al salir de la casa de juego en la mayor de sus aficciones no le pasó siquiera por el pensamiento la idea de acudir al consolador de los afligidos? ¿ Acaso sería porque al entrar en aquella casa había empezado á olvidar á Dios, y en ella había concluido por olvidarle del todo!

Vagó largo rato por las calles de la villa, tan abstraído en su deseo de encontrar el desquite, ó hablando con más propiedad, de encontrar la venganza, que, al pasar por delante de algunas iglesias, ni siquiera se acordó de santiguarse, él que tan profundo y sincero hábito tenía hasta de doblar la rodilla ante las casas santas!

Atento casi toda su vida al cumplimiento de su obligacion diaria en la iglesia de su aldea, apenas había salido de ésta, y por tanto, muy pocas veces había estado en Bilbao, donde conocía muy pocas personas.

Fuése á ver á una de ellas, é inventando un embuste, que fué el de que había venido á hacer algunas compras y le había faltado dinero, le pidió prestados cien reales y los obtuvo, prometiendo devolverlos acaso al día siguiente.

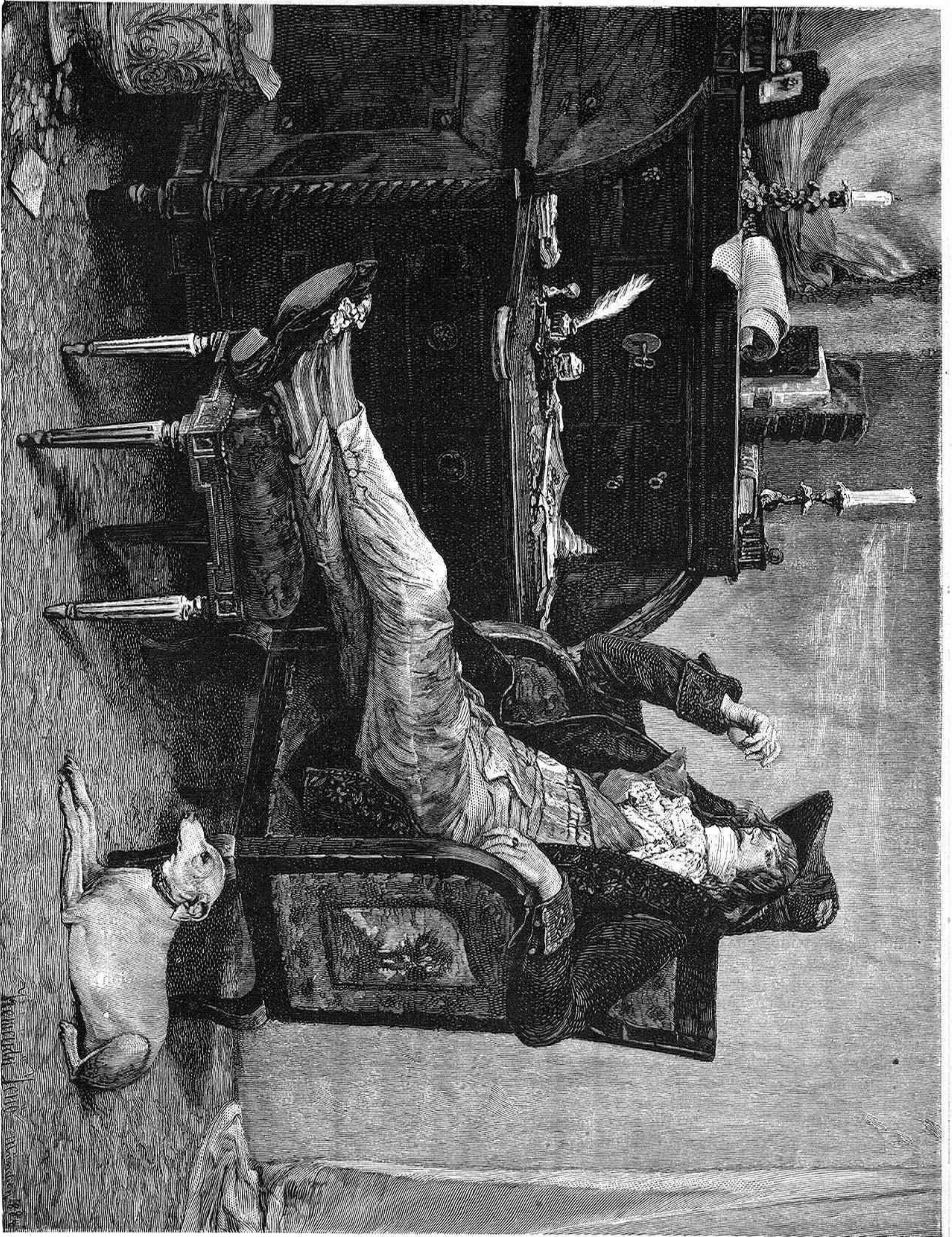
Volvió con ellos á la casa de juego ansioso del desquite, y los perdió también.

Fué á ver á las demás personas que conocía, y á pesar de haberles mentido lo más ingeniosamente que su conturbado entendimiento le permitía, no pudo obtener de ellas préstamo alguno, no porque dudasen de él, pues ya sabían que era hombre honrado, sino porque les pasaba lo que á todos los que vivimos al día, que al sentimiento de no tener unimos la vergüenza de no poder dar.

Y entónces, lleno de rabia y desesperacion, se preguntó: — ¿ Y he de volver á la aldea sin un cuarto, entrampado y sin vengarme de los bribones que me han robado lo mio y lo ajeno?

Tendría gracia para los discretos, si no tuviera vergüenza para la humanidad, á cuyo gremio pertenecía entre los más honrados el sacristan de Garáizar, el llamar bribones á los jugadores el que había venido á Bilbao á jugar y había jugado rabiosamente.

Bátis usaba un reloj de plata muy lindo, que Rosa le había regalado de recién casados, un día de San Juan Bautista, y para cuya compra había hecho prodigios de economía y privaciones personales. Pensó en empeñarle; pero viendo al intentarlo que le daban muy poco, pensó con



«ARRUMADO DE TRABAJO.»—(Cuadro de Kemendy.)

horror en venderle, y al fin le vendió; tomó el puñado de duros que por él le dieron, se fué con ellos á la casa de juego, y cuando casi se iba desquitando de todo lo que habia perdido, creyó que ya que al fin la suerte se habia puesto de su parte debia aprovecharla, siquiera para volver á la aldea con los cincuenta ducados convertidos en cincuenta onzas de oro, con que ya se podria siquiera dar un blanqueo interior á la iglesia y refundir la campana cascada, cuyos ronquidos eran objeto de insoportable burla por parte de las gentes de Garaizalde, y siguió jugando; pero no tardó la suerte en volverle la espalda, y pérdida va, pérdida viene, entreveradas con una que otra ganancia que sólo servia para que perseverara en el juego y aumentara las puestas, el pobre Bátis perdió hasta el último real de lo que le habia valido el reloj, santificado á sus ojos hasta el dia que el juego le habia hecho inepto para apreciar estas santificaciones, no sólo por el recuerdo de que procedia de Rosa, sino hasta por el recuerdo de que sus hijos cuando eran pequeñuelos trocaban su llanto en alegría con el tic-tac del reloj que él les aplicaba al oido, porque, como ha dicho un gran poeta, el amor está lleno de niñerías.

Al emprender el regreso á la aldea, más muerto que vivo, y hasta pasando por su mente la idea de estrellarse en las rocas en que está cimentado el puente de Bolueta, se preguntó cómo iba á tener el valor de decir ni aún á su misma mujer la verdad de lo que le habia pasado en Bilbao, y sobre todo, cómo iba á tener el de decir á Rosa que habia vendido, para jugar su importe, el reloj que ella le habia regalado!

Y como los pecados son como las cerezas, que tras la primera viene una porcion de ellas, tras los pecados que habia cometido en Bilbao vinieron tantos, que su ringlera llegó á Garáizar.

El primero que siguió á los de Bilbao consistió en decir á Rosa y al Sr. D. José Ignacio que unos ladrones le habian salido en Lapurbaso y le habian robado el dinero y el reloj, añadiendo que consistia el dinero en casi todo lo que le habia dado su mujer y en todo lo que le habia dado el amo y no habia querido exponer al juego, temeroso no sólo de perderle, sino tambien de perder el alma, y ademas de perder su dicha, perder la de su mujer y la de sus hijos contrayendo el abominable vicio del juego, que, segun él habia oido decir, era tal, que los que le contraian vendian para alimentarse hasta los clavos de su casa y hasta la honra propia y la ajena.

Como ni Rosa ni D. José Ignacio ni nadie habia tenido hasta entónces el menor motivo para dudar de la veracidad de Bátis, ni por el pensamiento les pasó que no fuera verdad lo que Bátis contaba.

Don José Ignacio se contentó con decir:

— Yo estaba en la firme persuasión de que sólo Dios tenia derecho á los cincuenta ducados; pero por lo visto le tenia el diablo, y ya que tú te habias empeñado en que no se los llevara en la casa de juego, se los llevó en Lapurbaso.

Y en cuanto á Rosa, todo lo que se habian llevado los ladrones, incluso el relojito que ella habia regalado á Bátis, le pareció grano de anís comparado con la desgracia de que habian estado amenazados su marido, ella y sus hijos, de que su marido se metiese á jugador.

Con decir que si desde que Bátis salió para Bilbao no

habia cesado de llorar de dolor, desde que Bátis habia vuelto á Garáizar no cesaba de llorar de alegría, está dicho todo lo que hay que decir de cómo recibió la vuelta y el embuste de Bátis.

## VIII.

No dejaba de llamar la atencion de las gentes de Garáizar, y sobre todo de Rosa, naturalmente más atenta que nadie á cuanto se relacionaba con su marido, el que éste con mucha frecuencia fuese á Bilbao, con un pretexto ó con otro, á pesar de haber vuelto renegando cuando lo del robo de Lapurbaso.

Hasta en la tertulia de casa de los Señores se empezó á dar matraca á Bátis á cuenta de aquellos viajes, suponiendo maliciosamente que Rosa era muy tonta en no inquietarse por ellos, pues sabia que las muchachas de Bilbao con cuatro trapitos son capaces de hacer un lazo con que prender y sujetar al hombre más arisco y fuerte.

La verdad era que Rosa, aunque como mujer prudente y tan cuidadosa de la honra y fama de su marido como de las suyas propias, aparentaba no inquietarse lo más mínimo por los viajes de su marido, no estaba tranquila con estos viajes y con otras cosas que en Bátis ó con relacion á Bátis observaba.

Ya por primera vez desde que se casaron habia visto llegar á su puerta personas de la aldea ó de las inmediatas, y aún de Bilbao, reclamando á Bátis la satisfaccion de deudas de que ella no tenia noticia ni por su marido le eran explicadas satisfactoriamente.

Por otra parte, Bátis, que siempre habia dormido como un bienaventurado que era, y siempre habia estado alegre como un tamboril, y sano como una manzana, y nunca habia tenido una mala palabra para su mujer ni para sus hijos, ni para nadie, dormia intranquilo, se desmejoraba, tenia frecuentes ratos de mal humor, y con frecuencia trataba con despego é injusticia á su mujer, á sus hijos y aún á sus vecinos.

Más todavía y más incomprensible para la pobre Rosa: ésta empezó á notar de vez en cuando falta de algun dinero en el escondite, sólo conocido de Bátis y ella, donde guardaban sus ahorros, y falta de algunas prendas de ropa de cama y de vestir en el armario donde la tenian, y, lo que no era ménos extraño, estas faltas se extendian, cada vez ménos indudables y en mayor proporcion, á los arcones donde guardaban el trigo, y el maíz, y la alubia de su cosechita, y hasta á la despensa donde colgaban el tocino, y los chorizos, y las longanizas del hermoso cerdo que criaban y mataban en casa todos los inviernos.

Ni por la imaginacion le habia pasado á Rosa que pudieran tener parte su marido ni sus hijos en aquellas faltas; pero una vez que se quejaba de ellas á Bátis, notó que éste primero se puso colorado y luego se esforzó, como habia hecho otras veces, en persuadirla de que no habia tales faltas ni tales calabazas, llevando por primera vez este esfuerzo hasta maltratarla de palabra y amenazarla con maltratarla de obra.

Así fué pasando algun tiempo sin que Bátis dejase de menudear sus viajes á Bilbao, teniendo cada vez más quejoso al señor cura del modo con que desempeñaba el sacristanaz-

go, sospechando cada vez más sus vecinos, incluso los amos, que hubiese dejado de ser lo honrado y religioso que siempre había sido, y convirtiendo cada vez en más insoponible infierno la casa que por tanto tiempo había contribuido á convertir en paraíso.

Como el chico de Garaizalde iba con frecuencia á Garáizar para hablar con su novia, impaciente por casarse con ésta, lo que no se había verificado ya por haber riguroso luto en la familia del mismo chico, no pudo ménos de enterarse de lo que pasaba en casa de su novia y de las prevenções que contra el sacristan se iban concibiendo en Garáizar.

Ya no tardó en hacerse público y notorio que Bátis estaba lleno de deudas, como que multitud de acreedores de Bilbao y de otras partes le pusieron por justicia y le embargaron cuanto tenía, y hasta estuvo á punto de ir á la cárcel por estafa, que al fin no se le pudo probar.

El señor cura, fuese por vanas imaginaciones nacidas de la prevencion general de que Bátis había llegado á ser objeto, ó fuese por causas reales y no imaginarias, no se vió exento de las precauciones de todos sus feligreses contra el sacristan, á pesar de su natural inclinacion á pensar bien de todos, y más que de todos, de Bátis; parecíale que en el cepillo de las ánimas y en los demas de la iglesia en que ántes se recogian limosmas, relativamente abundantes, pues los fieles de Garáizar eran muy dados á ejercer la devocion en esta forma de limosnas, se recogian ménos que ántes.

Un dia pasó por Garáizar uno de esos industriales ambulantes que van por las aldeas voceando:

—¿ Hay oro ó plata vieja que vender?

Al señor cura le ocurrió la idea de aprovechar aquella ocasion para enajenar un poco de plata vieja de un incensario y un par de candeleros rotos y antiguos que se conservaba bajo llave en un cajon de la sacristia, y ni él ni ninguno de sus predecesores habían querido vender, con la esperanza de poder componer incensario y candeleros y devolverlos al servicio, que verdaderamente los necesitaba, particularmente el incensario, suplido con otro de azófar en no buen estado.

Quería el señor cura ver si con su importe se podia dar un blanqueo interior á la iglesia, que no podia seguir por más tiempo sin esta mejora, por cuanto el señor obispo en su última visita pastoral la había ordenado, con la amenaza de prohibir el culto en templo tan indecente, si no se ocurría á aquella necesidad.

Abrió el señor cura el susodicho cajon, donde precisamente al siguiente dia de ser robado Bátis en Lapurbaso había visto por sus propios ojos la plata con motivo de querer cerciorarse de si el cajon estaba bien cerrado, para el caso de que los ladrones de Lapurbaso asaltasen la iglesia de Garáizar.

Su sorpresa y su dolor fueron indecibles al encontrarse con que la plata había desaparecido á pesar de estar cerrado el cajon.

Preguntó al sacristan, y como notase que éste se ponía colorado y tembloroso y no daba respuesta satisfactoria á sus preguntas, y hasta pretendía que en tiempo del señor cura anterior se había vendido la plata vieja, no vaciló ya en dar parte á la justicia del robo sacrilego, si bien se abstuvo de designar á nadie como culpable.

La justicia se metió en averiguaciones, recayeron sus sospechas en el sacristan, y éste fué preso, y al fin confesó que él era el autor del robo, disculpándose con que le había cometido por exceso de celo religioso, pues se proponía emplear en la iglesia lo que ganase jugando, y para jugar había robado en la iglesia despues de robar hasta en su propia casa.

Bátis fué condenado á presidio por toda su vida; su mujer murió poco despues de vergüenza y de dolor; el chico de Garaizalde no quiso ni le hubiera permitido su honrada familia casar con la hija de un presidiario; la hija de Bátis, huérfana, despreciada y hermosa, se vino á Bilbao, á pesar de que sus padrinos, los Señores, hicieron lo que pudieron por salvarla, y aquí se perdió para la tierra y el cielo, y su hermano, también huérfano y falto de quien le sujetase y educase, anduvo viviendo de la caridad y la rapacidad hasta que fué mozo, y cuando lo fué, llevó el camino que había llevado su padre, de resultas de no sé qué hazaña en que jugaron unas llaves ganzúas, una palanqueta y una navaja.

¡Plugüiese á Dios que toda esta triste historia fuera inventada por mí en vez de ser, como es, por mí averiguada! En otra ocasion he contado cómo y por qué en Madrid tomé horror al juego para toda mi vida siendo casi niño, y ahora lo he de recontar aunque sólo sea en brevísimó compendio.

Permitíanme ir al teatro sólo una tarde del año, y ansiando esta tarde pasaba yo el año entero. Llegó al fin la tarde en que iba á ver una comedia de magia que se llamaba *El asombro de Jerez, Juana la Rabicortona*, y me dieron cuatro reales y cuartillo para pagar un asiento de galería en el teatro del Principe. Mientras llegaba la hora de entrar en el teatro, entré en una tienda donde tenía unos amigos de mi edad, y accedí á jugar con ellos á la brisca. En el juego perdí los cuatro reales y cuartillo, y me quedé sin alcanzar la suprema dicha que había ansiado durante todo el año.

Tomando por muestra de los dolores á que expone el juego el intenso que éste me había proporcionado aquella tarde, pensé no volver á jugar en toda mi vida, y acaso á aquel dolor y aquel juramento se deba el que no haya quedado limitada á un rincon de Vizcaya la triste historia del sacristan de Garáizar.

## IX.

Pero la iglesia de Garáizar, cuando yo oí misa en ella, no estaba triste y fea como en tiempo del pobre Bátis, sino alegre y hermosa como la de mi aldea y tantas otras de nuestros valles y montañas, donde las alegran y embellecen la fe de los que en torno de ellas viven y el patriotismo de los que léjos de ellas las recuerdan, y ninguna de sus dos campanas daba aquellos ronquidos que echaban en cara al pobre Bátis los vecinos de Garaizalde.

Pedí al señor cura que me explicase esta consoladora diferencia, y me dijo:

—Es que si ahora no salen del Palacio consejeros de Castilla, ni generales, ni obispos de Nueva España, salen magistrados de Audiencia é ingenieros industriales, como lo son los dos hijos de los Señores, que en tiempo de Bátis estudiaban en Salamanca y Madrid, y ahora destinan la mitad de sus haberes á la casa paterna, para que los que la habitan vivan, si no con la esplendidez, siquiera con el decoro de sus







antepasados, y puedan tener, como tienen, con la iglesia de Santa María de Garáizar liberalidades de que con mucho dolor suyo estaban privados cuando con dificultad sostenían á sus hijos en las Universidades de Salamanca y Madrid.

No quise partir de Garáizar sin estrechar la mano del señor D. José Ignacio, á quien me presentó el señor cura.

Recibiéronme el buen caballero y su señora é hijas con gran benevolencia y noble franqueza, y como el señor cura les dijese que me habia contado la historia de Bátis, el Sr. D. José Ignacio se puso un poco colorado, y me dijo sonriendo :

—Lo siento, porque en esa triste historia, casi, casi hago yo el papel de traidor.....

La Sra. D.<sup>a</sup> María Josefa le interrumpió diciéndome :

—Si V. cuenta esa historia, no adule más que un poquito á este marido que Dios me dió; y debe V. contarla, entre otras razones, por la de que conviene hacer público y notorio que á veces los faltos de seso hacen más daño al prójimo que los faltos de corazon.

Momentos despues descendí al valle para continuar mi camino rio abajo, y le continué, absorbiendo mi atencion, mucho más que los molinos y las ruinas de ferrerías, la historia del sacristan de Garáizar.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao, 1885.



«UNA CONFIDENCIA MUY IMPORTANTE.»

# TIPOS DEL NATURAL.

## LA FAMILIA CLEMENTE.

Es don Antonio Clemente  
Moderado consecuente,  
Digno empleado en Fomento,  
Que siempre ganó el sustento  
Con el sudor de su frente.

La mirada atravesada,  
Perilla larga y rizada,  
Que acaricia con la mano,  
Bigotes de veterano  
Y voz gangosa y tomada.

Así es Antonio Clemente,  
Que pasa constantemente  
La vida entera ocupado  
En alabar el pasado  
Y criticar el presente.

Reinando Doña Isabel  
Fué al Gobierno de Teruel,  
Y según cuenta la Historia,  
No dejó grata memoria  
Antonio Clemente en él.

Moderado de afición,  
Llegó la Revolución,  
Á la que achaca sus males,  
Y perdió sus diez mil reales  
Hasta la Restauración.

Vuelto á Fomento otra vez,  
Allí pasa su vejez,  
Siendo su quehacer eterno  
Hablar muy mal del Gobierno,  
Porque no pasa de diez.

No es bueno ningún partido,  
Según él, y está perdido  
El país, que va á su ruina,  
Y él en tanto en su oficina  
Se consume oscurecido.

No pasan años por él,  
Y á sus tradiciones fiel,  
Recuerda con alegría  
Los tiempos en que regía  
Los destinos de Teruel.

Entre café, puro y ron,  
Él arregla la nación,  
Por las noches, en Levante,  
Poniendo como un tunante  
Al jefe de su sección.

—¡ Jesús, qué desquiciamiento!—  
Dice al ver un nombramiento  
En la *Gaceta*. —¡ Qué horror!  
¡ Pues no hacen gobernador  
De Sevilla á Luis Sarmiento!

Si alguien pesca una cartera,  
— Á ese le hice la carrera —  
Exclama; — yo le ayudé,  
Y hoy, si en la calle me ve,  
Ni me saluda siquiera.

Cuando estalla algún motin,  
Grita y ruge: — ¡ Gente ruin!  
¡ Si no sirven para nada!  
¡ No hubo ninguna algarada  
Cuando yo ceñí el fajin!

Siempre está dando á Luzbel  
Su suerte ingrata y crüel,  
Pensando en las alegrías  
De aquellos dichosos días  
Del Gobierno de Teruel.

La mujer de Antonio es Gloria,  
Huérfana de un subteniente  
Que dejó.... buena memoria;  
Mujer que cuenta su historia  
Á todo bicho viviente.

— ¡ Ya ve usted qué desconcierto;  
Tengo una suerte fatal!  
¡ Si papá no hubiera muerto,  
Puede usted tener por cierto  
Que hoy sería general!

— Si él viviera, volvería  
Á mi Clemente á Teruel,  
Donde el pueblo le quería. —  
Y esta relación es el  
Pan nuestro de cada día.

En hablando de moral,  
Doña Gloria se exaspera;  
Grita que el mundo va mal  
Y la corrupcion social  
Amenaza por doquiera.

—  
Que no hay mujeres honradas;  
Que el pudor ya es cualquier cosa;  
Que solteras y casadas  
Van á bailes descotadas  
De una manera espantosa.

—  
Que el teatro es un derroche  
De impudencias y descaro,  
Que pervierte á troche y moche,  
Y ellos no van ni una noche.....  
(Porque les sale muy caro).

—  
Tiene doña Gloria un ciento  
De raras habilidades,  
Y ofrece pruebas sin cuento  
De su famoso talento  
Todas las festividades.

—  
—¿ Ves?— dice á su hija Edelmira,  
Rubia, esbelta por demas,  
Que por los versos delira  
Y por las noches suspira,  
Y no se casa jamas.—

—  
—¿ Ves? Esta es la obligacion  
De la mujer que se casa.  
Así, con disposicion,  
Como yo tengo, así son  
Las mujeres de su casa.

—  
Pero aunque siempre ha vivido  
Con disposicion tan rara,  
Ya Edelmira ha comprendido

Que no se encuentra marido  
Por un ojo de la cara.

—  
En vano recorre el Prado,  
Con su traje verde mar,  
En busca de algun cuitado  
Que, amante ó desesperado,  
Quiera llevarla al altar.

—  
Sólo una vez, ruborosa,  
Leyó una carta amorosa,  
Que abultaba cuatro tomos,  
Escrita en papel con cromos  
Sobre fondo blanco y rosa.

—  
Pero á la respuesta fiera  
De «hable usted con mis papás»,  
Él, que estaba en la otra acera,  
Dijo ¡ abur! á la portera,  
Y ya no le han visto más.

—  
Hoy, de Edelmira prendado,  
Vive un misero doncel,  
Por la familia aceptado,  
Que es pasante de abogado  
Y que se llama Teruel.

—  
Por la noche en compañía  
De la niña siempre está;  
Juegan á la lotería,  
Y no pasa un solo dia,  
Sin que gane la mamá.

—  
Para fines del verano  
Se unen Edelmira y él,  
Y Clemente, muy ufano,  
Dice:— Ya vuelve á mi mano  
El Gobierno de Teruel.

JOAQUIN ANGOLOTI.



# HISTORIA POPULAR.

## DIÁLOGO SOBRE LA RECONQUISTA.

### DEDICATORIA.

AL SR. D. ABELARDO JOSÉ DE CÁRLOS.

**A**MIGO MIO : Si V. trae á las mientes el número de artículos, desde sus primeros números inscritos por mí en *La Ilustracion* y demas publicaciones ideadas por su buen padre, mi amigo del alma toda la vida, tan querido como llorado, echará de ver que las inspira un solo sentimiento : porfiadísimo empeño en mover el corazón de nuestro pueblo á un culto cada dia más religioso y más activo hácia nuestra idolatrada patria. Perseverante con ahinco en tal empeño, cuando V. ha tenido á bien pedirme cualquier obra literaria para su ALMANAQUE del próximo venidero año, héme puesto seguidamente á buscar, entre mis papeles inéditos, bien escasos por cierto, viejos diálogos, escritos en forma y lengua más ó menos felices, pero dramáticos, y cuyo fin y objeto se reduce á contar por modo romancesco, que pueda ofrecer cierto recreo, provocando fácil y amena lectura, los hechos más gloriosos de nuestra historia. He recogido los consagrados á la toma de Granada bajo un título, *El Suspiro del moro*, y los he agrupado para darles cierta unidad artística, en torno á los históricos amores del sultan Hacem, tenido por el postrero entre los grandes árabes hispanos, y de la española Zoraya, tenida por la nueva Cava, ó perdicion de los Muslimes, en el concepto de las gentes y en el trascurso de los siglos. Aunque me propongo publicar estos diálogos todavía tardaré, y creo corresponder así al ruego de su cariñoso afecto, como al genio de su popular ALMANAQUE, mandándole toda la parte referente á la conquista cristiana de Archidona y á las competencias feudales en Antequera, hecho épico el primero y dramático el segundo, á cuya virtud se abre, por los tristes tiempos del cuarto Enrique, la épopeya rematada en los gloriosos tiempos de la inmortal Isabel. Reciba V. la dedicatoria del humilde trabajo mio, y con ella la seguridad completa de que conservo á los hijos el cariño y el respeto profesado siempre á su ilustre padre. Queda suyo amigo afectísimo, que muy de véras le quiere y Q. B. S. M.,

EMILIO CASTELAR.

### I.

Y en efecto, Solís dijo así :

— Los Reyes de Granada podian dormir en paz mientras tuviesen guardado su reino, en la parte vecina de Antequera, con fortaleza tal como Archidona. Tres sierras, que parecen como tres lenguas de fuego cuando las tiñen y arrebolan los ocasos del sol, celan el camino á Granada; y estas tres sierras, por Dios divididas, veíanse juntas, y por fuertes muros cercadas, que las reclinan en una especie de colossal haz resplandeciente allá en los cielos inmensos, á modo de constelacion astronómica. Estos muros, cortados á cada paso por altos y formidables torreones parecidos á gigantescas estatuas erigidas en las cumbres, entraban con sus dentadas almenas por las regiones superiores del aire y relucian como transparentes y lustrosos ámbares. Dentro del espacio cercado por las tres montañas, y guarecido por las inexpugnables fortalezas, tendiase una hoya fresca, y por los árabes comparada, en sus canciones, á los más tranquilos oasis. El aire puro esparce por las venas el deseo de vivir; las aguas, desatadas en manantiales copiosos, que así arrullan el oido como festejan la vista, son prodigiosas; crecen los pastos en praderas inacabables y brotan los verjeles en peñascos parecidos á gigantescas macetas; junto al caballo trisca el cordero y el toro muge, mientras la tórtola y la paloma conciertan sus unisonos arrullos con el zumbido de las abejas, como formando un acorde bajo y profundo, para que se levanten sobre sus oscuros tonos las escalas cromáticas de las demas canoras y alegres avecillas diseminadas por las celestiales alturas. Distinguiase allá, entre los riscos, la torre del Sol, así llamada porque la perlada lumbre del alba y los arreboles postreros de la tarde relucen y reverberan en sus rosáceas almenas. Una colonia de palestinos se habia en tales sitios asentado largo tiempo, llenándolo con recuerdos de los desiertos del Jordan y con ecos de las canciones de Siria. Era tal fortaleza inexpugnable, porque á sus piés se abria un tajo tan liso como una pared inmensa y tan profundo como un abismo insondable. Por estos tiempos infelices del reinado de Enrique IV, la poquedad de nuestro Rey desdichado excitára, con las esperanzas, las cóleras de todos los alcaides morunos, y especialmente de Ibrahim, el fortísimo alcaide de Archidona. Su furor era tanto, que repetia en los oidos de todos los que por aquella sazón le circuian y escuchaban, cuán seguro se creia de recabar Antequera, conquistada por el in-

fante D. Fernando, y arrancarla pronto al soberbio dominio de Castilla. Desde la torre del Sol atisbaba el alcaide á los viandantes, como el buitre á los cadáveres, ó como el milano á los pajarillos. No podia levantarse nube de polvo en los suelos, ó nube de niebla en los aires, no, sin que se creyese obligado él á salir del castillo para hacer presa en la llanura. ¡Cuántos cautivos encadenó en sus húmedos calabozos! ¡Cuántos pastores colgó en las copas de los pinos! ¡Cuántos viandantes inmoló al filo de sus cimitarras! Muchas veces, desde léjos, veíanse por los cielos azules y serenos círculos negros en torno de las rosadas almenas, y eran compuestos por los cuerpos de los cuervos, idos en tropel á picotear las cabezas cristianas pendientes de los adarves como trofeos de cien victorias, bien fáciles para guerrero que se descolgaba de tales alturas y se volvía pronto, despues de haber pasado por el llano con la rapidez de un huracan, á sus inexpugnables seguros. No tuvieron los moros hombre tan cruel, en sus anales manchados de sangre, como el alcaide Ibrahim.

—Pero contad, primo, exclamó Vera, contad á estos manebos, de suyo enamoradizos, las causas ocasionales de tan terrible furor. Pues Ibrahim fué ¡por Dios! bien desgraciado en su hogar.

—Mas no sabemos cuánto contribuyó á la propia desgracia el propio furor.

—Cierto. Cuéntalo de todas suertes.

—Lo contaré.

—Ya estamos atentos y con el dedo en la boca.

—Oidme. Tenía Ibrahim una hija de toda hermosura. Jamas la raza de los árabes dió de sí muestra tan gallarda. Sus cabellos se parecían á la noche, y sus miradas á la luna, y sus sonrisas al cielo, y sus palabras á dulces melodías, y toda su persona esparcía en torno suyo tal regocijo, que los poetas la comparaban, exaltados, en sus canciones amorosas, al sándalo de las orientales selvas. Ibrahim habia prometido la incomparable prenda, ornato de su hogar y de su familia resúmen, al viejo alcaide, gobernador y quasi rey en la riscosa fortaleza de Alhama. Reunidos por este lazo de amor ambos gobernadores, proponíanse perseverar más y más en la defensa de sus tierras, así como acometer más y más á los perros cristianos. La hija de Ibrahim no sentia otros afectos que un respeto religioso por el viejo moro á quien la destinaba el fatalismo musulman, representado en la persona de su padre. Pero cierto dia pasó por allí el Rey de Granada llevando consigo á su ministro Hamet, jóven apuesto, galan, enamorado, ardentísimo, y de tanta belleza en su sexo como en el suyo la hija de Ibrahim. Aquellas dos almas habian sido emparejadas por el cielo, y solamente quien las emparejara podia desparejarlas. Viéronse casi á hurtadillas, y con sólo verse una vez, ya se comprendieron para siempre. Y ya comprendidas en el mismo pensamiento, no podian separarse ni en el seno siquiera de la muerte. Ibrahim requirió á la mora para que se uniese con el viejo alcaide. Mas la mora se arrojó á las plantas de su padre, y abrazándole con efusion las rodillas, contóle cómo no podia obedecerle por tener cautiva de otro amador, más digno de su cariño y más propio de sus años, la voluntad que le demandaba su padre para un viejo, del cual tristemente la repelian y apartaban todos sus deseos. Enfurecióse Ibrahim y juró por el Profeta no tolerar jamas

aquel matrimonio. Una mañana de Abril, en que las flores, cargadas de rocío, unidas en bien olientes ramilletes, y las aves, resonantes de arpegios en coros infinitos, convidaban á vivir y amar, salió la jóven hija de Ibrahim por los verjeles y praderas en requerimiento de algun alivio y lenitivo á sus amores dolorosos. Sentada se veía cerca de un rosal y junto al borde marmóreo de alberca trasparente y cristalina, oyendo piar á las aves en concierto con el susurro de los arroyos, cuando se presentó, caballero en alazan de los desiertos, el jóven amante, y la convidó á rápida fuga para llegar al feliz logro de su amor ó al infeliz malogro de su vida, pues nada tan doloroso, en verdad, para ellos, como las separaciones y las ausencias. Saltó la jóven á la grupa del caballo y se dieron los dos enamorados á correr, como sobre las alas del viento, en busca de la frontera vecina, tras cuyas líneas estaba guardada la libertad indispensable á sus almas para consagrarse al culto fervoroso del amor. No habian corrido largo trecho, cuando apareció tras ellos Ibrahim, seguido, como una fiera, de su manada, con la centellante cimitarra en las manos, espumas de verde hiel en los labios, roncós gritos en el pecho, conminándolos á detenerse y á rendirse, con el imperio de un demonio que husmea su víctima ó de un bruto que coge y desgarrá su presa. Los jóvenes enamorados comprendieron que la mano aleve, sobre sus frentes extendida, iba de un golpe á separarlos, y juraron juntarse y confundirse allí mismo en el seno de la muerte. Nada más fácil. Cerca, muy cerca, el abismo abria sus fauces, y en las entrañas de aquel abismo estaba la eternidad. El caballo se iba rápidamente acercando á su borde; y ambos á dos amantes, entrelazados, ceñidos, confundiéndose sus alientos y sus almas por esas armonías misteriosas entre la muerte y el amor, sentian una voluptuosidad increíble y placentera en arrojarse por la sima y morir confundidos en abrazo y beso que contuviera y encerrára toda la eternidad de su amor. Acercábase ya el padre tirano á ellos con rabia, cuando el caballo, sumiso y obediente al mandato del querido jinete, llega ciego al borde oscuro de la sima y se precipita en el abismo. Cuando el padre arribó, ni siquiera pudo ver los dos cuerpos devorados por las tinieblas y rotos en fragmentos contra los riscos; pero sí oyó el suspiro postrero que subia, expresion del último estertor, en el cual iban como envueltas sus dos almas enamoradas, heridas, pero satisfechas de haberse juntado en el seno de la muerte. Tamaña desgracia enardeció aún más en las voraces llamas del crimen y sus infiernos al desalmado Ibrahim, que prometió nuevos asesinatos, nuevos exterminios, incendios nuevos, cazas de hombres, talas de campos, aniquilamiento de ciudades, en los torbellinos de su dolor y entre los sacudimientos epilépticos de su desesperacion. Pero las almas tiernas y sencillas, que lloran con todos los que lloran y padecen con todos los que padecen, eternamente llamarán al abismo por donde se precipitaron aquellos dos jóvenes la Peña de los Enamorados, envolviéndola en éter de poesia que produzca y engendre plañideras canciones, como las sublimes entonadas siempre por el amor, cuando se junta y desposa con la muerte.

—Triste y luctuosa historia — exclamó Vera — que cuentan á una los andaluces cristianos y los andaluces musulmanes á sus respectivas familias en sus invernales veladas. Pero continuad, Solís, refiriendo la conquista de Archidona,

para que todos estos jóvenes aprendan á una, en el ejemplo por sus predecesores presentado, cómo se combate y cómo se muere por la religion y por la patria.

## II.

—No podía—dijo Solís, comenzando su narracion de nuevo—la cristiandad tolerar, sin grave detrimento de sus intereses y mengua de su nombre, los tenaces retos y los continuos combates del porfiado Ibrahim. Ni las mercancías del mercader viandante llegaban al mercado, ni la yunta del labrador afanoso abria el surco, ni el rebaño pastaba en el prado ni dormía en el redil á sus anchas, sin exponerse á las depredaciones continuas de tamaña fiera insaciable. Parecian sus milites errantes dotados de la ligereza del gamo, de la increíble agilidad del tigre, de la soberbia del feroz leon y de la doblez y astucia de la redomada serpiente, con algo de sobrenatural ademas, como los fantasmas que surgen de las tinieblas ó como las ánimas que vuelven á este mundo terreno del triste purgatorio. El clamoreo de los andaluces llegó hasta el ánimo de prócer tan ilustre y animoso como D. Pedro Giron, quien podia llamarse Rey segun la espléndida corona que se habia cortado para sí en los fragmentos de la Monarquía rota por las debilidades y los vicios del cuitadísimo D. Enrique IV. Era de ver aquel ejército pasando por estos mismos sitios al congregarlo en torno suyo el pendon glorioso de los altivos Girones. Aquí, los caballeros de Calatrava en la vanguardia con todas sus armas y armaduras cargados; allí, los advenedizos de diversas gentes y naciones á nuestras puertas llegados en demanda de alistarse y combatir dentro de las cruzadas españolas, ya que un hado fatal interrumpiera las cruzadas de Oriente; allá, el celebrado Conde de Cabra con las huestes levantadas en los surcos de sus propios terruños y los antiguos siervos convertidos en libres y peleadores soldados; acullá, los comandadores de Santiago con su caballería, los fronteros de Écija montados en briosisimos potros, los alcaides de Osuna, de Moron, de Arjona; y cerrándolo todo á retaguardia, el comendador D. Fadrique, por mil voces cantado en populares y poéticos romances de los que se oyen á las puertas de las tiendas, acompañados por las guzlas de trovadores y juglares al venir la velada en los alegres campamentos. No bien habia columbrado el alcaide moro desde sus altos y erguidos torreones el penacho rojo que al viento volaba, el centelleo vário de la luz en los damasquinados petos, descendió del monte al llano con todo el ímpetu de sus feroces instintos y todo el arrojo de su indomable valor. Conocedores los nuestros del número de sus enemigos y del terreno donde iban á pelear, burlaron la furia mora, que retrocedió, espantada por la vista de tantas fuerzas, al seguro de sus castillos y torres. Situáronse unos cristianos en la parte meridional de la campiña para cortar las aguas de los claros manantiales é impedir que se surtiesen los cruzados de ellas, y situáronse otra parte en los riscos cercanos á los alcáceres para evitar que por las montañas y bosques de Cantaril pudiese saltarles inesperada sorpresa. Pero un sitio que contase con apurar por hambre y sed á quienes guardaban tantas provisiones como los precavidos moros de Archidona, resultaria un sitio capaz de probar hasta paciencias

más sufridas que la escasa paciencia de los guerreros andaluces. Reianse los sitiados ya de los sitiadores, mientras el mayor número de éstos murmuraba de sus jefes. No hubo remedio: la necesidad impuso el combate. Mucho costó llevar por aquellas enriscadas cumbres los instrumentos de más activo asedio; pero ningun obstáculo desconcertaba el valor de los nuestros, empeñado en tan atrevida empresa. La sierra del Conjuero dominaba un poco, pero al fin y al cabo dominaba un tanto á la sierra del Sol, y allí pusieron los nuestros sus piezas de batir, que disparaban audaces, acompañando los disparos con gritos y clamores á la Virgen. Cuando los sitiados oian estas invocaciones á la Madre del Verbo, burlábanse de los nuestros y les decian que no estaba mal invocar en aquellos trances auxilios de mujer, porque la femenil intervencion podria trocar las lanzas en husos y las espadas en ruecas, á cuyas gracias respondian los cristianos lanzando estopas encendidas, alquitran ardiente, bombas innumerables y otros devastadores proyectiles: «Ahí van, y de prisa, nuestros copos hilados.» Bien puede asegurarse que aquellos moros se asemejaban á las incombustibles salamandras, puesto que vivian sin recelos en medio de las llamas. El incendio consumió con tal y tanta voracidad la poblacion, que sus hogares quedaron reducidos á montes de rescoldo y á cordilleras de cenizas. Ya les aquejaba mucho la sed, producida naturalmente por aquel infierno, y para templarla salian á tiro de ballesta con zeques y odres, bien apercebidos y á riesgo y ventura de correr tremendas zalagardas. No habia otro remedio sino intentar el asalto, y lo intentaron los nuestros. Diríase que tenian alas, segun montaban por los muros. Jamas cayeron los lobos en rebaño, los leones en caravana, los milanos en palomar, como los nuestros en Archidona. Giron dió ejemplo poniendo al frente de la más atrevida columna su escala propia con la derecha mano en el muro, entre nubes de piedras y lluvias de flechas que llovian la muerte. Un peñasco desprendido por aquellas furias de las altas almenas, que parecian deshacerse todas á una sobre sus salteadores, un terrible peñasco tocó en la frente á Giron y le dejó sin sentido. Pero aquel desmayo de su general no hizo más que alentar á sus soldados, los cuales, subiendo sobre los mismos cadáveres hacinados, entraron en las fortalezas, arremetieron ciegos con sus defensores y los pasaron todos á cuchillo. El alcaide se lanzó por las simas donde habian muerto sus víctimas, desapareciendo en los abismos cual un diablo que volviera de grado á los infiernos.

## III.

—Y eso—dijo Vera—que tales empresas de inolvidable memoria se llevaron á término y cima cuando la Monarquía castellana se desmembraba y se perdia casi en las guerras civiles.

—Como que teníamos—añadió Solís—dos reyes, el reinante D. Enrique y el proclamado por una parte considerable de la nobleza, D. Alonso.

—Y las divisiones de los nobles—dijo Vera—se recrudecian más á medida que eran más numerosos y estaban más seguros de su fuerza.

—Tan cierto es cuanto decís, que aquí no podiamos vivir en medio de tantos desórdenes.





HAN D'ISLANDE



LA LEGENDE DES SIÈCLES



N<sup>re</sup> D. DE PARIS



POESIAS



VICTOR HUGO



DRAMAS



LES TRAVAILLEURS DE LA MER



L'ANNÉE TERRIBLE



LES MISERABLES

— Ya lo creo.

— Los Fajardos, apoyados por los Manriques, combatian con los Yañez en Murcia y Cartagena. El Rey daba desde su trono autorizaciones para entrar á sangre y fuego en las tierras de sus contrarios, y Alonso Carrillo, por mandato real, corria por ellas á saco cual pudiera el más redomado bandido. Luchaba el Sr. de Albudeyte, allá en los campos de Lorca, cual si no hubiera ni rey ni autoridad alguna sobre su corona.

— Pues ya se ve. Cazorla, puesta bajo la mitra de Toledo, no reconocia la corona de Castilla, ni más ni ménos que si fuese tierra de moros. La fortaleza de Segura estaba en manos del maestre Juan Pacheco, tan ufano y soberbio como un monarca. Y si Jaen se sostenia fiel á Enrique por obra del condestable Iranzo y del prior Valenzuela y del obispo Acuña, Giron vino de Castilla ensoberbecido á contrastarlos con ejército de mil caballos y diez mil peones.

— Y en verdad que obispo y noble combatieron á una con más furor que moros y cristianos. Los caminos se veian robados por bandas insurrectas; las mieses, encendidas por teas asoladoras; las doncellas, violadas, y los jefes de familia, ya entráran en lucha, ya quedáran en paz, asesinados. Combatieron los Benavides y Velenzuelas todo un dia en las calles y plazas de Baeza, convirtiendo sus tranquilos hogares en otros tantos fortines de guerra. Entónces cayó preso el obispo y fué conducido sacrilegamente al castillo de Baños, despues de haberlo como á un vulgar criminal maniatado. Los sacerdotes del Señor se trocaron por todas partes en régulos y capitanes de facciosos. Los Molinas se declararon por los Girones en Úbeda; pero los Cabras, que ocupaban á Baeza con cuatrocientas lanzas, y los Montemayores, que ocupaban Alcaudete, declararon una indiferente neutralidad, considerada por los Girones como un verdadero crimen. Pululaban al impulso de tales conflictos hordas de señoriales ejércitos á guisa de siervos sueltos y desbandados, esparciéndose por doquier en la más terrible anarquía. Carmona cayó en manos de tales facciosos, que combatian con el enemigo comun sólo para tener luégo la satisfaccion de combatir á su vez ellos entre sí mismos. Los caballeros árabes formaban bajo los pendones de los Marqueses de Villena, que venian á significar el saqueo y la matanza. Las aguas del Guadalquivir se tiñeron con sangre de los caballeros de San Juan.

— ¡ Ah! Como que sucedió entónces una de las mayores aventuras que guarda la memoria.

— ¿ Á cuál os referís? ¡ Pasaron tantas en estos tiempos de feudal anarquía!.....

— Me refiero á la célebre de Antequera.

— Contadla.

— No, vos la contaréis mejor. Contadla, pues.

— Sea en buen hora. Reclamado por el estruendo de tanta guerra, llegó el rey D. Enrique á la perturbada y triste Andalucía. Incapaz de tener la independenciam que debe todo monarca, se puso bajo la tutela de los Villenas y de los Aguilares. Conjuráronle ambos magnates á que les entregase Antequera, y dirigióse allá con ánimo de arrancársela por fuerza, si era necesario, al buen Hernando de Narvaez, hijo del famoso Rodrigo, en cuyas manos depositára el infante D. Fernando el gobierno de aquella tan preciada conquista. Presentóse á la puerta el Monarca en demanda para sí de hos-

pitalidad y para toda su comitiva. Pero Narvaez, conociendo que Aguilar buscaba el gobierno de la plaza y no la comodidad del Monarca, admitió á éste con una docena de sus criados y dijo á las gentes de armas que se quedáran en los arrabales de Santa Catalina, donde tendrian seguro alojamiento.

— Bien hecho.

— Entró el Monarca, y aún no habia entrado, cuando echó el rastrillo Narvaez, como si estuviera en ciudad sitiada, dejando fuera con desdeñoso desprecio á sus mortales enemigos, exacerbados por la codicia propia y por la vecindad cercana de su querida presa.

— ¡ Cuántas ambiciones se desencadenan abajo siempre que se aflojan arriba los fortísimos resortes del poder y caen los reinos en menosprecio por los reyes!

— Ya en los muros de Antequera, vióse rodeado el Rey de monjes y conducido á la iglesia del Salvador en procesion aparatosa.

— ¡ Donosa industria, en verdad! Como que Narvaez no tenia otro medio de intimidar al débil Monarca, quien á guisa de todos los tímidos, se rendia tan sólo al peso de las amenazas y no al influjo de la razon y de la justicia.

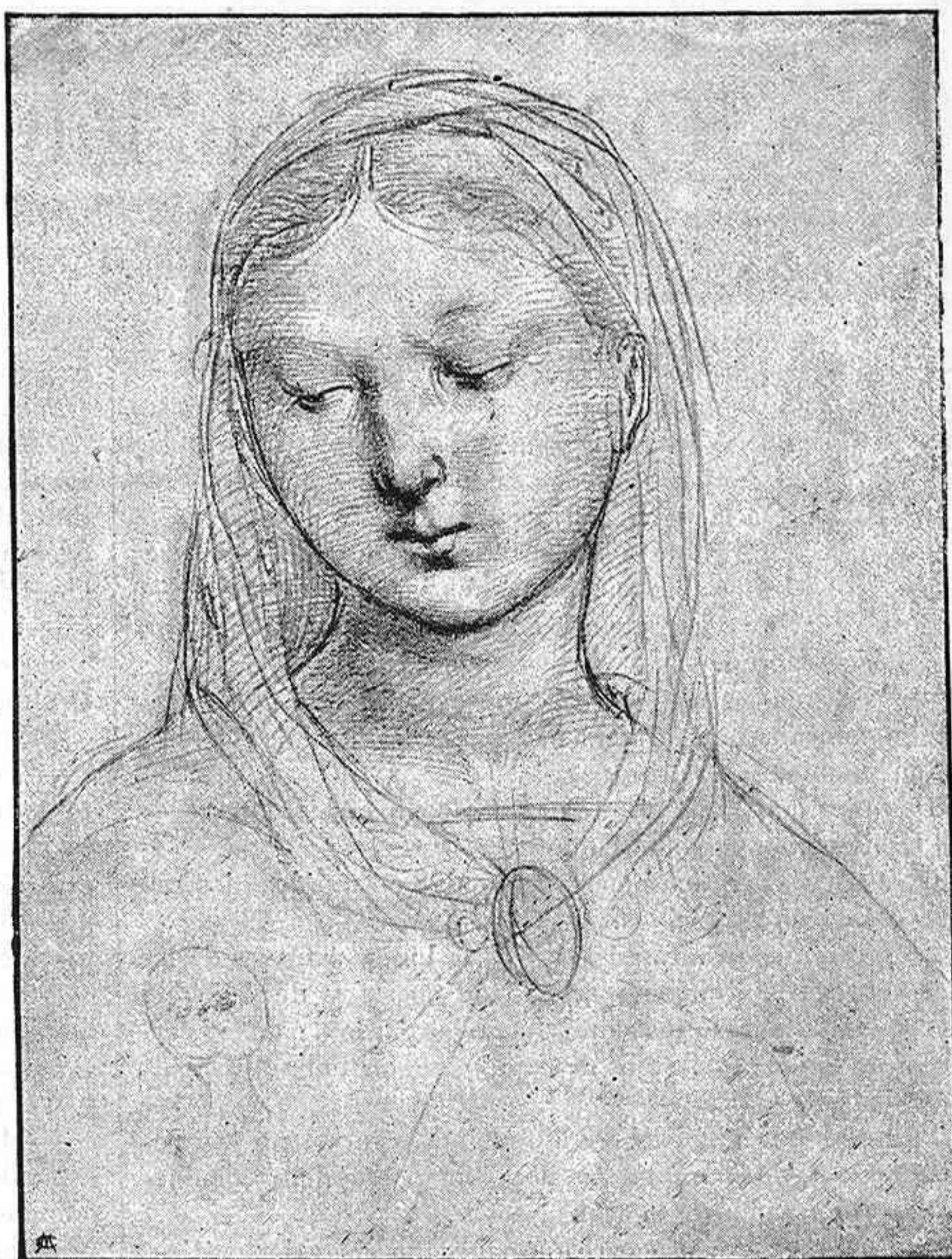
— El templo donde habian conducido al Rey estaba ornado con todos los trofeos de la victoria. Allí reposaban las cenizas del padre de Narvaez, en ausencia de las del primer conquistador D. Fernando de Castilla, quien dormia ya el sueño de la muerte bajo las bóvedas de los regios panteones de Aragon.

— ¡ Asilo de tantos muertos gloriosos!

— Hernando sacó de la sepultura el cuerpo momificado de su padre, y lo puso en negro túmulo, bajo el crucero de la iglesia, con tal arte, que daba horror á los ojos, espanto á los ánimos, y parecia llegado del otro mundo para traer sobre los menguados, que desgarraban el reino, maldiciones divinas y castigos infernales. Aumentaban el horror de aquella escena las negras colgaduras, caidas desde las techumbres al suelo en guisa de inmensos paños fúnebres; las calaveras, por cuyos huecos ojos centelleaban luminarias siniestras, parecidas al mirar de aves nocturnas, y los huesos, en cuyos extremos relucian vacilantes fuegos fatuos; las pinturas, que retrataban círculos del purgatorio y abismos del infierno, entre cuyas indecisas llamaradas veianse padecer legiones várias de múltiples almas en tormento y en pena; el resplandor amarillo de los cirios, que sólo daban desde los toscos candelabros la claridad suficiente para ver mejor la espesura de aquellas tinieblas, entre las cuales se veian levantarse las losas de los pavimentos para dejar paso á los esqueletos recién erguidos; desprenderse de los aires nubes de murciélagos, cuyos chillidos, comparables á las discordes voces de acosados ratones, tenian algo de fúnebres y trágicos lamentos; descender de los altares, como sombras venidas de otro mundo, legiones de frailes encapuchados, con siniestras antorchas en las manos y terribles misereres y exorcismos en los labios; aparecer como brujas y hechiceras en sábado mágico, vestidas de blancas túnicas muy semejantes á largos sudarios, fantásticas plañideras, quienes se mesaban el cabello suelto y prorrumpian en tales alaridos, que hacian semejar todo aquello á un apocalíptico mundo engendrado por los ensueños de una pesadilla gigantesca. Varones curtidos en la guerra, esforzados temples de caballe-

ros á la continúa en armas, temblaron cual niños amenazados y cayeron en desvanecimientos y terrores cual mujeres flacas. ¡Cuánta no sería la terrible pesadumbre del Monarca viendo que se movía el cadáver petrificado y agitaba en su mano la llave de Antequera, diciendo cómo no podía entregarla el hijo sin atraerse sus maldiciones sobrenaturales, que al mismo tiempo eran las maldiciones de Dios! Á tantas amenazas, á tales conjuros, á horror tan extraño, nadie podía resistirse, y ménos aún aquel temperamento débil y enteco del pobre amedrantado Enrique, víctima, tanto de las propias como de las ajenas pasiones. Trémulo, sudoroso, más frio que los cadáveres, creyendo verdad todo cuanto allí fingiera la industria de Narvaez, tomando los murciélagos, las lechuzas, las calaveras, los esqueletos, por cristalizaciones varias de sus propios remordimientos, tendió ambos brazos á lo alto como un náufrago, despues de haber caído de hinojos en el pavimento como un muerto, para jurar que nunca jamas arrancaría á los Narvaez el gobierno de Antequera. Aun este juramento no se habia comunicado á los aires, cuando las losas de los sepulcros se cayeron y cerraron. Ahuyentáronse los esqueletos horribles, y las plañideras y los frailes fantásticos. El túmulo huyó cual si hubieran venido á recogerlo en sus alas invisibles los ángeles del cielo. Rasgáronse los velos espesos y los paños fúnebres. Como en sábado de Resurreccion, el retablo mayor ostentó sus místicas riquezas y el órgano llenó las alturas con sus trompetas angélicas. Lluvia de flores cayó de lo alto, y vapores de bien olientes esencias subieron de aquellas junturas donde ántes hedia la muerte. Un coro de voces melodiosas, parecido á los coros del Empíreo, llenó las bóvedas del templo, y una turba de vasallos felices corrió hasta las plantas del Rey para darle gracias por su espontáneo juramento. Todo fué regocijo la noble Antequera. No así los engañados del arrabal. Enterados de la feliz industria de Narvaez, tuvieronla por afrenta de sus personas y desacato á la realeza. Poco sufrido el de Aguilar, amonestó á los antequeranos primero, los amenazó despues y los combatió por último. Pero Narvaez no se intimidaba, y tomando sus adalides salió al campo para infligir derrota de tal importancia con sus huestes á las huestes enemigas, que los cañones y las armas de Aguilar pasaron á los castillos señoriales de Antequera.

— ¡Y qué habia de suceder! En tanto desórden, los granadinos cobraban ánimos; condes tan célebres como el de Cabra, ocupando villa tan fuerte como Alcaudete, permitian el paso á las huestes infieles. Las tierras de Martos eran á saco entradas, y sus habitantes á cautiverio reducidos. Las iglesias de Santiago é Higuera, pueblos inmediatos á Porcuna, se vieron violadas en el momento de la misa mayor, y clérigos y laicos, asaltados por tan inesperada sorpresa, ca-



FACSIMILE DE UN DIBUJO DE RAFAEL SANZIO.

yeron inmolados al pié de los altares. No arremeten los toros rejoneados y furiosos al paño de roja púrpura como acometieron á las reliquias sagradas aquellos perros infieles. Sus alfanjes descabezaron las imágenes como si de feroces enemigos encontrados en el combate se tratara. Chorrearon sangre las aras, cual pilas de carnicería. Aquellos piés, enrojados de pisar cuerpos humanos, como los piés de quien pisa en el lagar las uvas, bailaron sobre las reliquias. No quedó varon á vida. La crueldad mahometana ¡oh! no perdonó ni á los niños de teta en los brazos de su madre. Si las pobres mujeres fueron perdonadas, más les valiera no serlo, porque maniatadas como cautivas salieron, tristemente trasportadas desde allí á los harenes y serrallos de aquel vencedor que acababa de asesinar á sus esposos y á sus hijos.

— No se repetirá, no, esta horrible tragedia hoy, porque tenemos reyes como D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, resueltos á vencer la morisma y rematar el rescate feliz de nuestra España.

EMILIO CASTELAR.



# CON PRETENSIONES.



La chica era guapa.

Verdad es que en cierta edad todas las mujeres parecen guapas á los hombres y feas á las otras mujeres.

El de la juventud es encanto que no apreciamos sino cuando hemos pasado la línea.

Es decir, cuando advertimos que se nos escapa la juventud.

Tenía en usufructo la moza sinnúmero de gracias que la colocaban en primera fila entre las señoritas relativas de su pueblo.

Dos ojos con luces naturales, como dicen los caseros de las habitaciones que alquilan.

Ojos negros, porque hemos convenido en que los ojos negros sean más expresivos.

La sombra es más fantástica que la luz, y á través de los ojos negros se adivina un mundo de poesía y de felicidad que no se ve en los ojos azules, ó en los pardos, ó en los verdes, que también hay ojos de campo, según habrán ustedes observado.

La boca de la muchacha era finísima, aunque no tan pequeña como suelen pintar las bocas los poetas, sin considerar las dificultades de la alimentación.

Que su talle era esbelto, que su mano era aristocrática, que su pié era breve ó semibreve, no era menester que yo lo dijera, pero ya lo he dicho.

Así lo decían cuantos mozos la conocían.

Contaba la chica, ó se los contaba la familia, dieciocho años de edad.

Su padre, que había logrado, después de servir á la patria en clase de soldado, porque no hay otra más modesta en el ejército, *hacerse* maestro de escuela ó profesor de instrucción primaria, no escatimó medio de cuantos estaban á su alcance para educar á la niña.

Algo de gramática, algo de aritmética femenina, algo de dibujo de paisaje, y algo de manicomio á falta de piano.

Todas estas asignaturas aprendió la chica, si no bien, lo suficiente para no «hacer el ridículo» en sociedad.

«Hacer el ridículo», frase sacramental entre las personas modestas que no se resignan á serlo.

Madre no la tenía Ernestina, que así llamaban á la chica.

Huérfana desde los once años, había vivido al lado de su padre, que la sirvió de preceptor y aún de madre.

Don Liborio era hombre entrado en años, como se dice vulgarmente.

Tan entrado, que ya llegaba á la segunda estación ó á la penúltima de la vida; como que rayaba en los cincuenta y nueve.

Durante la infancia de Ernestina, su padre no pensó más

que en su hija y en los hijos del prójimo que querían ilustrarse.

Desasné á los herederos del alcalde y de otras personas igualmente notables que dicha autoridad, y cuando los hallaba después en la calle ó en el paseo de la iglesia, podía exclamar, aún cuando fuera en secreto:

—Ése parecía animal y ya se ha hecho funcionario público.

Sucedió que llegó un día en que la colocación de la chica le obligó á pensar en traerla á Madrid.

Este es el bazar de maridos y de protectores.

—Yo—se decía D. Liborio—no soy un zote, y fácilmente podré encontrar, con el apoyo de algún discípulo, un empleo en cualquiera dependencia del Estado.

Nada más fácil á vista de pájaro rural.

—Mi niña—continuaba pensando el profesor—hallará partidos en la corte.

Y pensaba bien: partidos políticos no faltan; partidos matrimoniales, ya es otra cosa.

Consultó sus proyectos con el cura el bueno del maestro, y el cura le dijo:

—Hombre, yo bien sé que allí hay más habitantes que en esta aldea; que allí hay de todo; pero no crea V. que las credenciales y los maridos andan á puntapiés por las calles, ni ménos que sea cuestión de llegar y besar el santo, ni al ministro, ni al yerno.

—Todo lo sé—replicó D. Liborio—porque conozco *aquello* como conozco este lugar; pero no puedo permanecer aquí; mi niña necesita perfeccionar su educación. Supóngase usted que en Madrid pueda hacerse con un novio ó hacerse telegrafista ó doctora en algo.

—Calle V., hombre, calle V., y no dispare: ¿quiere usted meter á la chica en un instituto ó en una academia de varones?

—¿Y por qué no?

—¿Y con qué elementos cuenta V. para todo eso?

—Elementos..... elementos..... yo me los proporcionaré.

¿No puedo ser empleado?

—¡Empleado! La manía general; vivir sobre el país.

—Es un trabajo honrado.

—¿Pero qué necesita V. en el pueblo? ¿No cobra V. sus dos mil reales, con más ó ménos puntualidad, pero ello es que son dos mil reales anuales? ¿No disfruta de las simpatías de todo el vecindario? ¿No es V. el amigo de los niños? ¿Qué más quiere?

—Cada cual, Sr. D. Genaro, siente sus aspiraciones, y yo.....

—Usted ha perdido el seso, y, á imitación de D. Quijote de la Mancha, se propone ir á Madrid en busca de aventuras.

Los consejos y amonestaciones del cura, del alcalde y de

algunos amigos que andaban enamorados de la chica, fueron inútiles.

Don Liborio se resolvió á manifestar carácter, siquiera por la primera vez en su vida, y en pocos dias realizó sus planes.

Esto es, realizó todo ménos el importe de seis meses que le adeudaba el municipio protector de su pueblo.

Ernestina era un ángel, pero con pretensiones.

Leía novelitas ejemplares, y *leendo, leendo* se habia formado un tipo á su gusto.

—Ese tipo ha de ser el mio—se decia.

Y una vez era la Marquesa de Tres Estrellas, con carruaje y abono en los teatros, y tés más ó ménos danzantes, y amigos, y un esposo orador, ó ministro, ó banquero sin puertas, ó algo diplomático.

Y en otras ocasiones meditaba en los triunfos de Adelina Patti, y murmuraba.

—Quiero ser Patti.

De cuando en cuando soñaba con declararse poetisa.

No pensó en hacerse *Lagartijo* ó *Lagartija*, y fué lo único que no acudió á su imaginacion.

Esto, y los malos caminos para llegar á figurar en Madrid, porque la muchacha era honrada, aunque del ramo de cursis del reino.



Conque pensado y hecho.

De madrugada salian del pueblo, para siempre, D. Liborio y su niña, jinetes en hermosos pollinos de la familia del alcalde.

En otro ó en otra, porque era burra, llevaban ó traian los baules del maestro y de la niña.

El viaje no era largo.

Del pueblo á la estacion del ferro-carril no hay más que dos leguas.

Eso sí, de mal camino de herradura, segun es costumbre y se observa en la mayoría del país.

Parece como que se denigran los municipios pensando en abrir caminos cómodos en época de ferrocarriles y telégrafos.

En la estacion despidieron á sus amigos el maestro y su hija.

El cura habia acompañado hasta la salida del pueblo á los dos viajeros, y durante el paseo no cesó de insistir para que D. Liborio abandonase la empresa que acometia.

Pero los esfuerzos del sacerdote fueron inútiles.

Cuando el padre y la niña se vieron instalados en dos asientos de segunda clase, en un coche del ferrocarril, respiraron.

Sin embargo, el maestro se vió obligado, por el aseo de su fisonomía, á limpiarse las mejillas de las lágrimas que las bañaban.

Ernestina censuró la debilidad de su padre con una frase de esas que con frecuencia aparecen impresas en algunos libros, y se oye en labios de gente que no sabe lo que dice, generalmente hablando:

—Papá, todo el mundo es patria.

Y se quedó tan tranquila.

—¿Qué quieres, hija?—murmuró el padre—no puedo olvidar que en ese pueblo encontré acogida y pude ganarme el sustento.

—¡Vaya una ganga!

—Relativa, mujer; todo es relativo.

—¡Ya!

—Que ahí conocí á tu madre; que en esa iglesia nos casaron; que en ese cementerio la dejamos para siempre; que ahí naciste tú; que el padre Genaro te hizo cristiana; que el alcalde, á pesar de su brutalidad indiscutible, fué tu padrino, y.....

—Suspenda V. esa literatura cursi, y no pensemos sino en el porvenir.

—¡El porvenir! Es verdad, yo creo.... porque es lo que yo digo: ¿Hemos de ser tan desgraciados que no encontremos en Madrid lo que tantas personas con ménos condiciones encuentran?

—Tengamos fe y esperanza.

—¡Mujer! ¿y por qué prescindes de la caridad?

—Porque ahora no se trata de eso.

¡Qué viaje!

Ya en el tren encontráronse con un jóven que parecia una conserva de guindas en aguardiente, y que no cesó de mirar á Ernestina, aunque con buena intencion.

Ella pensó:

—¿Será algun duque?

Y no era duque precisamente, pero sí el ayuda de cámara de un marqués que iba en un coche de primera.



La entrada en Madrid produjo extraña sensacion en los viajeros.

Llovía como si se estrenára la lluvia en aquel dia.

En la estacion se informaron de cuanto necesitaban.

—¿Una fonda económica?—preguntó el conductor del coche de alquiler que ocuparon padre é hija.

—Sí.

—Yo les llevaré. ¿Hay equipaje?

—Sí, señor.

—Pues entregue V. el talon á ése.

«Ése» era un mozo del ferrocarril.

Don Liborio obedeció.

—Llevas los baules—advirtió el cochero al mozo—á la fonda de....

El coche partió.

—Ya estamos en otra atmósfera—dijo con suma alegría Ernestina.

Y tan á tiempo lo dijo, que el pobre D. Liborio rompió á estornudar; y él era hombre que cuando empezaba á estornudar ó á toser repetia, contra su voluntad, hasta molestar á cuantos le oian.

Era una codorniz de esas buenas, que dan hasta diez golpes.

Esta es la bondad de la codorniz, segun los aficionados.

Para los profanos está mejor en un plato, con los alones en jarra, como las sirven en las fondas.

Pues, señor, que una hora despues estaban instalados decentemente padre é hija, y poco despues los baules.

¡Instalados en Madrid!

¡Qué felicidad!

—Es preciso que nos vistamos y salgamos por ahí—dijo la chica.



«LUNCH EN FAMILIA.»—(Cuadro de J. Adam.)

—Bueno, pues nos vestiremos— asintió D. Liborio.

—¿Te pondrás el frac?

—Como tú quieras.

—Aquí lo principal es la ropa.

—Pues mira, no estaba yo muy tranquilo hasta que he visto los baules en la fonda, porque no conociendo al mozo, adivina quien te dió, si se larga con los baules.

—¿Qué cursi eres!

—Gracias, hija; pero tú eres una inocente, que no sabes los peligros á que te expones: en Madrid hay de todo.

—De todo; es natural.

Almorzaron casi bien, y se vistieron casi peor, y se lanzaron á la calle.

Don Liborio, de rigurosa etiqueta para un pueblo.

Parecia con el frac el último pavo veterano de Navidad.

Ernestina se echó encima cuanto poseia de más elegante.

En fin, que iban tan bien los dos, que á los pocos pasos ya habian excitado la hilaridad de sinnúmero de personas.

Intentar seguirlos hubiera sido exponerse á sufrir la misma suerte que los forasteros.

Consta que visitaron á cinco ó seis personas, para quienes les habian dado cartas en el pueblo el médico y el boticario y algun otro vecino.

Se supo que despues habian llevado sus personas al paseo de carruajes del Parque de Madrid, en coche abierto de alquiler, que parecia una babucha moruna.

Vamos, que se lucieron de verdad.

Don Liborio contaba, para hacer frente á la situacion, con ocho mil reales juntos, producto de horrorosas economías durante muchos años.

Pero como era cuestion de ocho ó diez dias el plazo que se habia prefijado para encontrar colocacion, poseia suficiente capital.

Lo del novio de la chica no era tan fácil, segun el maestro, porque no traian cartas de recomendacion para novio.

—¿Aquí no hay pianos?— preguntó la niña al dueño de la fonda.

—Aquí, no, señora; pero si V. quiere se puede traer.

Y pensaba al mismo tiempo:

—¡Buenos huéspedes! Son personas de dinero. La verdad es que no sé cómo han venido á parar á mi casa.

\*\*\*

Don Liborio habia tomado en serio su papel de personaje importante en Madrid.

Tan en serio, que apenas pensaba en su colocacion.

Habia visitado al portero de un caballero, á quien le recomendaba el boticario.

Al portero, porque no conseguia ver al amo.

Los dias pasaban y no se aclaraba el horizonte.

Ernestina veia más claro.

Á los ocho dias de llegar á la capital ya habia tropezado con un novio.

Un jóven se la declaró por señas en el teatro de Lara.

Al salir del teatro le entregó una carta.

Ó el individuo las llevaba como circulares, ó la habia escrito en un entreacto en algun establecimiento próximo.

La carta era una declaracion.

«Hace mucho tiempo que la adoro, señorita.....»

Esta sola afirmacion despertó la curiosidad de Ernestina y rabiaba por preguntarle:

—¿Ha estado V. en el pueblo?

Y como era tenaz, y como se quedaba solita en la fonda, mientras su papá iba en busca de una posicion oficial, pudo lograr su deseo y preguntar al jóven desde el balcon de su habitacion:

—¿Ha estado V. en el pueblo?

—No, pero la habia adivinado á V., porque es la mujer que he acariciado en sueños, mi tipo, mi ideal.....

Y otras necedades del mismo estilo literario.

Era un muchacho poético y embustero como siete generaciones de chalanes.

Es decir, que poseia condiciones sobradas para brillar en ciertos círculos *cursiles* y para seducir á los corazones femeniles tiernos y predispuestos al amor puro.

En fin, que D. Liborio no encontraba colocacion, pero su hija sí la habia encontrado.

—Pídemelo— dijo á su Segismundo, porque así dijo el chico que le nombraban— pídemelo á papá, y nos casaremos.

El muchacho, que, á pesar de su ternura y de su poesia, no se casaba con nadie, segun decia, por resabio tal vez, se hizo el sordo á estas peticiones de la chica.

Don Liborio veia cómo disminuyendo el numerario que tenía en cartera, se aproximaba el momento de la quiebra.

Empezaba á pensar en la plaza que habia abandonado en el pueblo.

Pero como ya la niña habia adquirido relaciones con algunas señoritas, en las pocas casas que visitaba, y la invitaban á reuniones en familia, y sin etiqueta, y cantaba trozos de ópera desfigurada, y oia piropos, se encontraba la muchacha como en la gloria.

Hablarla del pueblo hubiera sido como hablarla de una desgracia pasada.

\*\*\*

Todo llega, y llegó la hora para D. Liborio de encontrar una colocacion decente.

El sueldo no era excesivo: seis mil reales al año en casa particular.

—No tiene V. que escribir, ni que leer, ni que hacer más sino ayudarme y divertirse. En mi casa se reunen algunos amigos y jugamos para distraernos..... á cualquiera cosa.

—¿Y yo?.....

—Usted me reemplazará en ausencias y enfermedades: yo le instruiré y.....

\*\*\*

Y efectivamente, D. Liborio recibia á los amigos de su amo con suma discrecion y finura.

Daba vueltas á la ruleta, y nada más.

Notaba que algunos señores, cuando él los dirigia la palabra, no le contestaban siquiera.

—Hay caracteres raros— pensaba.

Cuando estaban distraidos en el juego y aparecia en la sala un nuevo caballero, D. Liborio abandonaba su sitio y salia al encuentro al nuevo visitante.

—¿Cómo sigue V.?— le preguntaba.

—Rabiando— contestó alguno;— me llevan VV. ya tres mil duros.

Tres días necesitó el ex-maestro para enterarse de su verdadera situación.

Por su parte, el dueño de la casa decía á los *amigos*, que no pasaban de diez ó doce, pero buena gente, ó gente de dinero :

—Creo que ahora podrán VV. jugar á gusto y sin temor de que los engañe ese inocente.

Pero como la suerte hiciera que D. Liborio, sin saberlo, limpiara á los puntos en varias sesiones, estuvo en poco que no se amotináran contra él, diciendo, como dijeron al amo:

—¿Ése?..... Lo que es ese tío es un bribon, un tahir! ¡Vaya unas manitas que tiene el hombre!

Con lo cual D. Liborio quedó cesante y sin haber, pocos días despues de su colocacion.

Pero el dueño de aquella casa le recomendó á un amigo, y éste le colocó en una casa de banca.

Entónces se enteró D. Liborio de que le habian dado el título de *croupier*.

¿Y Ernestina?

Ernestina casó con un caballero á quien habia conocido en casa de unas señoras amigas.

Un hombre de cierta posicion social.

Escribiente en Hacienda con cinco mil reales libres de polvo y paja.

Y D. Liborio, con la ayuda del yerno, logró meter la cabeza en el Ministerio, en clase de portero de última promocion.

Esto lastimaba la dignidad de Ernestina, pero.....

Lo que decian entónces ella y D. Liborio:

—Nosotros no tenemos pretensiones.

EDUARDO DE PALACIO.



«ADAN ARROJADO DEL PARAÍSO.»—(Cuadro de Rubens.)



# BOCETOS.

## ÍNDICE.

*La prima de dos mártires. — El fugitivo del Guadalete. — Corrida prehistórica. — El azufre en la magia. — El libro robado. — La hierba aromática. — El juguete veneciano.*

### LA PRIMA DE DOS MÁRTIRES.

**P**UBLIO y su esposa Celsa, ciudadanos de Roma, aunque cristianos y piadosos, no tenían las virtudes y el carácter que en el siglo IV de la Iglesia conducían al desierto ó al martirio. Admiraban á los correligionarios que reparaban á los pobres sus haciendas para practicar la pobreza voluntaria, y no se consideraban con abnegacion para imitarlos; socorrian en secreto á los perseguidos, y practicaban del mismo modo los sencillos ritos de la Iglesia primitiva, y les asombraba y espantaba aquel valor contagioso de las doncellas, los niños y los ancianos, que confesaban en público sus creencias en aquellos tiempos en que costaba el declararse cristianos sufrir una verdadera pasion y morir crucificados ó á saetazos, ser lanzados al fuego ó perecer en el circo desgarrados por los tigres.

Algo disculpaba la tibieza relativa de Publio y Celsa el amor de padres: ¡era tan hermosa y cándida Virginia, su hija única! Pero no menos jóvenes y hermosas habian sido sus primas Julia y Marciana, y fueron arrojadas al Tiber, dentro de un saco lleno de culebras, por no hacer sacrificios á la diosa Juno. Publio y Celsa recordaban con terror aquel episodio sublime y doloroso, y el valor indomable de aquellas niñas delicadas, que con sus respuestas irritaron á los jueces, y con su resignacion y belleza hicieron llorar á los verdugos. ¿Qué seria de los padres de Virginia si un día llamarán á sus puertas los satélites de Diocleciano para conducir á la presencia del Emperador aquella niña de diez y seis años, de ojos tristes y cara angelical, acostumbada al recogimiento de la casa de sus padres? Aquella idea les sobrecogía y angustiaba. Vivian en una época de terror y crueldades. Además, su sobresalto tenía fundamento.

Virginia estaba melancólica: así solía empezar á presentarse la nostalgia del cielo y la vocacion del martirio en las niñas de su edad. Sin duda empezaba á echar de ménos las reuniones de los cristianos á la hora del alba, las oraciones en comunidad y los banquetes piadosos, y no satisfacían á su ardiente devocion los rezos familiares. Además, los padres sospechaban que su hija habia salido de casa, en complicidad con algun siervo, á la hora del alba, la más peligrosa para los que practicaban á todo riesgo la religion de Jesucristo. Publio y Celsa querían la salvacion de su hija: les enternecia la idea de ser padres de una santa; pero ¿no podría moderar aquella peligrosa exaltacion y ganar el cielo en familia, entre los besos y caricias de sus padres?

Celsa se encargó de espiarla, y una mañana, ántes de amanecer, despertó llena de sobresalto á su marido, haciéndole vestir precipitadamente: se oyó crujir la puerta de la calle, y poco despues seguían Publio y Celsa á su hija, que se alejaba de la casa acompañada de una sierva. ¡Cómo palpitaba el corazon de aquellos padres infelices! Les parecía que iban siguiendo el entierro de su hija.

Ésta se detuvo ante un bosquecillo: llevaba en la mano un objeto que los padres no podían distinguir. Virginia penetró sin vacilacion entre los árboles, y los padres entraron sigilosamente. Despues se detuvieron al ver á su hija arrodillada delante de un altar.

Los ojos de Publio y Celsa se arrasaron de lágrimas al ver aquel espectáculo, sorprendidos de la revelacion que contenía. Habían temido ántes por la vida de su hija, y empezaban á envidiar la suerte de los padres de Julia y de Marciana.

Un amorcillo lindo y vendado, con las alas doradas y en actitud de volar, sonreía sobre un pedestal de mármol cubierto de ofrendas y de flores, en medio de un jardín.

Virginia era pagana, y estaba cubriendo de rosas el ara de Cupido.

### EL FUGITIVO DEL GUADALETE.

Era el mes de Diciembre del año 711. Se acababa de recibir en Toledo la noticia de la derrota y muerte de D. Rodrigo en las orillas del Guadalete. La consternacion era grande; se ponderaba en Toledo la muchedumbre de los moros, sus armas, su fortaleza y el valor de sus caudillos. No participaban, sin embargo, del espanto popular los nobles, bien enterados de las intrigas políticas de aquel tiempo. Para unos, la muerte de D. Rodrigo era un cambio de reinado, favorable para sus intereses; otros sabían más, los tratos del partido de los hijos de Witiza con el invasor, es decir, lo que hoy se llamaría una coalicion de moros y cristianos para destronar á D. Rodrigo.

Algunos señores godos comentaban y celebraban las noticias, burlándose de los terrores del vulgo, en una casa de recreo, no léjos de la capital y á orillas del camino, cuando sonaron algunos golpes en la puerta. Un criado anunció poco despues que pedía hospitalidad un soldado rendido de cansancio.

—¿De dónde viene?—preguntó el dueño de la casa.

—Viene de la guerra. Su caballo ha caído muerto de fatiga delante de la puerta.

—¡Que entre, que entre!—dijeron todos, levantándose.

se de sus asientos y dejando los vinos y manjares para saciar el hambre de noticias.

Abrióse otra vez la puerta y apareció en ella un soldado, con la armadura abollada é incompleta, todo el cuerpo empolvado y el rostro abatido y descompuesto.

—¿Has asistido á la batalla?

—¿Es cierta la muerte del Rey?

—¿Quién manda los ejércitos? ¿Qué caudillo han proclamado?

Y todos le preguntaban á la vez, sin darle tiempo á contestar.

—Ante todo, dadme de beber, que muero de sed y de cansancio.

Los nobles le presentaron sus copas, esperando con ánsia las palabras del soldado. Éste se repuso vaciando algunos vasos, su rostro se coloreó, y luégo dijo con voz triste:

—He asistido á la batalla; he visto al Rey huir en su caballo; el ejército no ha elegido caudillo porque ya no hay ejército; los moros se apoderan sin resistencia de todas las fortalezas y ciudades; he visto rendirse á Eciija, y no he encontrado, desde el Guadalete hasta Toledo, un solo puñado de hombres dispuesto á impedir la ruina de este reino; dentro de quince dias, de un mes ó dos, estarán los enemigos enfrente de Toledo, sin que ningun poder humano se lo impida.

Los nobles murmuraron un instante, luégo cambiaron miradas significativas y prorrumpieron por fin en una carajada.

—¿Sabes las fuerzas del reino, su extension, las riquezas que contiene y los intereses que impiden esa ruina?—la dijo el más anciano.

—Sólo sé que los moros se adelantan y que sus naves arrojan todos los dias en España nuevos enemigos, y que no hay aliento ni jefes que impidan la conquista.

—¿No has oido decir que los grandes sucesos se arreglan en los salones de los palacios y en las celdas de los monasterios?

—Menos cuando el hierro los desarregla en los campos de batalla.

—¿Luego crees que el reino perece?

—Creo que murió en el Guadalete.

—¿Tan completa imaginas la ruina?

—Creo que no tenemos patria.

—Soldado—dijo el dueño de la casa, sonriendo—tienes el vino muy triste: bebe otro trago y vete á descansar; estás borracho.

Y el festin prosiguió cada vez más alegre y animado, brindándose á la salud de los libertadores: D. Oppas y los hijos de Witiza.

#### CORRIDA PREHISTÓRICA.

Á fines del siglo IX, cuando la despues famosa poblacion de Búrgos era una plaza murada y fuerte, como convenia en aquella edad de hierro, pero no muy poblada todavía, hubo un gran alboroto en la tarde de un domingo: creyóse en el primer instante que era un rebato de moros, y los hombres de guerra se vistieron á toda prisa sus cotas de malla y se armaron de picas y saetas; las mujeres, azoradas y curiosas, ocuparon las ventanas, y las gentes pacíficas, las

ménos en aquellos tiempos azarosos, cruzaron las estrechas calles refugiándose en las casas inmediatas.

No era una embestida de moros: un toro bravo, atropellando al centinela que guardaba una de las puertas de la ciudad, habia entrado en el pueblo, embistiendo y arrollando á ciudadanos y soldados que conversaban sin armas en medio de la plaza. Un sacristan que atravesaba por el centro de ella fué seguido por el animal, que desgarrando su túnica le hizo rodar medio desnudo por el suelo; un perro, que vió á su amo tan malparado, ladró con furia, intentando morder el hocico de la fiera, y respondiendo á sus ladridos todos los perros de la vecindad, se lanzaron sobre el toro, que arrimándose á una tapia despidió los canes por los aires y reventó al caer á los más atrevidos.

Aquella detencion rehizo á la gente: un soldado, ajustando el arco desde un extremo de la plaza, rasgó la piel del animal, dejando clavada en ella una flecha, que no internó en la carne. Un bramido espantoso, seguido de rápida carrera, hizo huir á los más bravos: allí cayó mal herido un paje que quiso acuchillar al toro: otros mancebos imprudentes le hostigaban, salvándose de su persecucion trepando por los árboles; pero de vez en cuando la fiera alcanzaba á los más temerarios é imprudentes; dos hombres muertos yacian en medio de la plaza, y habian sido retirados con trabajo cinco ó seis heridos, cuando aparecieron varios ginetes armados de lanzas y cubiertos de hierro hombres y caballos.

—¡Matadle, matadle!—gritaban las mujeres desde las ventanas, y los peones desde los quicios de las puertas.

El toro, que habia retrocedido un instante, embistió al primer jinete, rasgando el vientre del caballo y levantándole por alto: el caballero cayó sobre la arena, produciendo un ruido metálico. Cinco ó seis lanzas atravesaron en aquel instante el cuerpo de la fiera, que cayó, para no levantarse ya, lanzando el último bramido.

—¡Salid, salid, que ya está muerto!—gritaron los muchachos, siempre los primeros en averiguar y propagar las grandes noticias.

—¡Bravo, bravo!—decian las mujeres desde las ventanas, sonriendo á los vencedores.

Poco despues todos los habitantes de Búrgos bajaban á presenciar los destrozos de la lucha, á medir el cuerpo del toro y calcular su enorme fuerza.

—¡Oh, qué serie de desgracias!—decia una pobre vieja contemplando los cadáveres de dos pobres soldados.

—¡Ha herido á mi hijo!—decia otra mujer llorosa mirando con rencor al toro muerto.

La carne del animal fué adjudicada á los jinetes, que dieron un gran festin á sus amigos.

—La verdad es—decian todos, contando los accidentes de aquella extraña aventura—que las gentes no hablan ni hablarán en mucho tiempo de otra cosa.

—Tienen muchas desgracias que contar.

—¿Desgracias? Es verdad. Pero no sé qué tiene el hecho, que casi todos lo recuerdan con gusto y como una diversion. Apuesto á que desearian repetirla.

—No siempre entran fieras en una poblacion.

—Hay quien sería capaz de traer toros para que los matasen á lanzadas.

—No sería malo. ¡Vaya una ocurrencia! He de pensar en ella muchas veces, pero eso es imposible.

—Sí, imposible— repitieron casi todos con tristeza, trinchando con sus dagas trozos de carne de toro asada al uso de la época.

#### EL AZUFRE EN LA MAGIA.

Mientras vivió el sabio rey D. Alonso, el de las Partidas, el judío Isaac fué tolerado y respetado por la justicia, aunque la voz del pueblo toledano le acusaba de entregarse al ejercicio de la magia; cargo que desmentían algunos canónigos, diciendo que no era sino un hombre muy perito y competente en los secretos de la Alquimia, riéndose de los que aseguraban haberle visto volar con alas de murciélago. Pero cuando murió el Rey, su protector, los rumores crecieron y se agravaron, y los defensores del judío disminuyeron; pero nadie le molestaba, y los vecinos, recelosos y atemorizados, le saludaban con respeto, aunque hacían á la justicia en secreto comprometedoras confidencias.

Unos habían visto llamaradas y humo, á las altas horas de la noche, en el terrado de Isaac, y la figura de éste destacándose al fulgor de aquellos fuegos diabólicos; otros se quejaban del fuerte olor á azufre que salía á veces de la ventana del judío, y del humo que, extendiéndose por los edificios inmediatos, les había hecho creer más de una vez en un incendio. Y era positivo, por declaración de un droguero vecino, que Isaac adquiría cantidades de azufre tan crecidas, que no podían consumir más en el infierno. En fin, tantos datos y sospechas fué aglomerando la justicia, que ésta determinó hacer un registro por sorpresa en el laboratorio del judío. Un estampido alarmó una noche al vecindario, y cuando los habitantes de las casas próximas salieron á las ventanas para averiguar la causa del ruido, no vieron nada, ni oyeron voces ni señal alguna de espanto en la casa misteriosa, que estaba envuelta en humo, que se disipaba lentamente sin dejar rastro de llamas ni de fuego.

Todos hicieron la señal de la cruz, jurando que el humo sin fuego no era humo, sino una nube hecha descender por algún conjuro mágico. Aquel escándalo determinó la acción de la justicia.

Un juez y un escribano, acompañados de algunos sayones ó alguaciles, acecharon la casa poco después del cubrefuegos, deteniendo al aprendiz en el momento en que salió á verter los desechos del barrido. Interrogando al muchacho, las sospechas tomaron gravedad: su amo le había prohibido entrar con luz en el taller, donde hacía experimentos, y le asustaba sin cesar ponderándole los peligros de la desobediencia.

—Tengo fuerza suficiente— le había dicho— para hacer saltar un buey hasta las nubes.

Los ministros de la justicia no escucharon más y penetraron en la casa guiados por el aprendiz; ¿qué ocurrió después? El que había quedado á la puerta se sintió impelido y derribado por una fuerza irresistible, mientras un trueno y un relámpago horribles iluminaron el cielo y espantaron la ciudad, sin dejar más rastro que una nube espesísima de humo y un olor que, para ser de naturaleza infernal, no era desagradable.

Cuando las gentes y soldados acudieron, no se determinaron á entrar en la casa, dentro de la cual se veía el cadáver

del escribano carbonizado en la escalera: pidióse auxilio al clero, que, defendido por reliquias y conjuros, entró por fin, para presenciar un espectáculo lastimoso é incomprensible: toda la cubierta de la casa había volado, y sólo hallaron en el taller otros cuerpos ennegrecidos y estrellados en las paredes. El cadáver del juez fué recogido á gran distancia, y fué preciso desclavar otro cuerpo que estaba enganchado en una veleta: era el cuerpo del judío.

La justicia mandó quemar todos los cadáveres, exorcizar las cenizas, derribar la casa y sembrar de sal aquel solar maldito. Los sabios de entonces no se explicaron el suceso.

Los ignorantes de hoy creemos que la justicia de aquel tiempo penetró sin precaución en uno de los primeros polvorines, retrasando la invención de la pólvora durante muchos años. Apoya esta opinión los ingredientes que usaba el judío en sus combinaciones: el carbon molido, el azufre y el salitre.

#### EL LIBRO ROBADO.

Retirábase una tarde del año 1450 al 52, á su convento de Santo Domingo, el Padre bibliotecario Francisco de Jesus cuando, al subir la cuesta que conducía al Monasterio, vió que le hacía señas desde la puerta de su taller Juan Lopez, vendedor de manuscritos, encuadernador y hábil copiante de libros, que en unión de sus oficiales hacía primores con la pluma y delicadas miniaturas de dibujos y colores excelentes.

El dominico era gran aficionado á libros, y comprendió que Juan Lopez le llamaba para enseñarle alguna copia rara, ó por el texto ó por la destreza del copiante, pues en aquella época, como las copias de los libros se hacían á mano, había caligrafos consumados.

—¿Qué novedad me va á enseñar el buen Juan Lopez?— dijo el fraile al llegar á la puerta de la tienda.—¿Es alguna maravilla de colores, hecha por su mano?

—No se trata de obras mías, sino de una Biblia que acabo de comprar, y espero conservar largo tiempo, por la regularidad incomparable de su letra y la extrañeza de su tinta.

—Alguna Biblia podría enseñaros, y habeis de ver, Dios mediante—respondió el dominico—que echo á reñir con la vuestra, por las condiciones que de ella me habeis ponderado.

—Entrad, padre; entrad á verla;—dijo el librero sonriendo.

El libro estaba abierto encima de un tablero, y el Padre bibliotecario se dirigió á examinarle con la curiosidad é interés de un bibliófilo, mientras los oficiales interrumpían su trabajo para oír la opinión de aquel inteligente.

El rostro del dominico dió primero señales de sorpresa: se acercó al libro, tentó el papel y las fuertes tapas de cuero; le hojeó con precipitación, fijóse en unas erratas y sonrió maliciosamente, mirando con socarronería á Juan Lopez y á sus ayudantes.

—¿Qué os parece?—dijo el librero con sorpresa y sin comprender el gesto irónico del fraile:

—¿Qué me ha de parecer?.....

Y sin concluir la frase volvió á abrir el libro por la portada, quedóse grave, miró á trasluz la hoja, y añadió, fijando en el librero la vista con severidad:

— Me parece que tenéis una sustancia prodigiosa para borrar, sin dejar huella, la firma de los dueños de los libros, y que estais excomulgado.

Juan Lopez palideció, y el espanto y la sorpresa no le dejaron contestar.

— Y como os tengo por persona honrada, no os acusaré á vos mismo; pero os advierto que habeis adquirido un libro que ha sido robado hoy mismo á la biblioteca del convento, borrando la firma que puse ayer en la portada.

— ¿Decís que ha sido robado hoy mismo?

— Sí; esta mañana le hojeé ántes de salir.

— Pues bien, padre Francisco, puedo probaros, por el testimonio de los presentes, que el libro está en mi poder desde ayer tarde.

El dominico le dijo friamente:

— La causa que se forme decidirá el valor de los testigos: ¿no teneis otro?

— Otro y muy bueno: persona venerable y religiosa — respondió Juan Lopez.

— Haced que vayan á buscarle, y le esperaremos, con el libro, en la biblioteca del convento, adonde os intimo le lleveis ahora mismo.

Un aprendiz recibió un recado del maestro, y salió corriendo como un gamo: otro de los oficiales tomó el libro, y el bibliotecario y el librero se encaminaron juntos y llegaron, disputando con calor, al convento de Santo Domingo.

— ¿Conoceis este libro? — dijo el bibliotecario á otro fraile que le servía de amanuense.

— ¿No he de conocerle? Es el que nos regalaron ayer. ¿Cómo viene de fuera, si se encerró en aquel estante?

Y abriendo el armario, sacó, lleno de sorpresa, otro libro igual, que examinaron todos los presentes, haciéndose cruces al ver su inexplicable semejanza. Eran dos libros gemelos, exactos, con las mismas erratas y bellezas. No se cansaban de compararlos y notar sus coincidencias; y se hubieran vuelto locos á no llegar el aprendiz con otro libro, siguiendo á un sacerdote de la iglesia de Santa Maria, recién venido de Roma aquellos dias.

El tercer libro era igual exactamente.

— ¿Podréis explicarnos esto? — dijo el bibliotecario.

— Esto — repuso el sacerdote — es que he traído á Madrid tres libros impresos; es decir, hechos á máquina, que vienen á concluir con vuestro oficio de copiante, amigo Juan Lopez, pero que difundirán el saber por todas partes; ya no haréis escribir un solo libro á vuestros oficiales; pero venderéis muchos ejemplares de cada obra, y vivirán del nuevo oficio innumerables operarios.

Y explicó á sus asombrados oyentes el mecanismo de la Imprenta.

#### LA HIERBA AROMÁTICA.

Gran día fué el 15 de Marzo de 1493 para los habitantes de Palos de Moguer. ¡Qué abrazos recibían los expedicionarios de la *Niña* y de la *Pinta*, que sus familias y amigos creían ahogados y deshechos en los abismos del mar tenebroso, y regresaban sanos y salvos, llenos de gloria, cargados de curiosidades y difundiendo los últimos y maravillosos descubrimientos de la Ciencia. Las gentes festejaban, bendecían y aclamaban á Colon, y luégo formaban círculo

en derredor de sus amigos y escuchaban con admiración las relaciones de aquel viaje romancesco.

— ¿Tan excelente es aquella tierra? — preguntaba un bachiller á su paisano y amigo el expedicionario Pedro Luna.

— El clima es delicioso; los habitantes, de un carácter dulce y apacible; las aves y las plantas, de formas y apariencias vistosas..... — respondió Pedro.

— ¿Te sorprendería aquel descubrimiento..... y el hallar hombres y tierras encantadoras en lugar de monstruos y oscuridad, ó mares de fuego?

— No me lo esperaba, y me entristeció. El almirante buscaba tierras: yo buscaba encantos y prodigios; barreras de agua defendidas por dragones; el lecho de llamas en que se acuesta el sol, y la fábrica de las tempestades y relámpagos.

— ¿Y nada de eso hallásteis?

— Nada de eso; hemos ensanchado los mares y la tierra, con otros mares y otras tierras semejantes: tengo la seguridad de que con una nave, por Oriente y Poniente, por el Norte ó el Sur, sólo se encontrarán aguas como las que estamos viendo, y hombres como nosotros en sus islas. El reino se ha enriquecido, pero mi imaginacion se ha hecho pobre y árida. Hemos borrado y perdido el camino de los prodigios y los monstruos.....

— ¿De modo que ya no nos abandonarás otra vez?

— Te equivocas, volveré á partir en la primera expedicion.

— Virtud es.....

— No, sino vicio.

— ¿Quién te lleva á las Indias?

— Esta hierba aromática. Diéronmela á gustar los indios, de una isla llamada Cuba, y tanto placer me dió, que no traigo ni oro, ni flechas, ni pendientes, ni caretas, ni loros amaestrados, sino hacecillos de esa planta, conque me perfumo la boca sin cesar.

Y arrimando á un ascua viva, Pedro, un manojillo delgado de hojas de color rubio negruzco, le aplicó á sus labios por el sitio opuesto al de la lumbre, aspiró con deleite y lanzó luégo por la boca una nube de humo de olor desconocido y agradable.

— ¿Cómo se llama esa hierba? — dijo lleno de curiosidad el bachiller.

— Se llama tabaco.

— Déjame probarlo.

— No lo probarás, por tu bien: esta hierba marea y produce náuseas al que no nació para aspirarla. Envicia y hace esclavo al que se entrega á su deleite.

— Pobre amigo mio — dijo el bachiller estrechándole la mano; — ántes vivías de ilusiones; ahora vives de humo: siempre serás el mismo.

#### EL JUGUETE VENECIANO.

— ¿Les parece á usías conveniente — decía el preceptor á los hijos de un magnate de la corte de Felipe III — hacer esperar tanto á su maestro, que viene del otro extremo de Madrid á darles su leccion de cosmografía y matemáticas?.....

— Es que.....

— ¡Silencio! — dijo el maestro, interrumpiendo á Fernandito, lindo y travieso muchachuelo de diez años; — que ha-

ble el hermano mayor: D. Juan es el mayorazgo y le corresponde la preferencia.

Don Juan tendría dos años más que su hermano, y en su aire de superioridad se comprendía que estaba acostumbrado á las adulaciones de su rango y títulos futuros.

— Nos ha entretenido un juguete que me han traído de Venecia — respondió con cierta altanería; — es muy bonito y le hemos estado ensayando en el jardín.

— ¿Y creen usías que el juego es preferible á los estudios?

— Es que nos han dicho que este juguete es científico.

— ¿Cómo y cuándo puede ser la Ciencia objeto y ocasión de juego? — dijo indignado el profesor.

— Aquí está — replicó Fernandito sin poder contenerse, y sacando un tubo de latón, por el cual se puso á mirar á la ventana.

— Venga ese juguete — repuso el maestro arrebatándose al niño y examinándole con atención. — ¿Cómo se llama esto?

— Dicen que se llama telescopio. Se ven con él más gran-

des y más cerca las personas y los árboles que están lejos — repuso el mayorazgo.

— Esas son ilusiones ópticas — replicó el maestro; — aberraciones de la vista.

— No, señor profesor; mire su merced por los cristales de ese tubo; — decían los niños, invitándole á mirar.

— ¿Creen usías que he de convertir la clase en juego? Además, ya conozco este instrumento y les advierto que es muy peligroso. Sobre todo, les prohibo mirar con él al cielo. Sepan usías que sus aberraciones y las visiones que produce han vuelto el juicio á algunos en Italia. Mirando por ese tubo se ha atrevido un mentecato á negar el movimiento del sol en torno de la tierra.

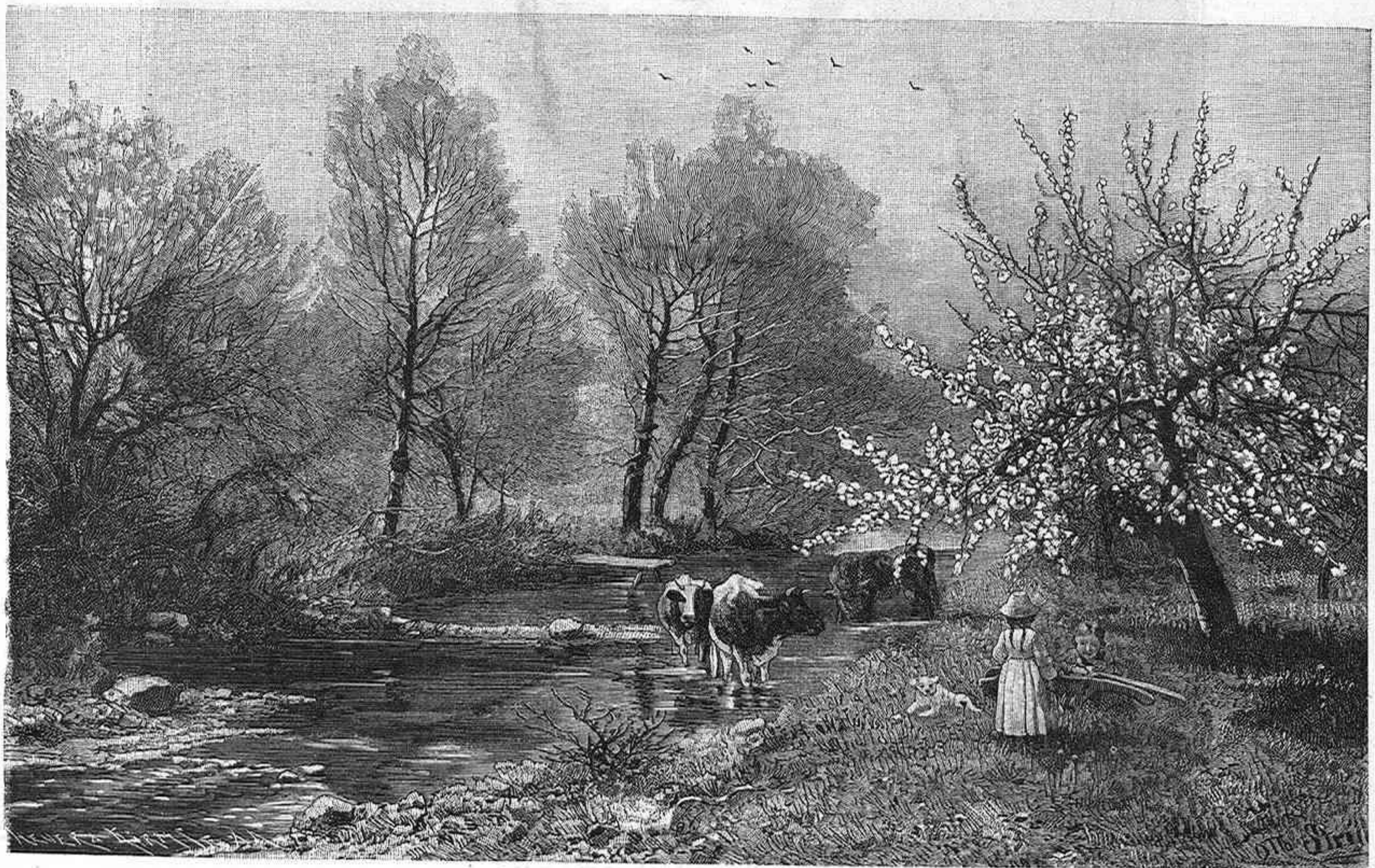
— ¿Es posible negar eso? — decían sonriendo los alumnos de cosmografía.

— Eso es posible con el engaño de esos tubos.

— ¿Y quién es ese loco?

— Un embaucador que se ha empeñado en defender los mayores absurdos: un tal Galileo.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.



PRADERA SUIZA.

MUJERES CÉLEBRES



MADAME RECAMIER.

(COPIA DE UN RETRATO AUTÉNTICO).

# NOCHES DORADAS.

(PÁGINAS DE UN LIBRO INÉDITO.)

## INTRODUCCION.

¡Reinas de las alegres bacanales  
De mis noches doradas,  
Alzad las finas copas de Bohemia  
De espuma coronadas!

Habeis pedido á mis ardientes labios  
Inspiradas canciones y poesías;  
Mis amorosos labios sólo tienen  
Besos, hermosas mias.

Mas es fuerza cantar. Como á vosotras  
Y al inmortal Fortunio, me seduce  
Todo cuanto fulgura y centellea,  
Cuanto brilla y reluce.

Voy á cantar la púrpura y el oro,  
El raso, la luciente pedrería,  
El pórvido, el cristal, las hermosuras,  
Las rosas y la orgía.

Voy á cantar los bailes, las verbenas,  
La serenata, el vino, los amores  
Y las rejatas moriscas donde estallan  
Los besos y las flores.

¡Mas despues que mis cánticos de fuego  
Se hayan en los espacios extinguido,  
Diosas de los placeres, dadme, dadme  
Para siempre al olvido!

¡Chocad las finas copas de Bohemia,  
De espuma coronadas,  
Reinas de las alegres bacanales  
De mis noches doradas!

### BYRON EN LA BACANAL.

Es la alta noche. La ciudad fantástica,  
Con sus torres y alcázares labrados,  
Cual florentinas joyas, duerme envuelta  
En la más densa oscuridad. Tan sólo  
Fulgura en las tinieblas de la noche,  
Como alegre sonrisa de una hermosa  
Á traves de tupido y negro velo,  
Una góndola azul, iluminada

Con antorchas y globos de colores.  
En el esquife suenan voces, risas  
Y canciones de amor. La pintoresca  
Góndola es el magnífico teatro  
De loca bacanal. Sueño parece,  
Fruto de la exaltada fantasía  
De un poeta oriental, la deslumbrante  
Fiesta que ríe en las calladas ondas.  
Bajo un dosel de púrpura y de oro,  
Y en torno de una mesa coronada  
De resplandores y fragantes rosas,  
Seis régias hermosuras de luciente  
Cabellera estrellada de diamantes,  
Y otros tantos mancebos bulliciosos,  
Celebran un festin en el esquife.  
Sobre la falda de crujiente seda  
De una rubia beldad de ojos azules,  
Que recuerda á la blanca Fornarina,  
Gallardo jóven tiene reclinada  
La cabeza gentil.

—¡Que hable el poeta!

¡Que entone el lord una cancion de amores!—  
Gritan las diosas de la fiesta báquica.  
É irguiéndose de pronto aquel mancebo,  
De ojos radiantes y cabeza olímpica,  
Y tomando una copa fabricada  
Con un cráneo montado en oro y perlas,  
Así exclama con voz clara y vibrante:  
— Como el rey Jorge IV, que vivia  
Entregado á las fiestas bulliciosas,  
Y olvidando, entre impúdicas hermosas,  
La oculta pena que su pecho heria,  
Así mi corazon vivir ansía.  
¡Dadme vino; ceñid mi sien de rosas  
Y acárciadme tiernas y amorosas,  
Estrellas fulgurantes de la orgía!  
¡Así quiero vivir! Y cuando muera,  
Fabricad mi ataúd con la madera  
De vuestro dulce bandolin sonoro,  
Y colocad sobre mi cuerpo helado  
Un sudario magnífico, formado  
Con vuestros chales de brocado y oro!—  
Mientras los comensales aplaudian  
Este erótico canto, el lord sublime,  
Apurando febril hasta las heces  
El áureo vino en la siniestra copa,

Desplomóse embriagado sobre el suelo,  
Rodando su corona de poeta,  
Su corona de estrellas inmortales,  
A los piés de infamadas meretrices!

### LA NOCHE-BUENA.

Risas, placeres, el altar dorado;  
La familia que canta y se recrea  
En torno de la blanca chimenea;  
El vals alegre, rítmico y alado.

El corazon valiente del soldado,  
Henchido del recuerdo de su aldea,  
Y el champañ, que en la copa centellea,  
De cristalina espuma coronado.

Los infelices, la tormenta, el frio;  
El niño abandonado, que suspira  
Triste y glacial; la voz atronadora  
Del hondo mar colérico y bravío,  
Y la campana, que, cual férrea lira,  
Ya parece que canta, ya que llora.

### LAS VISIONES EN LA COPA.

En mi alegre edad pasada,  
En mi juventud hermosa,  
Cuando, en fiesta bulliciosa,  
Del vino la onda dorada

En mis ojos sonreía  
Y arrebatava mi mente,  
En el cristal reluciente  
De la copa yo veía

Mujeres de abrasadores  
Labios y rostro divino,  
Que alfombraban mi camino  
Con áureas palmas y flores.

Otras veces divisaba  
En el cristal luminoso  
Un escenario grandioso,  
Donde se representaba

Una brillante obra mia,  
Sublime drama inspirado,  
Que el público, entusiasmado  
Y delirante, aplaudía.

Y allá distante, á lo léjos,  
Mi cabeza coronada  
De laurel y rodeada  
De fantásticos reflejos.

Hoy que, por siempre, ha pasado  
La edad del sol y las rosas,  
En las fiestas bulliciosas,  
Cuando el vino ha arrebatado

Mi desordenada mente,  
¡Ay! sólo ve el corazon  
Esta fúnebre vision  
En la copa reluciente :

La noche azul y radiosa  
En que murió el amor mio,

Y el cementerio sombrío  
Donde su cuerpo reposa.

### LA BEBEDORA DE PERLAS.

#### I.

En el fondo luminoso  
De una luna de Venecia,  
Contemplando está su imágen  
La bebedora de perlas.

Sobre su desnuda espalda  
De pórvido rosa, ondea  
Resplandeciente su fina  
Y sedosa cabellera.

Y su seno, que parece  
Blanca y lozana camelia,  
Como el ala de una tímida  
Paloma palpita y tiembla.

Al contemplar su hermosura  
La bebedora de perlas,  
Sus ojos fosforescentes  
De placear relampaguean.

Y entre sus labios de fuego  
Satánica risa vuela,  
Como entre rojos claveles  
Una mariposa negra.

#### II.

Sobre el cojin de oro y raso  
De flamante carretela,  
Va altiva y deslumbradora  
La bebedora de perlas.

Vedla; ondula y se estremece  
Bajo su traje de seda,  
Cual reptil bajo la gasa  
De la verde y fresca hierba.

Entre sus negros cabellos  
Los diamantes centellean,  
Como los terribles ojos  
De un chacal en las tinieblas.

Del sol, que va declinando,  
La roja y brillante hoguera  
De sangrientos resplandores  
Ciñe su gentil cabeza.

Y oigo en el fragor y estrépito  
De su veloz carretela,  
Estampidos de pistolas,  
Gritos, sollozos y quejas.





LAS NOCHES DE LA REGENCIA.

El áureo vino rie entre las rosas,  
 El cristal y luciente argentería  
 Del festín donde todo es alegría,  
 Impudor y caricias amorosas.

Desnudeces olímpicas y hermosas  
 Ostentan las beldades de la orgía;  
 Suenan cantos de erótica poesía,  
 Gritos y carcajadas bulliciosas.

Y en un alto sitial, la copa llena,  
 De flores y de mirto coronado,  
 Y dando al viento una canción obscena,

Está el Regente, el sátiro beodo,  
 Que manchó la bandera del honrado  
 Pueblo francés de vino, sangre y lodo!

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO.

(EN EL CONCIERTO.)

I.

Llueve: la tarde es triste y nebulosa.  
 Al beso de la lluvia fecundante  
 Su frente inclina la purpúrea rosa,  
 Como al ósculo fresco de su amante  
 La enamorada virgen ruborosa.  
 El agua cristalina  
 En el árbol frondoso centellea,  
 Cual joya de diamantes que campea  
 En los verdes cabellos de una ondina;  
 El ruiseñor se oculta y enmudece,  
 Busca el nido la oscura golondrina,  
 La floresta reluce y se estremece,  
 Y la lluvia, entre tanto, gime y llora,

Y con sus hilos fúlgidos parece  
Un arpa de cristal, grande y sonora.

.....  
Con el alma tan triste como el cielo  
De este lluvioso día,  
Entro, buscando á mi dolor consuelo,  
En el templo inmortal de la armonía.

## II.

Lóbrego estaba el ámplio coliseo  
Cuando en él penetré; pero en la esfera  
Azulada hubo un vivo centelleo,  
Y apareció radiante y placentera  
La luz del sol, entre vapores rojos,  
Que al entrar por los vidrios de colores  
Del templo musical, mostró á mis ojos  
Un agitado mar de resplandores.  
Allí el cuello de encajes, la lujosa  
Seda y el raso espléndido, las flores  
Entre los rizos negros ó dorados,  
Los seductores rostros de las bellas,  
Los lindos arabescos esmaltados  
De la sala elegante y anchurosa,  
Las joyas coronadas de centellas,  
El alegre abanico fulgurante,  
La mantilla de nieve, la lustrosa  
Pechera de marfil, el chal brillante  
Bordado de vistosos colorines,  
La luz artificial vertiendo estrellas  
Sobre trompas, timbales y clarines,  
Y dorando la lira melodiosa.....  
Todo resplandecía,  
Todo lanzaba rayos y fulgores,  
Formando una grandiosa sinfonía  
De relámpagos, luces y colores.

## III.

La orquesta abrió el concierto soberano  
Con la maravillosa melodía  
*El Sueño de una noche de verano.*  
Y en aquella cascada de armonía,  
Como en un cosmorama, yo veía  
Mi adolescencia, plácida alborada;  
El blanco campanario de mi aldea,  
Con su rota veleta cincelada,  
Que en lo azul se destaca y centellea;  
Mis primeros amores;  
Las rejas llenas de olorosas flores  
Y de besos ardientes,  
Y aquellas noches puras y lucientes  
En que el alma volaba  
De astro en astro, y en lumbre se bañaba.  
Después mi arrebatada fantasía  
Se pobló de magníficos ensueños  
De luz y poesía,  
Ora tristes, ya alegres y risueños.

Vi entónces la feliz y plateada  
Noche del seco estío,  
Y en la corriente de brillante río  
Una barca poblada  
De bulliciosos jóvenes y hermosas  
Coronados de rosas,  
Que al viento daban risas y canciones,  
En tanto que en la orilla floreciente  
Un mancebo de pálidas facciones,  
De tristes ojos y abatida frente,  
Alejarse miraba en la corriente  
El esquife sonoro.  
Borróse esta vision de rosa y oro,  
Y apareció una noche tenebrosa,  
En cuyo fondo lúgubre y sombrío  
Alzábase la imágen pavorosa  
De trágico y sangriento desafío.  
Y semejaba en el oscuro cielo  
La amarillenta luna agonizante  
Un cráneo de marfil sobre un gigante  
Catafalco de negro terciopelo.  
Tras este cuadro fulguró radiante  
Bello tropel de náyades y ondinas,  
Bañándose en azul y terso lago,  
Al cadencioso halago  
De canciones y músicas divinas  
Que entonaban las ondas cristalinas.  
Luégo una huerta apareció frondosa  
Con sus parras, su fuente rumorosa,  
Sus rosales y arpados ruiseñores;  
Y bajo de un granado, cuyas flores  
De púrpura y de fuego parecían  
Labios abrasadores,  
Dos amantes besábanse y reían.  
Desvanecida esta vision de amores,  
Surgió un gótico templo iluminado,  
Todo vestido de tisú de oro,  
Con su altar de azucenas adornado  
Y su esculpido coro,  
Donde cantaba el órgano sonoro.  
Al pié del ara una gentil doncella,  
De rubia cabellera reluciente,  
Como el fleco dorado de una estrella,  
Ceñida de azahar la casta frente,  
Y la figura bella  
Envuelta en blanco velo trasparente,  
Daba su mano fina y delicada  
Á un gallardo mancebo, de mirada  
Placentera y airoso continente.  
.....  
Mas ¡ay! enmudeciendo de repente  
La orquesta, desplomóse el atrevido  
Alcázar que elevó mi fantasía,  
Volviendo yo, doliente y abatido,  
Á la espantosa realidad sombría.  
¡Entónces, comparando  
Mi alborozada juventud serena  
Con estos tiempos de cansancio y pena,  
Toda la tarde la pasé llorando!

MANUEL REINA.

# LA PINTURA DECORATIVA.

(CARTONES PARA UN CUADRO.)

## I.



Si se le encomendárá á un artista que copiase en una hoja de papel de cartas todo aquel fresco de la Galería de las Batallas, en el Escorial, que pintaron los hijos del Bergamasco en una pared de más de 180 piés de longitud, no habria de hallarse más confuso, perplejo y medroso que yo me hallo al haber de discurrir, con tiempo escaso y en espacio angosto, sobre materia tan vasta como la pintura decorativa.

Tema es que reclama detenido y amplio estudio, meses de trabajo y páginas á cientos. ¿Cuál será, pues, de mísero é insuficiente este articulejo, concebido en un día, estudiado en cinco y escrito en siete?

Pero, no sé si por desgracia ó por ventura, andamos todos, escritores y lectores, tan acostumbrados á las ciencias, las artes y las letras por horas, como los coches que usan los periódicos, que ya apénas sorprende el que asuntos de suyo arduos y complejos se resuelvan, mediante algunas plumadas, en el espacio que ocupa un folletín.

Sírvame, pues, esta mala costumbre para defender mi mala causa—porque pedir para malas causas buenas razones fuera pedir gollerías—y así como el artista supuesto podría únicamente, por mucho que se calentára los cascotes, indicar con algunas líneas la traza y contorno general de aquella pintura de sesenta varas de largo—en la que fingieron la batalla de Higuera, ganada á los moros por D. Juan II, los citados Fabricio y Nicolas Castelo—sin que le fuese posible, aunque lo mandase la Bula—y el mismo Papa—pintar una por una los miles de figuras que allí se agitan, así yo daré en estos renglones una idea general, muy somera, de lo que ha sido y es la pintura decorativa, sin meterme, de manera alguna, en dibujos, esto es, en detallar y concretar la idea.

Importa advertir—y aquí el prefacio acaba—que no he tenido á las manos ni conozco libro alguno que trate en especial de la materia, y que lo escaso y ruin que aquí exponga, tanto en narracion como en apreciaciones, «á nadie debe nada», como vulgarmente se dice, ó lo que es igual, que será ruin, será escaso, pero será mio.

Ahora empecemos, como la lógica manda, por enseñar lo que es pintura decorativa, aunque sea para ello preciso—y lo es—inventar una definicion.

Entiendo que debe denominarse pintura decorativa aquella que sirve para la ornamentacion exterior ó interior de un edificio ó de un objeto.

De la precedente definicion derivanse al punto las consecuencias que siguen:

La pintura decorativa, en cuanto á su esencia, es de dos

géneros: por naturaleza ó por aplicacion. La primera tiene por base lo que en la academia se nombra dibujo de adorno, y comprende las combinaciones de contornos y de tintas, cuyo conjunto halaga á los ojos sin expresar cosa alguna ni constituir composicion razonada; á este género pertenecen los festones, guirnaldas, borduras, follajes y demas «motivos» ornamentales, lleven ó no figuras. Pintura decorativa por aplicacion es aquella que ha adquirido tal carácter por el sitio á que ha sido destinada, si bien goza de vida propia, y comprende todos los cuadros, ó sea composiciones pictóricas, que ilustran un techo, un friso, un entrepaño, un mueble, un tapiz, un libro ó un jarron.

Por su apariencia, la pintura decorativa admite tambien dos divisiones: la mural, que, cual su nombre indica, sirve para las superficies planas ó curvas de un edificio, y la industrial, que se usa en objetos y piezas de adorno.

Igualmente se infiere de la definicion que la pintura decorativa es arte dependiente de otro—arquitectura, escultura, talla, etc.—al cual tiene que seguir y obedecer, advirtiendo que esta dependencia en modo alguno la priva de accion ni tampoco menoscaba su belleza.

Dedúcese, además, que, como toda especie de trabajos, cabe toda categoría de artistas en la pintura decorativa, desde Rafael de Urbino que exorna las galerías del Vaticano; Correggio, que matiza la cúpula de la iglesia de Padua, y Rubens y Goya, que manchan cartones para tapices, hasta el modesto y oscuro artífice que inventa y dibuja muestras para papel y tela, y adorna con el pincel la porcelana, la loza, la madera ó cualquier otro material de las artes industriales.

Y colígese, por último, de algunas consideraciones anteriores, y de la índole propia de la pintura decorativa, que el pueblo donde ha dominado y domina en absoluto, sin alternativa ó mezcla de ninguna especie, es el japonés, y tambien en orden un tanto inferior el egipcio y el árabe, supuesto que en ninguno de estos países sirvió jamás la pintura para otra cosa que no fuese «la ornamentacion exterior ó interior de un edificio ó de un objeto».

## II.

Nombré al pueblo egipcio; por él ha de empezar forzosamente cualquier reseña histórica; que fué en Egipto donde alborearon los elementos de todas las civilizaciones.

Tocante á pintura decorativa, ya insinué que fué allí la única; cuadros propiamente tales, no hay noticia de que existiesen, y empleábase el pincel, ya para decorar edificios, ya objetos.

Diodoro de Sicilia, en sus viajes por el país de los Ptolo-

meos, vió, en el interior de lo que él denomina tumba de Osmandias, el techo «de una sola piedra sembrado de estrellas sobre fondo azul», modo de fingir cielos, que ha repetido centenares de veces la más vulgar pintura de adorno. Los muros de las cámaras mortuorias, ó sea de edificios iguales al que visitó el famoso historiador siciliano, adornábanse con dibujos coloridos, representando escenas religiosas y de la vida ordinaria; combates, ofrendas, operaciones agrícolas, trabajos manuales y otros semejantes asuntos, curiosos de suyo y por extremo interesantes para el conocimiento de la etnografía egipcia. Pintábanlos sobre losas calcáreas ó sobre tablas de sicomoro, en uno y otro caso al temple; y denominé estos trabajos dibujos coloridos, porque diseñaban los artistas las figuras y les daban luego de color, sin claro oscuro ni gradaciones ó empastes.

Originábase este procedimiento, no sólo del escaso conocimiento de los artistas (ó quizá, como algun autor sospecha, de la precision de ajustarse á modelos y formas hieráticas), sino tambien del modo de usar los colores. Carecian de paleta ó útil semejante, y como los actuales pintores de paredes, llevaban el líquido en pucheretes é iban mojado el pincel en uno tras de otro para dar una sola tinta cada vez.

En otras ejercitaban los egipcios el arte pictórico sobre papiros que ilustraban con viñetas coloridas, segun diriamos ahora; tambien encarnaban las esculturas de madera y matizaban hábilmente las cajas de las momias, reproduciendo el rostro del difunto y acumulando emblemas y figuras simbólicas.

A pesar de la pobreza de recursos que acabo de indicar, no carecen de atractivo las pinturas egipcias: el tono general es armonioso; las actitudes, propias; el movimiento, acertado; y en ocasiones, cuando el artista parece como que intenta violar la severa ley sacerdotal que todo lo reglamentaba, nótese en las figuras, ya esculpidas, ya pintadas, una soltura de contornos que, sin que haya en ello exageracion alguna, recuerda al punto el estilo griego.

Verdad es que, como la Arquitectura, las demas artes de Grecia procedian de Egipto, si bien aquella raza privilegiada hacia siempre lo propio: perfeccionar y embellecer cuanto se apropiaba.

Al tratar de la pintura decorativa de los helenos, hay que recordar, ante todo, la más simple, como que casi era más de obrero que de artista, pero que ha dado lugar á empeñadísimos debates; aludo á la coloracion de los monumentos arquitectónicos. Las concienzudas investigaciones de Quatremère de Quincy, de Semper, de Hittorf y de otros han puesto en evidencia, no solamente la policromia de las figuras, sino la de los edificios griegos. Es ya indudable que, así como pintaban y vestian sus estatuas religiosas, ni más ni ménos que las Vírgenes y los santos españoles, así daban de tintas diversas, generalmente enteras y fuertes, á las columnas, los capiteles, los arquivadas, los frisos, las cornisas, los frontones y hasta las acroteras de los templos.

Esto cuanto al exterior, que, segun la moderna crítica artística sostiene, no perdía su belleza y su elegancia en ello; cuanto al interior, la *cella*, como las naves de las iglesias cristianas, admitia composiciones pictóricas, unas mitológicas, otras meramente ornamentales. Á este orden pertenecian las de los techos planos, segun era propio de la ar-

quitectura griega, si bien realzados por vigas y artesones, como lo fueron andando los siglos las techumbres del Renacimiento.

Pintaban en ellos follajes, florones, grecas (que de su origen tomaron el nombre) y gentilísimas combinaciones de curvas copiadas del reino vegetal y de figuras del reino animal, cuya combinacion pasaba á ser dominio del reino de la fantasía. Estos donosos juegos del pincel, aplicados en ocasiones á las superficies verticales de los edificios, quedaron cual modelo, nunca aventajado, de tal linaje de adornos. Y ello es tan cierto, que ni Rafael, en Roma, mil ochocientos años despues, ni Beraín, en París, al cabo de dos mil, hicieron otra cosa que lindas variaciones sobre aquel tema.

En estas mismas pinturas griegas, á que aludo, es de notar que las figuras, ya humanas, ya irracionales, eran de muy reducido tamaño y veíanse de perfil; lo uno, porque no servian más que de motivo ó elemento de decoracion; lo otro, porque la perspectiva y el escorzo parecíanles, y con razon, inadecuados, cuando de un muro se trataba.—Recuérdese á este propósito la lógica y sinceridad de sus relieves comparados con los del Renacimiento; el insigne Fidias destacaba en ellos las figuras sobre un plano, como pegadas á él, mientras que el no ménos insigne Ghiberti fingia en los suyos lontananzas y perspectivas.

Pintaban, pues, los griegos, como esculpian, al decorar paredes; no así cuando producian verdaderos cuadros, ora de caballete, como diriamos hoy, ora murales. En estos, que caen bajo la jurisdiccion del presente artículo, descollaron—al decir de Strabon, Pausanias, y muy especialmente Plinio, que tantos datos sobre artistas griegos y romanos nos legó en su *Historia Natural*—los siguientes artistas: Polygnoto, que todavía con manejo rudimentario del color, de las sombras y de los fondos, cubria de enormes composiciones históricas los pórticos del Pœcilo de Atenas; Micon y Paneno, que cooperaron á esta obra colosal con frescos—que tal debieron de ser—tan importantes por el tamaño como por el asunto (Micon decoró además el templo de Teseo); Zeuxis, que, aunque dedicado á retratos, figuras sueltas ó composiciones sencillas de soberana hermosura, decoró, segun Eliano, uno de los palacios del rey Arquelao de Macedonia.

Los otros grandes pintores de la Grecia: Apolodoro, Parrasio, Aristides, Timántes, Apéles, Protogenes, Nicomaco, Pamfilio, no pueden, en rigor, ser aquí citados, por cuanto sus obras fueron ajenas, por lo comun, á la pintura decorativa.

### III.

Los vestigios que en Pompeya y Herculano, mejor que en parte alguna, han quedado de la pintura romana, sirven á maravilla para estudiar el arte griego (1). Nada en punto á artes inventó Roma, excepcion hecha del arco (del cual se

(1) Entre las copiosas cuanto lindas y diversas pinturas decorativas halladas en la ciudad del Vesubio—y que han creado el género que se denomina *pompeyano*—son de notar, por un lado, las figuras, ejemplo de gallardo dibujo y armonioso colorido, y por otro, los motivos ornamentales, dotados de exquisita gracia. Son tambien muy curiosas, en otro orden, las escenas lúbricas pintadas en los muros de un lupanar, y una especie de caricatura del Juicio de Salomon, fresco descubierto en el estio de 1882 y ejecutado con soltura y vivacidad notables.

han hallado en Egipto algunos ensayos); pero mientras en arquitectura produjo artistas de tanto renombre como Vitruvio, en escultura y pintura no sobresalió ninguno que con los pintores y estatuarios griegos compitiera.

Por lo que á pintores atañe, cítanse un Fabio Pictor, un Pacuvio, un Lucio Hostilio, un Turpilio, un Quinto Pedio, un Amulio..... pero de ninguno conserva la Historia datos ni circunstancias que permitan alistarlos de hecho y de derecho en las huestes del pincel. Lo que de ellos se lee aquí y allá en libros diversos es vago, y á menudo con grandes baruntos de imaginativo.

Tiénese por averiguada, en cambio, la existencia y obras de un tal Ludius, que floreció en tiempo de Augusto y que era precisamente pintor decorativo de profesion. Plinio pondera las vastas composiciones al fresco, representando marinas, paisajes y caprichos arquitectónicos de toda especie, tan variadas como abundantes y tan amenas como baratas, con que ornó los salones y galerías de los romanos, y ademas las fachadas y azoteas de las casas y las paredes de los jardines. Este Ludius, á lo que se infiere, era, si cabe decirlo así, un pintor fino de brocha gorda.

Para dar remate á esta sucinta reseña de la pintura decorativa en la antigüedad, dedicaré un recuerdo, aún más sucinto, á la cerámica y á los mosaicos.

Los primitivos ejemplares de alfarería artística no llevaban más que groseros trazos; vinieron despues los de fondo amarillo ó encarnado con dibujos negros; suelen éstos denominarse vasos etruscos, y los modelaban y pintaban artifices griegos. Más adelante esta sencillez tan bella de la decoracion fué cediendo el paso á vasos de fondo rojo ó negro, ornados con dibujos blancos, y más adelante con dibujos amarillos, violados y hasta con toques de oro.

Unos y otros son vasos griegos ó italo-griegos; romanos no, porque Roma nada produjo en este ramo de las artes decorativas.

Los mosaicos procedían sin duda de Oriente: allí debió de nacer, segun fundadas conjeturas, el pensamiento de imitar con piedras de colores los tapices; dícese tambien que los griegos aprendieron de los fenicios el modo de ajustar las piezas; pero es lo positivo que en Grecia adquirió proteccion y desarrollo el arte del mosaicista, aplicado al pavimento, y que de Grecia pasó á Roma. En la Ciudad Eterna, en Pompeya y en algunas otras ruinas de la Edad Romana, han aparecido en los pisos mosaicos: ya limitados á combinaciones geométricas, cual los azulejos primitivos; ya con figuras sueltas, como el perro de *Cave Canem*; ya con ligeros grupos, como las *Palomas* del Museo Vaticano; ya con verdaderas composiciones (copia sin duda de cuadros) como la Batalla de Arbelas.

#### IV.

El mosaico nos conduce, sin brusca transicion, de la época romana á la época bizantina. El arte en Bizancio fué casi exclusivamente suntuario; buscábase lo rico ántes que lo bello, y las pinturas, hechas con pedacillos de jaspes y aún de piedras preciosas y de metales ricos, derrotaron á las pinturas hechas sencillamente con colores y pinceles. En los escasos trabajos puramente pictóricos que á la sazón se acometían, si eran en pequeño, las figuras llevaban un nimbo

y adornos de oro, como se nota en las pocas tablas que de aquel tiempo subsisten, y si en grande, el fondo era de oro todo él, como en San Márcos de Venecia se advierte.

De lleno ya en el arte cristiano, que es el arte exclusivo de la Edad Media, nos hallamos con los siglos más estériles para la Pintura. Mientras la Arquitectura—y aún la Escultura, vasalla suya entónces—producían monumentos de perenal belleza, el pincel, como en los tiempos del poder sacerdotal de Egipto, apénas producía más que tímidas é incorrectas obras litúrgicas. Desde el siglo VII, en que el Concilio de Constantinopla otorgó permiso para ejecutar cuadros de Historia Sagrada, hasta el siglo XIV, en que florece el Giotto, precursor del Renacimiento, no brilla con luz propia una sola creacion de arte pictórico.

Hubo, empero, en aquel período artistas decorativos, y decorativa era por lo comun la pintura; los monjes Brunn, Methodius, Tutilon, Bernward, Godehard, Hugo de Montier y otros; los seglares Juan, Pietrolino y Guido de Siena, que pertenecían á los siglos VIII, IX, X, XI, XII y XIII, pintaron en su mayor parte bóvedas y muros de iglesias, y con buena traza y habilidad algunos de ellos.

Al lado de estos pintores decorativos en grande trabajaban en aquellos siglos (y hasta el XV y XVI) otra suerte de artistas consagrados á la pintura en menudo—me refiero á los miniaturistas de códices—que pacientemente ilustraban, con trabajos por extremo primorosos á veces, los libros manuscritos de la época. Sin ir más léjos que el Escorial, pueden admirarse obras maestras de este género, y sin salir de España encontraremos en su historia artística al monje Vigila, del monasterio de San Martin de Albelda (Logroño), que el año 976 «iluminó», que así se llama, un códice con que se honra la Biblioteca Real, y á Pedro de Pamplona, que en el siglo XIII escribió y pintó para Alfonso el Sabio una *Biblia* en dos tomos, con figuras y adornos de fresco y brillante colorido.

La pintura cerámica durante la Edad Media se limitó, no sólo entre musulmanes, sino tambien entre cristianos, á follajes y figuras geométricas. Ejemplo son de ello, por una parte, los platos árabes españoles (imitados despues por los cristianos de Mallorca, Valencia y Sevilla), y por otra, los platos y jarros franceses, ingleses y alemanes, toscos por lo comun, y decorados con algun adorno del género referido y con letreros muchas veces.

El uso de los mosaicos decayó hasta extinguirse; en cambio nació y se desarrolló poderosamente durante la Edad Media, pasando tambien á la del Renacimiento, una nueva aplicacion de la pintura decorativa: la de vidrieras para las grandes ventanas de las iglesias góticas.

En Alemania, Francia, Flándes y España fué donde se cultivó con más empeño. Todavía el viajero puede estimar en su justo valor tal linaje de obras, contemplando el firme dibujo y luciente esmalte de los cristales que desde las elevadas aberturas ojivales dan paso, irisándola, á la luz del dia en las catedrales de Viena y de Colonia, de París y de Reims, de Ambéres y de Brusélas, de Toledo y de Sevilla.

La historia del arte ha logrado conservar algunos nombres de los numerosos artifices que más acreditaron su inventiva y su destreza ejecutando los referidos cuadros transparentes. Que tales eran los que, con asuntos religiosos, segun se infiere, trazaban, empleando el doble procedimien-

to de disponer y emplomar trozos de vidrios de colores, á guisa de mosaico, y de pintar, cual sobre un lienzo, sobre la tersa y diáfana superficie, secando y fijando por la acción del fuego la pintura.

Hé aquí los nombres de los artistas supradichos, con expresión del país á que pertenecieron y del templo para el que trabajaron.

*Italia.*—

Donde cundió poco el uso de los vidrieros de colores, sin duda porque cundió poco el arte ojival: Ditzandrii y Nicolo (1400 y 1404), catedral de Milan; Laudis (1474), San Juan y San Pablo, de Venecia; Claudio (1512), San Pedro del Vaticano. También se ejercitó en este orden de pinturas el famoso Cimabue, maestro del Giotto.

*Alemania.*—

Juan de Kircheim (1348), catedral de Strasburgo; Jacobo Lallemand, hácia (1450); Hug, (1610). El ilustre artista Alberto Dure-ro pintó también vidrieras para alguna iglesia de su país.

*Bélgica.*—Juan Haeck y Bernardo Van Orley (1540 á 1547), Santa Gudula, de Brusélas; Franken *el Viejo* (1615), catedral de Ambéres.

*Francia.*—Fulco (siglo XI), Saint-Aubin, de Angers; Herron (1430), Saint-Paul, de París; Arnaldo Moles (1525), catedral de Auch; Valentin Bousch (1526), catedral de Metz; Juan Cousin (1587), Saint-Gervais, de París; Nicolas Pinai-grier (1610), Saint-Etienne du Mont, de París; Guillermo le Viel (1685), catedral de Orleans. En el siglo XVIII pintáronse también en Francia vidrios de ventana por Michu, Sempy, Desosier y otros, ya para edificios religiosos, ya profanos.

*España.*—Los maestros Dolfín, Luis, Cristóbal, Pablo y Pedro (de 1418 á 1459), catedral de Toledo; Juan de Santillana (1498), catedral de Búrgos y catedral de Ávila; Cristóbal Aleman (1504), catedral de Sevilla; Alejo Jimenez (1509), catedral de Toledo; Alberto de Holanda (1520), catedrales de Búrgos y Ávila; Nicolas de Holanda (1535),

lo mismo; Jorge de Borgoña (1541), catedral de Búrgos; Arnao de Flándes (1557), catedral de Sevilla; Carlos Fruxes (1562), catedral de Sevilla; Diego de Valdivieso (1562), catedral de Cuenca; Francisco y Hernando de Espinosa (1565), San Lorenzo del Escorial; Juan Guasch (1571), catedral de Tarragona; Diego y Juan de Vergara (1574 y 1590), catedral de Toledo.—Durante el siglo XVII (de 1600 á 1680) trabajaron Antonio Pierres, Diego de Ludeque, Diego del Campo y Jorge Babel en Madrid; Nicolas de Vergara, el mozo, en Toledo; Valentin Ruiz,

en Búrgos, y Juan Danis y Francisco Herranz en Segovia.

En la actualidad Francia y la Alemania del Norte sostienen la fabricación, ya meramente industrial, de vidrieras de colores; en Barcelona se ha acometido con buen éxito este arte decorativo.

V.

Enhebreemos el hilo, casi roto, de esta rápida excursión por la historia del arte; tornemos al final de la Edad Media, ó sea á los albores del Renacimiento,—himno sonoro que



con voces gentílicas entonó al arte cristiano, Italia primero y después Europa entera.

Pero ántes, para dejar saldadas todas las cuentas con el arte pagano, digamos de la pintura entre los árabes lo que de ella decirse puede. Tiñeron de vivos colores los *albacayres*, *ajaraques*, *atauriques* y demás exornaciones geométricas en yeso de sus bellas arquitecturas; hicieron lo propio con sus muebles de madera pintada, y heredándolo de los persas y para reemplazar á los mosaicos bizantinos, fabricaron el rico esmalte policromo de platos, jarrones y azulejos, que los artífices españoles aprendieron y desarrollaron.

Pasando ahora á la cristiandad, dirémos que las artes decorativas en conjunto, y señaladamente la Pintura, lograron fácil desarrollo con el Renacimiento. En los edificios góticos las labores arquitectónicas y esculturales exornabanlo todo, y no quedaba lugar para el pincel más que en los retablos. Los templos y palacios del nuevo estilo—como los griegos y romanos de que eran trasunto—dejaban en los muros y en los frisos, en las bóvedas y en los tímpanos, campo espacioso para la obra del pintor.

El que de éstos consideran unánimes los autores como precursor, ó más bien generador, del Renacimiento, es Giotto; y Giotto reclama aquí privilegiado lugar, supuesto que dejó, cual noble testimonio de pintura decorativa, los celebrados frescos de *Santa María del Fiore* y del palacio de la *Señoría* en Florencia. Ilustró además con iguales trabajos la iglesia de Asís, que inmortalizó San Francisco, y la de Rávena, donde fué enterrado el Dante; en Roma hizo en mosaico el cuadro la *Navicella*, que restaurado conserva el Vaticano, en cuya Biblioteca existe ó existía una *Vida de San Jorge*, enriquecida con miniaturas sobre vitela de la propia mano del Giotto.

Desde su tiempo, siglo XIV, hasta el siglo XVIII—donde se detiene este apresurado estudio, que harto hace con llegar allí—las diversas escuelas de pintura han producido, á la vez que pintores de cuadros (en el sentido más concreto de la palabra), buen número de pintores decorativos. Su número ha estado en relación con la naturaleza peculiar de cada escuela, por lo cual, mientras en la italiana y en la francesa abundaban, no menudeaban en la española, escaseaban en la flamenca y apenas existían en la holandesa, la inglesa y la alemana.

Presto veremos confirmada esta aseveración, merced á un llamamiento de la memoria para que comparezcan en estas páginas cuantos, en el plazo referido de trescientos años, han honrado la pintura decorativa.

Volvamos á Italia, al siglo decimocuarto y al Giotto, ó mejor á sus herederos; de ellos tienen cabida en estas páginas: Orcagna, por sus frescos en la catedral de Florencia—ya que no por los admirables del Campo Santo de Pisa, de los cuales, como á Giotto, lo ha despojado la crítica moderna—y Masaccio, por los de la iglesia florentina del *Carmine*. Vienen después los dos príncipes excelsos del arte, Rafael Sanzio y Miguel Angel Buonarroti, que en lo decorativo como en todo resplandecieron. El de Urbino resucitó el primero el gusto ornamental pictórico griego y romano, exornando las galerías de la fachada del Vaticano (*Loggie*) con bellas y caprichosas combinaciones de figuras, follajes y arabescos, inspirados por los restos de pinturas de este género descubiertos en las ruinas de la *Domus aurea*, de Neron, y de las

Termas de Tito, en la misma Roma. Como dije en el comienzo de este escrito, los *grutescos*, que así se llamaron, de Rafael, dieron tal boga y crédito á la menuda decoración greco-romana, que ha persistido hasta el día, con las variaciones y amplificaciones que en el pasado siglo le otorgaron los adornos, también murales, de Pompeya.

Las *Cámaras* y las *Estancias*, en el mismo Palacio Pontifical, ofrecieron dilatado espacio á Rafael para producir creaciones que de maravillosas ha calificado la posteridad: *Heliodoro* y *El Parnaso*, la *Disputa del Sacramento* y la *Escuela de Atenas*, el *Milagro de Bolsena* y el *Incendio del Borgo*, son páginas de tal magnitud, moral y material, en el libro del arte, cual otras no existen. Mas por su misma valía y su propia belleza como creaciones artísticas, rompen el molde, no nada estrecho, sin embargo, del arte decorativo.

Con iguales conceptos hay que considerar á Miguel Angel. Su decoración de la Capilla Sixtina supera á la pintura mural y á la pintura decorativa, como una extensión de mar, áun limitada, supera á los ríos más caudalosos y potentes. Si el arte del pincel tiene su Océano, con monstruos y deidades, formidables tormentas y bonanzas luminosas, escarpadas rocas y amorosas playas; si este Océano de ideas, de líneas y de colores existe en parte alguna, á fe que no es ni puede ser otra que la capilla Sixtina.

Y así como Rafael ostenta, junto á los primores ornamentales de las *Loggie*, las magnas composiciones de las *Camere*, así el Buonarroti, junto al fresco pasmoso del *Juicio Final*, ostenta en la cóncava techumbre de la capilla citada las ficciones arquitectónicas, las figuras accesorias, los medallones y adornos, asombro del entendimiento y ofuscación de la vista.

Entre los discípulos que con el Sanzio trabajaron en la mansión de los Papas, hubo algunos, como Julio Romano, Perino del Vaga, *Il Fattore*, y sobre todo Polidoro di Caravaggio, que dieron en varias ocasiones testimonio de sus aptitudes decorativas, conforme declaran los dibujos que de estos pintores guardan los Museos de Florencia.

También Pedro de Cortona gustó del fausto ornamental en la pintura, y los cartones que en *Hampton Court* se conservan, cual diseños para pintar en un friso el triunfo de un César ó general romano, demuestran cumplidamente el genio decorativo del vigoroso maestro que se llamó Andrea Mantegna.

El superior espíritu del Correggio, aunque suave y delicado por naturaleza, comprendía también, sin falsear su índole propia, esta aplicación de la pintura, según consta en las cúpulas de la catedral y de San Juan en Padua.

Los venecianos, que más que pintores pudieron llamarse joyeros del color—con tal riqueza y esplendor lo manejaban—eran, por ende, amigos de las magnificencias de la exornación. Así Giorgione ilustraba con frescos las fachadas de los palacios del Gran Canal; Tintoretto cubría de grupos, valientemente dibujados y enérgicamente coloridos, un lienzo de treinta pies de ancho y sesenta y cuatro de largo en la señorial residencia de los Dux, y Pablo Verones, «el gran decorador»—como la crítica le llamó—en los fondos de arquitectura, en los cortinajes, en los accesorios y en la composición de sus *Bodas de Canaán* y otras semejantes enormes telas, dió brillante testimonio de merecer tal mote.

En la misma Italia ejecutaron obras pictóricas, más ó menos decorativas, Canaletto, en sus vistas de Venecia; Guido Reni, en su hermosísimo techo del palacio Rospigliosi; los

Caracci, en obras diversas, y alguno más que no ofrece importancia. Hay, en cambio, una sección por extremo curiosa de esta escuela, y es la de los pintores italianos que trabajaron y sobresalieron fuera de su patria.

El Primaticcio y el Rosso, y su discípulo Nicolo del Abate, apenas son estimados ni aún conocidos fuera de Fontainebleau, donde ornaron con sus pinceles las galerías del palacio de Francisco I, y donde crearon una escuela artística francesa que de Fontainebleau se llamaba.

En nuestra España el decaimiento de la pintura y la obra inmensa del Escorial motivaron que á últimos del siglo XVII y principios del XVIII buscasen nuestros reyes en Italia maestros que embellecieran con sus pinturas el referido monasterio y el alcázar regio de Madrid.

Entonces vinieron: Peregrino Tibaldi, de Bolonia, á ejecutar los frescos del claustro bajo escorialense y la bóveda (remedo de la ya citada de Miguel Angel) de su famosa Biblioteca; los Carducci, de Florencia, á completar la obra pictórica de dicha Biblioteca, y á pintar, también al fresco, la capilla del Sagrario en Toledo y la bóveda de la capilla del Pardo; los Caxesi, de Arezzo, á colaborar con Vicente Carducci en el Sagrario de Toledo, y á ejecutar los frescos de los palacios de Madrid y el Pardo; los Rizi, de Bolonia, á exornar, siempre con frescos, varias iglesias de Madrid, la del Escorial y la catedral de Toledo; Giaquinto, de Nápoles, á ejecutar lo propio en los techos del edificio Real de la plaza de Oriente; los Castello, de Bérgamo, á llevar á efecto la obra, no de bergamascos, sino de romanos (la batalla de Higuera, y otras composiciones semejantes, en la propia galería del Escorial), de que hice mención en las líneas con que empecé este escrito; los Tieppolo, de Venecia, á exceder á todos por la gracia, soltura y vivacidad de sus frescos en las bóvedas de Palacio; por último, aquel *Luca fa presto*, aquel Giordano en Nápoles y Jordan en Madrid, prodigio de fecundidad, milagro de destreza, Lope de Vega del pincel, Tostado de la paleta, que á la vez que en cuadros de caballete imitaba con suma habilidad á Rafael, Tintoretto, Ribera, Tiziano, Guercino y Rubens, y dotaba de lienzos religiosos á las iglesias de la capital y á las principales de provincia, pintaba al fresco una capilla de Atocha y cubría por igual procedimiento el friso y bóveda de la anchurosa escalera del Escorial, dejando con aquella obra de su mano, ejemplo á los pintores, estudio á los peritos y asombro á los curiosos.

En la escuela flamenca sólo Rubens, el más suntuoso de los pintores, puede ser considerado como decorativo, tanto por su aptitud y tendencias, como por sus cartones para tapices, sus dibujos para artes industriales, y, á más de otras composiciones, la misma historia de María de Médicis, que es una serie de brillantes telones con figuras.

Los dibujos para plateros y cinceladores, tapiceros y grabadores del alemán Alberto Dürero, acreditan el gusto ornamental de aquel entendimiento tan poderoso como cultivado.

Y no hallando en los retratistas, paisajistas y «humoristas» ingleses un pintor que pueda ser considerado como decorativo, pasemos sin más dilación á Francia, donde en realidad levantó cátedra, formó escuela y promulgó leyes este linaje de pintura.

Ya Simon Vouet, en tiempo de Luis XIV, anunció con alguna de sus obras el estilo esencialmente fastuoso y de-

corativo de Le Brun. Cuando éste hubo derrotado á Errard (que compitió con él en el certámen para decorar la galería de Apolo en el Louvre), empuñó el cetro del arte, y fué en su reino tan poderoso, absoluto y magnífico como lo era el Rey Sol en su trono. El palacio de Versalles fué para entrambos monarcas, el de Francia y el de la Pintura, campo de gloria; allí Le Brun ejecutó ó dirigió la decoración de plafones y escocias, bóvedas y frisos, con arreglo á una gramática artística en que la palabra belleza había de ser sinónimo de pompa.

Ayudáronle en su tarea, á par de arquitectos, escultores, tallistas, tapiceros, cinceladores y otros artifices, los pintores Coypel, Van der Meulen, Courtois y Berain. En los preciosos dibujos ornamentales del último hay notorias reminiscencias de los «grutescos» de Rafael (como en los de éste advertiase la huella de los decoradores griegos y romanos), y han servido desde entonces acá de modelo para trabajos de esta especie.

Los medallones á la romana, pintados de claro-oscuro con intachable corrección por Poussin, y la bella y graciosa ornamentación de asunto mitológico en el hôtel Lambert, por Lesueur, otorga á entrambos derecho á un puesto de honor en la pintura decorativa francesa.

Jouvenet repitió, aunque con menos originalidad, las aparatosas magnificencias de Le Brun, en el palacio de Versalles y en los Inválidos de París, y como aquél, dispuso grandes cuadros para que los copiase con su proverbial destreza la manufactura de tapices de Gobelins.

En tiempo de Luis XV hubo también un Le Brun, aunque menos pomposo, que se llamaba Lemoine:—ciento cuarenta y dos figuras supo agrupar con arte en el techo del salón de Hércules (Versalles)—y hubo un Berain, aunque más complicado, que se apellidaba Le Prince. Aparte de estos, los pintores que entonces prevalecieron, y cuyo talento refinado y culterano seducía, fueron: Watteau, en primer término; Boucher y Fragonard, en segundo, y Lancret, Pater y Chardin, en tercero.

Chardin decoraba *panneaux* con caza y naturaleza muerta, que copiaba con gran acierto del natural; los demás, denominados por antonomasia «los pintores de las fiestas galantes», diríanse poetas amanerados del pincel para los cuales las diosas, los héroes, las ninfas, los pastores y las zagalas eran siempre damiselas, caballeros y abates del pequeño Trianon. Watteau les aventajaba por su excelente casta de color, buen empaste y brío en la ejecución; todos ellos pueden considerarse como decorativos á la menuda. Los abanicos, las porcelanas, las sobrepuestas, los biombos y otros análogos objetos, lucían pinturas originales ó copias de estos *petits-maitres* de la pintura.

Por aquel entonces floreció también Dodin, considerado como el rey de los pintores de Sèvres, como el Miguel Angel de los platos y las tazas.

## VII.

Volvamos ahora la mirada á nuestro territorio. ¿Cuántos y cuáles han sido los pintores decorativos en España? No muchos, si á la pintura decorativa que apellidé mural nos atenemos; bastantes, si nos fijamos en la que apodó indus-



trial, ó más bien en la subdivision de la misma que comprende la miniatura de libros.

A este curioso y prolijo orden de tareas pictóricas — cultivadas igualmente en los demás países durante la Edad Media, y también, aunque en menor cantidad y con ménos empeño, en siglos posteriores — corresponden en España, á más de los ya nombrados al tratar de nuestra pintura en la Edad Media, los siguientes:

Fray Felipe (1514), uno de los que iluminaron el rico misal del cardenal Cisneros perteneciente á la catedral de Toledo; Francisco de Holanda (1530), portuguez erudito y literato: pintó los libros de coro del convento de Tomar; Diego del Arroyo (1551), pintor de cámara de Carlos V: iluminó los libros de coro de la catedral de Toledo; Ezpeleta (1552): los de la Seo y el Pilar de Zaragoza; Bernardo y Diego de Orta (1540-1571): los de la catedral de Sevilla; Cristóbal Ramírez (1572): minió con notable habilidad letras, adornos y figuras en los libros de coro del Escorial; Nicolas de la Torre (1574): trabajó en los mismos; fray Andres, de Leon (1580): hizo lo propio; distinguióse sobremanera en el que se llamaba *Capitulario*; Fr. Martin, de Palencia (1582): iluminó los libros de coro del citado monasterio y del de San Millan de la Cogulla «con letra superior y graciosas miniaturas» (1); Martinez de los Corrales (1590): pintó en los misales de la catedral de Toledo; Juan de Salazar (1590): sobresalió por la limpieza y hermosura del colorido y el buen gusto de los adornos con que matizó los libros del Escorial y de la catedral de Toledo; Gabriel de Torres (1685): ejecutó con gran primor, en Madrid, la iluminacion de vitelas, títulos de nobleza y libros de coro; Villafañe (1635): trabajó con esmero á pluma y en miniatura; dedicóle pomposas alabanzas D. Francisco de Quevedo.

Otros muchos pudieran incluirse en esta lista, pero basta para el caso con los citados en ella; tanto más, cuanto que este artículo, sin ganar en doctrina, crece en renglones más de lo conveniente, y es fuerza hablar de nuestros pintores decorativos murales de otros siglos.

Pertenece al siglo xv Villoldo, cuyas *aguazas*, que así las nombran, pueden contemplar todavía los curiosos, por Semana Santa, en la famosa capilla del Obispo de la iglesia de San Andres. Son cinco grandes paños de lienzo tosco, sobre los cuales pintó Villoldo, con buen dibujo y color algo desmayado — quizá por serlo al temple y en tela de angeo — gran número de *historias*, como ántes se decia, ó asuntos religiosos, con adornos además de arquitectura y cortinajes.

En el siglo xvi floreció Juan Flores, oriundo de Flándes, de donde vino á España á practicar la pintura de azulejos, dejando muestras de su mano en Madrid, el Pardo y Segovia.

Herrera *el Mozo* puede incluirse entre los decoradores, así por la fuga y aparato de su estilo, como por haber, en efecto, decorado al fresco la cúpula de la capilla de Atocha y las iglesias de San Felipe el Real y Recoletos.

Si no entre los pintores, entre los dibujantes de aquel siglo dados al adorno debe contarse el célebre calígrafo Diaz Morante, autor de las mejores muestras pendolísticas que en España se hicieran, y que ejecutaba á la vez con la pluma graciosos diseños ornamentales, trazados con tanta li-

gereza como garbo. Por cierto que su cualidad de ambidextro le valió un proceso de la Inquisicion, á quien le delataron sus enemigos, alegando que cosa de brujería debia de ser el valerse por igual de entrambas manos.

En el siglo xviii el canónigo Victoria, hombre de mucha ciencia y aventajado artista, decoró con frescos la catedral de Valencia. En la propia ciudad dejó señales curiosas de su pincel el estudioso Palomino, autor, asimismo del voluminoso libro *Museo pictórico y escala óptica*, y de los techos al fresco en la Casa-Ayuntamiento y San Isidro de Madrid, y en las iglesias de la Virgen de los Desamparados y de San Juan, de la citada Valencia.

Los Gonzalez Velazquez (Luis, Alejandro y Antonio), fresquistas y decoradores por excelencia, ejecutaron obras estimables en los monumentos de Semana Santa en el palacio Real de Madrid, en la casa del Labrador de Aranjuez, en la capilla del Pilar de Zaragoza y en la escena del teatro del Príncipe, donde fueron precursores de los pintores escenógrafos contemporáneos.

También el aragonés Bayeu, tan distante en sus pinturas al óleo, del brio y la audacia de su compatriota Goya, sobresalió como pintor al fresco en la colegiata de San Ildefonso, el palacio de Aranjuez, la iglesia del Pilar de Zaragoza y los claustros de la catedral de Toledo.

Cuanto al mencionado Goya, única personalidad relevante en la pintura española durante más de un siglo, las paredes de su quinta del Manzanáres, las bóvedas y medios puntos de San Antonio de la Florida, los cartones para los tapices del Escorial, y otras semejantes obras, bien comprueban su aptitud decorativa, y el calor, el desenfado y la viveza admirables de su pincel.

Y aquí doy punto á esta parte de la reseña, porque entrar tierra adentro en el siglo actual sería dar á aquélla proporcion desmesurada, y «meterme en honduras», segun la frase vulgar, que requeririan un nuevo orden de trabajos.

Demás que réstame dar razon, aunque sucinta por supuesto, de una interesante cuanto lisonjera aplicacion de la pintura decorativa, que empezó en Europa despues de haberse desarrollado el Renacimiento, y subsiste aún con gran predicamento y estima. Aludo á la pintura cerámica, ya en porcelana, ya en loza.

Todas las naciones europeas han cultivado este arte sunuario, uno de los más bellos. En Italia las fábricas de mayor crédito han sido Deruta, Faenza, Gubbio, Chaffagiolo, Casteldurante, Forli, Nápoles, Ferrara, Parma, Venecia, Turin, Milan, Capo di Monte, Doccia, Génova, Pesaro y Urbino; en Bélgica, Tournay y Bruselas; en Holanda, Delft; en Suiza, Zurich y Schaffhouse; en Inglaterra, Burslem (género Wedgood), Chelsea y Worcester; en Alemania (del Norte y del Sur), Sajonia, Viena, Berlin, Frankenthal, Baden, Nuremberg y algunas más; en Suecia, Rorstrand y Marienberg; en Rusia, San Petersburgó y Moscow; en Dinamarca, Copenhague y Kiel; en Francia, Rouen, Nevers, Lille, Nancy, Strasbourg, Niederwiller, Moustiers, Vincennes, Rennes, Chantilly, Limoges, Sèvres, París y otras muchas; en Portugal, Lisboa y Oporto; en España, Alcora, Talavera, Manises, Valencia, Sevilla, el Retiro y la Moncloa.

Sobre los jarrones, vasos, floreros, platos, tazas y demas

(1) Cean Bermudez.

piezas de estas fábricas, ejecutaban los artistas tres órdenes de pinturas: 1.<sup>a</sup>, composiciones á manera de cuadros, ya de pocas, ya de muchas figuras, ya con paisaje, ya sin él; 2.<sup>a</sup>, adornos de follajes, arabescos ó flores; 3.<sup>a</sup>, combinación de adornos y figuras.

En algunas fábricas italianas, v. gr., Casteldurante, Urbino, Deruta, Gubbio y otras, predomina la figura humana, grande ó chica, plana ó en relieve — Horacio Fontana fué en Urbino pintor insigne de este género — en las demas, motivos ornamentales ó mixtos; en muchas francesas, como Rouen, Nevers, Rennes, Moustiers, Lille, Strasbourg, dominan casi exclusivamente los *grutescos* y las flores, y en Sèvres, Sajonia y las principales fábricas de los demas países, incluso España, impera el género mixto, alternando con graciosas figurillas, no ménos lindos y graciosos follajes.

Por la naturaleza misma del material empleado, la decoración pictórica y el relieve, suelen ser de más tamaño y de ménos finura en la loza ó *fayence*, que en la porcelana; pero una y otra han sido honradas por pintores de singular valía, ó cuando no, por copias de maestros famosos.

En la pintura de azulejos — piezas cerámicas exclusivamente españolas, y como nadie ignora, de origen arábigo — sobresalieron, entre otros, el mencionado Juan Flores, Juan Hernandez, que firma un pavimento del alcázar de Sevilla; el italiano Niculoso Francesco, que en la propia ciudad dejó obras notables, y Gaspar Hernandez, y Antonio y Pedro Tenorio, que trabajaban con crédito en Granada en el siglo XVII.

De pintores de loza ó porcelana pueden citarse, en España, como los mejores: Vicente Álvaro, Cristóbal Cros, Miguel Vilar, Francisco Grangel, José Pastor, Cristóbal Rocafort, Vicente Serrania, Miguel Soliva y Vicente Prats; en Alcora; Genaro Boltri, José Sorrentini, Pedro Antonio Piorgi (italianos); Ignacio de Branga, Fernando del Castillo, Nicolas Soriano, José de la Torre, Cástor Velazquez y el valenciano Camaron (que alcanzó renombre como pintor de cuadros), en el Retiro.

Aflige considerar que miéntras los grandes centros cerámicos extranjeros procuran y logran sostener luciente, cual en lo antiguo, su artístico blason, Alcora, Valencia, Talavera y Manises únicamente producen pacotilla ó medianas imitaciones. El Retiro, la mejor de nuestras fábricas, no existe; sólo la Moncloa pugna con bizarro esfuerzo por renacer, gallardamente adornada, de sus cenizas.

## VIII.

Como remate de este viajecillo por las regiones de la pintura decorativa, habré de consagrar breves líneas á lo que reclama (y ha obtenido modernamente) gruesos volúmenes. Aludo al arte chino y japonés, arte que bien puede apellidarse decorativo por esencia, presencia y potencia.

Ninguna nación, ni Inglaterra, que tantos y tan bellos productos cerámicos fabrica, ha podido en este orden arrebatarse al Japon la palma del triunfo, que desde la Exposición de Filadelfia (1876) conquistó. Nadie sabe los nombres de los Watteau y los Fontana de la porcelana japonesa, pero sabe todo el mundo que los primeros que la conocieron son los que mejor la decoran, y que no hay pintor cerámico en Europa que posea la invención, la facilidad, la gracia y el gusto de que, siglo tras siglo, dan constante testimonio centenares, millares, de anónimos artistas japoneses.

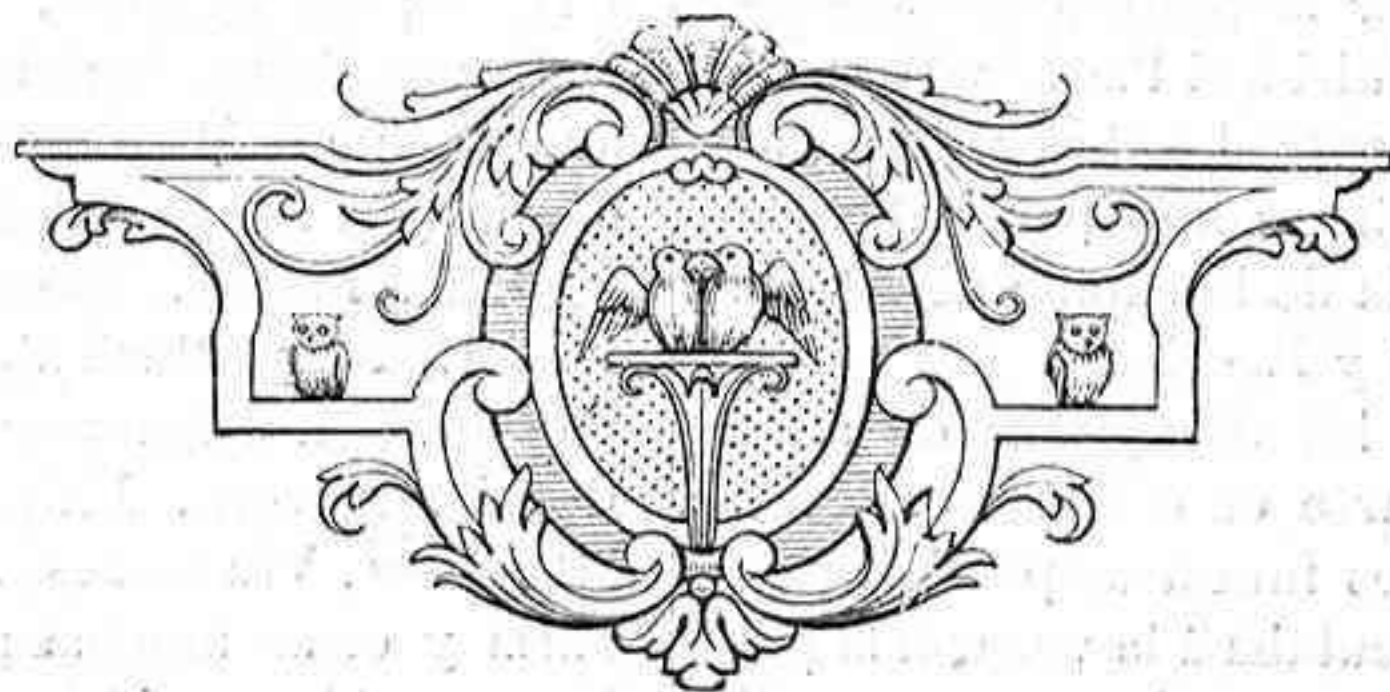
Sus pinturas sobre tela, papel, madera, piel ó porcelana tienen tal originalidad y tal encanto, que han logrado vencer á toda la pintura decorativa europea. De algunos años á esta parte, el que con alguna atención haya seguido la marcha del arte á que me refiero, habrá de cierto observado que el «japonismo» prevalece en todo, ya franca, ya recatadamente. En la armonía de esplendentes matices, en el *doire* con que se arroja, así como al descuido, un ramo, un ligero motivo ornamental, sobre el fondo; en la derrota completa de la simetría, reemplazada por la ponderación; en lo de aplicar al ángulo el ornato que usábase aplicar al centro; en otras diversas manifestaciones, en suma, del arte de adornar con el pincel que hoy se estila, ¿cómo no ver reflejarse los rayos de aquella paleta asiática, vária, fecunda y generadora eterna del color?

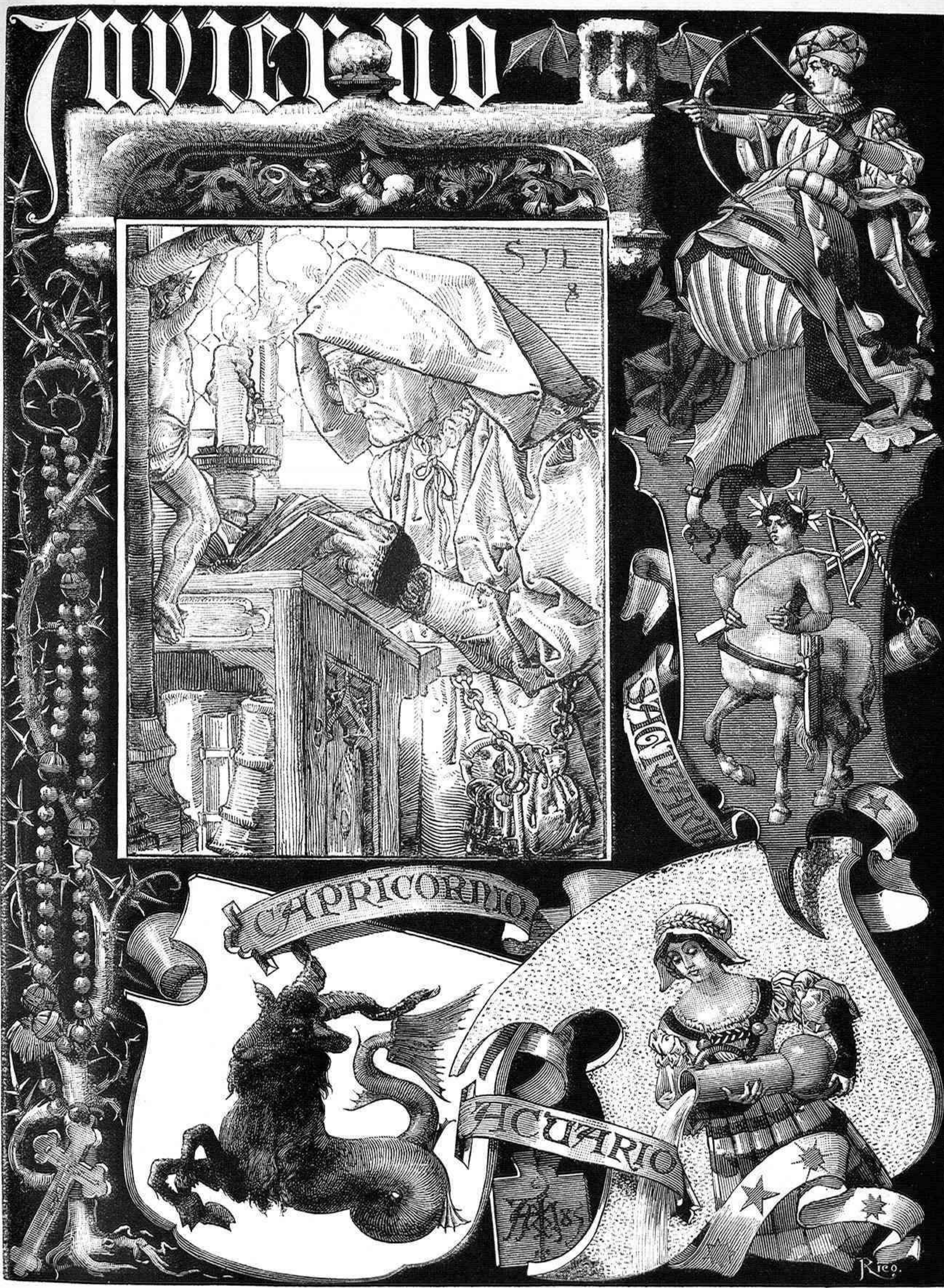
Durante el siglo pasado las fábricas europeas de porcelana copiaban ó imitaban los ejemplares de China y el Japon; veinte años atrás el insigne Fortuny empezó á cambiar de estilo, buscando el resplandor, el colorido y la finura de los japoneses; actualmente, tapiceros y ceramistas, escultores ornamentales y pintores decorativos, rinden vasallaje á la pintura de aquellos orientales.

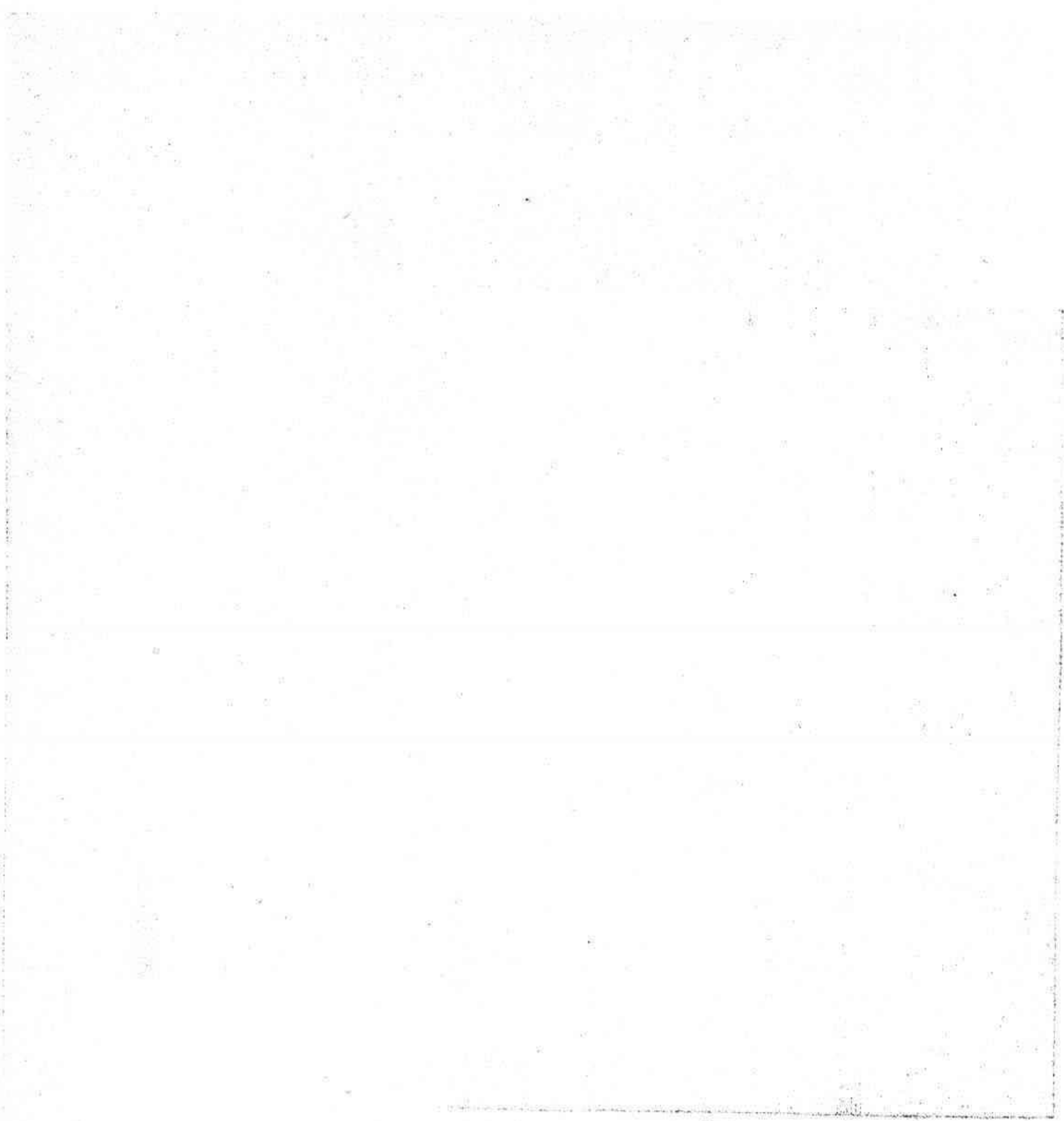
Como ayer los árabes, hoy los japoneses infunden al arte decorativo europeo vida y calor, al infundirle luz. Suceso en modo alguno extraño: ¿Por ventura el sol, fuente de la luz, no surge de Oriente?

LUIS ALFONSO.

Madrid, 16-22 de Agosto de 1885.







# CRÓQUIS DE UNA ROMERÍA.

(DESDE GALICIA.)

En juncos, en madre selvas,  
 En frescas magnolias blancas,  
 En peñas que el verde musgo  
 Decora, pinta y esmalta;  
 En las vegas que se extienden  
 En los montes que se alzan,  
 En los pinares sombríos,  
 En las umbrosas cañadas;  
 Donde una flor se levante,  
 Donde se agite una rama,  
 Galicia y mi Andalucía  
 Son ellas: son dos hermanas.  
 Salud, mi Ferrol, gemelo  
 De los campos de mi patria,  
 Del eden de mis amores,  
 De mi Córdoba sultana;  
 De igual manera que vives  
 En el fondo de mi alma,  
 Quiero que también te adoren  
 Los que por allí me aguardan!  
 ¡Salud, hermosa bahía!  
 ¡Salud, nido de la *Graña*!  
 ¡Bendita la santa Virgen,  
 Bendita la Virgen santa  
 Que en el altar de la aldea  
 Hoy despierta engalanada!  
 Voladores en el aire  
 Fingen jubilosa salva,  
 Y con su estrépito anuncian  
 Que ya viene la mañana!  
 La mañana de la fiesta,  
 La de *la misa del alba*;  
 El sol de la romería,  
 La luna de la velada!  
 ¡Todo rumor es un himno,  
 Todo el lago es una balsa,  
 Toda la pradera un templo,  
 Todo un dosel la montaña!  
 El patron anima el bote,  
 Mueve la flotante casa  
 Y en competencias disputa  
 Las familias que traslada.  
 Ayuda el remo á la vela,  
 Que se riza como el ala  
 De gigantescas gaviotas  
 Que juegan sobre las aguas.

¡Si aquí á lo léjos no suena  
 Melancólica guitarra,  
 Las mismas cosas nos dice  
 El gemido de la gaita!  
 ¡Las dos hablan de ojos negros,  
 De niñas enamoradas,  
 De distantes alamedas,  
 De soñolientas palabras,  
 De moros que nos envidian,  
 De mujeres que nos llaman,  
 De embriagueces y de besos,  
 De frases entrecortadas,  
 Y de ausentes que nos buscan  
 Y muertos que nos aguardan!  
 ¡No hay pié ocioso que no ensaye  
 Los compases de la danza,  
 Del oloroso mastranzo  
 En la alfombra perfumada!  
 ¡No hay niña que no se asuste  
 Si en un piropo la ensalzan,  
 Y que no vuelva por otro  
 Si en repartírselo tardan!  
 ¡Y entre *ven* y *no te acerques*,  
 Y entre *corre* y *no te vayas*,  
 Se van borrando las lindes  
 Y se acortan las distancias!  
 ¡Allá vienen, allá vienen,  
 En inquieta caravana,  
 Con sus clásicos corpiños  
 Y sus trenzas á la espalda!  
 ¡En las treguas del descanso  
 Se humedecen las gargantas  
 Con el vino de la tierra,  
 Con el néctar de la patria,  
 Tal como si lo bebieran  
 Los antiguos patriarcas  
 Con el agraz primitivo  
 De la vid y de la parra!  
 ¡Sobre los manteles verdes  
 De las yerbas aromáticas  
 El relleno foco humea  
 De la *amarilla empanada*;  
 Y así la tarde declina,  
 Y así la noche se alza,  
 Y así la pálida luna  
 Trepano por las montañas

Viene á colmar las promesas  
De parejas envidiadas!

• • • • •  
Para sentir y soñar  
Tradiciones y esperanzas,  
Se juntan y se confunden  
De léjos distintas razas.  
Allí el sentimiento llora,  
Aquí gime la nostalgia;

Allí un patio es un *idilio*,  
Aquí, una *casita blanca*;  
Y para elevar á Dios  
Reunidas una plegaria,  
¡ Galicia, tú eres el templo!  
¡ Córdoba, tú eres el alma!

ANTONIO F. GRILO.

Ferrol, 1885.



EXCMO. SR. D. JOSE ZORRILLA,  
INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

RIMA<sup>(1)</sup>.

«No hagas ruido, que el niño se duerme.»  
Su madre amorosa decía en voz baja,  
Cuando yo de puntillas abría  
La puerta entornada.

Muy temprano los dos cada noche  
El dulce descanso del sueño buscaban,  
Y tan sólo su voz el silencio  
Del cuarto turbaba.

Poco á poco la voz se extinguía,  
Los dulces arrullos del canto cesaban,  
Y muy pronto la madre y el niño  
Dormían en calma.

¡Cuántas veces recuerdo que viendo  
Mi sombra en la blanca pared proyectada,  
Muy despacio hasta el lecho, y sin ruido,  
Dichoso llegaba!

¡Imprimía en sus frentes serenas  
Un beso muy largo, que apenas notaban,  
Y, envidiando su sueño tranquilo,  
Volvió á mi estancia.....!

..... Iban luego los ruidos cesando  
Que al fin de la calle confusos sonaban,  
Y sumida en silencio profundo  
Quedaba la casa.....

Si más tarde, entre sueños, oía  
Monótonos ecos de voces lejanas,  
Era siempre la voz de la madre  
Que al niño arrullaba.

.....  
Todo está como ayer en su cuarto;  
También brilla triste la luz de la lámpara;  
Nuestro niño descansa tranquilo;

..... pero ¡ay! ella falta.

Hay un sitio vacío en el lecho,  
Que siempre á la madre parece que aguarda,

Y me acerco, y la llamo..... y no escucha  
Mi voz que la llama.

¡Ya no imprimo mi labio en su frente  
Temblando de miedo por no despertarla,  
Y en el sitio donde ántes mis besos  
Se quedan mis lágrimas!

.....  
En mis noches de angustia y de insomnio  
Su sombra del cielo parece que baja,  
Y hasta creo que al lado del niño  
Como ántes descansa.

Otras veces mis ojos perciben  
Vagando en el techo figuras fantásticas,  
Y sus ojos que fijos me envuelven  
En dulce mirada.

En la silla que en días aciagos,  
Pensando curarse, enferma ocupaba,  
Muchas veces, lo mismo que entonces,  
La veo sentada.

Y más tarde, si escucho entre sueños  
Suspiros, murmullos ó voces cercanas,  
Me despierto asustado y es ella  
Que amante me habla.....

Y á mi llegan de un canto los ecos,  
Los mismos que entonces al niño arrullaban;  
Y luego son tardos..... y luego se alejan.....  
Y al cabo se apagan.

.....  
¡Si es verdad que tu espíritu vela  
Por ese hijo nuestro que tanto adorabas,  
Vela siempre desde esa, en que moras,  
Region ignorada.....

Y haz que llegue muy pronto el instante  
De vernos contigo, que anhela mi alma,  
Como el pobre proscrito ambiciona  
Volver á su patria.....!

RICARDO SEPÚLVEDA.

(1) De un libro inédito.





ALEGORÍA DE SEVILLA.—(Escultura, por Susillo.)



## LECTURA

HECHA EN LA ESCENA DEL TEATRO ZORRILLA, DE VALLADOLID, EN LA NOCHE DE SU INAUGURACION,  
EL 31 DE OCTUBRE DE 1884 (1).

## I.

«Nadie es profeta en su patria»,  
Fué proverbio popular  
Hasta hoy, que Valladolid  
Va á desmentir el refran.  
Hoy, por gloria ó por castigo. ...  
(Eso lo averiguará,  
Cuando nuestra vida y obras  
Juzgue, la posteridad),  
Á Valladolid á un tiempo  
Dios cuatro poetas da,  
Cual profetas escuchados  
Hoy en su país natal.  
Este es el hecho, y yo el hecho  
Quiero sólo consignar,  
Con las vueltas que este mundo  
Con el tiempo dando va.  
Platon quiso á los poetas  
De su república echar,  
Y hoy glorifica á los suyos  
Nuestra histórica ciudad:  
Ó el gran griego estaba loco,  
Ó Valladolid lo está,  
Cuando ésta juzga ventura  
Lo que aquél calamidad.  
El tener muchos poetas  
¿Es buena ó mala señal?  
¿Somos aves que auguramos  
Progreso y prosperidad,  
Ó pájaros que venimos  
Delante del vendaval?  
Las naciones con nosotros,  
¿Qué hacen?..... ¿Surgen ó se van?  
La poesía ¿es el himno  
De la gloria nacional,  
Ó de los pueblos que se hundan  
El rótulo tumular?  
Yo no lo sé: hoy somos cuatro  
Puestos sobre un pedestal,  
Á quienes su pueblo adora  
De sus héroes á la par:

*Núñez de Arce*, que sus versos  
Graba en bronce y pedernal;  
*Ferrari*, que lleva en su alma  
Todo el cráter de un volcan;  
*Cano*, que tiene por pluma  
Un escalpelo social,  
Y yo, á quien han dado fama  
Un Don Pedro y un Don Juan.

No sé si somos profetas  
De duelo ó felicidad,  
Mas parece que traemos  
Á nuestro pueblo el maná;  
Porque en ninguno moderno,  
Ni en los de la antigüedad,  
Se dió en vida á los poetas  
Gloria á nuestra gloria igual,  
Tan espontánea, sincera,  
Unánime, popular,  
Instintiva, sin protesta,  
Con asenso universal.  
Cuando á la ciudad venimos  
Nos sale el pueblo á esperar,  
Con antorchas alumbrándonos  
En cabalgata triunfal.  
Con nosotros viene siempre  
La alegría, el bien, la paz,  
Las fiestas, las serenatas,  
La luz, las flores; detrás  
De nosotros queda siempre  
La fe, el amor, la amistad  
Y el consuelo; en los oídos  
Queda el eco musical  
De los versos y el estruendo  
Del aplauso pertinaz  
Y prolongado; en los ojos  
La vívida claridad  
Del salon y el coliseo,  
De los cohetes y del gas;  
Con la cual sobre la alfombra  
Del baile vieron rasar,  
Cual banda de colibríes  
Ante el sol matutinal,  
Cual lluvia de estrellas áureas  
Bajo la atracción polar,  
Como huríes fugitivas  
Del Eden, en espiral  
Vertiginosa, embriagante,  
De mujeres un millar.  
Queda detrás de nosotros,  
Más pura, más virginal,

(1) El autor se negó á publicar esta poesia en la época en que la escribió por juzgarla un trabajo de circunstancias, escrito en pocas horas, y por consiguiente, de ningun valor literario, el cual pensaba someter á más concienzuda refundición; pero dejó pasar el tiempo y, considerándola ya inoportuna, abandonó la idea de corregirla.

La deferencia reciproca que la Empresa de LA ILUSTRACION y el autor se han tenido siempre, obliga á éste á ofrecer á nuestra Redaccion su manuscrito tal como le leyó. — *Nota de la Redaccion.*

La idea, la poesía;  
Del espíritu manjar,  
Que alimenta en el del pueblo,  
El cariño fraternal  
Que nos tiene: y queda un rastro  
De ese perfume vital,  
Con que el hálito del pueblo  
Con los vivas que nos da,  
En el aire que aspiramos  
Nos da la inmortalidad.

«Nadie es profeta en su patria»,  
No es ya proverbio; de hoy más  
Valladolid echa de éste  
Por tierra la autoridad.  
Ya no hay profetas: quedaron  
Los vates en su lugar:  
Y Valladolid, cristiana,  
No pudiendo en nuestra edad  
Cual la pagana en un templo  
Sus poetas adorar,  
Nos consagra, de su estima  
Emblema monumental,  
Conmemorativa ofrenda  
De su generosidad,  
Este teatro, que sella  
De los cuatro con la faz  
Y rubrica con el nombre  
Del á quien hizo el azar  
El primero, por nacer  
Primero que los demás.

## II.

Y aquí.... bien sé lo que acaso  
Con razon de mí esperais:  
Un himno de gratitud,  
Un alarde personal  
De ingenio ó de sentimiento,  
Caballeresco y galan  
Con las damas; con los hombres  
Amistoso, ámplio, cordial,  
Y con el pueblo *algo* digno  
De mi popularidad:  
*Algo* para hoy á propósito,  
*Algo* extraño, original:  
*Algo*, en fin, con que os recuerde  
Lo que fuí, y algo capaz  
De corresponder aquí  
Á la generosidad,  
Con la cual Valladolid  
Tan alta prueba me da  
De estimacion predilecta  
Y de amparo maternal.

## III.

Lo adivino, lo presiento;  
Leo vuestro pensamiento:  
Creeis que áun puedo entonar,  
Con el ya perdido aliento

De mi juvenil acento,  
Un romántico cantar.  
Pluguieráos aquí ahora,  
Atrevida, vibradora,  
De mi labio oír brotar  
Una endecha, una cantata,  
Himno, trova ó serenata,  
Medio goda y medio mora,  
Salmo y cántiga á la par,  
Cuyo excéntrico estribillo  
Pudiera á un tiempo llamar  
Con mi laúd al rastrillo  
De la dama del castillo,  
Y de los hijos de Agar  
Con el agrío guitarrillo  
Á la esclava del adoar.

Una de esas salmodías  
En que hacía yo otros días  
Loco alarde de encajar,  
De mi métrica en el cuadro,  
El gorjeo y el baladro  
Del jilguero y del jaguar.

Uno de esos desvarios  
Montaraces y bravíos,  
É infractores, como míos,  
De la ley del buen trovar,  
En que mi estro se empeñaba  
En cruzar y escudriñar  
Los vapores de la lava,  
Las neblinas de los rios,  
De las ciénagas los vahos,  
De los páramos los frios,  
Desde el zénit hasta el caos,  
Para unir, amalgamar  
É imitar cuantos acentos,  
Voces, silbos, ecos, ruidos  
Y rumores y sonidos  
Van perdidos con los vientos,  
De mar, llano, valle y sierra  
En la atmósfera á espirar;  
Cuyos gérmenes encierra  
De los vivos elementos  
De aire y agua, fuego y tierra  
El crujir ó el resonar.

De la mustia lamparilla  
Cuya turbia y débil llama  
Al morir chisporrotea  
En la lóbrega capilla,  
Ó escondida tras la silla  
Del enfermo ante la cama  
Que con ella va á espirar;  
Desde el ruido de la astilla  
Ó el tizon que húmedo humea,  
La hollinosa chimenea  
En otoño al calentar,  
Hasta el foco que flamea  
Del incendio, cuya llama  
Colosal se desparrama  
Y llamea, y centellea  
El alcázar y la aldea

Rebramando al devorar.

De la gota diminuta,  
Que de aguda estalactita  
En la punta agria é hirsuta  
Comenzándose á cuajar,  
Al crecer se redondea,  
Y creciendo se menea,  
Y al fin trémula gotea,  
Y en la opuesta estalagmita  
Al caer se va á estrellar.

Desde el plácido murmullo  
Del méándrico arroyuelo,  
Que con lento y suave arrullo  
Va saltando por el suelo  
Y dejando en cada hoyuelo  
Una perla, que estremece  
Las yerbillas al rodar,  
Hasta el ruido tremebundo  
Del mar, que alza furibundo  
Su oleaje, que hincha y crece  
Con tal furia, que parece  
Que los ámbitos del mundo  
Con sus olas va anegar.

Todo el ruido que produce  
La existencia universal,  
Que en su máquina conduce  
Mientras rueda y mientras luce  
Por los senos del vacío  
Nuestro globo terrenal;  
Todo el cúmulo infinito  
De sonidos y rumores;  
El zumbido del mosquito,  
El del áura entre las flores,  
Del pavon el triste grito,  
El aullido del chacal;  
El balido de la oveja,  
El susurro de la abeja,  
El graznar de la corneja,  
El fermento del volcan;  
El mugido del becerro,  
Que ayudado de su perro  
Vuelve á oscuras al encierro  
Del redil el cachican;  
El hervor de la marea,  
El fragor de la pelea,  
La ventisca y la pedrea  
Del ciclón y el huracán.

Eso es, tras de mis escenas (1)  
Del *Traidor*, lo que esperar  
De mí osábais: lo que dar  
Pudiera yo á duras penas  
Si lo osára ya intentar.

Una de esas cantinelas  
En que osaba yo trenzar  
Tantas cláusulas ajenas  
De sentido, en las que apenas  
Hay dos frases que anudar:

(1) Se inauguró el teatro con la representación del *TRAIDOR INCONFESO Y MÁRTIR*.

Mas en que hay esa armonía  
Melancólica ó bravía,  
Vaga, extraña, singular,  
Ese són de poesía  
Imposible de explicar,  
En que el mundo noche y día  
Como un himno de alegría  
No se cansa á Dios de enviar.

Són por nadie comprendido,  
Mas para Él jamás perdido,  
Que á Dios alza sin cesar  
Todo sér con voz nacido.  
Desde el pájaro en su nido  
Hasta el mar embravecido  
Amagando al sol tragar.

#### IV.

Mas ¡ay de mí! de todo eso  
Nada os puedo recordar,  
Repetir ni dar idea:  
Yo el que he sido no soy ya,  
Y he dado ya de mí mismo  
Cuanto Dios me dió que dar.  
Yo ya lo he perdido todo,  
Hasta el tipo personal,  
Del espíritu y del cuerpo:  
La voz, á fuerza de hablar;  
La luz de la inteligencia,  
Del trabajo en el afán;  
La fe, entre los desengaños;  
La esperanza, en el erial  
De la experiencia; la osada  
Inspiración, al luchar  
Con la prosa de la vida;  
El brío y la actividad,  
En los páramos estériles  
Del positivismo actual;  
Los ojos y los oídos,  
En oír y en contemplar  
Los absurdos ideales  
De la ciega humanidad;  
Y todo mi ser poético  
Se perdió, tras de mí, allá  
En mis jiras por la tierra  
Y en mis tumbos por el mar.  
Yo he venido aquí á mi pueblo  
Á pedir tumba no más;  
Yo he venido aquí á morir:  
Dejadme morir en paz.

Yo os dejo á mis tres hermanos,  
Que, en plena virilidad,  
Gloria por gloria con creces  
Á Valladolid darán:  
*Cano*, cuya pluma arranca  
La piel á la Sociedad;  
*Nuñez de Arce*, en cuerpo chico,  
Espíritu de títan,  
Y *Ferrari*, Etna viviente,

Cuya inspiracion feraz  
Ha de legar á los pósteros  
De nuestra tierra natal  
Los poemas de sus fastos  
Y los cuentos del hogar.

Yo, hidalgo del tiempo viejo,  
Que no he esquivado jamas  
Trabajo, ni compromiso,  
Ni responsabilidad,  
Por los cuatro hoy á esta escena  
Bajé la voz á tomar  
Para decir, bendiciéndola  
Por los cuatro, á esta ciudad:  
«¡ Bendita sea la madre

Que no quiere abandonar  
Á sus hijos, ofreciéndoles  
Su regazo maternal!  
¡ Bendita seas por mí,  
Valladolid! » . . . . .

. . . . . Y acabar  
No quiero sin revelarte  
Mi pensamiento final:  
Este teatro, que sellas  
Con mi nombre, va á probar,  
No la prez que hay en mí, nó,  
Sinó la que tú me das.

JOSÉ ZORRILLA.



RETRATO DE LA ACTRIZ MISS FENTON, POR HOGARTH.

(National Gallery, de Londres.)



AL SR. D. A. M.  
ENVIÁNDOLE MI RETRATO.

SONETO.

Lo quisiste, y ahí va; frágil remedo  
Del que años hace, cuando Dios quería,  
Fué, por el entusiasmo y la ironía,  
Sombra de Don Quijote y de Quevedo.

Fortuna y ambicion dió por un bledo,  
Amó la libertad y la alegría,  
Y enemigo de toda hipocresía,  
Sólo de su conciencia tuvo miedo.

Hoy es un diplomático maduro,  
Que al calor de la nómina vegeta  
Viviendo entre el pasado y el futuro,  
Y encuentra en la amistad dicha completa,  
Amando cuanto es bello, y grande, y puro,  
Con la estultez sublime del poeta!

MANUEL DEL PALACIO.

Montevideo, 1885.

HERIDO DE MUERTE.

— Doblando están las campanas.  
¡Ay, madre! ¿por quién será?  
— Por un hombre que en el mundo  
sólo conoció el pesar.  
— ¿Qué padecía?

— Del alma.

— ¿Una cosa inmaterial  
puede padecer?

— Sin duda;

¡con horrenda intensidad!  
— Pero si se cura el cuerpo  
á veces, también habrá  
algo que cure el espíritu.....  
— Es segun.

— ¿Te explicarás?

— Heridas el alma sufre  
que pueden ocasionar

la muerte, y curarlas sabe  
el mismo que causa el mal.  
— ¿Lo consigue?

— Cuando quiere.

— ¡Jesus! es mucha crueldad  
herir y negarse luégo  
ese daño á remediar.  
¿Quién puede ser tan tirano?  
— Amor se llama.

— ¡Mamá,

si Amor dicen que es un niño!  
— Así le suelen pintar,  
pero es gigante en sus hechos  
y de condicion tenaz.

— Ese infeliz por quien doblan,  
¿nunca le movió á piedad?  
— Con la esperanza vivia  
de lograrlo, pero ya  
perdió tan dulce consuelo;  
su herida se hizo mortal,  
y sucumbió.

— Los que sufren  
de ese modo ¿no obtendrán  
ningun premio?

— Sí, los premia.....

— ¿Quién?

— Dios..... ¡en la eternidad!

EDUARDO SANCHEZ DE CASTILLA.

MORIR ES VIVIR.

En turbulento mar, ancho y profundo,  
Navega el hombre en frágil barquichuelo;  
Puerto en que descansar busca en el mundo,  
Sin dirigir jamas la vista al cielo.

En tan reñida y desigual batalla  
No ceja, hasta caer cual masa inerte,  
Y donde ménos piensa el puerto halla.....  
Mas despues del naufragio de la muerte.

JOSÉ MARÍA GUTIERREZ DE ALBA.



## EL GENIO DE LA PUREZA.

KÁSIDA ÁRABE.

LA NIÑA CRISTIANA MERCEDES, A QUIEN DIOS BENDIGA.

I.

Azucena  
Delicada;  
Luz serena  
De Granada;  
Mariposa  
Primorosa  
De sus flores;  
Tus colores  
Son la gala de su suelo;  
Tus amores,  
La alegría de su cielo.

—  
Si abres los ojos, ábrese el día:  
Si los ocultas, la noche cierra;  
Tu voz es dulce, grata armonía,  
Más de los cielos que de la tierra;  
Tu tez es nácar; tu aliento, aroma;  
Tienes el alma de la paloma.

De las huríes  
Son tus cabellos,  
Y dos rubíes  
Cuando sonries,  
Tus labios bellos.

—

Como los juncos es tu cintura;  
 Como las perlas tu dentadura;  
 Como jazmines tus blancas manos;  
 De mingreliana tus piés enanos.  
 La clara luna del mes de Enero  
 Envidia el rayo de tu mirada,  
 Puro, süave, casto, hechicero  
 Como las tintas de la alborada.  
 El aire gime cuando suspiras;  
 Cuando las miras,  
 Se abren las rosas de los rosales;  
 Los arenales,  
 Si tú lo quieres, si á tanto aspiras,  
 Producen frutos y manantiales.

El césped nace bajo tus plantas;  
 Si al monte subes, de luz le llenas;  
 Si el valle cruzas, el valle encantas;  
 Si el mar se agita, tú lo serenas.  
 Duermen las aves, el bosque, el rio,  
 La tenue brisa, la fresca fuente,  
 Y tú les nabras, y á tu albedrío  
 Todo obediente,  
 Despierta y vive con nueva vida;  
 Sacude el bosque su sombra oscura;  
 La brisa rompe su ligadura;  
 Las aves cantan, y la arrecida  
 Onda del agua, veloz murmura  
 Cancion sonora jamas oida.

Aullando salta la astuta hiena;  
 Bramando el tigre su ijar azota;  
 El leon ruge, la selva atruena,  
 Y el ojo enciende que llamas brota;  
 Silba crispada la vil serpiente;  
 Del cocodrilo resuena el llanto;  
 Con estridente  
 Fragor y espanto  
 De hombres y fieras, los huracanes  
 Zumban; estalla rodando el trueno,  
 Hierve la lava de los volcanes,  
 Tiembla la tierra, rompe su seno,  
 Mas tu apareces como una maga  
 Del cataclismo dominadora,  
 Que lo embelesa, que lo embriaga,  
 Y al contemplarte todo te halaga,  
 Todo se enfrena, cede y se apaga;  
 Todo te adora!

## II.

¿Y por qué?..... ¿No lo sabes?  
 ¿Quieres saberlo?  
 ¿Quieres oirlo?  
 Oye, y nunca te alabes  
 De cómprenderlo  
 Ni de sentirlo.

Tu poder asombroso  
 De Alá procede,  
 De Él solo emana;  
 Él, misericordioso,  
 Te lo concede:  
 Guárdalo ufana.

En tu espíritu anida  
 Y en tu sér mora  
 Tan encerrado,  
 Como tu propia vida  
 Desde la hora  
 Que has alentado.

Brilla más que una estrella,  
 Más que la luna,  
 Más que el sol mismo,  
 Y en tu frente destella  
 Sin sombra alguna  
 De fatalismo.

Pero el soplo más vago  
 Su luz agota,  
 Su brillo vela,  
 Como el cristal del lago  
 Rompe la gota  
 Que hace la estela.

Es un poder divino  
 Que te dió el cielo  
 Contra los males,  
 Y que vence al destino,  
 Ánsia y desvelo  
 De los mortales.

Es, en fin, garantía  
 De alta victoria  
 Y alta grandeza:  
 ¡Es signo de alegría,  
 De amor y gloria!  
 Es..... ¡la Pureza!

JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.





«LA MADRE Y LOS HIJOS.»—(Cuadro de Jimenez y Fernandez.)



# LA PESTE EN GRANADA.

AL EXCMO. SR. D. RAIMUNDO FERNANDEZ VILLAVERDE.

## I.

De la peste el duro azote  
Sufre la hermosa Granada.  
Desiertas están sus calles,  
Solitarios Bibarrambla  
Y el Zacatin y el Campillo,  
Y en la incomparable Alhambra  
Silenciosos los verjeles  
De imperecedera fama.  
Los cantares y las risas  
De la juventud bizarra  
No alegran ya aquellos patios  
Y el jardin de Lindaraja,  
Y en la ciudad y en la vega  
Que el Genil y el Darro bañan  
Reina silencio de muerte,  
Que pone espanto en el alma.

## II.

No hay trabajo para el pobre,  
Porque sólo se trabaja  
En la triste labor ruda  
De clavar las cuatro tablas  
En que cabe un cuerpo muerto  
Para volver á la nada.  
Abrense en el camposanto  
Hondas sepulturas anchas,  
Y allí, en confusion que sólo  
Dante pudiera pintarla,  
Centenares de cadáveres,  
Montones de carne humana,  
Cäen de siniestros carros  
Sobre la tierra sagrada;  
Y las anchas sepulturas  
Abiertas por la mañana  
Rebosan ya por la tarde,  
Y no hay tiempo de cerrarlas,  
Porque urge más abrir otras.....  
Que la Muerte no descansa.

## III.

Cunde el terror. Los recursos  
Son escasos y no bastan.

La miseria, el abandono  
Y el pánico el mal agravan.  
No hay médicos para tantos  
Como su auxilio reclaman;  
Cadáveres insepultos  
Infestan calles y casas.  
Sucumben heroicamente,  
Cumpliendo su mision santa,  
Sacerdotes beneméritos  
Y angelicales hermanas  
De la Caridad..... y cae  
En tal postracion Granada,  
Que si muy pronto el espiritu  
Público no se levanta,  
No quedará un habitante  
Al pié de Sierra Nevada.  
Pero un hombre generoso,  
Que mira con alta cara  
El peligro y le desprecia  
Con valor y fe cristiana,  
Porque es el amor al prójimo  
La religion de su alma,  
Sin perder momento corre  
A la ciudad infestada,  
Y allí, para dar ejemplo  
Á todos, casa por casa  
Visita á los apestados,  
Los anima, los abraza,  
Los socorre con largueza,  
Les da aliento y esperanza,  
Y con proceder tan noble  
Y conducta tan gallarda  
Estimula al cumplimiento  
De obligaciones sagradas  
De humanidad, y consigue  
En su enérgica campaña  
De cinco dias la gloria  
De haber salvado á Granada.

## IV.

¡ Bien haya quien de esa suerte  
Popular aplauso gana!  
¡ Bien haya quien así logra  
Merecer bien de la patria!

C. FRONTAURA.



# LA MUERTE DE HIPATIA.

## EPISODIO ANTIGUO.

(FRAGMENTO DE LA PRIMERA PARTE.)

### I.

« Ved. Ya el albor de la naciente aurora  
Que detras del Cesáreo se levanta,  
Los dos fronteros obeliscos dora;  
Ya sobre el verde tamarindo canta  
El ibis, pronto á remontar el vuelo,  
Y ya á distancia el avestruz zancudo,  
Con ambas alas azotando el suelo,  
Corre medroso el arenal desnudo.

» Es hora ya, ¿ qué aguardo?  
La lámpara extinguid en que se apura  
La última gota de oloroso nardo;  
La túnica ceñid á mi cintura,  
Y el cordon de amatistas á mi cuello;  
Verted en mi cabello  
El aceite del cáncamo extraido,  
Que en la vasija de cristal gotea,  
Y atad al carro de marfil bruñido  
Los dos negros caballos de Nicea.

» Siganme cuantos lloran,  
Dentro del pecho, la presente angustia  
Y el ara rota de los dioses patrios  
Allí donde áun los hombres los adoran,  
Donde áun florece la verbena mustia  
Sobre las ruinas de los viejos atrios.»—

Así, con labio que la gracia sella,  
Desde su lecho, al despuntar el dia,  
Habla Hipatia la bella,  
La sábia Hipatia, honor de Alejandria;  
Y la grandiosa capital, en tanto,  
Se va en las sombras destacando clara,  
Cual si de un nuevo Anfion se levantára,  
Piedra por piedra, al imperioso canto.

Próxima al ancho Nilo,  
Por cuyas aguas de raudal remoto  
Crece la flor del loto  
Y nada, merodeando, el cocodrilo;  
Apoyada en dos puertos,  
Donde el azul Mediterráneo brilla,  
Y teniendo á su espalda los desiertos,  
Nave parece que encalló á la orilla  
Y hunde en el mar la reluciente prora,  
Ó egipcia Vénus que nació á la aurora

De la onda frágil que á sus piés desmaya,  
Y á Occidente sonrie, tentadora,  
Sobre la concha de la curva playa.

¡ Cuál ya, entre el velo de vapor sombrío,  
La metrópoli inmensa resplandece,  
Aun empapada en húmedo rocío;  
Y entera se aparece  
Á la vista, entre bosques de granados  
Y verdes sicomoros,  
Con la cepa mareótica alternados,  
En su seno ostentando los tesoros,  
Las maravillas que brotando fueran  
En torno de la herencia macedonia,  
Á los rayos del sol, que reverberan  
Jaspes de Libia y pórfidos de Ausonia.

Allí vense las ruinas  
Del antiguo Serápeo, donde imperan  
Ejércitos de mansas golondrinas;  
Más allá, el Hipogeo,  
Tumba de aquellos trágicos amores  
En que la sangre salpicó las flores  
Con que el deleite coronó al deseo;  
Detras, con serpenteo  
De escamoso reptil, limpido y claro,  
El gran canal que entre jardines corre,  
Y en isla unida á la ciudad, el faro  
Que en lo alto de la torre  
Cuyas paredes revistió la yedra,  
Velando el abra, pertinaz rutila,  
Como única pupila  
Del vigilante cíclope de piedra.

¿ Dónde otro pueblo como aquel, á emporio  
Tal de grandeza y esplendor llegado  
De cuantos rige Honorio  
Y ábarca Roma á la sazón?— Sentado  
En medio de dos mares:  
Delante el que abre á las audaces quillas  
Paso desde las costas más lejanas,  
Y detras el de arena, sin orillas,  
Que cubren los aduares  
Y cruzan las pacientes caravanas;  
Centro es de vida universal, recinto  
Donde llegan de todos los lugares  
Los productos del arte ó del instinto

Para henchir sus espléndidos bazares.

Allí van las galeras  
 Á descargar las exquisitas gomas  
 Recogidas del Caspio en las riberas,  
 De Frigia las riquísimas maderas,  
 Y de Tarento las jugosas pomas;  
 Allí, sobre bajeles  
 Que adornan esculpidos animales,  
 Llegan de Siria las costosas pieles,  
 De España los metales,  
 La pesca que da el Ponto, y los corceles  
 Que abrevan en egipcios manantiales;  
 Allí el trireme, cuyo casco abrumba  
 El ámbar que en el Báltico se cria,  
 Váse á cruzar con el panfil de pluma  
 Cargado de algodón de la Etiopía;  
 Y de Mileto las tupidas lanas  
 Se truecan por las púrpuras indianas  
 Ó las especias del confin sabeo,  
 Y esclavos del Egeo  
 Se cambian por panteras africanas.

Mas no tan sólo el ruido  
 Del bullicioso tráfico ensordece  
 La opulenta ciudad; con él se escucha  
 Alzarse confundido,  
 Retumbando en las aulas que estremece,  
 Sordo fragor de turbulenta lucha  
 Á que enemigas sectas se convocan,  
 Y en que toda doctrina y toda idea  
 Son como aceros que esgrimidos chocan  
 En polvoroso campo de pelea.

Que aquel pueblo gigante,  
 Llanzado á un torbellino sin sosiego,  
 Filósofo y mercante,  
 Mezcla confusa de oriental y griego,  
 Que al exportar el abundoso grano  
 Lleva doquier su espíritu fecundo,  
 Es á la par la alhóndiga del mundo  
 Y la Babel del pensamiento humano.

## II.

Dejando el baño perfumado y tibio  
 En que de aquella atmósfera de fuego  
 Buscó al influjo enervador alivio,  
 Hipatia al cuerpo la flotante ropa  
 Cogió en dorado ceñidor; y luégo  
 Que al pié del mármol tutelar de Palas  
 Puso en ofrenda la corintia copa,  
 Con grave porte y ademán tranquilo  
 Cruzó al traves de las desiertas salas,  
 Hasta hallarse en el ancho peristilo  
 Donde aguardaba muchedumbre amiga,  
 Y á cuya misma puerta,  
 Ya junto al carro, de sudor cubierta,  
 Relinchaba, impaciente, la cuadriga.

Miéntas, dejando el sueño en que se aplice,  
 La poblacion á la comun fatiga

De la diaria actividad renace;  
 Bullen por los mercados  
 Nubias esclavas, que en los amplios cestos  
 Los frutos sazonados  
 Llevan sobre hojas de palmera puestos;  
 Á sombra de los pórticos sentados,  
 Conversan los filósofos, la plebe  
 Á las puertas del circo grita y bebe  
 Y azuza á los leones enjaulados;  
 En el distante muelle, que resuena  
 Con la vária faena,  
 Los marineros sin cesar trajinan,  
 Miéntas en torno de ellos,  
 Al descargar los dóciles camellos,  
 Ruedan los fardos, que en monton se hacinan;  
 Con los monjes que al templo se encaminan  
 Crúzanse las hermosas meretrices  
 Que en las áureas literas, muellemente  
 Reclinadas en pérsicos tapices,  
 Se dirigen al baño, y en las plazas  
 Llenas todas de gente  
 De vários trajes y distintas razas,  
 El sirio, el griego, el copto y el judío,  
 Excitan con aplauso y griterío  
 Á la de Cádiz bailarina esbelta,  
 Que ágil de cuerpo, de estatura chica,  
 Danza en el corro desceñida y suelta,  
 Y avivando el compas á cada vuelta,  
 Sobre la sien los crótalos repica.

¿Dónde va Hipatia, entre el amado coro  
 De alumnos fieles que el placer embarga,  
 Tenso en las manos el rendaje de oro,  
 Sobre el carro sonoro  
 Que al peso cruje de su excelsa carga?  
 No el amoroso, punzador cuidado,  
 Que los núbiles párpados desvela,  
 Fué quien, insomne, la arrancó del lecho;  
 Su alma á regiones infinitas vuela,  
 Y á la flaqueza femenil cerrado,  
 Por más alta ambicion late su pecho.  
 Contempla moribundo,  
 Sobre las rosas del festin sagrado,  
 Yacer al genio del antiguo mundo;  
 En el altar volcado  
 Ve agonizar, sin pábulo, la llama;  
 Oye mezclarse al huracan, que brama,  
 Desgarrando los aires lastimera,  
 La voz que por doquiera  
 «¡Se van los dioses!» con espanto clama.  
 Númen de un tiempo, encarnacion postrera  
 De aquella Edad vencida,  
 Cuya alma al exhalarse, desprendida,  
 De entre la ruina universal, la inflama,  
 Como la amante Psiquis, en la mano  
 Su lámpara encendida,  
 Ve fugitivo remontarse al cielo  
 Á aquel riente espíritu pagano  
 Que de halagüeñas fábulas el suelo  
 Y el espacio pobló, que en todas partes

Sembrando fué, con sus sensuales mitos,  
 La luminosa huella de sus artes  
 Y la clásica pompa de sus ritos ;  
 Que guarneció con invencible hueste  
 De dioses cada templo, y que á su paso,  
 En el colmado vaso  
 Brindó á la tierra la embriaguez celeste.

Ante el peligro que inminente mira,  
 En generosa indignacion ardiendo,  
 Ella á salvar del cataclismo horrendo  
 La amenazada sociedad conspira ;  
 Y corre en el tumulto  
 Su voz á alzar como postrera nota  
 Que Grecia arranca á su vibrante lira  
 Contra la cruz del Cristianismo rota :  
 Voz á cuyo eco, el olvidado culto  
 De nuevo en torno de las aras brota,  
 Palpitan las estatuas mutiladas  
 En los patios desiertos  
 Por la yedra y el musgo profanadas,  
 Y se estremecen los despojos yertos  
 De los antiguos héroes y poetas,  
 Que escucharla parecen por las grietas  
 De sus hondos sepulcros entreabiertos.

¡Qué hermosa va ! Miradla. Su figura  
 La reposada majestad ofrece

Que al mármol dió la helénica escultura ;  
 Palma de Délos su gentil cintura  
 Moviéndose parece ;  
 Como labrado Páros resplandece  
 De sus desnudos hombros la blancura.  
 Al suelto galopar de los caballos,  
 Cuyos ágiles callos  
 Van en las piedras encendiendo lumbre,  
 Cruza, entre polvoroso torbellino,  
 La inquieta muchedumbre  
 Que se agolpa á mirarla en el camino.  
 Alta lleva la frente soñadora,  
 Que la interior contemplacion tranquila  
 Con un reflejo misterioso dora ;  
 Fulgura su pupila,  
 Anegada en la luz del firmamento,  
 Y miéntras que su seno á cada aliento  
 Se redondea en curvatura suave  
 Como la vela de gallarda nave  
 Que con su soplo desarrolla el viento,  
 Al par de la tendida cabellera,  
 Graciosamente flota,  
 A su espalda plegándose ligera,  
 La túnica de lino, que alborota  
 El impulso veloz de la carrera.

EMILIO FERRARI.



## RECO (1)

Manda el cielo á las gentes enseñanza  
 En toda edad y clima, y la acomoda  
 Al ingenio, al sentir y á la cultura  
 De cada lengua y tribu. De esta suerte,  
 De la verdad en el glorioso reino  
 Nunca impera egoista un pueblo solo.  
 Así toda creencia, que á los hombres  
 Muestra el recto camino de la vida,  
 Y que en la fe les da llave y conjuro  
 Con que las puertas del saber se abren,  
 Fecundo gérmen de bondad contiene.  
 La mente humana, con certero instinto  
 De las divinas fábulas que forja,  
 Su fe legitimando en la hermosura,  
 Místico dón en las entrañas cela.  
 Y ese místico dón hace patentes,  
 Cual vara de virtud en diestra mano,  
 De la verdad oculta los veneros.  
 Nada creó Naturaleza en balde.  
 Bajo el uso vulgar de cada cosa  
 Recóndito saber habla y descubre  
 Misterios del espíritu al oído.  
 Los sueños que tejió la fantasía  
 Así también, si al ánimo deleitan,  
 De Natura las obras emulando,  
 Hondo sentido á la razón ofrecen.  
 Oídme leyenda, pues, del pueblo heleno,  
 Lozana y fresca aún con la perenne  
 Juventud de las gracias, como friso,  
 Que en pário mármol esculpió el artista  
 Por virtud de los siglos vencedora.

Reco, gallardo mozo, por el bosque  
 Vagaba, y vió una encina, cuyo tronco,  
 Del rayo herido, iba á doblarse: entonces  
 Tuvo piedad de tan hermoso árbol  
 Y le dió firme apoyo con esmero.  
 Sin más pensar y con incierta planta  
 Ya se alejaba, cuando oyó, cual suelen  
 Las hojas susurrar que el viento agita,  
 Blanda voz que le nombra. Se detuvo  
 Y atónito escuchó que nuevamente  
 ¡Reco! la voz suavísima decía.  
 Volvió la cara y contempló con pasmo,

Imágen tenue de dichoso sueño,  
 Bañando en grato resplandor la sombra  
 Que formaba la encina, la figura  
 De una mujer, pero de tal belleza,  
 Que lo humano excedía; con tan dulces  
 Ojos que sér divino revelaban;  
 Y en limpia desnudez, sin la vergüenza  
 Que del pecado y la malicia nace.  
 Con palabras tan leves y tan claras  
 Como el aljófár que la aurora vierte,  
 — Soy la driada de este árbol — dijo —  
 Y á su vida ligada está mi vida,  
 Cuya sencilla beatitud sustentan  
 Rayos de sol y gotas de rocío.  
 Pídemme un dón y le tendrás si puedo,  
 Pues gusto de mostrarme agradecida. —  
 — Mi corazón vacila temeroso,  
 Pero me anima la gentil oferta,  
 Reco le respondió: tan sólo logra  
 Amor satisfacer la ánsia infinita  
 Del alma; dame amor ó la esperanza  
 De tu amor, que ha de ser mi afán eterno. —  
 Ella replica tras de pausa breve,  
 Y triste deo en sus palabras pone:  
 — Te concedo mi amor; pero conozco  
 Los peligros del dón: un hora ántes  
 Vuelve en mi busca de que el sol se oculte. —  
 Y Reco no vió más sino la verde  
 Oscura pompa de la hojosa encina,  
 Y sólo pudo percibir su anhelo  
 El murmullo del aura en la enramada,  
 Y allá á lo lejos, en alcor florido,  
 El rústico sonar que del albogue  
 Arranca un zagalillo que reposa.  
 Cándida luz la fe daba á los hombres  
 De aquella edad; y el éxito espantable  
 Y el prodigio feliz nunca bastaban  
 Las lindes á salvar que á lo posible  
 Imperfecto saber más tarde puso.  
 Nada por bello y noble parecía  
 Al corazón audaz premio sobrado.  
 Reco, pues, no dudó de su ventura.  
 Bajo sus piés, á la ciudad volviendo,  
 Pensó que ufano el suelo florecía,  
 Que era más clara la amplitud del éter,  
 Que alas para cruzarla le brotaban,  
 Y que del sol los rayos, en sus venas  
 Infundidos, prestaban á la sangre  
 Calor salubre y levedad celeste.

Aunque tierno y leal, los verdes años

(1) Traducción libre de la leyenda del mismo título del poeta norteamericano Jaime Russell Lowell. Este bello poemita, con tanta gallardía trasladado á nuestro idioma por el eminente literato Sr. Valera, forma parte, con otras muchas composiciones del mismo autor, no coleccionadas todavía, del volumen que próximamente publicará D. Mariano Catalina en su biblioteca de ingenios españoles. Irá acompañado de una extensa *Introducción* en prosa, y de observaciones críticas referentes á nuestra literatura.

Hacian voluble el ánimo de Reco,  
 Y cuanto al paso le brindaba goces  
 Cautivo le tenía, trascordando  
 Por placer corto egregias esperanzas.  
 Encontró, pues, de amigos una turba  
 Que jugaba á los dados, y en el juego  
 Un instante su dicha dió al olvido.  
 Contraria, al empezar, le fué la suerte;  
 Mas ya Reco triunfante se engreia,  
 Cuando en la estancia penetró una abeja  
 Y llegó susurrando hasta su oído.  
 Él la ahuyentó con impaciente mano.  
 La abeja pertinaz tornó tres veces:  
 Y él con enojo y descompuesta furia  
 La rechazó crüel: y herida ella  
 Huyó por la ventana al libre viento.  
 Reco con mirar torvo la seguia,  
 Cuando notó que el luminoso disco  
 Iba á esconder el sol tras de la cumbre  
 De los más altos montes de Tesalia.  
 El corazon entónces le dió un vuelco,  
 Y sin decir palabra, como loco,  
 Recorrió la ciudad, salvó las puertas,  
 La llanura cruzó y entró en el bosque,  
 Do la tarde sus sombras ya tendia.  
 Cansado y sin aliento llegó al árbol,  
 Y escuchó con temor, y oyó de nuevo  
 La voz delgada que en sumiso tono  
 ¡Reco! cerca decia; pero inútil  
 Mirar doquier: ni luz, ni bella forma:  
 Sólo vió oscuridad bajo la encina.  
 Y prosiguió la voz:—¡Ay! Nunca, nunca  
 Me volverás á ver: á mí, que quise  
 Con puro amor glorificar tu vida,

Y en tu boca mortal verter el néctar;  
 Pero volvió con alas quebrantadas  
 Mi desdeñada mensajera humilde,  
 Y espíritus cual yo sólo se muestran  
 De seres compasivos á los ojos.  
 Exclusiva ternera no pedimos;  
 Antes al que desprecia de Natura  
 La obra más baja rechazar debemos,  
 Despareciendo de su torpe vista.  
 Adios, adios: ya nunca puedes verme.—  
 Con palpitante corazon al punto  
 Reco exclamó:—Piedad, perdon te pido.  
 No reincidir te juro en tanta culpa.—  
 —¡Ay!— la voz replicó.—Yo soy piadosa,  
 Ciego eres tú. Yo, Reco, te perdono;  
 Pero carezco de virtud que alcance  
 Á sanar de tu espíritu los ojos.  
 El alma misma sana sólo al alma.—  
 Y Reco no oyó más sino el susurro  
 Del aura en el follaje, parecido  
 Al resonar remoto de las olas  
 Que mueven piedrezuelas en la playa.  
 La noche, en tanto, le envolvió en su velo:  
 Y en el llano, á lo léjos, relucia  
 La ciudad con mil luces: y el ruido  
 De músicas y fiestas hasta Reco  
 Cual maldicion fatídica llegaba.  
 El cielo desplegó sobre su frente  
 La brillantez sublime de los astros;  
 Acarició la brisa sus mejillas,  
 Y vió en torno beldad y vió deleites,  
 Y soledad sin fin sintió en el alma.

JUAN VALERA.

Washington.

## Á ESPAÑA.

¡Oh España, oh patria, oh tierra en que he nacido!  
 Nunca, insulta la, humilles la alta frente,  
 Y la fama sosten, de gente en gente,  
 Que en el mundo tu pueblo ha merecido.  
 Ya en un rincon de Astúrias recogido,  
 Ya sojuzgando un mundo en Occidente,  
 Siempre entre todos descolló valiente,  
 Grande si vencedor, más si vencido.  
 Ardiendo en fuego de entusiasmo santo,  
 Cuando la guerra su pendon destreza  
 Noble sangre derrama, no vil llanto;  
 Si cae honrado, en sucumbir se goza,  
 Y más que San Quintín y que Lepanto  
 Le enardecen Numancia y Zaragoza.

FEDERICO BALART

Setiembre de 1885.

# EL VINO Y LOS BORRACHOS

POR

D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



CUANDO en el penúltimo ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION publicamos un estudio sobre el *Agua*, no faltaron personas que nos indicasen la conveniencia de hacer otro sobre el *Vino*. Y tenían razón los que de esta suerte nos aconsejaban, porque el agua, al fin y al cabo, como elemento natural y simple, no influye en la existencia de las criaturas sino por modos simples y naturales, mientras que el vino, invención del hombre, é invención concebida para enmendar el agua, es un agente de doble efecto, que así vivifica y aprovecha, como perturba y destruye. El abuso del agua se contiene en los límites de la purificación; el abuso del vino conduce necesariamente á la embriaguez.

Al estudiar, pues, el vino, se tropieza con una de las cuestiones más trascendentales de la época presente. No hay sino volver la vista á todos lados para persuadirse de ello. El príncipe de Bismarck, cuyas ideas no se fijan nunca en asuntos insignificantes, compartía hace poco en el Parlamento sus preocupaciones sobre el socialismo con las que le inspiraba el abuso de las bebidas entre los alemanes. Los Reyes de Bélgica y Holanda convocan con frecuencia congresos de Higiene, donde se trata, en primer término, de esta cuestión, estimulando á los moralistas para que estudien el modo de contrarrestar los efectos de la embriaguez. Un cardenal de la Iglesia Romana se dirigía últimamente al orbe católico, impresionado por la alarmante extensión de esa plaga de nuestros días, pidiendo el concurso del elemento religioso para ayudar en la lucha al elemento civil. En Francia se publican numerosos libros y opúsculos encaminados á combatir el alcoholismo y sus funestas consecuencias, ya en virtud de excitaciones de la Administración, ya por encargo de sociedades sábias ó previsoras. Finalmente, Inglaterra, cuyos Gobiernos legislan poco sobre asuntos sociales, dejando á la iniciativa particular el prevenirlos ó reglamentarlos, es la nación que más procura contener el destructor progreso de las bebidas espirituosas y la que va delante en la alarma común.

Sólo España se muestra indiferente en esta cuestión, quizá porque otras de más grave y primordial interés exigen sus cuidados. Pero no es España el país que menos necesita oponerse á la incontinencia en el uso del vino y los licores, ni la que menos deba temer sus estragos en la vida del pueblo; por cuya razón, ya que nuestros gobiernos no puedan dedicarse á resolver el problema con la eficacia de otras na-

ciones, conveniente parece llamar la atención pública sobre él y estimular su estudio, áun cuando sea desde las modestas páginas de un almanaque.

## I.

Acabamos de indicar que la cuestión del beber tiene dos términos diferentes y conduce á dos resultados distintos. Los términos de partida son el vino ó los licores: los resultados de observación son el estímulo ó la embriaguez. No hay que confundir, por lo tanto, lo que restaura con lo que perturba, ni al que bebe para reparar sus fuerzas con el que se embriaga para destruirlas.

El vino es una conquista del linaje humano casi tan interesante como la del pan: si de éste puede decirse que reconstruye la materia, del otro puede afirmarse que regenera el espíritu. No en balde una sagrada doctrina nos representa en el pan y el vino el cuerpo y la sangre del mismo Dios.

Parten de un supuesto erróneo los que niegan al vino las propiedades de un agente de primera necesidad. Si el hombre viviese en la contemplación tranquila de la Naturaleza; si vegetase en los espacios del mundo, como otros seres sin alma, las féculas del campo y el líquido de los arroyos bastarían para su nutrición y crecimiento; mas como el hombre vive para la sociedad, y la sociedad exige de su cuerpo el trabajo, y el trabajo desgasta fuerzas físicas artificialmente, el pan y el agua, propios del cenobita y del pastor, hay que sustituirlos con la carne y el vino que reclaman el jornalero y el artesano. Un anatema igual merecerían si no la muerte de la res y la fermentación de la uva; pero ya que el sacrificio del animal está tolerado por circunstancias forzosas de la vida, á las cuales concurre la aptitud omnívora del hombre, no se le niegue al vino el derecho de contribuir á la alimentación y restauración humanas.

El vino, después de todo, es un infeliz. Su bello color, su grato aroma, la virtud asimilable de su sustancia y la presteza con que obedece al objeto á que se le destina, le hacen por lo común apetecible y simpático. Con su dulzor primero, y su plácido estímulo después, va conquistando poco á poco la voluntad de las gentes, hasta que se posesiona del organismo y constituye una de las necesidades de la existencia. Bien lo tiene dicho el vulgo cuando dice que si *media vida es la candela, pan y vino es la otra media*.

No sucede lo propio con los licores. Los licores son al vino lo que á un juego de entretenimiento un juego de azar. Pa-

rece que el hombre está condenado á deslucir sus mejores obras, así como sus más dignas acciones, con la exageracion del partido que quiere sacar de ellas. La noble simplicidad del vino, su provechoso efecto en nuestra economía, se contradicen y encanallan, si nos es permitida la frase, al pretender que sus extractos y sus mezclas perfeccionen lo que nació perfecto por sí mismo. Si no temiéramos ir demasiado léjos en ciertos símiles, diríamos que la esencia de la uva, llevada al terreno de los licores, es como la esencia del amor conducida á los límites de la liviandad; hasta se nos presenta con colores alegres y llamativos, como con colores llamativos y alegres cubren su ajado rostro las meretrices.

Los licores, asumiendo la parte perjudicial del vino y no la benéfica, parecen inspiracion del diablo, pues no hay que perder de vista que su confeccion obedece á los mismos principios científicos que la confeccion de los venenos, y que su uso conduce al propio fin de las sustancias venenosas. Cuando el vino es un baston que puede servir de apoyo y de defensa, el licor es un estoque sin otro uso que matar.

Esto, sin embargo, no obsta para que el desarrollo creciente de los licores haya casi anublado en nuestros dias la preocupacion natural sobre los abusos del vino. Lo sensible en los momentos presentes, lo desastroso por su funesto influjo, es el prestigio entre las clases populares de las bebidas alcohólicas desnaturalizadas. El pueblo, al querer embriagarse por poco dinero, exige espíritus que se asemejen á los que usan las clases ricas, aún cuando estén preparados con ingredientes destructores.—En Francia busca la *Absenta* y la *Chartreuse*; en Holanda, el *Curaçao* y la *Ginebra*; en Alemania, la *Menta* y el *Kummel*; en Italia, el *Alkermes* y el *Rosolio*; en Inglaterra, el *Bitter* y el *Wiskey*; en Suiza, el *Kirsch* y el *Marrasquino*; en España, donde no hay licores nacionales, porque en España puede decirse que no hay más que vino y aguardiente, el aguardiente es la bebida de que abusa el pueblo.

Debemos consignar, sin embargo, que esta bebida, cuando es pura, no merece el mismo anatema de los otros licores. El aguardiente, que, valiéndonos de un término mineralógico, no es otra cosa que la desplatacion del vino; el aguardiente, á quien un bebedor notable de nuestro país calificaba con el epíteto de *hechicero*, y que reconoce por hermanos el *Cognac* francés y el *Agua-bianca* italiana, y por hermanastros el *Brandy* inglés y el *Ron* americano; los aguardientes, decimos, corresponden á la descendencia legítima del noble linaje *uva*. Los licores, por el contrario, han revuelto su sangre ilustre con la sangre plebeya de las especias, de las frutas, de los hierbajos y de las pepitas.

Donde quiera que se percibe un aroma ó un gusto corrosivo, allí se inventa un licor, olvidándose de que la Naturaleza sólo ha colocado el espíritu asimilable donde hay azúcar, y de que todos los otros espíritus son rebeldes y destructores.

La cereza silvestre, el naranjo ágrío, la amarga pepita del albaricoque, los helechos montaraces, de que hasta las bestias huyen; las mostazas y las pimientas, cuyo lozano verdor abandonan los pájaros en cuanto apunta el fruto; todas las sustancias, en fin, que el nigromante llevaría á su laboratorio para extraer ponzoñas de muerte, los lleva el licorista á su alambique para producir lo que luégo llama licores de vida. Abarátese ahora con la imaginacion el pro-

ducto de estas mixturas, y que los hospitales digan lo demas.

¡ Oh vino! tú, á lo ménos, tienes la ventaja de la franqueza, de la ingenuidad, de la sencillez. Eres á veces j6ven y perturbas los juicios con tus botaratadas; adoptas en ocasiones malas compañías, que el ojo de la experiencia descubre pronto y combate; pero no te vistes de máscara para engañar al público con voz melosa, ni te pintas el rostro para esconder las injurias de tus vicios, ni te acomodas motes nobiliarios para hacer olvidar lo humilde de tu alcurnia. Tú no sales del ilustre retiro de los cartujos, ni de la limpia celda de las pobres monjas, á quienes la piedad, negándoles otros dones para la vida, se los concede abundantes á cambio de una embriaguez beata. Tú naces en el majuelo del campesino, te dejas pisar por el gañan, fermentas en la tinaja de barro, permites que te conduzcan en la odre y das con tu endeble cuerpo en la simple taberna. El que se engaña contigo es porque quiere, y al que abusa de ti tú mismo se lo indicas advirtiéndole la insensatez de su intemperancia. Hasta despues de la catástrofe, tú no eres rencoroso ni vengativo con el bebedor. ¡ Cuán diversa es la conducta de esos tus actuales descendientes! Bajo capa de más civilizados y cultos, con apariencia de mayor urbanidad y distincion, se introducen en todas partes sin vergüenza y sin miedo, ocasionando toda suerte de horrores. Ellos son el principal instrumento de la patología moderna: desde el mareo hasta el *delirium tremens*, desde el grano en el rostro hasta el cáncer en las entrañas, desde el desvario hasta la locura, desde el destemple hasta la combustion. Ellos hacen envejecer al j6ven, debilitar al robusto, abatir al enérgico y embrutecerse á los más listos y despejados. Ellos son el agente casi único de la criminalidad, desde el escándalo hasta el motin, desde el hurto hasta el secuestro, desde la herida hasta el asesinato. Ellos corrompen al niño, prostituyen á la mujer, deshonoran al hombre y hacen despreciable al viejo.

Asunto es, en verdad, el que se inicia para merecer la atencion de los grandes pensadores y de los precavidos gobernantes.

## II.

Dos revelaciones bien extrañas produce el estudio de la embriaguez. Es una que el alcohol, anatematizado hasta ahora y perseguido por gobiernos y jurisconsultos, carece de la maldad que se le supone. Con la otra se demuestra que de la embriaguez es casi ménos responsable el borracho que el tabernero.

El borracho bebe por beber. Sus fuerzas abatidas con una mala alimentacion, recobran en la taberna cierta actividad que les finge un poder físico de que desgraciadamente carecen. Sus órganos digestivos, irritados por la bebida, le simulan una sed que intenta apagar con nuevas libaciones. Su cabeza, conturbada por el abatimiento y el hambre, adquiere una lucidez placentera, que le permite olvidar el precario estado en que se halla. Todo en el bebedor conspira á hacerle creer que mientras bebe es forzado, instruido, inteligente y dichoso. El tabernero es quien detras de su mostrador percibe y juzga la falsedad de aquellas ilusiones. Sabe que la fuerza, momentáneamente excitada, cae despues en mayor postracion de la que tenía; sabe que el estó-



mago, artificialmente irritado, pide despues con mayor furia el alimento que se le niega; sabe que el cerebro, engañosamente influido, torna despues á una mayor imbecilidad; sabe que la dicha de algunas horas es breve paso á mayores y más irremediables desgracias. Entónces es cuando debia arrojar de la taberna al bebedor; pero entónces es cabalmente cuando principia el negocio para el comerciante. El borracho, desde que comienza á estarlo, si era egoista, se convierte en generoso; si estaba aislado, busca sociedad; si era pobre, aparece rico. Entónces es cuando se decide á convidar á los que le rodean, incluso al tabernero; entónces es cuando pide de lo caro, cuando vacia su bolsa, cuando empeña su chaqueta, cuando da abonarés contra el jornal de la semana. Hasta entónces atentó contra si propio: desde entónces atenta contra su familia y contra la humanidad. Allí se consuma el abandono de la mujer y de los hijos; allí se engendran las quimeras, las agresiones y los crímenes; allí se pierden el cuerpo y el alma.

Pero prescindamos por ahora de ésta y vamos al otro. El alcohol no es un veneno para el linaje humano, como hasta hoy se habia creido: hay en él principios restaurantes, como que vienen de la azúcar, tónicos, y que ayudan provechosamente á la nutricion. Lo que las bebidas alcohólicas tienen de fatal es su juventud y los elementos extraños que se les mezclan para abaratarlas. Sin la codicia de vender pronto y de vender mucho, la fermentacion no se verificaria en el estómago de las criaturas, ni éstas se verian expuestas á los trastornos morbosos que ocasionan las sustancias adulterantes. Las bebidas alcohólicas no se adulteran ni se imitan sino envenenándolas: sólo los ricos pueden beberlas puras y sin temor; mas como tiene mayor cuenta vendérselas á los pobres que á los ricos, porque éstos son pocos y beben poco, la industria apela á toda suerte de sofisticaciones. El tabernero, pues, es el que fabrica el veneno ó el que adquiere el veneno fabricado para difundirlo; por manera que perseguir al que bebe y no vigilar al que da de beber es como en una riña formarle causa al muerto y dejar escapar al matador.

La embriaguez principia en la cuba del mosto, sigue en la bodega del cosechero, continúa en el laboratorio del químico y concluye ó se manifiesta en el mísero cuerpo del borracho. Todo cuanto se ha hecho, por consiguiente, hasta hoy con el que se tambalea, hay que ir haciéndolo en adelante con el que á pié firme prepara el tumbo. Esa libertad ilimitada con que se venden los licores, esa facilidad salvaje con que se establecen expendedorías de vinos y aguardientes, como si fueran artículos vulgares de consumo, son la causa primera de la embriaguez. Los gobiernos, que se cuidan mucho del boticario, no se cuidan nada del tabernero. Al uno le exigen carrera, título, capital y fianza: el otro es ineducado, desconocido, irresponsable é insolvente. Y eso que el primero no puede perjudicar más que á los enfermos, los cuales, al fin y al cabo, ya lo están y son la minoría; miéntras que el segundo conspira contra los sanos, que son los útiles y el mayor número.

Cualquiera diria que los gobiernos tienen el abasto de las boticas, y sin embargo, lo que los gobiernos tienen es el abasto de las tabernas. Las bebidas espirituosas son el gran recurso de las naciones. Francia recauda cada año por este concepto cuatrocientos millones de pesetas; Inglaterra, más

de setecientos; Rusia, más de ochocientos, y los pequeños estados, como Bélgica y Holanda, han visto acrecer este subsidio en pocos años desde seis y ocho millones á cuarenta y cincuenta. Si el tributo se pagase sobre el pan, no produciria ciertamente mayores rendimientos. ¿Cómo impulsar á la Administracion á que se preocupe de la embriaguez?

La Administracion, sin embargo, que con un ojo se alegra del progresivo desarrollo del presupuesto, con el otro se aflige del progresivo desarrollo de la criminalidad. Al lado de la estadística de los ingresos con que se envanece, forma una estadística de los mayores gastos con que se avergüenza. Las cárceles, los presidios, la justicia, la vigilancia, los hospitales, los hospicios, los manicomios, el hambre pública, todo cuanto se deriva del abandono y conduce al crimen ó á la miseria, todo es imputable en su crecimiento actual al abuso de las bebidas. — Asustan los datos que se aducen en los congresos de Higiene. Casi la mitad de los delitos, la tercera parte de las locuras, la cuarta de las muertes violentas, con una cohorte de imbecilidades, esterilidades y deformidades horribles, demuestran los crueles efectos de la embriaguez. No reproducirémos estos datos por no abatir el espíritu de los lectores; pero si queremos consignar por su elocuencia el resumen de una estadística anglo americana, recogida en fuentes oficiales. Los Estados-Unidos impusieron últimamente á su Tesoro, en solos diez años, á causa del alcohol, una carga directa de seiscientos millones de duros y un gasto indirecto de setecientos millones; han visto destruirse trescientas mil vidas; han necesitado albergar cien mil criaturas abandonadas; han reducido á prision ó recogido en casas de beneficencia ciento cincuenta mil personas; han dado sepultura á diez mil suicidas; han reconocido la existencia de doscientas mil viudas, y contemplado con dolor un millon de huérfanos.

Á pesar de todo, la Administracion pública sigue procurando el progreso de la renta de las bebidas, por el falso principio de que encarecer el producto es dificultar las aficiones del consumidor. Lo que se consigue elevando el impuesto es que las bebidas se adulteren más y que las familias de los borrachos coman ménos, y es la prueba que crecen al unisono los intereses de la Administracion y la ruina de los administrados. Tambien se engañan los moralistas cuando dicen que la miseria es la causa de la embriaguez, y que impulsando la elevacion de los jornales se conseguiria la depresion del vicio. Por desgracia, los hechos demuestran lo contrario, pues en los países ó comarcas donde los recursos del jornalero han aumentado considerablemente, es donde la embriaguez se deja sentir con mayor violencia.

Hay que acudir á otros extremos para alejar el mal, si no se quiere que el mundo se convierta en una gran taberna y los humanos en una banda de poseidos.

Hé aquí el problema en que se ocupan gobernantes y pensadores.

### III.

El autor del *Espíritu de las leyes* ha observado que hay embriaguez nacional, ó como si dijéramos geográfica, aparta de la embriaguez personal ó del individuo. Á sus ojos la ley de Mahoma prohibiendo el vino y los licores, es una ley de

clima; lo cual equivale á establecer que una ley inglesa preconizando el uso del alcohol sería una ley civilizadora y justa. No confundamos, pues, las especies al meditar sobre este asunto, ni pretendamos influir de una misma manera en todas partes para el remedio de la plaga social. Lo que en Oriente puede ser dogma, en Occidente necesita ser código.

En efecto: si los pueblos húmedos y fríos, si los pueblos tristes exigen el uso de las bebidas como alimento físico y moral, es insensato pretender que la abstinencia absoluta se adopte en ellos, ni aún como precepto religioso. Por esta razón no nos ha parecido nunca eficaz el gran recurso inventado en nuestros días para combatir la embriaguez, promoviendo la creación de *Sociedades de Templanza*. Las sociedades de templanza son punto ménos que inútiles para atacar de frente al borracho: principian por afiliarse á ellas los que no beben, como por lo común se asocian á combatir el tabaco los que no fuman; sucediendo una cosa semejante á lo que acontece cuando se inventan oraciones para que las digan los devotos, siendo así que lo hay que inventar son formas de oración para que las practiquen los que no rezan.

Las sociedades de templanza están prestando, ciertamente, servicios notables en los pueblos habituados á la obediencia y al respeto de todas las leyes y costumbres. En Inglaterra y Alemania sientan bien; en Suiza y Bélgica, algo ménos; en Francia, casi nada; en Italia y en España, ni poco ni mucho. Los pueblos rebeldes á la persuasión y duros de carácter necesitan algo más que el consejo para reprimir sus desbordadas pasiones. Por eso en el extremo Oriente bastó una predicación, y en el extremo Occidente se necesita un castigo. Al bebedor se le puede atacar en sus orígenes, pero al borracho hay que atacarlo en sus consecuencias, para lo cual es preciso prevenir la bebida y castigar la embriaguez. Las sociedades de templanza, que pueden servir mucho para lo primero, apenas servirán nunca nada para lo segundo.

Algunos moralistas pretenden que se combata la embriaguez haciéndola odiosa, y aconsejan que desde la escuela se inculque al niño un espíritu de aversión hácia el borracho, valiéndose tal vez de prácticas análogas á las que se usan contra los ignorantes. La idea no es mala, como uno de tantos medios que conviene emplear contra todos los excesos sociales; pero esos moralistas olvidan que la borrachera es una cosa alegre, y que el borracho por lo común hace reír: mal se avienen, pues, la risa y el odio. Olvidan además que cuanto se practique en la escuela anatematizando la bebida y ridiculizando la embriaguez, queda destruido en casa ante los usos y costumbres de la sociedad más culta. El niño advierte desde sus primeros pasos que todas las felicidades domésticas se solemnizan bebiendo; advierte que la boda, el bautizo, la obtención de la dignidad, los favores de la fortuna, son causa de que se convide á beber; advierte que su padre, cuando está satisfecho de sus subordinados, los incita á que beban; que el Gobierno y el general dan de beber á las tropas cuando están orgullosos de su conducta; que en los regocijos públicos, ya civiles, ya religiosos, la bebida es un elemento tan solemne ypreciado como la música ó la pólvora; que el trabajador rendido de fatiga, después de prestar un gran servicio, pide y obtiene para beber; que en la comedia, en la ópera, en la pantomima, no hay festín sin botellas, ni alegría sin copas, ni entusiasmo sin brindis; ad-

vierte, por último, el muchacho que la primera felicidad de su propia vida hubo de experimentar al llevar á sus labios el primer licor. ¿Cómo engendrar odiosidades en torno de tanta simpatía?

Odiosidades son las que difunden las asociaciones de templanza, y sus resultados, como hemos dicho, no corresponden sino imperfectamente al gran objeto que se propusieron. Y es quizá porque los filántropos que las imaginaron desconocían ó quieren olvidar uno de los extremos de la cuestión. Las bebidas alcohólicas suplen en las clases asalariadas su falta de alimento; y como las clases asalariadas no comen ni en cantidad ni en calidad lo que deben y necesitan comer, al predicarles la abstención se les predica el ayuno. Id al logrero con sermones para que se convierta en generoso: gracias con que la predicación le sirva para rebajar alguna cosa el tanto por ciento de la usura.

Nuestro trabajador contemporáneo se desgasta más y se alimenta ménos que las máquinas. Á las máquinas se les da todo el carbon que necesitan, todas las grasas y todos los aceites que han menester para que su trabajo sea útil; mientras que al obrero se le exige utilidad de trabajo sin que se cuide nadie de su alimentación. Él propio, al sentir el defecto de sus fuerzas físicas, se marcha instintivamente á la taberna en busca de equilibrio, porque en la taberna adquiere á poca costa una cantidad de energía. Si tras del uso viene el abuso, no se le adjudique en esta falta más porción de la que en ley de justicia le corresponde.

¿Cuál es el vaso de vino, cuál es la copa de licor que separa la restauración provechosa de la embriaguez funesta? Hágasele esta pregunta al filósofo, al higienista, al químico, al caballero, y probablemente contestarán con una sandez si se les interroga en medio de un festín. ¿Cómo, pues, exigir del proletario lo que no puede exigirse del magnate?

El proletario, además, reúne en la taberna un sinnúmero de instituciones que las gentes acomodadas tienen dispuestas de varios modos para su recreo. El proletario tiene en la taberna su teatro, su café, su casino, su tertulia, su sociedad, su vida. Si la miseria de su traje le aparta de ciertos sitios, y la escasez de sus recursos le impide frecuentar ciertas diversiones, y la grosería de su trato le aleja del comercio de cierto mundo; si á todos nos estorba por todas partes y su presencia deslustra hasta á la misma multitud, ¿qué mucho si hace de la taberna el refugio de sus ocios y el palenque perpétuo de sus ilusiones?

Ese mismo vaso, esa misma copa que separan el alimento de la embriaguez, son conquistas inapreciables para el menesteroso. Á beneficio de ellos se olvida de su estado y asciende á los estados imaginarios de la felicidad. En cuanto su cerebro se perturba, y su cerebro se perturba fácilmente, se alejan de su espíritu todas las realidades de la desdicha. ¿Quién más fuerte que él? ¿quién más rico que él? ¿quién más generoso, más sabio ó más ilustre? Á la manera del demente, que cuando se juzga general manda sus ejércitos, y cuando se juzga rey expide sus órdenes, y cuando se juzga pontífice otorga sus indulgencias, disfrutando en el interior de su alma una especie de dicha que, aún cuando á nosotros nos cause duelos á él le proporciona goces infinitos, de la propia manera el borracho se finge y disfruta de la embriaguez de su imaginación los bienes de que carece en la realidad del mundo.

No le pidais, pues, más de lo que puede daros, ni le exijais mayor palabra de la que puede cumplir: harto infelices en el curso de su vida para que os entregue sin reserva sus horas de locura y de felicidad. Pedidle al árabe de todos los tiempos que renuncie á los delirios del *haschich*, al chino que abandone las soñolencias del *opio*, al americano que excuse los ardores del *agua de fuego*, ó al polinesio que se emancipe de la influencia embriagadora del *kava*. Pedios á vosotros mismos la privacion del uso del tabaco, en cuya constante embriaguez vivís envueltos, á pesar de que no ignorais el pernicioso influjo que ejerce en vuestros órganos.

Cuando una costumbre se arraiga por sí sola en la humanidad; cuando un vicio, por funesto que sea, aparece en todas partes, se multiplica en todas las épocas y subsiste á despecho de todas las circunstancias, es inútil atacarlo de frente: hay que combatirlo de soslayo. Las leyes de represion absoluta son tan ineficaces como los consejos de abstinencia perpétua. Ni el Alcorán salvó á las razas de Oriente, ni la Templanza salvará á los pueblos de Occidente.

Estadistas, juriconsultos y filántropos, reducen á los siguientes términos sus peticiones: — Que se aumenten los derechos sobre el alcohol; que se redoblen los tributos por la expendicion de las bebidas; que la embriaguez se declare delito; que se castigue al borracho con multas, prision y penas infamantes; que el contumaz sea arrojado de los talleres, de las sociedades de socorros mutuos y de los gremios de proteccion al trabajo; en una palabra, que se prohiba beber.

La simple exposicion de estas proposiciones manifiesta que todas, ó la mayor parte, van dirigidas, no contra el bebedor, sino contra la familia del que bebe. Ya hemos indicado antes que el sobreprecio industrial ó comercial se convierte en sobreprecio del producto, y que esto conduce, ó á la adulteracion para contrarrestarlo, ó al mayor dispendio para conseguirlo. Pues ahora hemos de decir que la multa del beodo equivale al empeño de los harapos de la familia; que la prision del beodo se traduce en falta de jornal; que la infamia sobre el beodo es la infamia sobre los que llevan su nombre; que la expulsion del beodo de las sociedades y de los talleres es un bloqueo por hambre á los que de él subsisten; que cuanto se haga, en fin, contra la embriaguez, equiparándola á los delitos comunes, es ménos contra el delincuente que contra los desdichados que se cobijan á su sombra.

¿Qué recurso adoptar? El ridículo es corto, la educacion es lenta y vaga, el consejo es estéril, la responsabilidad colectiva es injusta, la abstinencia es imposible, la persecucion impracticable: ¿á dónde acudir por armas para atacar y vencer á este importante enemigo del linaje humano?

#### IV.

Nada se ha resuelto aún que deje satisfecha la conciencia del moralista, ni que abra horizontes claros al legislador. Convencidos todos de que hay que proceder enérgicamente, cada cual propone fórmulas diversas, fundados por lo comun en la accion gubernativa y de los tribunales. Pero la accion jurídica y de gobierno tropieza á cada paso con las ideas de libertad, de inviolabilidad y de justo albedrío, que

á la hora presente de la civilizacion no pueden desatenderse ni conculcarse. La magistratura, persiguiendo la embriaguez, necesitaria perseguir á la par otros vicios y otros desórdenes de la vida intima, cuyo moderador sólo reside en la moral pública. Por eso las naciones que, como Bélgica, van más adelantadas en el estudio de la cuestion, propenden á que ésta se confie al poder municipal con preferencia á los poderes judicial y gubernativo.

En nuestro sentir, consultando muchas opiniones, meditando sobre muchos proyectos y habiendo oido á insignes moralistas en Congresos de Higiene, el combate contra la embriaguez hay que sostenerlo con tres órdenes de medidas: medidas de prevision, medidas de precaucion y medidas de represion. Ó en otros términos: al borracho hay que combatirlo ántes de beber, cuando está bebiendo y despues que ha bebido.

Entre las medidas de prevision ocupa el primer lugar la que se refiere á los Códigos de justicia. Mucho se ha adelantado, por cierto, con que la embriaguez no sea ya casi en ningun país circunstancia eximente de responsabilidad criminal; pero aún se la invoca como circunstancia atenuante y sirve de disculpa y de alivio á la pena, cuando no es de costumbre ó se prueba así. Los moralistas saben, sin embargo, que la mayor parte de los crímenes que impulsa la embriaguez no se cometen porque el criminal está beodo, sino que el criminal se emborracha para cometerlos; y que hombres aviesos ó de malos instintos, á quienes falta el valor ó la energía física, perturban artificiosamente su razon para ser malvados. Ya que no se declare, pues, circunstancia agravante, como muchos pretenden y como en algun pueblo se considera ya, el enajenamiento alcohólico para la comision de los delitos, téngasele por causa grave, y que el delincuente no ignore que su culpa principia en el mostrador de la taberna.

Dentro de esta misma caben otras clases de prevision. Es una de ellas, que así como el establecimiento de vinos y licores para venta exterior debe gozar las garantías de todo comercio lícito, la taberna propiamente dicha, el punto destinado exclusivamente á beber, se considere lugar sospechoso y se le exceptúe de las ventajas que proporciona á la industria la ley comun. Recargada en tributos, inspeccionada á cada paso para saber qué es lo que se vende allí, apercibida de responsabilidad constante sobre cuantos abusos se cometan en su interior, la taberna debe equipararse á esos otros antros de vicio en que las desdichadas criaturas que los pueblan se hallan á merced de los reglamentos de policia. Si el borracho habitual es un presunto delincuente, la taberna es una fábrica de delitos.

La policia, pues, ya sea la judicial, por lo que se refiere á la comision de crímenes; ya la gubernamental, por lo que se relaciona con el orden público; ya la municipal, por lo que afecta al decoro de las sociedades, es la llamada en primer término á reprimir los abusos de la embriaguez; y para que la policia ejerza con desembarazo sus funciones no hay como encomendar el asunto á la accion de los municipios. Ésta, que se desenvuelve en esfera privada y por discretionales medios, tiene en su mano recursos suficientes para atajar el mal ó contrariarlo. ¿No establece alhóndigas para los granos comestibles? ¿No costea oficinas ó funcionarios para investigar la pureza de los alimentos? ¿No inspecciona el

interior de las fondas y los cafés? ¿No le pesa el pan á los panaderos? Pues el vino y los licores, que son los artículos más peligrosos y de mayor consumo, no suelen tener ni aduanas donde se contraten bajo la vigilancia de la autoridad, ni inspecciones donde se depuren su origen y sus mezclas, ni reconocimientos domiciliarios en que se sorprenda el veneno y pueda castigarse al envenenador.

Y si las medidas preventivas son en este punto indispensables, no hay que decir el rigor con que deben ejercerse las represivas. Dentro de cada taberna existe la presuncion fundada de que por momentos se elabora, si no un delito, á lo ménos una trasgresion de ley. Aguardarse á que estalle, es temerario; acudir á impedirlo, es un deber rudimental de la prudencia. Si á las primeras voces de un beodo se le intimase el silencio y se le recogiesen las armas, auxiliando la accion del tabernero los agentes de la fuerza pública, la mayor parte de los horrores á que la embriaguez conduce no se consumarian. Todo consiste en que á la taberna, al tabernero y al borracho se le tengan en suspension permanente las garantías y derechos constitucionales, lo cual sólo pueden hacerlo los municipios por medio de las Ordenanzas que regulan la buena vida y costumbres de los ciudadanos.

Respecto á la persona del beodo, es idea vulgar muy extendida que en cuanto pierda la razon se le mande inmediatamente á su casa. Créese prestar con eso un gran servicio á la moral pública, y á su casa es donde nunca debe ser conducido el beodo. Allí estallan los brutales instintos de su enajenacion ante la dolorosa miseria que con su conducta ocasiona; allí golpea á la escuálida mujer; allí maltrata á los hambrientos hijos; allí escandaliza á la vecindad con sus acciones y sus dicterios; allí ejecuta todo lo repugnante y odioso que la embriaguez inspira al hombre ineducado. Léjos de mandársele á su casa, donde disfruta la libertad del desórden, debe conducirse al calabozo de la policia, donde sufra la opresion del aislamiento. Un tablado de madera y un cántaro de agua son recursos bastantes para esta reclusion, de la cual no debe salir el beodo hasta que esté sereno, y á la cual debe volver, para mayor castigo, cuando sea reincidente. En su casa entra irritado y sale impune; en la prevencion municipal entrará con algo de miedo y saldrá con algo de vergüenza.

Declarado el borracho fuera de la ley, como en nuestro concepto debe declarársele, no hay que concederle en manera alguna la inviolabilidad del domicilio. Cualquiera persona de su familia, cualquier vecino que denuncie sus inmoralidades y sus escándalos, tiene derecho á exigir de la policia que lo aparte del comun de las gentes y que lo recluya con arreglo á la Ordenanza municipal. No se diga que ahora se efectúa poco más ó ménos lo mismo, puesto que las autoridades acuden donde el borracho promueve sus desórdenes; porque de ser una intervencion amistosa, y sin consecuencias casi nunca, á ser un deber legal que comprometa al que no lo ejecute, hay la distancia del consejo al precepto, de la reconvenccion al castigo.

En los países del Norte de Europa, donde la embriaguez causa asoladores estragos, principia á cundir, como hemos dicho, la idea de la ingerencia municipal y la práctica de las medidas discrecionales. Algunos moralistas lo niegan todo y fian á los progresos de la cultura la extirpacion del mal;

pero otros notan que los países más civilizados, y en que la enseñanza se extiende con mayor fuerza, no son los que se sustraen al abuso de la embriaguez, sino en los que aparece ésta con caracteres más alarmantes. Y ello es que hay que hacer algo, pues es preciso tener presente que la civilizacion moderna, con ir encaminada al mejoramiento del estado social, con mostrarse solícita por el progreso del individuo y discurrir en favor de éste tanto género de comodidades, es la civilizacion más asesina que ha contado la Historia.

El hombre descubre cada dia un nuevo elemento de seguridad ó un preservativo contra las asechanzas exteriores, y sin embargo, el hombre no vive hoy más que una tercera parte de la vida que le está asignada. Á todos los seres se les ha concedido, al parecer, un décuplo, por lo ménos, de existencia sobre la edad en que pueden vivir independientes. El perro es perro al año, y vive diez años; el caballo es caballo á los dos, y vive veinte; el hombre es hombre á los diez, y puede vivir ciento. ¿Por qué no los vive? La revelacion de la estadística es tan desconsoladora como cierta. El hombre civilizado de nuestro tiempo no vive más que treinta y tres años de ese siglo que se le ha concedido para habitar el mundo; y si la estadística se engaña en estas cifras, será en contra de los vivos, porque no acierte á contar con exactitud el número de los muertos. ¡Qué despilfarro de existencia! Los bárbaros antiguos formaban en las filas de los ejércitos hasta la edad de sesenta años, y hacian prodigios de valor; ¿qué general moderno iria hoy seguro á campaña con soldados de cuarenta? Llévalos de poco más de veinte, y con escogerlos entre muchos, algunos caminan ya con la vejez en el rostro. ¿No es verdad que en el tiempo presente se vive muy deprisa?

Pero esta locucion, que repetimos con cierta gracia, es un anatema contra nuestros usos y costumbres. Sabemos perfeccionar el mecanismo de todas las cosas materiales y no sabemos conservar nuestra máquina; inventamos cada dia un procedimiento que conduce á la longevidad, y cada dia hallamos más prematura la senectud; discurrimos incesantemente las trazas de vivir, é incesantemente caemos en los peligros de perecer. El hombre moderno es un avaro de ilusiones y un derrochador de realidades.

No queremos decir con esto que las bebidas y su abuso sean la causa exclusiva del derroche. Es harto complicada la cuestion para atribuirla á uno solo de los factores del problema. Estudiando el progreso se advierte que, al ensancharse el trabajo humano, la tierra con sus vicisitudes, la mar con sus peligros, la industria con sus accidentes, las minas con sus siniestros, la manipulacion con sus contrariedades, el númen con su perpétua lucha, toda la vida moderna, en fin, que á su conjunto de ventajas reúne una enorme cantidad de reveses, conspira á una destruccion de que los antiguos se hallaban libres. Pero hay que atribuir á la incontinencia en la vida privada, y dentro de ésta á los abusos del beber, una gran parte de los daños que se lamentan. Díganlo las estadísticas del crimen; díganlo las estadísticas de la mortalidad; díganlo las elocuentes voces de los moralistas, higienistas y hombres de Estado.

Alarmémonos, pues, y contribuyamos cada cual por su parte al remedio.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

# EPÍSTOLA<sup>(1)</sup>

(AL SR. D. E. M.)

Desde esta córte rumorosa y vana,  
donde nace el estruendo con la aurora  
y se extingue al brillar de la mañana,  
irán los versos que te escribo ahora  
á esa hermosa ciudad, al mar vecina,  
del sol ardiente y la palmera mora.

Volarán como amante golondrina  
que hasta el hogar hospitalario llega  
y al ver sus seres adorados trina.

La o'a rendida que hasta ti navega,  
¿quién sabe si viniendo de otros lares  
de mi madre en las lágrimas te anega!

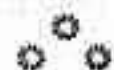
En indolente costa de esos mares,  
do arrastra el Guadalhorce su corriente  
formando melancólicos cantares,

vive mi madre, de mi amor ausente,  
y cubierto de canas el cabello,  
al suelo inclina la rugosa frente.

En el pausado y ritmico atropello  
de las olas del mar, que una tras una  
ruedan en giro cadencioso y bello,

van acaso las quejas sin fortuna  
que á la orilla del mar y en otra playa  
llora mi madre al declinar la luna.

La onda más triste que á besarte vaya,  
esa lleva hasta ti sus bendiciones  
y en la arena, rezando, se desmaya.



Buscando placenteras emociones,  
cruza la mente con osado vuelo  
de Castilla las áridas regiones,  
y ansiosa para en el distante suelo  
donde olvidado de la pompa humana  
libre derramas el cansado anhelo.

Te despierta vibrando la campana  
que une su voz alegre y argentina  
á la turba de pájaros ufana,  
y suena el canto en la heredad vecina  
de la moza que lava y se recrea  
en la fuente sonora y cristalina.

Derrama el sol la claridad febea  
replegando la sombra en tu aposento,  
que con ala de sueños aletea;

en el hogar, con blando movimiento  
se deslizan los seres adorados  
acallando los pasos y el acento;

en la vega resuenan dilatados  
cantares de labriegos que caminan  
á cultivar sus viñas y sembrados;  
junto á la huerta crujen y rechinan  
de la noria los nudos perezosos  
que unos tras otros, al salir, se inclinan;  
percíbense zumbidos melodiosos  
de tábanos siguiendo á las abejas  
en torno á los racimos deliciosos,  
y exhala y trina sus amantes quejas  
el pájaro que salta entusiasmado  
*entre el metal de las doradas rejas.*

Libre el alma de pena y de cuidado,  
sales del lecho, en tu memoria fijas  
escenas de tu ensueño regalado;

la pareja radiante de tus hijas  
á tu cuello feliz pone cadenas,  
temerosa quizás de que te aflijas;  
tú disipas las nubes de tus penas  
en sus pupilas abismando el alma,  
luminosas, y grandes, y serenas.

Bajo el alto penacho de la palma  
que en arpa trueca el vagaroso viento  
arrebata á su quietud la calma,  
ocupando con ellas tosco asiento,  
quizá á los años de cercana era  
libre dejás volar el pensamiento.

Ves la comarca en que la luz primera  
contemplaren tus ojos embebidos  
con la primer gallarda primavera;  
parécete que escuchas los sonidos  
de la voz de tu madre; esa plegaria  
que llevamos por siempre en los oídos;  
léjos miras la choza solitaria  
del campesino que besó tu frente  
y te contó proeza temeraria;

contemplas alejarse mansamente,  
junto al árbol prolífico y lozano,  
el curso rumoroso de la fuente;  
oyes ladrar al vigilante alano,  
hijo de aquel que entre ruidosos juegos  
recibió la comida de tu mano;  
formando trinos y amorosos ruegos  
ves las aves contarse mil patrañas  
revolando del sol entre los fuegos,  
y cuando en risa de placer te bañas,  
oyes el viento atravesar sonoro  
*y gárrulo y sonante por las cañas.*

Más que en fino cristal ó en copa de oro  
te agradecerá en los libres manantiales

(1) Del libro inédito *Sonetos, cantos y poemas*, próximo á publicarse.

beber el puro y virginal tesoro ;  
 por la verde extension de los maizales  
 tenderás la mirada indagadora  
 buscando la prision de los panales ;  
 no será de las mieles guardadora ;  
 ¡ huyó el enjambre con intenso ruido,  
 y dónde fuése el corazon ignora ! ;  
 preguntará al tiempo y al olvido  
 qué se hicieron los seres que te amaron,  
 por qué murieron ó por qué se han ido ;  
 tu cariño y tus bienes olvidaron,  
 y en lugar de memorias adoradas,  
 pesadumbres y ruinas te dejaron ;  
 ¡ sombra vuelven á ser las alboradas,  
 agua del mar los procelosos rios,  
 y alboroto y estruendo las cascadas ! ;  
 ¡ lo que nace y empieza con más bríos,  
 ántes da en los abismos insondables,  
 y al mar van á morir los señorios !



Cercada de domésticos afables,  
 ya la mesa te espera circundada  
 de seres inocentes y adorables ;  
 presides la familia congregada,  
 y entre risas, y charla, y alegría  
 empieza la comida deseada.

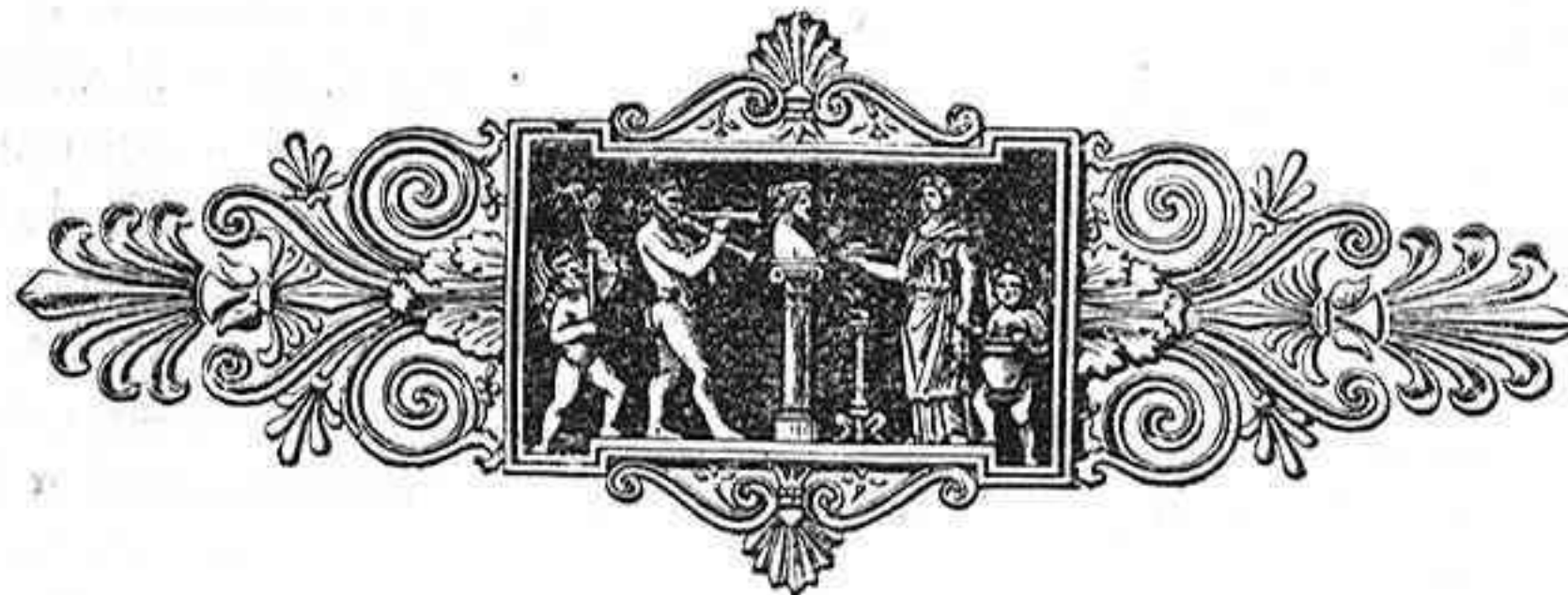
Alumbra el cuadro el esplendente dia,  
 partiéndose la uz en resplandores  
 en la limpia y sutil cristalería ;  
 llenan el centro campesinas flores,  
 tan pobres de elegancia y de artificio  
 como ricas de aroma y de colores ;  
 hace el mantel su deslumbrante ofici),  
 y gallinas, perdices, y capones  
 preparados están al sacrificio ;  
 sale el vino formando contorsiones  
 de la botella clara y trasparente,  
 en los vasos cayendo á borbotones ;  
 brinda en tu honor la alborozada gente  
 que con palabras de tu risa avaras  
 te dirigen su brindis elocuente,  
 y pintados los goces en las caras,  
 alzan y forman bullicioso estruendo  
 tenedores, cuchillos y cucharas.



Todo leve rumor váse extinguiendo ;  
 cesa por fin la encantadora fiesta,  
 y sosiego y quietud van sucediendo.  
 Entónces llega la ardorosa siesta,  
 que vienen á arrullar con sus sonidos  
 hojas y trinos en pausada orquesta ;  
 el cansancio adormece tus sentidos,  
 y prolongas tu sueño hasta la hora  
 en que vuelven las aves á los nidos.  
 ¡ Oh quietud de la tarde soñadora,  
 en que el aire se puebla de armonías  
 y de encantos el alma del que adora !  
 Pensando acaso en los remotos dias,  
 de tu hogar á la puerta estás sentado  
 con tus hijas que sueñan alegrías ;  
 del crepúsculo miraste bañado,  
 y tambien con vosotros mi deseo  
 al umbral de la puerta está parado.  
 La onda bate con rítmico golpeo  
 el escorzo gentil de las arenas  
 donde llega del mar el balanceo ;  
 gratas canciones de tristeza llenas  
 esparcen en los aires sus rumores  
 como voces de mágicas sirenas ;  
 retornan al hogar los labradores,  
 y se siente tristísimo á lo léjos  
 el dulce lamentar de los pastores ;  
 apáganse los últimos reflejos  
 que trocaron en oro las montañas  
 y bruñeron los limpios azulejos ;  
 rastrean las medrosas alimañas ;  
 tristes cantan los buhos, apostados  
 en medio de las rústicas marañas ;  
 van cayendo las sombras en los prados,  
 y corre el agua por la extensa huerta  
 produciendo murmullos apagados ;  
 con su semblante lívido de muerta,  
 aparece del mar tras las orillas  
 la vaga luna en los espacios yerta ;  
 sueltas corren las tenues nubecillas  
 y el alma sueña con visiones vanas ;  
 á lo léjos resuenan las campanas.....  
 ¡ da la oracion ! ¡ ¡ caigamos de rodillas !!

S. RUEDA.

Madrid Setiembre del 85.



# BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO.)

## PRECIOS EN MADRID.

DE D. EMILIO CASTELAR.

- Recuerdos de Italia** (Primera parte).— Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**Recuerdos de Italia** (Segunda parte).— Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**La Cuestión de Oriente.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**La Rusia contemporánea.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.  
**Las Guerras de América y Egipto.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**Europa en el último trienio.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**Historia de 1883.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**Historia de 1884.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

DE D. JUAN VALERA.

- \* **El Comendador Mendoza.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—2,50 pesetas.  
\* **Las Ilusiones del doctor Faustino.**—Dos tomos en 16.º—5 pesetas.  
\* **Doña Luz** (Segunda edición).—Un tomo en 8.º—Pesetas 2,50.  
\* **Pasarse de listo** (Tercera edición).—Un tomo en 8.º—Pesetas 2,50.  
\* **Cuentos y diálogos** (Primera edición).—Un tomo en 8.º—Pesetas 2,50.  
\* **Algo de todo.**—Un tomo en 16.º—2,50 pesetas.  
\* **Dáfnis y Cloe, por un aprendiz de helénista.**—Un tomo, 3 pesetas.

DE D. PEDRO A. DE ALARCON.

- Amores y amorios** (Historietas en prosa y verso).—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pts.

DE D. RAMON DE CAMPOAMOR.

- Pequeños poemas.**—Un tomo.—4 pts.  
**Doloras y cantares.**—Un tomo, 7 pts.

DE D. ANTONIO DE TRUEBA.

- Mari-Santa.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**Nuevos cuentos populares.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.  
**De flor en flor.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

DE D.ª MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

- Un Libro para las damas.** (Estudios acerca de la educación de la mujer. Segunda edición).—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**La Vida íntima. — En la culpa va el castigo.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**Hija, esposa y madre.**—Agotadas las dos primeras partes.—Hay ejemplares de la tercera y última. **La Madre**, con el Apéndice *Hermana*.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**La Abuela.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**El Sol de invierno.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.  
**La Sendá de la gloria.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

DE D. RAMON DE MESONERO ROMANOS (*El Curioso Parlante*).

- Panorama matritense** (Primera serie de las Escenas), 1832 á 1835.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

NOTA. De todos los títulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuadernados, con un aumento de 1, 1,50 ó 2 pesetas por volúm n.

OTRA. Los títulos marcados con \* no pertenecen á la BIBLIOTECA, pero pueden adquirirse pidiéndolos á nuestra Administración, Carretas, 12, principal, Madrid.

**Escenas matritenses** (Segunda serie), 1836 á 1842.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Tipos y caracteres**, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica**, de 1840 á 1841.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

**El Antiguo Madrid**, paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa.—Dos tomos, 8.º mayor frances, con varios grabados.—8 pesetas.

**Memorias de un Setenton**, natural y vecino de Madrid.—Dos tomos, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

DE D. CESÁREO FERNANDEZ DURO.

**Venturas y desventuras**, colección de novelas.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

\* **Disquisiciones náuticas.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

\* **La Mar descrita por los mareados** (*Más disquisiciones*).—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

\* **Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos**, libro III de las *Disquisiciones náuticas*.—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

\* **Los Ojos en el cielo**, libro IV de las *Disquisiciones náuticas*.—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

\* **A la mar, madera**, libro V de las *Disquisiciones náuticas*.—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

\* **El Arca de Noé**, libro VI de las *Disquisiciones náuticas*.—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

\* **Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado.**—Cuatro volúmenes de 600 páginas, en 4.º—7,50 pesetas cada tomo.

\* **Colón y la Historia póstuma.**—(Obra escrita por encargo de la Real Academia de la Historia.)—3 pesetas.

DE D. MANUEL DEL PALACIO.

**Letra menuda.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

\* **Fruta verde.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

DE D. EUSEBIO BLASCO.

**Malas costumbres.**—Apuntes de mi tiempo.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pts.

DE D. ANTONIO FLORES.

\* **Ayer, hoy y mañana, ó La Fe, el vapor y la electricidad.**—Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899.—Seis tomos en 8.º—3 pesetas cada tomo.

DE D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA.

**El Tren directo.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

DE D. A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

\* **Guía ilustrada de Madrid**, con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital.—Un tomo, 8.º prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

DE D.ª FRANCISCA SARASATE.

**Un Libro para las pollas.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

DE D. RAMON DE NAVARRETE.

**Sueños y realidades.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

DE D. NARCISO CAMPILLO.

**Una Docena de cuentos**, con un prólogo de D. Juan Valera.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

DE D. JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

**Cuentos.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

DE D. EDUARDO BUSTILLO.

**El Libro azul**, novelitas y bocetos de costumbres.—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

DEL DUQUE DE RIVAS.

**La Leyenda de Hixem II. — El Capitan Morgan.**—Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

DE D. JULIO MONREAL.

**Cuadros viejos**, colección de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

DE D. VENTURA HIDALGO.

**Adriana de Wolsey**, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Victor Balaguer.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

DEL PADRE GOMEZ RODELES.

\* **Vida de Santa Cecilia.**—1,50 pesetas.

DE SANTA TERESA DE JESUS.

\* **Libro de las fundaciones que hizo en España Santa Teresa de Jesus**, conforme al original autógrafo.—4 pesetas.

VARIOS AUTORES.

**Album poético español**, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larnig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas.—Un tomo, 4.º mayor.—12 pesetas, lujo-amente encuadernado.

**Manual escogido de lecturas religiosas, entresacadas de los libros ascéticos más selectos**, compuesto por PP. españoles de la Compañía de Jesus.—Un volumen de 530 páginas, 4 pesetas.

\* **Estudios sobre nacionalidad, naturalización y ciudadanía**, por un Secretario de Legación.—Un tomo, 4.º mayor, de 436 páginas.—12 pesetas.

\* **El Bazar**, revista literaria ilustrada. En su primera parte está impresa la novela *La Fe del amor*, original de D. Manuel Fernandez y Gonzalez, y en la segunda se puede leer íntegra la más popular y trascendental novela del insigne Victor Hugo, titulada *Noventa y tres*, con ilustraciones artísticas notabilísimas.—Cuatro tomos, 25 pesetas.

**Manual de la Moda Elegante**—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demás labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas. (Tercera edición, revisada y aumentada, con láminas en cromó.)—4 pesetas en rústica, y 5,50 encuadernado.

# RACAHOUT DE LOS ÁRABES

ALMUERZO  
HIGIÉNICO.

DE  
DELANGRENIER.

ALMUERZO  
HIGIÉNICO.

PARIS.—53, rue Vivienne, 53.—PARIS.

Este alimento, de un sabor muy agradable, reemplaza con ventaja el chocolate y el café. Es particularmente apreciable para los niños, en quienes favorece el desarrollo de las fuerzas y el crecimiento, preservándolos de las enfermedades comunes á la niñez. Indispensable á las personas débiles del pecho ó del estómago y á las que padecen de digestiones laboriosas. No ménos conveniente á los convalecientes y á todos los temperamentos delicados ó debilitados por la edad. La aprobacion de célebres doctores, miembros de la Academia de Medicina de Francia, ha establecido desde hace largo tiempo la reputacion de sus propiedades tónicas y nutritivas por excelencia.

Se encuentra en todas las FARMACIAS DE LAS AMÉRICAS.

## PASTA PECTORAL Y JARABE DE NAFE

Rue Vivienne, 53,

DE

Rue Vivienne, 53,

París. DELANGRENIER. París.

Cincuenta médicos de los hospitales de París han comprobado su poderosa eficacia contra los *constipados*, *GRIPE*, *bronquitis*, *irritaciones del pecho y la garganta*. No contiene ópio ni sales de ópio, tales como la *morfina* ó *codeína*: puede dársele sin temor á los niños atacados de tos ó de **COQUELUCHE**.

Depósito en todas las buenas farmacias de las Américas.

Exposicion Universal de Paris, 1867.

## ASMA CATARRO, OPRESION y todas las afecciones de las vías respiratorias, son curadas por los TUBOS LEVASSEUR O. ❖ ❖

Farmacéutico-químico de primera clase, miembro de muchas sociedades científicas en París.

Varias medallas de honor y un **Diploma de Mérito** en la Exposicion de Viena (Austria).

Los **TUBOS LEVASSEUR** son empleados con éxito contra el *asma*, la *opresion*, las *sofocaciones*, *catarros*, *enfermedades del corazon*, y todas las afecciones de las vías respiratorias.—Desconfíese de las numerosas falsificaciones. Todo tubo antiemático que no lleve sobre la cajita el sello y la firma

LEVASSEUR, farmacéutico en París, 7, *rue du Pont-neuf*, debe ser considerado como falsificado y peligroso.

Los **TUBOS LEVASSEUR** se encuentran en todas las farmacias de las Américas.

PARIS, 14, rue des Saussaies, y en todas las buenas farmacias de América.

DIPLOMA DE MÉRITO.

## PÍLDORAS ANTINEURÁLGICAS

DEL DOCTOR CRONIER (DE PARÍS)

Las sustancias farmacéuticas que entran en su composicion forman un conjunto á la vez tónico, calmante y antiperiódico: calman todas las **neuralgias**, los calambres de estómago, las crisis de histérico y las de epilepsia.

« Los éxitos del Dr. Cronier son merecidos; nosotros mismos nos hemos visto libres, por el empleo de sus píldoras, de jaquecas horriblemente dolorosas. » Permitásenos pagar una deuda de reconocimiento al recomendarlas á los facultativos.

Dr. Luis BELNET.

# ASMA Y CATARRO



Curados por los cigarrillos ESPIC.

Opresiones, Toses, Constipados, Neuralgias.

Exijase la rúbrica sobre cada cigarrillo.

2 fr. la caja.



LOS CIGARRILLOS ESPIC son los primeros y los únicos reconocidos **infallibles** contra el **asma**, la **opresion**, las **sofocaciones**, la **tos**, los **constipados**, **catarros**, **neuralgias del pecho**, **corazon**, **estómago**, **cabeza**, etc., etc.

## INSTRUCCIONES.

Para ejecutar una fumigacion se enciende el cigarrillo por una de sus extremidades, *aspirando el humo*, el cual, penetrando suavemente en las vías respiratorias, lleva la calma á todo el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las importantes funciones de los órganos de la respiracion. Cuatro ó cinco aspiraciones bastan para cada fumigacion, la cual se repite, segun los casos, tres ó cuatro veces por dia, ántes ó despues de las comidas, indiferentemente.

PARIS: Venta al por mayor,

J. ESPIC, rue Saint-Lazare, núm. 20,

y en todas las farmacias de las Américas.

LAS CELEBRIDADES MÉDICAS RECOMIENDAN

PARA LA HIGIENE DEL CÚTIS Y BELLEZA DE LA TEZ

EL USO DEL

## JABON REAL DE THRIDACE

Y DEL

## JABON VELUTINA

DE LA PERFUMERÍA

## VIOLET

Principales especialidades

Poivo de Arroz Pompadour MARCA DE FÁBRICA. BLANCO POMPADOUR

Brisa de Violetas

Crema de Belleza

LECHE DE LIS

DE CACHEMIR

POLVO DE ARROZ

DE CACHEMIR

EXTR OTO DE CHAMPAKA

Campillas de Mayo

225, rue Saint-Denis

EXTRACTO KADSURA

HENO CORTADO

PARIS

ROSA BLANCA

LILAS BLANCAS

Los productos de la **CASA VIOLET** se encuentran en todas las buenas perfumerías del mundo entero.

